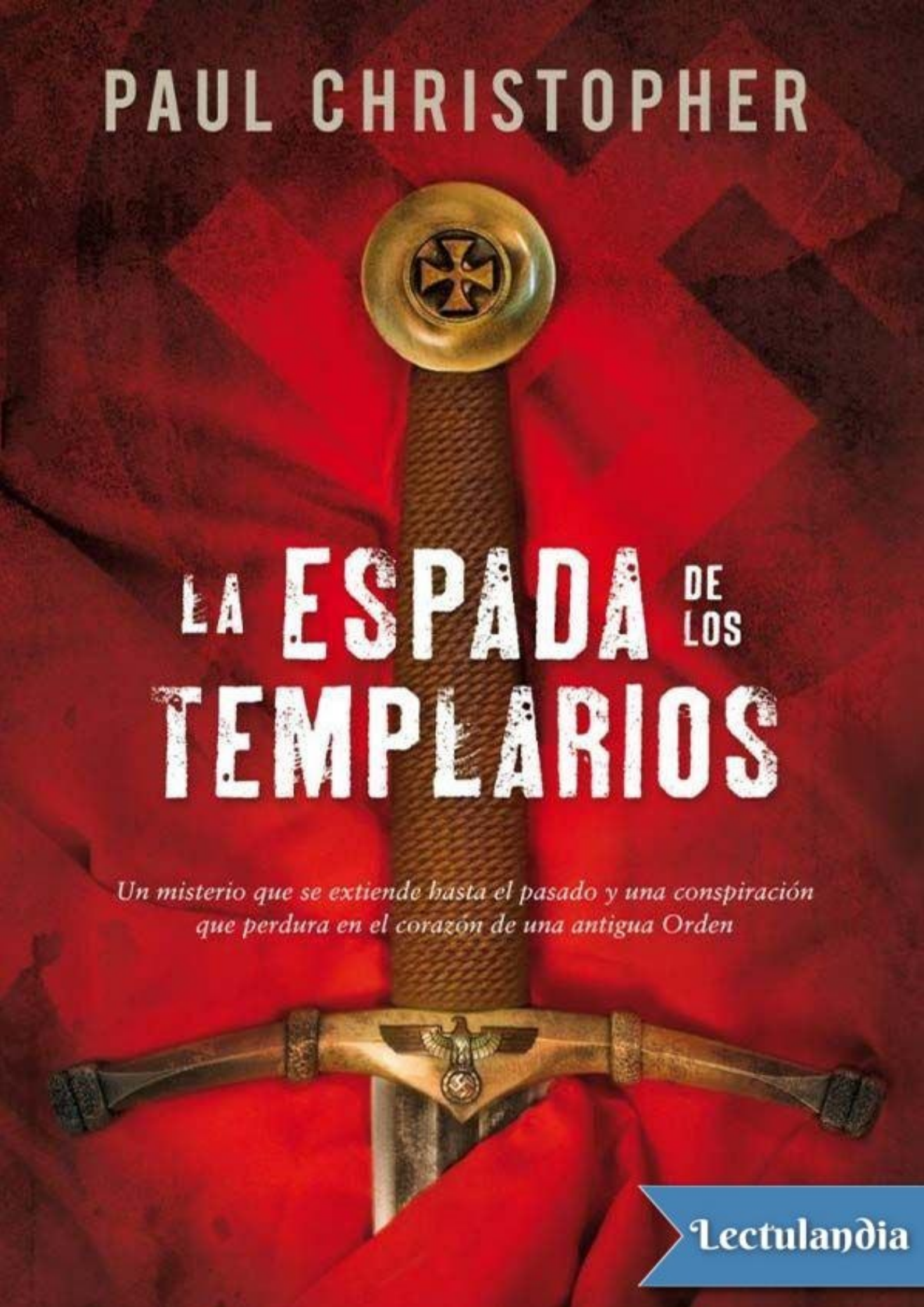


PAUL CHRISTOPHER



LA **ESPADA** DE  
LOS  
**TEMPLARIOS**

*Un misterio que se extiende hasta el pasado y una conspiración  
que perdura en el corazón de una antigua Orden*

Lectulandia

Tras pasar su vida en primera línea de fuego, el soldado de élite John Holliday ha decidido retirarse para terminar su carrera como instructor en West Point. Pero cuando muere su tío, Holliday descubre una misteriosa espada medieval, envuelta en el estandarte de batalla personal de Adolf Hitler. Es entonces cuando alguien hace arder la casa de su tío con el fin de recuperar la espada, lo que provocará que Holliday se vea inmerso en una guerra que lleva librándose durante siglos. Acompañado por su intrépida sobrina Peggy, Holliday deberá ahondar en el pasado y reconstruir el puzle que ha sido la vida de su tío y su relación con los enigmáticos guerreros conocidos como los guerreros templarios. Pero su búsqueda de respuestas pronto se convertirá en una carrera contra implacables y astutos rivales que no dudarán en morir por la causa que defienden... o en matar a Holliday por atreverse a desvelar su pasado.

**Lectulandia**

Paul Christopher

# **La espada de los templarios**

**John Holliday - 1**

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2017

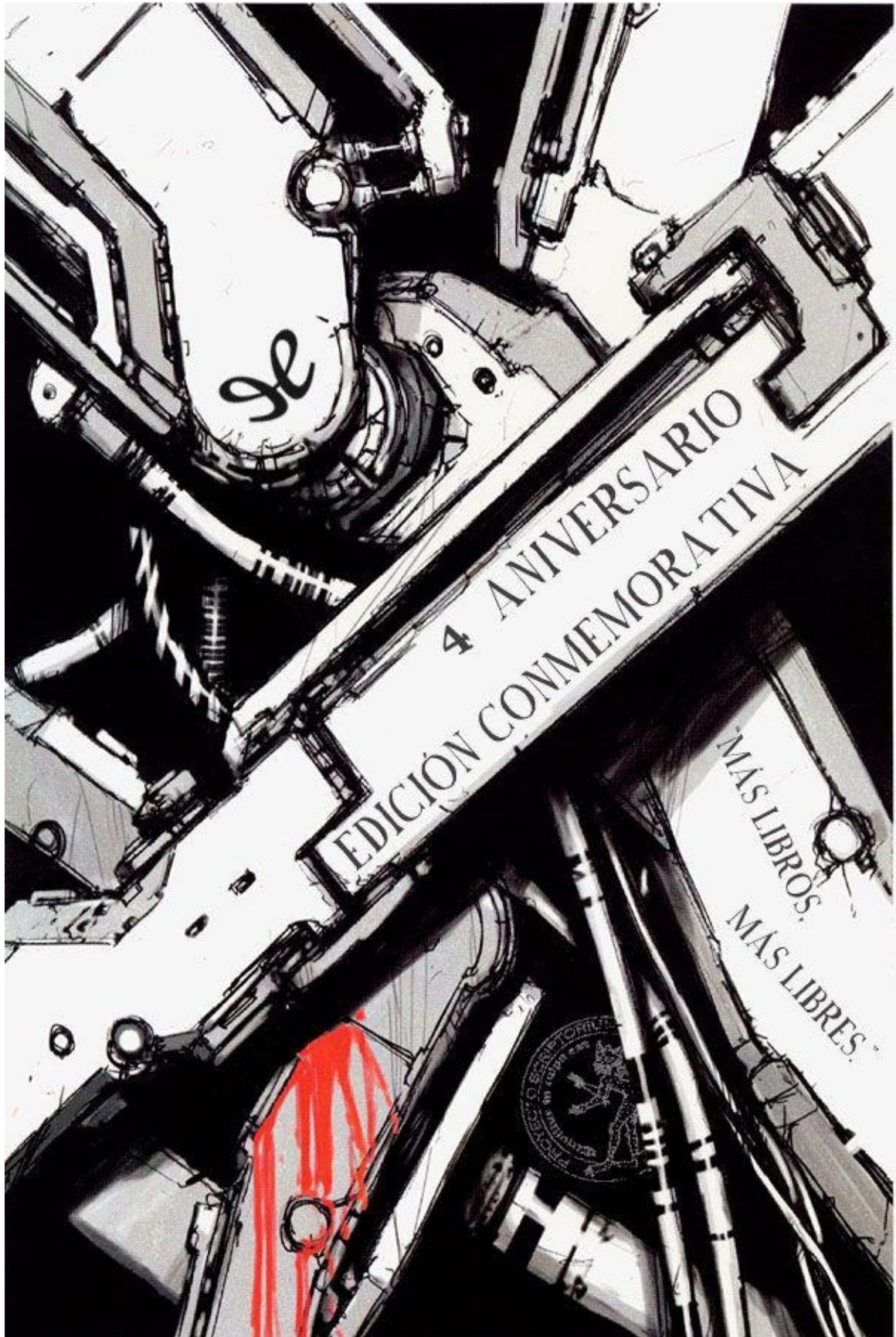
Título original: *The Sword of the Templars*  
Paul Christopher, 2009  
Traducción: Lorenzo Luengo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*A Mariea, Noah, Chelsea y Gabe,  
con todo mi amor*

## Reconocimientos

Quisiera dar las gracias a Brent Howard y Claire Zion de la NAL por darme la idea; y también quiero agradecer a la fascinante y arrebatadora Leora, la mejor enfermera del mundo, y a su novio, el verdadero Raffi Wanounou, que me hayan permitido que robase a este su maravilloso nombre. *Mazel tov* a los dos.

¿Dónde está la tumba de *sir* Arthur O'Kellyn?

¿Dónde la tumba de tal hombre ha de estar?

A la vera de un río, en la cima de Helvellyn,  
bajo la enramada de un tierno abedul.

El roble que en verano era dulce escuchar,  
y frotaba sus hojas al ocaso del año,  
y gemía y gruñía solitario en invierno,  
ya no está, el abedul ha crecido en reveso.

Polvo es ya el cráneo del caballero,  
su espada bravía ha perdido su hierro;  
su alma estará con los santos, espero.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE, *La tumba del caballero*

Hic iacet Arturus, rex quondam rexque futurus. (Aquí yace Arturo, rey que Fue y que Será).

SIR THOMAS MALORY, *La muerte de Arturo*

¡Gloria a quien hizo viajar a su siervo de noche, desde la Mezquita Sagrada a la Mezquita Lejana, cuyos alrededores hemos bendecido, para mostrarle parte de nuestros signos! Él es quien todo lo oye, todo lo ve.

CORÁN,

«*El viaje nocturno*», 17:1, donde se le muestran al Profeta  
*las maravillas que guardan las ruinas del Templo de Salomón.*

Él extenderá su mano contra el norte y hará desaparecer Asiria; convertirá a Nínive en una desolación, en una tierra árida como el desierto.

SOFONÍAS, 2, 13.



—**E**N *El código Da Vinci*, Dan Brown describía a la Orden del Temple como los guardianes sagrados del secreto de la dinastía de Cristo. En *Indiana Jones y la última cruzada* eran retratados como defensores inmortales del Santo Grial. En la película *La búsqueda*, Nicolas Cage los pintaba como los custodios de una inmensa fortuna enterrada bajo Trinity Church, en pleno centro de Manhattan. Según diversos eruditos religiosos, no eran otra cosa que los guardeses que se ocupaban de proteger el Templo de Salomón en Jerusalén tras el victorioso final de la Primera Cruzada, así como los protectores de los peregrinos que marchaban a Tierra Santa.

«Chorradas. La verdad es que la Orden del Temple, que se autodenominaba el Ejército de Dios, no era más que una banda de chantajistas y matones. Como grupo, son sin duda el primer ejemplo histórico conocido de crimen organizado. Tenían sus propios rituales secretos y un código que no desmerece en nada el que ostenta la Cosa Nostra siciliana: la Mafia».

El teniente coronel John «Doc» Holliday, un hombre de cabello oscuro y mediana edad, vestido con un uniforme de las Fuerzas Armadas y tocado con un parche negro en el ojo izquierdo, recorrió con una mirada el aula, buscando algún atisbo de respuesta en sus estudiantes o, en caso contrario, al menos una muestra de interés. Lo que vio fue a dieciocho estudiantes de cuarto año, los llamados «aventajados», todos varones y todos vestidos con las mismas prendas de las de «ir a clase»: camisas uniformadas de color azul y manga corta, por cuyos cuellos asomaba el triángulo de una camiseta irreprochablemente blanca; idénticos pantalones grises divididos en el lateral por una raya; idéntico pelo cortado a cepillo; idéntica expresión adormilada, de ojos vidriosos, propia de quienes asisten a la última clase de una jornada académica iniciada casi diez horas antes. Por increíble que pareciera, aquellos jóvenes eran la crema de la última promoción de West Point, la mayoría de ellos una turba de aguerridos cabezas cuadradas que ya habían diversificado sus talentos en Artillería, Infantería y Unidades Blindadas, y que carecían del menor interés en Historia Medieval en general o de la Orden del Temple en particular. Futuros Guerreros de América. ¡Sí, señor!

Holliday prosiguió:

—El mayor problema que tuvo lugar tras la Primera Cruzada de 1095 radicaba en el hecho de que los cruzados la ganaron. En el año 1099 tomaron Jerusalén y se convirtieron en un ejército sin enemigos. No había más sarracenos impíos a los que masacrar. Los caballeros de la época eran soldados profesionales, espadas mercenarias compradas y pagadas por pudientes aristócratas, la mayoría franceses, italianos o alemanes. Se les llamaba *chevaliers*, lo que literalmente quería decir que

se trataba de hombres que sabían montar a caballo; la cortesía y las rubias damiselas en apuros no entraban en la ecuación. Lisa y llanamente, no eran más que una horda de asesinos.

—Guerreros, señor.

El comentario procedía de *Blanquito* Tarvanin, un descendiente de finlandeses procedente de Nebraska de rudo aspecto, cuya piel pálida y su aún más pálido cabello le habían conferido tal apodo. Saltaba a la vista que pertenecía a la Infantería: las ridículas pero orgullosas varas cruzadas de la camisa de su uniforme eran prueba de ello. De hecho, cuando escogió su destino unas semanas atrás había elegido Fort Polk, Alabama, la elección menos atractiva de la lista, solo para demostrar lo auténtico que era.

—Guerreros, no, cadete: mercenarios. A aquellos tipos les movía el dinero y nada más que el dinero. Ni honor, ni deber, ni país. A eso se le podía añadir el pillaje y alguna que otra violación; al fin y al cabo, según las reglas de compromiso del siglo XI, todo aquel que no era cristiano se iba de cabeza al infierno, con lo cual lo que hicieran allí no se les tendría en cuenta. La nobleza, por su parte, juraba y perjuraba que Tierra Santa era el lugar ideal para ejercitarse en toda clase de saqueos, pero aquellos maltrechos *chevaliers* no tardaron mucho en descubrir que tampoco es que hubiera tanto que rapiñar, y miles de ellos regresaron a sus hogares sin un céntimo, a la vez que un buen montón de aristócratas se sumían en una inevitable bancarrota. Al regresar a sus casas, muchos de ellos descubrieron que sus tierras, castillos y demás posesiones les habían sido sustraídos por las intrigas de sus parientes, si es que no habían sido confiscados por el rey a modo de impuestos.

Holliday hizo una pausa.

—Así pues, ¿qué hace un soldado cuyas verdaderas habilidades se reducen a asesinar, masacrar y demás actos de extrema violencia sobre el impío enemigo, cuando este ya ha sido derrotado? —Holliday se encogió de hombros—. Hace lo que todo hombre ha hecho desde los tiempos de Alejandro Magno: se dedica al crimen.

—¿Como Robin Hood? —La pregunta procedía de *Granitos* Mitchell, un individuo delgado, comido por el acné y tocado con unas gafas de armazón metálico, cuyas pronunciadas entradas ya se iban convirtiendo en simple calvicie. Tras haber visto las evoluciones de Mitchell en West Point a lo largo de cuatro años, a Holliday le seguía sorprendiendo su energía. Nunca hubiera puesto la mano en el fuego por que aquel cadete larguirucho hubiese llegado a superar las seis primeras semanas de instrucción. Pero, para su asombro, el tipo había soportado con creces la dureza del lugar. Holliday sonrió. El acné de Mitchell ya desaparecería algún día.

—Robin Hood no era sino una fantasía romántica inventada por un puñado de bardos que recogían en sus versos una serie de sucesos ocurridos varios siglos atrás. La gente de la que hablo, los *routiers*, como se conocía a estos vagabundos que iban y venían por los caminos, eran más parecidos al Tony Montana de *Scarface*: un mero producto de su entorno social. Un espalda mojada sin apenas instrucción y recién

salido de la cárcel no tiene más que una opción si pretende medrar en su nuevo hogar: traficar con cocaína. Un *routier* de la Francia medieval se une a una banda de exsoldados guiados por un propósito similar y, junto a ellos, comienza a saquear los condados vecinos y a ofrecer «protección» a las ciudades y pueblos a cambio de un precio.

»Uno de esos hombres era Hugo de Payens, un caballero francés al servicio del duque de Champagne. En cuanto el duque se quedó sin dinero, *sir* Hugo cambió de bando y luchó con el ejército de Godofredo de Bouillon hasta que Jerusalén fue derrotada.

»Godofredo se erigió en rey de Jerusalén, y apoyándose en la relación que los unía, *sir* Hugo y otra media docena de *routiers* elevaron una petición al rey para que les fuese permitido proteger las nuevas rutas de peregrinación que arrancaban en la recientemente tomada Tierra Santa, además del derecho de establecer su cuartel general en las ruinas del antiguo Templo de Salomón.

»Hay que tener en cuenta que en esa época los peregrinos suponían un buen negocio: el peaje que se les cobraba servía para cimentar la economía de la nuevamente “liberada” Tierra Santa. Godofredo aceptó la petición, pero *sir* Hugo, no contento con eso, logró que el papa Urbano II les ratificara en su recién adquirida posición mediante la concesión del estatus de orden sagrada, lo que liberaba a la ahora conocida como Orden de Caballeros Templarios de las obligaciones de cualquier tipo de impuesto, aparte del hecho de que con aquello solo debían responder ante el Papa de todo cuanto hicieran».

—Les hizo una oferta que no pudieron rechazar —dijo *Granitos* Mitchell, sonriendo de oreja a oreja—. Al estilo «padrino».

—Algo así —asintió Holliday—. *Sir* Hugo y sus compañeros *routiers* tenían bajo su control un ingente poder militar. Godofredo había irritado a muchos de los suyos al aceptar el título de rey. El propósito de Godofredo era granjearse cuando menos una buena protección en tan frágil y pequeño reino.

—¿Y qué sucedió? —preguntó *Blanquito* Tarvanin, repentinamente interesado.

—Siempre ha habido ciertos rumores sobre un tesoro escondido en el Templo de Salomón, quizá incluso el Arca de la Alianza, la caja que supuestamente contenía las nuevas tablas de los Diez Mandamientos que Moisés trajo del Sinaí.

—¿Las nuevas tablas? —preguntó Tarvanin.

—Moisés rompió las primeras tablas que Dios le entregó —replicó Granger, un fanático del *rugby* apodado *Bala*, probablemente debido a la forma de su cabeza. También era el mayor católico ultraconservador que había en la clase. El robusto base había dedicado a Holliday una mirada de indisimulado recelo desde que este mencionó a Dan Brown y *El código Da Vinci*. Para mucha gente era un tema delicado, aunque Holliday no entendía bien por qué; después de todo, se trataba de una novela, una obra de ficción, no del altavoz de campaña o sermón alguno. Granger se aclaró la garganta, como si le avergonzase mostrar demasiados conocimientos ante

un profesor—: Dios las escribió por segunda vez y Moisés las guardó en el Arca. Lo dice la Biblia.

—También el Corán —añadió Holliday, prudente—. Para los musulmanes, eso significa tanto como para los cristianos.

El rostro de Granger se ensombreció, e incrustó su enorme cabeza entre sus fornidos omóplatos, como una tortuga.

—¿Y esos tipos lo encontraron? —preguntó Tarvanin.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Lo que sí sabemos es que al menos algo encontraron. Hay quien dice que se trataba del oro de las minas del rey Salomón, otros dicen que era el Arca de la Alianza, otros que la sabiduría secreta de la Atlántida. Independientemente de lo que encontraran, lo cierto es que en un año los caballeros templarios nadaban en la abundancia. Financiaron los servicios de protección a peregrinos, construyeron castillos a todo lo largo y ancho de las rutas de peregrinación a Jerusalén y vendieron sus músculos a quien pudiera pagar por ellos.

»A causa de las distancias que había entre Europa y Tierra Santa, adoptaron un modelo ideado por el enemigo sarraceno consistente en una notita cifrada que reproducía lo que hoy llamaríamos una transferencia bancaria: el dinero real se depositaba en un determinado lugar y, a miles de kilómetros de distancia, la misma suma era entregada a través de un simple papel. Un rudimento de transferencia electrónica antes de que existiese la electrónica.

»Los templarios también procedieron a prestar dinero con interés, aunque tal cosa estaba específicamente prohibida en la Biblia. A medida que pasaba el tiempo, se atrevieron incluso a financiar guerras. Con frecuencia, las tierras y otros activos se empleaban como garantía pecuniaria, y a menudo acababan siendo requisados, lo que ampliaba aún más el poder y la riqueza de los templarios.

»Al cabo de un año, estos se habían inmiscuido en todo lo que olier a dinero: usura, bienes inmuebles, el tinglado de la protección, transporte naviero, contrabando, soborno, absolutamente todo. A finales del siguiente siglo eran lo más parecido que uno podía encontrarse a un *holding* de empresas multinacionales, y no hay ninguna duda de que el grueso de sus riquezas procedía de fuentes ilícitas.

»En la mayoría de las ciudades de la época, desde Roma a Jerusalén, pasando por París, Londres, Frankfurt y Praga, nadie podía hacer un movimiento de suficiente enjundia sin consultar previamente con la autoridad templaria local. El Temple controlaba la política y los bancos, y poseía flotas completas de barcos. Por sí mismo conformaba todo un ejército, y a comienzos del siglo XIV tenía una red de inteligencia sin igual que se expandía por todo el mundo conocido. Como no podía ser menos, por entonces Jerusalén había caído otra vez en manos del infiel, y Tierra Santa se convirtió nuevamente en un campo de batalla, pero a esas alturas de la historia tal cosa ya carecía de importancia».

—¿Y qué ocurrió entonces, señor? —preguntó *Granitos Mitchell*.

—Que habían crecido tanto que hasta sus viejas galas les quedaban pequeñas —

explicó Holliday—. El rey Felipe de Francia acababa de librar una larga guerra con Inglaterra. Estaba en la ruina, y debía un montón de dinero a los bancos templarios. La situación llegó a tal extremo que el Temple estuvo a punto de tomar el país. Por su parte, el Papa también se estaba poniendo un poco nervioso; los templarios tenían demasiado poder en el seno de la iglesia y eran muy capaces de colocar a uno de los suyos en el trono papal si así se les antojaba.

»Algo había que hacer. El papa Clemente y el rey Felipe tramaron un plan, consistente en presentar cargos contra la Orden por diversos crímenes, algunos reales y otros inventados, y un viernes trece de 1307 la mayoría de los líderes templarios de Francia fueron arrestados. Se les juzgó por herejía, se les consideró culpables, fueron torturados y ardieron en la hoguera. Así las cosas, el Papa ordenó a cuantos reyes católicos había en Europa a que requisaran los activos de los templarios bajo amenaza de excomunión, de manera que en 1312 los caballeros templarios habían dejado de existir. Hay quien dice que la flota templaria trasladó el tesoro de la Orden a Escocia para llevarlo a un lugar seguro, mientras que otros piensan que lograron huir a América, aunque no hay prueba alguna de ello».

—No sé qué sentido tendría eso —dijo *Blanquito* Tarvanin—. Pero es que tampoco se lo encuentro a todo este rollo. ¿Qué tiene que ver ahora mismo esto con nosotros?

—Pues mucho, la verdad —replicó Holliday. Era un argumento que había oído ya mil veces, de labios de chavales tan agresivos y beligerantes como *Blanquito* Tarvanin—. ¿Has escuchado alguna vez la expresión «quienes olvidan la Historia están condenados a repetirla»? —Se vio respondido por varias miradas vacías. Holliday sacudió la cabeza. Aquello no le pillaba por sorpresa.

»Se atribuye la paternidad de la cita a un hombre llamado George Santayana, un filósofo americano de origen hispano nacido a principios del siglo xx. Adolf Hitler ya demostró la validez de tal aserto al olvidar las lecciones de la Historia e intentar invadir Rusia durante el invierno. Con que solo hubiera recordado la desastrosa intentona de Napoleón, se habría decantado por afianzar el frente occidental, lo que le habría permitido ganar la guerra en Europa. Y si nosotros mismos hubiéramos prestado atención a la Historia y recordado las décadas de fracasos que los franceses habían cosechado en Vietnam, quizá no hubiéramos intentado librar esa guerra de la misma forma en que ellos lo hicieron, y, por tanto, quizá no la hubiéramos perdido».

—Vale, ¿pero qué tiene que ver todo eso con los templarios? —insistió *Granitos* Mitchell.

—Tiene que ver con el hecho de que se volvieron demasiado poderosos y se olvidaron de quiénes eran sus amigos —respondió Holliday—. Exactamente igual que hemos hecho nosotros. Los Estados Unidos concluyeron la Segunda Guerra Mundial con una tasa de bajas por habitante inferior a la de Canadá, y no sufrimos ninguno de los catastróficos desastres que sí se infligió a Europa y Gran Bretaña. Además, durante la guerra realizamos enormes préstamos de carácter industrial que

nos puso en la primera línea del frente económico mundial. Dominamos el mundo, igual que los templarios hicieron varios siglos atrás. Los demás pueblos se sintieron celosos de nuestro dominio. Y hubo a quien irritó aquella situación.

—El once de septiembre —musitó Tarvanin.

—Entre otras cosas —dijo Holliday—. Y para empeorar las cosas, comenzamos a mezclar política y religión. Un viejo argumento, similar al empleado por los cruzados. Nuestro Dios es mejor que vuestro Dios. *Dios está con nosotros*, decían las hebillas de los cinturones nazis. Guerras santas contra mujeres y niños, católicos matando a protestantes en Belfast. Invadimos Irak por las razones equivocadas y nos desvinculamos de quienes eran nuestros amigos. Asesinamos a mucha gente en el nombre de Dios y los sedicentes «valores basados en la fe» más que por cualquier otra causa.

»Uno puede atemorizar a la gente para convertir a las masas en sus aliados, pero si las cosas van mal, no debe esperar que permanezcan a su lado, en particular si Dios ha sido añadido a la mezcla. La Constitución existe, entre otras cosas, para garantizar la separación entre Iglesia y Estado, aunque también eso parece que lo hemos olvidado. Y en cuanto al significado histórico de tal precaución, es probable que los problemas que la originan puedan rastrearse en Oriente Medio hasta el propio Moisés».

—¿Cree usted en Dios? —le preguntó a quemarropa *Bala Granger*.

—Mis creencias personales no tienen nada que ver con esto —dijo Holliday con voz calmada. También esto lo había vivido antes: aquello era terreno pantanoso, la clase de cuestión que podía meterte en problemas.

—Siempre la toma con los cristianos y la Biblia. Moisés y esas cosas. —Atacó Granger.

—Moisés era judío —dijo Holliday, lanzando un suspiro—. Al igual que Cristo, por cierto.

—Sí, claro. —Rumió el enorme jugador de *rugby*. Sonó la campana. Salvado.

**E**L teniente coronel John Holliday salió de Bartlett Hall y, deteniéndose por unos instantes, disfrutó del sol de primera hora de la tarde que bañaba las piedras grises de la Academia Militar de West Point. Frente a él se extendía la ancha Explanada, la célebre área de desfiles donde, en rígidas filas, habían percutido los talones de miles de cadetes durante más de doscientos años. Los más grandes habían pasado por allí, viejos fantasmas que iban desde George Armstrong Custer hasta Dwight D. Eisenhower. A la izquierda de donde se hallaba Holliday había una sucesión de edificios de piedra que se erguían como los bastiones protectores del castillo de algún cruzado. A la derecha, más allá del campo de béisbol de Doubleday, se alzaban los riscos que asomaban a la ancha pincelada de plata del río Hudson, cuyas aguas trazaban sus últimos setenta y cinco kilómetros en dirección a la ciudad de Nueva York y el mar.

Por todas partes se esparcían solemnes monumentos: unos conmemoraban batallas, otros hazañas de valor u hombres que habían demostrado su bravura, pero por encima de todo honraban a los muertos, graduados de aquella academia que habían dado lo mejor de ellos mismos, todo cuanto tenían, e incluso sus vidas, por una u otra causa: las causas ya hacía tiempo habían sido olvidadas, y su recuerdo solo se preservaba entre las polvorientas páginas de los libros de historia que Holliday tanto amaba. Ese, por supuesto, era el problema: el paso del tiempo hacía que cualquier guerra perdiese su significado. La historia de América no recordaba un conflicto más sangriento que la batalla de Antietam, capaz de alcanzar en un solo día de septiembre el terrible saldo de veintitrés mil muertos, pero ahora no era más que una placa en el costado de un viejo edificio y un lugar que los turistas, armados de sus cámaras fotográficas, visitaban para pasar un día de pícnic.

Como no podía ser menos, Holliday también había librado su propia guerra, más de una en realidad, desde Vietnam a Irak, pasando por Afganistán, sin olvidar otra media docena de destinos bélicos entre medias. ¿Pero había servido de algo su lucha, o las vidas de los hombres que habían muerto a su lado en aquellos lugares terribles, solitarios? Holliday sabía que la respuesta, pura y simple, era no. En Afganistán seguían cultivando adormideras, el crudo aún manaba de Irak, el arroz seguía creciendo en los arrozales de Da Nang, los pequeños aún morían de hambre en Mogadishu.

Por supuesto, esa no era la cuestión. Los soldados no pensaban de ese modo: se les adiestraba para que no lo hicieran. Para tal propósito existían lugares como West Point, centros de instrucción que aseguraban que la siguiente generación de oficiales del ejército de los Estados Unidos pudiera seguir las órdenes de sus superiores sin

cuestionarlas, porque si te detenías a pensar o vacilabas más allá de lo debido por hacer la pregunta que sobrevolaba tu cabeza, el tipo que tenías ante ti probablemente te volaría la cabeza de un disparo.

Holliday sonrió para sí y bajó las escaleras. Tantas guerras, tantas batallas, y resulta que la única herida que había sufrido, la pérdida de un ojo, se la había causado un guijarro que salió proyectado de la rueda de su Humvee cuando circulaba por una carretera secundaria en las afueras de Kabul. La herida en el ojo le había llevado a perder su puesto en la primera línea de combate y, a la larga, le había conducido hasta allí. Cosas de la guerra.

Atravesó Thayer Road y enfiló el sendero que cruzaba en diagonal la Explanada. Un par de reclutas pasaron a toda prisa junto a él, disminuyendo el ritmo de su zancada lo suficiente para dedicar a Holliday un rígido saludo mientras seguían su camino. Cadetes de penúltimo año, a juzgar por las rayas de sus casacas. Solo debían superar el año de graduación y enseguida se les despacharía a algún destino en el culo del mundo en el que defender la democracia. Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana... Holliday sacudió la cabeza. ¿Tendría George Lucas alguna idea de la cantidad de Luke Skywalkers de West Point a los que habían inspirado sus películas? Una gélida ráfaga de viento recorrió la Explanada como un estremecimiento. Todavía no era ni siquiera verano y la brisa ya empezaba a parecerse a la del otoño. Por unos segundos, las hojas se agitaron en los árboles que flanqueaban el sendero, y Holliday sintió entonces esa extraña sensación: un ganso acababa de pasar sobre su tumba. Ese era uno de los tétricos refranes que, mucho tiempo atrás, su madre había insistido en emplear en cuanto tenía ocasión para ello.

Holliday llegó a la otra parte de la Explanada, donde descollaba la estatua de Thayer, y después cruzó Jefferson Road, dejando atrás el Barracón cien, la casa de ladrillo blanco ocupada por la intendencia con aquellos dos cañones idénticos que protegían el arcén delantero. Siguió su camino hasta Professors Row, constituido por un pulcro racimo de casas tardovictorianas, y por fin alcanzó sus propios acuartelamientos al final del bloque, un pequeño bungalow artesanal de dos habitaciones construido en 1920, el alojamiento más pequeño de toda la avenida.

Adentrarse en aquella cálida casa era como retroceder en el tiempo. Incluso había una auténtica silla Morris con respaldo de listones y una otomana a juego en la salita, junto a la chimenea de teja, así como algunas sencillas vitrinas pintadas a mano y una enorme palangana de porcelana en la modesta cocina situada en la parte de atrás. Holliday había convertido la mayor de las dos habitaciones en un estudio, y ahora sus paredes estaban literalmente anegadas de libros. La habitación más pequeña no tenía otra cosa que una cama, un armario ropero y una mesilla junto a la cama. En la mesa había una única fotografía: Amy el día de su boda, con flores en el pelo, en una playa de Hawai. Una joven Amy de ojos brillantes y resplandecientes, antes de que aquel cáncer que le sobrevino la sacudiera por dentro, como el gélido viento que había cruzado la Explanada minutos atrás. La enfermedad se apoderó de ella en la



primavera, y acabó con su vida antes de que el verano hubiese tocado a su fin. Ya habían pasado diez años de aquello, pero aún la recordaba tal y como la veía en esa foto de la mesilla de noche que ya empezaba a desvanecerse, y lloraba por ella y su desaparecida sonrisa. Lloraba por la decisión que ambos habían tomado de no tener hijos hasta más adelante, porque ese «más adelante» ya nunca llegaría, y ahora no quedaba nada de Amy en el mundo.

Holliday entró en el dormitorio, se despojó de su uniforme y se puso unos vaqueros y una vieja sudadera de la Academia Militar de West Point. Se dirigió a la barra americana del salón, se sirvió un generoso trago de cerveza Grant's directamente del barril y se encaminó al estudio, llevando la bebida consigo. Puso un disco de Ben Harper and the Blind Boys of Alabama en el estéreo y se sentó ante el viejo escritorio de madera maciza, historiado de arañazos. Encendió su PC, repasó rápidamente el correo electrónico y luego abrió el archivo con el texto en el que estaba trabajando, un trabajo relativamente erudito pero no demasiado serio que recibía el provisional título de *El caballero bien vestido*, y que versaba sobre armamento y tipos de blindajes desde la época de los griegos y los romanos hasta nuestros días.

En sus comienzos, allá por la época en que estuvo en el Pentágono, más de una década atrás, aquel libro había sido el tema de su tesis doctoral en la Universidad de Georgetown, pero el paso de los años lo había convertido en el mastodóntico pisapapeles que ahora era, y que le servía tanto de pasatiempo como de distracción, cuando su mente comenzaba a perderse por los oscuros corredores de la memoria y los peores recuerdos se apoderaban de él. Al cabo de novecientas páginas había dado cuenta de John Ericsson y la construcción de la nave *Monitor*, el primer acorazado americano, por parte de la Marina del ejército sudista, con lo que aún le quedaba mucho para acabar.

A Holliday le había interesado todo cuanto tenía que ver con blindajes desde que era un niño y jugaba con los viejos soldaditos de plomo de su tío Henry, allá en el viejo y enorme caserón victoriano de Fredonia, donde su anciano tío aún vivía. Durante años, Henry había ejercido como profesor en la Universidad Estatal de Nueva York en Fredonia, pero antes de eso había tenido un cargo altamente secreto y vagamente siniestro durante la guerra fría. Fue el tío Henry quien primero despertó su interés en la Historia, y fue también él quien se las ingenió para conseguirle la recomendación del Congreso que le llevaría a West Point y lo arrancararía del yermo intelectual de Oswego, Nueva York. Por si fuera poco, aquello también lo había librado de hundirse en un tortuoso descenso a los infiernos del alcohol junto a su padre viudo, un ingeniero del ferrocarril de la vieja línea Erie-Lackawanna que fue suspendido de empleo y sueldo a principios de los setenta.

Para entonces Holliday ya había puesto rumbo a West Point, y unos años después marchó a combatir a Indochina. Cuando su padre murió de una disfunción hepática durante la primavera de 1975, Holliday, recién cumplidos los veinticuatro años, fue

ascendido a capitán por los méritos cosechados en el campo de batalla en el 75 Regimiento de Infantería. En aquella época se ocupaba de que los últimos rezagados tras la caída de Saigón fueran evacuados en helicóptero de la ciudad.

Holliday, sentado ante su escritorio, trabajó hasta que a las diez resonó el toque de queda. Solo entonces se levantó, se preparó una taza de té y regresó a su ordenador para pasar una hora más revisando lo que acababa de escribir. Satisfecho, apagó el ordenador y se retrepó en su baqueteado sillón de cuero. Su intención era dedicar un rato a leer el último libro de Bernard Cornwell antes de meterse en la cama, pero justo entonces sonó el teléfono. Lo contempló durante unos segundos, hasta escuchar su sonido por segunda vez. Sintió un pequeño estremecimiento en la boca del estómago y un nudo en la garganta. Nadie llamaba a las once de la noche para dar una buena noticia. El teléfono sonó por tercera vez. No servía de nada aplazar lo inevitable. Levantó el auricular.

—¿Sí?

—¿Doc? Soy Peggy. El abuelo Henry está en el hospital Brooks Memorial en Dunquerque. Yo ya estoy aquí. Por favor, date prisa en venir; los médicos no creen que vaya a salir de esta.

—Llegaré tan rápido como pueda. —Había unos cuatrocientos veinte kilómetros hasta Fredonia, siete horas si conducía sin parar. Llegaría al amanecer. Peggy comenzaba a sollozar; podía oír las lágrimas en su voz—. Date prisa, Doc. Te necesito.

—¿**E**S usted el sobrino del difunto señor Granger?

Holliday asintió.

—Era el hermano mayor de mi madre.

—¿Y era su abuelo? —preguntó el abogado, dirigiéndose a Peggy Blackstock, la atractiva mujer de cabello oscuro que se sentaba junto a Holliday en el extremo opuesto de un escritorio en el que resplandecía una impoluta sobrecubierta de vidrio.

—Así es. Por el lado de mi madre.

—De modo que el coronel Holliday es por tanto primo segundo suyo, y no su tío —dijo el abogado. El suave tono de reprobación que había en su voz sugería algo inapropiado en la relación que existía entre ambos. Una bonita joven de algo más de treinta años que no era exactamente una sobrina, junto a un tipo de aire viril que no era exactamente su tío, pero que a fin de cuentas podía ser su padre. El abogado respondía a la clase de santurrón de provincias, engréido y tieso como un palo, que Holliday había odiado desde que tenía uso de razón. En unos pocos años se presentaría a alcalde.

—Supongo —replicó la joven, encogiéndose de hombros—. Para mí siempre ha sido el tío John, o solo Doc. ¿Qué importa eso?

—Solo trato de ordenar las cosas en mi cabeza —dijo el abogado con displicencia—. Las notas que mi padre dejó en la documentación sobre el señor Granger están un poco... deshilvanadas, podría decirse.

El abogado tenía la cabeza de un hombre mucho más delgado en un cuerpo rechoncho que ni la más estilizada raya diplomática confeccionada a medida podía disimular. El cabello, lacio y brillante, lo llevaba peinado hacia atrás mediante una especie de gel, y por las mejillas y el mentón se le repartía el azulado brillo de una barba recién despuntada. Tras él, en la pared, asomaba jactancioso el diploma de Doctor en Derecho por la Universidad de Yale. El abogado era el Broadbent más joven de Broadbent, Broadbent, Hammersmith y Howe, la firma que representaba al tío de Holliday. Tal y como el tipo les había explicado previamente, hacía poco que su padre se había retirado, víctima del Alzheimer, y el más joven de los Broadbent se veía ahora en la obligación de poner al día el trabajo atrasado. Al hablar de ello, daba la impresión de que aquello era más un deber sagrado que un simple trabajo.

—Si ha terminado con las preguntas, quizá podríamos volver al asunto que nos atañe —dijo Holliday.

—Por supuesto —replicó Broadbent, no sin cierta arrogancia. Se aclaró la garganta y abrió la ficha que se extendía sobre la mesa con un dedo perfectamente manicurado—. El señor Granger dejó un legado sorprendentemente sustancioso para

pertenecer a un simple profesor universitario.

Holliday no estaba demasiado interesado en la lisonjera opinión que aquel picapleitos pudiera tener de su padre, y mantuvo la boca cerrada. Lo único que quería era dar por zanjado el asunto.

—Por favor.

—Sí, bien... —dijo el abogado, y prosiguió—: hay un fondo de pensiones que asciende a algo más de tres cuartos de millón de dólares, varias acciones y obligaciones del Estado por un valor similar, un seguro de vida completamente pagado que frisa en el medio millón de dólares, y, por supuesto, la casa de Hart Street y sus contenidos. —La calle Hart era un breve callejón sin salida que se encontraba a relativa distancia del centro de la ciudad. Por su parte, la casa del tío Henry era una enorme casona de teja plana y revestimientos de madera, estilo Reina Ana, emplazada al final de una manzana flanqueada de árboles que se remontaba hasta el arroyo de Canadaway. Fue en aquel arroyo donde el tío Henry había enseñado a Holliday la pesca con mosca de la trucha arcoiris cuando no era más que un niño.

Broadbent volvió a aclararse la garganta:

—Según el testamento, todo debe dividirse equitativamente entre usted y la señorita Blackstock.

—¿Quién será el albacea testamentario? —preguntó Holliday, lanzando un silencioso ruego por que no fuera el abogado.

—Usted y la señora Blackstock serán coalbaceas —dijo Broadbent, con una entonación entre correcta y formal—. Equitativamente. —Dedicó a Peggy una sonrisita cómplice.

—Bien —respondió Holliday—. En ese caso no precisaremos por más tiempo de sus servicios. ¿Tiene las llaves de la casa?

—Sí, pero...

—Me gustaría que me las diese, por favor —cortó Holliday.

—Pero... —Broadbent miró a Peggy en busca de ayuda. No recibió ninguna. Peggy se limitó a sonreírle con deferencia.

—Las llaves —repitió Holliday. Broadbent abrió un cajón de su escritorio, rebuscó en él unos instantes y sacó un voluminoso llavero con un cordel y una etiqueta adherida a él. Se inclinó hacia delante y dejó caer el llavero frente a Holliday, en el escritorio, y luego volvió a hundirse en su asiento. Holliday recogió de un zarpazo las llaves de la mesa y se levantó—. Si hay que firmar algún documento, envíenoslo a la casa. Residiremos allí durante un tiempo.

—¿Eso es así? —preguntó Broadbent con frialdad, dirigiendo su interrogante a Peggy.

Esta se levantó y enroscó su brazo al de Holliday. Apoyó la mejilla en su hombro en un evidente gesto de afecto, pestañeó y sonrió al abogado:

—Todo lo que diga Doc me parece bien —replicó.

Procedieron a abandonar la oficina. La voz de Broadbent los detuvo:

—Coronel Holliday.

—¿Sí?

—Las notas de mi padre mencionan un objeto que su tío debía de tener entre sus posesiones. Formaba parte de su colección.

—Mi tío coleccionaba muchas cosas —respondió Holliday—. Todo lo que despertaba su interés.

—El objeto en cuestión tenía un significado especial para mi padre. —Broadbent hizo una momentánea pausa, y frunció el ceño—. Ambos se conocían, como bien sabrá —dijo por fin—. Estuvieron en el mismo regimiento durante la guerra.

—¿Ah, sí? —replicó Holliday—. No lo sabía.

—Pues así es.

—¿Y bien? ¿Cuál es ese objeto? —preguntó Holliday—. ¿Y por qué resulta tan significativo?

—Lo encontraron juntos —respondió Broadbent con voz calmada—. En Bavaria. Alemania.

—Sé donde está Bavaria, señor Broadbent.

—Lo encontraron en Obersalzberg. Concretamente, en Berchtesgaden.

—¿De veras? —se sorprendió Holliday. Berchtesgaden era la población en la que Adolf Hitler tenía su casa de verano. El tío Henry nunca había dado a entender que hubiera estado allí alguna vez, por lo menos, no a Holliday. Si no recordaba mal, Berchtesgaden había sido tomada por la tercera División de Infantería—. ¿Y cuál es ese objeto que su padre y mi tío encontraron, señor Broadbent?

—Una espada, coronel Holliday. Una espada.

—¿Qué clase de espada? —quiso saber Holliday.

—No tengo ni idea —replicó Broadbent—. Solo sé que mi padre la consideraba extremadamente importante.

—¿Importante, señor Broadbent, o valiosa?

—Importante.

—Cuando la encuentre se lo haré saber —dijo Holliday.

—Me alegraría que me permitiera comprársela al precio que usted considere apropiado —apuntó Broadbent.

—En cambio, a mí no me alegraría vendérsela —repuso Holliday.

Salieron de la oficina y bajaron las escaleras que daban a la calle. Era la primera hora de la tarde, el sol de verano brillaba a plena luz desde un cielo prácticamente impoluto.

—Has sido un poco brusco con él —dijo Peggy, riendo. Era la primera vez que reía desde el funeral del tío Henry, dos días atrás. Holliday apretó el brazo de la joven contra el suyo. Peggy había ganado el premio Pulitzer en la modalidad de fotografía periodística, y su trabajo la llevaba de una parte a otra del mundo. Había pasado más de un año desde la última vez que la había visto. Le hubiera gustado que aquel reencuentro hubiera tenido lugar en mejores circunstancias.

—Se lo merecía —sentenció Holliday.

—¿A qué se refería con esa espada? —preguntó Peggy.

—No tengo ni la menor idea —respondió Holliday—, pero sí sé que el tío Henry no estaba en la tercera División de Infantería, y los muchachos que tomaron Berchtesgaden en 1945 pertenecían a ella.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Peggy.

—Comer —replicó Holliday—. ¿Qué me dices de uno de esos platos de primera que sirven en el White Inn?

—O unas hamburguesas con queso y patatas fritas en el Gary's Diner —replicó Peggy.

—Aún mejor —aprobó Holliday.

COMO siempre, la vieja cafetería situada en la esquina de Eagle Street estaba a rebosar de estudiantes de la Universidad Estatal de Nueva York, pero Peggy y Holliday consiguieron ocupar finalmente un reservado junto a la ventana, y allí pasaron la hora larga del almuerzo poniéndose al día de sus asuntos y recordando los viejos tiempos. Por lo visto, a Peggy le habían encargado cubrir la última reunión del G8 en las cataratas del Niágara cuando recibió la llamada por la que se le informaba de lo que le había sucedido al tío Henry, lo que la situaba a escasas dos horas en coche del lecho de muerte del anciano. Al menos, no había muerto solo. Y, según como se viera, Peggy hasta había tenido suerte. Anteriormente había estado en Nepal, y antes de eso en la nueva zona de guerra africana, en el distrito Jwaneng de Botswana, documentando lo que podía ser otro genocidio más.

—¿Y qué hay de tu vida amorosa? —quiso saber Holliday, cambiando de tema. Peggy había tenido novios desde los años del colegio, y una de dos, o se enamoraba perdidamente o el amor escaseaba trágicamente en su vida. Tenía esa combinación de belleza física y personalidad atractiva y enérgica que arrastraba a los hombres como un imán.

Se encogió de hombros, indolente, y clavó el tenedor en una solitaria patata frita:

—Tuve un pequeño escarceo con un tipo llamado Olivier la última vez que estuve en Ruanda, pero después no ha habido nada serio.

—Quizá deberías salir con nuestro amigo Broadbent, el abogado. Parecía bastante interesado.

—Agh —dijo Peggy con su mejor voz de Lisa Simpson, arrugando la nariz—. Control de natalidad en un traje confeccionado a medida. —Removió otra patata frita en el charco de *ketchup* que empantanaba el borde de su plato y se la llevó a la boca—. Antes muerta.

—Entonces quizá ha llegado el momento de que pienses en sentar la cabeza —repuso Holliday.

—¿Por qué? —preguntó Peggy—. Me gustan las cosas tal y como están, al menos por ahora.

Pasaron un rato hablando del trabajo de Peggy y de un libro sobre periodismo fotográfico actual en el que había estado ocupada, y después pasaron al inacabable tratado de Holliday sobre armas y blindajes, para acabar conversando sobre el pasado común y el futuro que les aguardaba a ambos. Por fin, volviendo al presente, hablaron de Henry y de lo que debían hacer ahora.

—¿Qué hay de la casa? —preguntó Peggy. Una camarera se acercó a la mesa, y retiró los platos antes de traerles el café. La cafetería despejaba lentamente su

provisión de parroquianos; los estudiantes se marchaban y la tarde empezaba a declinar. Las nubes surgían del lago Erie, y el cielo cobraba ya una ligera tonalidad gris.

—He estado tratando de no pensar en ello —respondió Holliday. De pronto sintió el deseo, terriblemente poderoso, de fumar un cigarrillo. No había fumado desde la muerte de Amy—. A veces pienso que fue allí donde pasé los mejores días de mi infancia.

—Yo también —concedió Peggy. Holliday vio las lágrimas aflorar a sus ojos, e incluso las podía escuchar formando un nudo en su garganta—. Fue él quien me regaló mi primera cámara, ¿sabes? —prosiguió. Con un pestañeo logró conjurar las lágrimas, al menos de momento—. Era una pequeña Kodak infantil de los años cuarenta. Creo que la compró cuando estuvo en Inglaterra. Solía sacar fotos de bichos y cosas que había en el arroyo. Me sentí tan frustrada al comprobar que lo que veía en el visor no era nunca lo que aparecía en las fotos... Pero el abuelo Henry me explicó el motivo, y eso me permitió ser la única niña de tercero que sabía lo que era el paralaje.

—A mí me explicó la misma lección, aunque en mi caso fue sobre la pesca de la trucha y los indios Cattaraugus —dijo Holliday con una carcajada—. El pez no estaba exactamente en el sitio donde creías que estaba aun cuando lo vieras allí mismo, en el agua. —Sacudió la cabeza con pesar—. Hubo un tiempo en el que pensé que el tío Henry sabía todo lo que merecía la pena saber. Todavía hay momentos en que pienso así.

—Voy a echarle tantísimo de menos —susurró Peggy.

—Yo también —dijo Holliday—. Pero eso no responde a tu pregunta acerca de la casa, ¿verdad?

—No —repuso la joven.

—Quizá ha llegado el momento de enfrentarse a lo inevitable —suspiró Holliday.

—Quizá tengas razón —respondió Peggy.

El veintiséis de Hart Street era como la versión que Walt Disney hubiera ideado de una casa encantada, rematada por una amedrentadora torreta, el pequeño mirador que se levantaba sobre el tejado y un pasamanos de hierro forjado que protegía el vértice truncado del techo de la buhardilla, cuya inclinación se antojaba vertiginosa. La casa se alzaba en mitad del terreno, cercada por un muro bajo de ladrillo y rodeada de un cinturón de viejos olmos, abedules y nudosos nogales de madera negra, cuyos ramajes se esponjaban y retorcían como las artríticas brujas de los cuentos de hadas. Nadie había cortado la hierba en mucho tiempo.

Un inclinado sendero de grava se internaba entre los árboles hasta la ribera del arroyo de Canadaway: su burbujeante corriente, apenas profunda, quedaba ocultada por las largas ramas colgantes de una docena de sauces; la otra ribera se hallaba más



alta que esta, y se había visto invadida por la maleza. Aproximarse a la incierta y monstruosa mole estilo Reina Ana que se alzaba al final de la calle era como abrir las páginas de uno de los relatos sobre el mundo de Narnia de C. S. Lewis: se tenía la sensación de que la casa podría llevarte a cualquier parte, y no necesariamente a los lugares a los que querías ir. Una llamada a la aventura vagamente siniestra.

John Holliday y Peggy Blackstock ascendieron los cinco peldaños de madera gastada que les separaba del porche delantero, cubierto por una veranda. Holliday enarboló el enjundioso manojito de llaves que el abogado le había entregado a regañadientes y las probó de una en una. Por fin encontró la que encajaba en la vieja cerradura Yale y la giró. Asió el pomo de cristal facetado y abrió la puerta. Holliday entró y Peggy hizo lo propio, casi pegada a él.

Al instante les invadió un olor empalagoso, pero tremendamente familiar:

—Cabalga firme —dijo Holliday.

Peggy sonrió.

—Tiene la A y la P.

—El Atractivo de la Pipa y del Príncipe Alberto —dijeron al unísono, completando así el viejo anuncio que el tío Henry solía citar cada vez que sacaba su antiquísima pipa de madera de brezo del bolsillo de la chaqueta, y frotaba la cazoleta contra el tejido de satén del chaleco que siempre vestía antes de llevarse a los dientes la olorosa pipa. Brotaba entonces el humo, que manchaba su blanco bigote con el permanente tizne amarillo de la nicotina.

En el centro del amplio vestíbulo se elevaba una escalera de caracol hasta el segundo piso. A la izquierda se hallaba la biblioteca; a la derecha, el anticuado salón. Al otro lado de la escalera se abría el comedor, con su imponente chimenea, y al final del vestíbulo se encontraban la despensa y la cocina. Como anexo a la parte trasera de la casa había un invernadero cubierto de cristal; durante muchos años, Henry había cultivado allí sus rosas.

Por todas partes, los suelos se componían de un entarimado de madera de pino profusamente barnizado, y cubierto con una colección de gastadas alfombras persas y alfombrillas de toda edad y descripción. Las paredes estaban revestidas de madera de nogal negra, con un simple revoque en yeso en la parte superior, que alguna vez estuvo pintado de blanco pero que con el paso del tiempo se había apagado a un beis incoloro. La decoración era toda oscura, al estilo tardovictoriano, con profusos cortinones de terciopelo marrón a juego. Cotidianas escenas en sencillos y pequeños marcos dorados flanqueaban las paredes del pasillo, cada una de ellas con su propio aplique de luz metálico. Frente a la pared, en la que había una vieja pezuña de elefante a modo de perchero y un paragüero, se alzaba un antiguo reloj de pie, con la luna enclavada en un marco de roble con incrustaciones de caoba y madera de satén. El péndulo resonaba con fuerza, y su sonido, firme y constante, producía un pequeño eco, haciendo que aquel silencio yermo que se había apoderado de la casa resultara todavía más opresivo.

—Qué vacío ha dejado —susurró Peggy con pesar.

—Sí —concedió Holliday—. Y tanto.

Hicieron un rápido recorrido por la casa. Cada superficie horizontal estaba cubierta de naderías y piezas de colección: repisas rebosantes de botellas antiguas, mesas repletas de viejas revistas, surtidos de minerales y fósiles en expositores de cristal. Había también un testero atestado de barcos embotellados, aunque algunas de las botellas eran tan viejas que el cristal ya se había nublado.

Había cuatro dormitorios en el segundo piso, un cuarto de baño con aseo aparte, y unas escaleras que subían hasta el mirador y la torreta. Todo estaba igualmente abarrotado de cosas. Situada convenientemente junto al cuarto de baño había una pila de revistas *Life* que databan de la década de los treinta. Tiempo atrás, la habitación de la torre había sido el cuarto de juegos de los niños, pero ahora no era más que un almacén de muebles rotos a la espera de una reparación que ya nunca llegaría, además de algunas viejas maletas y cajas que en la mayoría de hogares habrían sido almacenadas en el ático o el garaje.

Solo uno de los dormitorios había sido ocupado, el más pequeño, que tenía su propia chimenea. Como cualquier otro rincón de la casa, también allí parecía que nadie había pasado un plumero en décadas, y tanto el hollín de la chimenea como el humo procedente de la inevitable pipa de Henry habían provocado que la ventana que daba al jardín trasero y al arroyo vecino estuviera casi opaca.

—Nunca fue un buen amito de su casa, ¿eh? —comentó Peggy. Ahuecó la almohada rellena de plumas y alisó el edredón de felpa que cubría la cama de cuatro postes, cuyas dimensiones casi abarcaban todo el cuarto. Sus dedos recorrían con tristeza el viejo tejido.

—No —murmuró Holliday. Bajaron nuevamente al piso inferior, y llegaron a la cocina. La decoración allí respondía fielmente al antiguo estilo americano: una mesa de madera de pino en medio de la habitación, con cuatro sillas a juego de respaldos sin florituras y asientos de junco entrelazado. Los aparadores eran un conglomerado de madera pintada con tejas de cerámica Delft color azul claro. El suelo era de linóleo, cuyo color fluctuaba entre el verde y el gris.

El viejo frigorífico Kelvinator estaba a rebosar de restos de comida pasada: un trozo reseco de carne mal envuelto en papel parafinado, una cuña de queso que ya había adquirido un color anaranjado, una lata medio vacía de sopa Campbell's con tropezones de pollo, un mustio apio, y un enorme frasco de queso en salsa embutido en una de las baldas.

—El vicio secreto del tío Henry —dijo Holliday—. Queso untado en pan Bimbo.

—En cierta ocasión, el abuelo Henry escribió un artículo para la revista *Smithsonian* sobre Edwin Traisman —dijo Peggy—. Yo le ayudé a documentar las imágenes y le hice la maquetación.

—¿Quién?

—Edwin Traisman. Un tipo de Wisconsin originario de Lituania. El tipo que

inventó el queso de untar que tanto le gustaba al abuelo Henry.

—Tenía que ser de Wisconsin —sonrió Holliday.

—Y resulta que también inventó la patata frita estilo McDonald's —prosiguió Peggy—. Murió con noventa y un años.

—Supongo que se mantuvo lejos de sus propias invenciones. —Gruñó Holliday. Atravesaron la despensa y llegaron al comedor. La habitación, recubierta de oscuros paneles, la presidía una voluminosa vitrina, cuya mole se apoderaba de una de las paredes desde el techo hasta el suelo. El expositor, cuya parte frontal era una amplia puertecita de cristal, tenía todas sus repisas atestadas de aves y otros animales disecados, desde un pequeño gorrión a un búho cornudo, pasando por una ardilla listada de ojos vidriosos, que escalaba eternamente un amputado trozo de rama de árbol, o el lince rojo, que gruñía subido a una roca de alambre y cartón piedra. El resto del cuarto estaba ocupado por una enorme mesa comedor, pulcramente pulida, flanqueada por ocho sillas de respaldo alto tapizadas de cuero azul de Marruecos. Como centro de mesa había un cuenco de barro con algunas piezas de fruta hechas en cera, tan polvoriento como todo lo que había por la casa.

—Siempre me puso nerviosa comer aquí —dijo Peggy— con todos esos ojos de cristal fijos en mí, observándome...

—Compró todo el lote de un museo de Ciencias Naturales de provincias que acababa de cerrar sus puertas —le informó Holliday—. La verdad es que nunca le gustaron demasiado los pájaros ni los animales. Me dijo que lo había adquirido en una subasta por un precio ridículo. Era la idea de hacerse con aquel chollo lo que le atrajo.

—¿Estaba trabajando en algo? —preguntó Peggy—. Perdí todo contacto con el abuelo Henry.

—Yo también —suspiró Holliday—. La última vez que hablé con él fue hace bastante tiempo, justo a su regreso de un viaje a Oxford que realizó con el propósito de documentar cierto trabajo, aunque creo que aquello solo era una excusa para reunirse una vez más con algunos de los viejos amigos que hizo antes de la guerra. Eso fue hace ya más de un año. La verdad es que no sé en qué estaba metido. Siempre tenía algún proyecto entre manos.

Se dirigieron a la biblioteca. Era una habitación espléndida. Las paredes estaban flanqueadas de estanterías en cuya parte superior, en forma de arco, asomaban los relieves labrados de algunas formas frutales; los espacios que quedaban entre las librerías estaban ocupados por viejas pinturas en las que se representaban diversas escenas de batallas medievales, todas ellas realizadas por artistas del pasado que ya hacía tiempo habían caído en el olvido. Una lucerna de hierro labrado gravitaba allá en el techo, el cual, a su vez, se hallaba recubierto de oscuras planchas de roble, mientras que el suelo estaba tapizado por un gigantesco árbol de tamaño natural tejido en una alfombra persa en tonalidades rosa y azul oscuro.

Por lo demás, podía verse un escritorio de aspecto funcional colocado en ángulo

en una esquina; algunas sillas de club, con cómodos asientos curvados, tapizados de un desvaído terciopelo que alguna vez fue rojo pero que se había desgastado por el paso del tiempo hasta un rosa pálido; un pequeño diván, y la silla personal de Henry, una monstruosidad de cuero verde que parecía haber sido arrancada de un club inglés para caballeros del siglo XIX. Había también una lámpara de billar situada perfectamente a mano, con una pantalla ribeteada de flecos y una mesilla a la derecha de la silla, y con el tamaño perfecto para acoger un libro o un trago de jerez de esos que sirven de fiel acompañamiento en la madrugada, o quizás un vasito de aquel *whisky* de malta que Henry contaba entre sus bebidas favoritas.

La silla quedaba más allá de la chimenea, práctica y sin adornos. Encima de la chimenea había un grabado a media tinta firmado por el apocalíptico artista británico John Martin, donde se representaba la caída de Babilonia con un cuidado por el detalle que resultaba despiadado y desesperado a partes iguales, y en el que descollaba la pequeña figura de un sacerdote asirio socarrado por un rayo de luz divina que descendía de las hirvientes y rabiosas nubes situadas sobre el antiguo templo. Había una cita en italiano escrita en el marco. Holliday citó de memoria; era lo que podía calificarse como el lema existencial del tío Henry:

*Ognuno sta solo sul cuor della terra  
traffito da un raggio di sole:  
ed è subito sera.*

—¿Qué significa? —preguntó Peggy.

*Cada uno de nosotros está solo en el corazón de la tierra,  
atravesados por un rayo de sol;  
y de pronto llega el ocaso.*

—Qué fácil es para ti —bromeó Peggy.

—Forma parte de un poema titulado «Ya es el ocaso», de Salvatore Quasimodo.

—¿El jorobado?

—El poeta italiano. Ganó el Premio Nobel, si no recuerdo mal. Henry lo conoció en Roma después de la guerra.

—Qué triste —musitó Peggy, contemplando la inscripción que gravitaba sobre el testero.

—No debía de serlo para el tío Henry. —Holliday se encogió de hombros—. Para él era una advertencia: tu tiempo en la tierra es breve, no lo desperdicies. La muerte nos llega a todos. Cada día es un regalo.

—Y al abuelo terminó por llegarle —suspiró Peggy, dejándose caer en la enorme silla verde.

Holliday encaminó sus pasos hacia el escritorio y se sentó en la anticuada silla giratoria de madera del tío Henry. El escritorio era un enorme rectángulo de madera de roble, con ambos pies laterales toscamente labrados con ramitas de hiedra y formas de pájaros y pequeños animales del bosque. Había un cartapacio de gran tamaño con bordes de cuero en la superficie, y una lamparita de oficina con pantalla verde que servía para iluminarlo.

La madera, roída por los gusanos y pulida por el desgaste del tiempo, era de un color oscuro, y tenía los bordes de ambos pies rozados y astillados. Holliday siempre había tenido la sensación de que aquel escritorio había sido fabricado con los restos de un naufragio, aunque nunca había preguntado si aquella impresión era acertada, y ahora se arrepentía de no haberlo hecho. Parecía de origen español, quizá del siglo xv. No tenía ni idea de cómo aquel armatoste había podido recalar en una casa en la costa del lago Erie, pero como muchas otras cosas en la vida del tío Henry, lo más probable es que detrás de aquello hubiera una buena historia.

Había tres cajones en cada pie y un cajón más entre medias. Holliday revisó cada uno de ellos con tanto cuidado como atención. Los cajones de la izquierda estaban llenos de documentos personales del tío Henry, en su mayoría facturas, ya fueran extractos bancarios, antiguas declaraciones fiscales o recibos relacionados con el mantenimiento general de la casa. Los cajones de la derecha acogían una serie de documentos de diferente índole: buena parte de ellos abarcaban los años que Henry Granger había ejercido en la universidad y, por tanto, entre estos se contaban diversos fragmentos de su correspondencia profesional.

Además, había un archivador de cartón plegable, con un lado de mármol, rebosante de incomprensibles notas garabateadas en trozos de papel, y en al menos tres idiomas que Holliday pudiera descifrar, incluyendo lo que parecía ser hebreo. También encontró algunos mapas, entre ellos uno de La Rochelle, una pequeña población de la costa de Francia situada en el golfo de Vizcaya.

El mapa no era muy grande, y el amarillento papel en el que había sido impreso se antojaba demasiado frágil. Parecía haber sido arrancado de una guía Michelin. Se apreciaban algunas notas desvaídas escritas a lápiz, aunque ya apenas se distinguían: ¿Hugonote? ¿Irlanda? ¿Qué Roca? Holliday volvió a dejar el mapa en el fichero.

Miró en el cajón central. No había en él nada salvo un indeterminado número de artículos de oficina y una vieja daga con empuñadura de marfil, algo roma, que probablemente el tío Henry había utilizado como abrecartas. Era la primera vez que Holliday la veía, pero de inmediato supo cuál había sido su uso anterior. Le dio la vuelta y comprobó la inscripción engastada en aquella hoja ya sin lustre solo para asegurarse: *Meine Ehre Heisst Treue* «La lealtad es mi honor». Era una daga nazi, concretamente de las SS.

—¿Por qué iba a guardar algo así? —se preguntó Holliday en voz alta.

—¿El qué? —quiso saber Peggy.

Holliday se explicó:

—Creo que se trata de un *souvenir* —dijo por fin, alzando la daga para que Peggy pudiese verla.

—¿Estuvo en Alemania durante la guerra? —preguntó Peggy, frunciendo el ceño—. Pensaba que había estado en Inteligencia, como Ian Fleming y todos esos tipos que se sentaban con sus pipas humeantes para reflexionar sobre cuál sería el mejor modo de irritar a la Gestapo. Nunca pensé que hubiera *hecho* algo. Quiero decir... ya sabes: algo peligroso.

—Tampoco yo lo pensaba —musitó Holliday.

—Quizá sea un fraude, una reproducción —sugirió Peggy.

—No lo creo —replicó Holliday, sopesando en la mano la hoja de aquella antigua arma. Tenía esa consistencia helada de lo que había sido utilizado en las épocas más oscuras con los más oscuros propósitos. En aquella daga se fundía la Historia, en aquel hierro al que una mano maestra había forjado con curvas casi sensuales, y templado mediante el brutal derramamiento de sangre. También era posible que Holliday estuviera tratando de interpretar demasiadas cosas de ella. Las candentes runas y la esvástica todavía emanaban su repulsivo hechizo. Dejó la daga otra vez en el cajón y con un empujoncito volvió a cerrarlo.

—Quizá fuera a eso a lo que Broadbent se refería —dijo Peggy, incorporándose de la silla y dirigiéndose a la pared donde se alineaban las estanterías, al otro lado de la habitación.

—Creo que podríamos llamar a esa daga por muchos nombres —replicó Holliday—, pero nadie la iba a confundir con una espada.

—Me pregunto por qué motivo le importaba tanto a su padre —repuso Peggy. A sus labios afloró entonces una sonrisa—. ¡Mira esto! —exclamó, emocionada—. Son los antiguos libros infantiles que el abuelo me prestaba. Están todos aquí. —Comenzó a leer los títulos—. Los libros de Narnia, *Cinco chicos y esto*, *Las andorinas y las Amazonas*, *Los wouldbegoods*, *Los famosos cinco*, de Enid Blyton; ¡están todos aquí!

Holliday se unió a ella, y recorrió con la mirada las estanterías hasta dar con lo que estaba buscando: un pesado volumen de tapa dura, aún con su sobrecubierta de color verde pálido y crema, nada menos que la primera edición del relato artúrico de T. H. White, *Camelot*.

El tío Henry le había leído las cuatro partes en que consistía la historia cuando no era más que un crío, y posteriormente Holliday lo había releído por sí mismo muchas otras veces. Si había una historia que un muchacho podía leer un día de lluvia en el norte del estado de Nueva York, era esta. Los recuerdos le hicieron aflorar una soñadora sonrisa; sin duda, era la clase de libro que Harry Potter hubiera leído y guardado con sumo cariño. Lo abrió por la página inicial y de su interior brotó una hoja que planeó hasta la alfombra. Holliday volvió a dejar el libro en su sitio y se agachó para recoger la hoja plegada. Estaba garabateado con la inconfundible caligrafía del tío Henry y su aún más inconfundible pluma, aunque la tinta negra se había visto convertida ahora en un mero color sepia.

—«*Hic iacet Arturus rex quondam rexque futuris*: Aquí yace Arturo, rey que fue y que será. Buscad en la historia contada para hallar el tesoro que se oculta debajo; pues es vuestra misión buscar y la mía saber».

—¿Y eso? —preguntó Peggy.

—La primera parte se supone que es la inscripción en latín de la tumba del rey Arturo en Ávalon. Es la última frase del libro de T. H. White.

—¿Y el resto?

—Una especie de acertijo.

—¿Dirigido a quién?

—A mí, supongo —dijo Holliday—. Era mi libro favorito. Henry sabía que un día u otro regresaría a por él. —Hizo una pausa, y luego añadió en voz baja—: después de su muerte.

—¿Y tienes alguna idea de lo que significa?

Holliday susurró el acertijo para sí, luego se retiró unos pasos de la biblioteca, contemplando el conjunto de las obras para niños.

—La historia contada está representada en todos estos libros. Tu infancia y la mía.

—¿Y el tesoro que se oculta debajo? —preguntó Peggy.

—Pero debajo no hay nada —dijo Holliday—. Solo más libros.

—¿Y en el sótano, bajo el entarimado?

—Jamás en mi vida vi a Henry clavar un clavo, así que aún menos iba a levantar el suelo —resopló Holliday—. No era su estilo.

Holliday contempló las estanterías. Saltaba a la vista que habían sido hechas a medida, y que habían sido acomodadas al ancho de la casa mientras esta era construida, algo que había sucedido varias décadas antes de que el tío Henry pensase siquiera en ocuparla. Eran como una hilera de estrechos arcos góticos, la clase de gabinetes exóticos de los que tan orgullosos se sentían los últimos victorianos, en especial en un pueblecito como Fredonia, lleno de casas semejantes a la de Henry Granger. Cada estantería tenía ocho baldas que iban del techo al suelo, salvo en el vértice de los arcos y en el plúteo protector inferior, que se recogía de un modo tan pintoresco como decorativo.

Holliday volvió a echar un vistazo al acertijo:

—«... pues es vuestra misión buscar y la mía saber».

Peggy fue la primera en verlo:

—La balda de protección —dijo, postrándose de hinojos. Recorrió con los dedos por el trozo de madera, de unos diez centímetros de alto, presionando ligeramente cada pocos centímetros. En el centro del protector la presión provocó un audible chasquido y la madera se desplegó unos dos centímetros a causa de algún resorte.

—Un cajón secreto. —Se asombró Holliday.

—¿El escondrijo del tío Henry? —dijo Peggy, dedicándole a Holliday una pícaro sonrisa.

—Ábrelo —replicó este.

Así lo hizo. El cajón tenía el mismo fondo que la estantería, unos veinte centímetros, de un extremo al otro. Estaba forrado de un satén viejo y gastado, que quizá había sido púrpura cien años atrás, pero que ahora se había difuminado en un tono berenjena pálido. Solo había un objeto en el cajón. Estaba envuelto en un banderín de seda roja, negra, dorada y blanca, tan inconfundible como la daga de la mesa.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Peggy, horrorizada.

—Es el *Standarte des Führers und Obersten Befehlshabers der Wehrmacht* —dijo Holliday, trabándose con el alemán—. El estandarte personal de Adolf Hitler. Su bandera de batalla. —Hizo una pausa—. Veamos cuál es el «tesoro» que esconde. —Tímidamente, Peggy desenvolvió la cubierta de seda.

—Sorprendente —susurró esta.

—Una espada —dijo Holliday, mirando el objeto que descansaba en el compartimento secreto—. La espada de un cruzado.



LA espada medía cerca de un metro, tenía el guardamano en forma de cruz y un pomo liso y redondeado. La empuñadura parecía haber sido recubierta con cuero viejo, barnizado, pero por debajo, y debido a la inevitable corrosión del tiempo, se podía ver una especie de cobertor de alambre. La hoja apenas llegaba a los setenta centímetros, tenía doble filo y un surco burilado en la superficie, que se elevaba suavemente en la mitad de la hoja y descendía hasta la empuñadura con el tético propósito de permitir que la sangre rival resbalase la espada.

—¿La espada de un cruzado? —inquirió Peggy—. La verdad es que no me lo parece para nada...

—El nombre técnico es espada normanda, o espadín —dijo Holliday—. Era el equivalente a una pistola de seis balas en el Salvaje Oeste: un arma de cabecera para el día a día. Los agentes de la policía llevan pistolas, los caballeros medievales llevaban esto. Debe de ser la espada a la que se refería Broadbent.

—Pensaba que las espadas eran más llamativas.

Holliday se inclinó y cogió el arma, junto con el estandarte de la Segunda Guerra Mundial y todo lo demás. Había una pequeña etiqueta en la bandera: *Kuhn & Hupnau-München*. Se volvió, y sin deshacerse de la espada se dirigió nuevamente al escritorio del tío Henry, depositándola allí con sumo cuidado, empleando ambas manos. Tenía una belleza casi obscena, envuelta en aquel espantoso rebujo de seda. Un resplandeciente artefacto ideado para matar. Mil años la contemplaban, pero era tan letal ahora como lo fue entonces.

—Resulte o no llamativa, lo cierto es que la espada perteneció a un hombre pudiente —dijo, examinándola atentamente bajo el cono de luz.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Peggy.

—Es acero de Damasco —replicó.

—¿Y eso qué es?

—¿Ves la textura acuosa de la hoja? —dijo Holliday, señalando el rastro ondulante que recorría el metal, idéntico al que deja el aceite de moiré—. El acero de Damasco se fabricaba con un hierro especial importado de la India y, posteriormente, de Persia. Solo algunos de los mejores fabricantes de espadas sabían utilizarlo. Formaban poco menos que una sociedad secreta. Durante la forja, el metal era doblado una y otra vez, en ocasiones hasta cincuenta o cien veces, como se hace con las catanas japonesas. El resultado final era una hoja tan fuerte y afilada que podía atravesar cualquier clase de armadura o cota de malla. Si la empleabas con la debida destreza, podías cortar literalmente a un hombre en dos mitades. Hay quien asegura que era lo bastante fuerte como para cortar incluso una roca.

—¿Como la espada alojada en la piedra?

—Probablemente ese es el origen de la historia.

—Damasco es la capital de Siria. ¿Acaso un cruzado podía adquirir una espada forjada por sus enemigos?

Holliday rio:

—No te engañes. Había tantos negocios con el enemigo en esa época como los hay ahora. Las guerras siempre han tenido como principal motivación el dinero. El petróleo de la Standard Oil de Nueva Jersey sirvió para fletar los submarinos nazis en el Atlántico hasta que sucedió lo de Pearl Harbour. —Sacudió la cabeza—. La pregunta que ahora debe concernirnos es de qué modo consiguió el tío Henry la espada, y por qué tanto secretismo al guardarla.

—Quizá deberíamos preguntarle a alguien.

—¿A quién? —preguntó Holliday—. No es que tuviera muchos amigos. Al menos, que sigan vivos.

—¿Y qué hay de la universidad? —sugirió Peggy—. Quizá haya alguien allí...

—Era profesor emérito. Ya no impartía clases. Creo que dirigía las tesis de unos cuantos estudiantes de Doctorado, pero eso es todo.

—Aun así... —dijo Peggy.

Holliday echó un vistazo a su reloj. Eran las cinco en punto. Probablemente, demasiado tarde para que pudiera haber alguien en la escuela. Miró la espada. Sabía muy bien que, por lo general, un artilugio de tan buena calidad y condición hubiera tenido un lugar de privilegio en la colección de cualquier museo. Era el sueño de todo coleccionista. De hecho, era más que posible que un experto llegara a identificar al herrero que la había fabricado; la mayor parte de los forjadores tenían un «corte» propio, o sello distintivo, acuñado en alguna parte de su obra. ¿Por qué Henry había decidido ocultar la espada a las miradas ajenas? Una creciente curiosidad se fue apoderando de él.

—Podemos probar. —Tras dejar la espada donde estaba, ambos abandonaron la casa; Holliday cerró cuidadosamente la puerta principal al salir.

—¿En tu coche o en el mío? —preguntó Peggy. Había alquilado un vehículo a través de la agencia Hertz en las cataratas del Niágara, mientras que Holliday llevaba un Sedán marrón Crown Victoria que había tomado prestado del garaje de West Point. Tenía la suspensión de un tanque, pero carecía de radio y de posavasos.

—El tuyo —respondió Holliday.

El campus principal de la Universidad Estatal de Nueva York se hallaba a menos de un kilómetro al norte de la mansión de Hart Street. El lugar era agradable, menudeaban los árboles y el ambiente moderno: un buen número de los edificios llevaba la inconfundible marca del arquitecto I. M. Pei, un diseñador americano de origen chino que mostraba una especial predilección por los cubos y los rectángulos, lisos y sin atributos, a menudo más semejantes a estudios tridimensionales de geometría que a edificios propiamente dichos. En cierta ocasión, alguien calificó sus

obras de «fortaleza arquitectónica». A Holliday, más bien, se le antojaban simples formas extraídas al azar de los bloques de madera que los niños empleaban en sus juegos.

El departamento de Historia estaba situado en el Thompson Hall, un achaparrado bloque de ladrillos rectangular con una prominente ala en cada extremo. Holliday y Peggy atravesaron una serie de pasillos apenas iluminados, pese a los ventanales que los flanqueaban.

—Recuerdo haber estudiado lugares como este en Sociología —murmuró Peggy, mientras avanzaban por otro desértico pasillo—. La idea era diseñarlos a prueba de disturbios. Escaleras estrechas, mala iluminación, ascensores lentos. —Resopló—. ¿Pero quién provoca disturbios en las universidades hoy en día? Ahora, todos los alumnos son estudiantes de Economía. Ya no hay sexo, ni drogas, ni siquiera *rock and roll*. Solo cerveza y fútbol.

—No te engañes —sonrió Holliday—. Todavía hay mucho sexo, drogas y *rock and roll*, incluso en West Point.

—Me dejas helada —musitó Peggy, fingiendo espanto—. ¿Quieres decir que el Ejército entre los Ejércitos fuma maría?

—Y eso no es nada —replicó Holliday—. Piensa en los lugares a los que el Ejército envía a sus soldados: Vietnam, Panamá, Irak, Afganistán; todos ellos son paraísos de la droga.

—Eres de lo más cínico.

—El consumo de heroína se incrementó en los Estados Unidos casi en un doscientos por cien durante el Vietnam. —Contraatacó Holliday—. Por supuesto que soy cínico.

Localizaron el departamento de Estudios Medievales en la tercera planta. Los despachos circundaban el área de recepción, que se encontraba situada en el centro, atendida por una secretaria. El nombre que había en la placa de la mesa identificaba a la secretaria como Caroline Branch. Era un nombre de lo más adecuado: la mujer se antojaba tan delgada y endeble como una ramita<sup>[1]</sup>. Parecía frisar en los cincuenta y tantos o los sesenta y pocos años. Probablemente había sido bastante bonita tiempo atrás, casi tan guapa como una modelo, pero los años no habían pasado en balde. Los pómulos altos ahora despuntaban como las hojas de un hacha, su cuello era demasiado enjuto, las arrugas quedaban ocultas por un pañuelo colorido, los pequeños pechos eran imposiblemente simétricos, lo que delataba un sujetador de relleno. Su peinado era el cardado típico de los setenta: algunos mechones grises salpicaban lo que una vez hubo de ser un adorable color caoba, aunque ahora no era más que simple castaño.

Sus manos tenían dedos largos y elegantes, sin adornos, y unas cuantas venillas abultadas y retorcidas despuntaban entre algunas manchitas producidas por la edad. No había pulseras en sus muñecas. Daba la impresión de que siempre había ejercido como secretaria. Holliday se presentó a sí mismo y luego hizo lo propio con Peggy.

La señorita Branch se mantuvo imperturbable; no mostró siquiera el simbólico gesto de simpatía que tendría que haber suscitado la muerte del tío Henry. Holliday podía percibir el tenue y acre olor a tabaco en el pelo de la mujer, y cierto aroma dulzón en su aliento, que procedía indudablemente del consumo de alcohol. Fumadora secreta y adicta al jerez, si no erraba el tiro.

—Queríamos saber si es posible visitar la oficina del profesor Granger —dijo Holliday.

—Nos gustaría recoger algunos de sus efectos personales —añadió Peggy.

—Es muy tarde —protestó la secretaria. Dirigió una mirada que no admitía dudas al reloj que llevaba en la muñeca derecha, una pieza de enorme esfera y aire masculino—. Ya estaba a punto de irme.

—No tardaremos mucho —prometió Holliday.

—Si quiere, nosotros podemos encargarnos de cerrar —se ofreció Peggy.

La señorita Branch pareció sentirse insultada:

—Me temo que no podría permitir algo así —espetó.

—¿Llevaba mucho tiempo como secretaria del profesor? —quiso saber Holliday.

—Ayudante administrativo —le corrigió la mujer, cortante.

—Ayudante administrativo —repitió Holliday.

—He trabajado en la universidad durante cuarenta y tres años. Vine aquí directamente de la academia Albany —dijo la señorita Branch remilgadamente.

Cuarenta y tres años. Finales de los sesenta, principios de los setenta, lo que concordaba con el estilo de su peinado. La academia Albany era casi tan antigua como West Point, aunque allí eran las hijas de los ricos y poderosos del estado de Nueva York quienes sufrían la tutela de sus maestros hasta que se consideraba prudente dejarlas volar por su cuenta. Daba la impresión de que, una vez transferida a la Universidad Estatal de Nueva York, la mujer se había transmutado en piedra, como un insecto en una gota de ámbar. Resultaba extraño que hubiera ido allí a trabajar, en lugar de recibir clases; había más cosas en la señorita Branch de las que el ojo alcanzaba a ver.

—¿Estuvo todo el tiempo con el abuelo Henry? —preguntó Peggy.

—Yo no estuve *con* su abuelo, señorita Blackstock. Trabajaba para él. —No había la menor señal de deferencia en su voz; tras cuarenta y tres años, probablemente conocía más trapos sucios que nadie en toda la universidad. Había llegado a ese punto de cocción profesional en que no precisaba de aval alguno para ejercer su trabajo: como perfecto sustituto tenía los cotilleos. Holliday sonrió para sí. El buen uso del conocimiento ajeno podía abrir cualquier puerta.

—¿Podemos entrar en la oficina? —insistió cortésmente Holliday. La señorita Branch le dedicó una mirada larga y firme.

—Si no queda otra... —dijo, transigiendo. Abrió el cajón central de su escritorio, sacó un manojito de llaves y se levantó. Holliday y Peggy la siguieron hasta la puerta cerrada de una oficina situada en el extremo opuesto de la sala. Una pequeña banda

de plástico decía simplemente: Dr. Henry Granger. La señorita Branch introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró en la oficina.

—No tardaremos —prometió Peggy.

—Eso espero —dijo la señorita Branch. ¿Tendría que dar de comer a sus gatos? ¿Era el día de la colada? Holliday le dedicó una sonrisa diplomática al pasar.

Entraron en la oficina. Era enorme y espaciosa, con una pared cubierta de estanterías de roble en tono claro, otra con fotografías enmarcadas, y una tercera con un abarrotado tablón de noticias. Sorprendentemente, la cuarta pared tenía una ventana.

La oficina asomaba al sendero que circunvalaba la universidad en dirección a Maytum Hall, uno de los edificios construidos por I. M. Pei, aunque la geometría en este caso consistía en un semicírculo de hormigón con estrechas ranuras de vidrio a intervalos regulares. A Holliday se le antojó una versión desmesurada de uno de los búnkeres de hormigón que Rommel había ordenado levantar en la cabeza de playa de Normandía.

La distancia entre el Thompson Hall y el semicírculo de hormigón se veía jalonada por un césped perfectamente manicurado, el sendero de grava, que adquiría una suave curva, y los árboles plantados aquí y allá para evitar que la simetría resultara abrumadora.

Peggy examinó la pared engalanada de fotografías, y Holliday se sentó tras el moderno escritorio. Tenía incluso un ordenador personal. Trató de encenderlo, pero estaba protegido con una contraseña. Abrió el cajón central y encontró una agenda, que comenzó a hojear.

—Qué foto más rara —murmuró Peggy, inclinándose hacia la pared para ver mejor.

—¿A qué te refieres por rara? —preguntó Holliday, aún repasando la vieja agenda.

—Es una foto en la que aparecen tres tipos, el abuelo Henry entre ellos: sale en un extremo, vestido con ropas de paisano. Los otros dos llevan ropas de uniforme. Del ejército, creo. Británico. Por lo que se ve por detrás, diría que fue tomada en algún lugar del norte de África. Quizá El Cairo. Podría ser Alejandría.

—¿Y? ¿Qué tiene de raro? Henry era un erudito del mundo medieval. Viajó por todo el mundo.

—La inscripción dice: «Derek Carr-Harris, Leonard Guise, Donald Mitchie, abril 1941». Luego la palabra «Cartero Real», con «C» y «R» mayúsculas.

Holliday siguió revisando la agenda. Había una entrada para un D. Carr-Harris en Gran Bretaña, pero nada relativo a Guise o Mitchie.

—Qué interesante. Me atrevería a decir que lo de «Cartero Real» es un nombre en clave. Pero no estábamos en guerra en abril del cuarenta y uno. ¿Qué hacía Henry codeándose en Egipto con un par de británicos de uniforme ocho meses antes de Pearl Harbor? Empezó en la OSE, la Oficina de Servicios Estratégicos. La OSE no

estuvo siquiera organizada hasta junio o julio de 1942.

—«Más y más curioso», como dijo Alicia al caer en la madriguera del conejo —musitó Peggy, mirando a la siguiente foto que colgaba de la pared—. Aquí hay otra en la que salen Carr-Harris y el abuelo Henry. Ninguno de ellos viste uniforme.

—¿De qué se trata? —preguntó Holliday, mientras seguía rebuscando en el cajón. Encontró el pasaporte del tío Henry y comprobó las fechas. Aún tenía validez. Había cuatro sellos en la última página: uno para entrar en Canadá desde las cataratas del Niágara, un sello de entrada en el aeropuerto de Heathrow en Londres dos días después, y otro sello de entrada en Frankfurt fechado una semana más tarde. El último sello mostraba su reingreso en los Estados Unidos tres semanas después de su entrada en Alemania. Todos los sellos se remontaban a tres meses atrás.

—Están en una habitación enorme con un ventanal gigantesco por el que podría pasar un aeroplano. Se ven algunas montañas al fondo —dijo Peggy, describiendo la foto.

—¿Hay alguna inscripción?

—Sí. Dice «Berghof, 1945».

—¿Bromeas? —Holliday se incorporó de un salto y se dirigió hacia la pared donde colgaban las fotos. Miró por encima del hombro de Peggy y se detuvo a observar la fotografía. El tío Henry y Carr-Harris no eran más que dos siluetas, insignificantes en aquel cuarto grotescamente desproporcionado en el que se hallaban. La verdad es que era enorme. Los picos nevados de los Alpes de Salzburgo se distinguían perfectamente en la distancia.

—Refréscame la memoria: ¿dónde está Berghof? —preguntó Peggy.

—No es dónde, sino qué —explicó Holliday—. Berghof era el nombre de la casa de verano que Adolf Hitler tenía en Baviera, la que mencionó Broadbent. El Führer intentaba mostrarse como el hombre del pueblo. Significa «La granja de la montaña».

—Lo cual explica la bandera en que estaba envuelta la espada —comentó Peggy—. ¿Pero qué tenía que ver el abuelo con ese inglés? ¿Qué tenía que ver con aquel lugar, en realidad? —hizo una pausa—. Creía que el abogado había dicho que su padre y el abuelo Henry estaban juntos cuando encontraron la espada.

Holliday asintió:

—Yo también lo creía.

—¿Entonces? ¿Dónde está?

—Creo que por hoy son demasiadas preguntas acerca de Henry, y todavía no tenemos suficientes respuestas.

—¿Qué vamos a hacer, entonces?

—Seguir preguntando —contestó Holliday.

**H**OLLIDAY salió de la oficina. La señorita Branch, la secretaria, estaba sentada ante el escritorio. Un enorme bolso descansaba junto al monitor de su ordenador, ahora oculto bajo una cubierta de plástico. La mujer estaba leyendo un libro de tapa dura cuya portada era de un color verde claro. Parecía muy viejo; Holliday no alcanzaba a ver el título. La señorita Branch levantó la vista y cerró el libro, metiendo el dedo índice entre las páginas para no perder por dónde iba.

Holliday vio la portada. Había un dibujo de una jovencita muy guapa cuyo largo pelo caoba enmarcaba la tela de la sobrecubierta. Debajo había un título grabado en un oro desvaído: *Ana de las tejas verdes*, de L. M. Montgomery. Sorpresa, sorpresa: por lo visto, aquella árida alma que la secretaria demostraba tener guarecía a toda una muchachita romántica. El ejemplar que sostenía entre sus manos era el que cualquiera hubiera podido encontrar en el estante de libros para niños del tío Henry.

—¿Sí? —dijo la señorita Branch.

—Según su pasaporte, mi tío viajó a Canadá hace unos meses.

—Así es. En marzo.

Ni siquiera había tenido que consultar su agenda. Interesante.

—¿Sabe adónde fue?

—A Toronto.

—¿Y sabe por qué?

—Sí —dijo la señorita Branch—. Fue a visitar a un colega que trabaja en el Centro de Estudios Medievales de la Universidad de Toronto, el doctor Braintree.

—¿Y después de eso fue a Inglaterra y Frankfurt?

—Sí.

—¿Por algún motivo en particular?

—Por supuesto —dijo la señorita Branch, con voz crispada—. Fue a la comida para antiguos alumnos.

—¿Qué comida?

—La que se celebra en el Balliol College de Oxford. Es una comida que tiene lugar cada dos o tres años y a la que asisten los miembros más antiguos de la escuela.

—¿Se fue a Inglaterra solo para celebrar una comida? —preguntó Holliday.

—Tenía muy buenos amigos en Oxford —dijo la señorita Branch.

—¿Alguno en especial?

—No sabría decirle. —Aquella respuesta había sonado ciertamente gélida.

—¿Y qué hay de Frankfurt?

—¿Me está preguntando si conozco el motivo por el que el profesor se marchó a Alemania?

—Sí.

—No tengo la menor idea —dijo la señorita Branch. Se envaró en su silla ergonómica de diseño—. Y tampoco estoy segura de que me esté gustando este interrogatorio.

—Lo lamento —se excusó Holliday—. No quería darle esa impresión.

—Pues me temo que así ha sido.

Holliday hizo una pausa. Algo sobrevolaba su subconsciente. Más de un año atrás, a Henry le habían diagnosticado una degeneración macular todavía en estado incipiente: sus ojos, en definitiva, comenzaban a fallarle. Por propia voluntad decidió dejar de conducir. Trató de visualizar a su tío subido en un autobús Greyhound. Aquello no le cuadraba.

—¿Cómo llegó hasta Toronto?

—Yo le llevé en coche hasta Buffalo —dijo la señorita Branch—. Cogió el tren de la tarde.

El color le subió a las mejillas, y pestañeó ligeramente. Aferró el libro en su regazo como un marino a punto de ahogarse se hubiera agarrado a los restos de un naufragio. Aquello casi contribuía a darle una apariencia de delicado recato: a Holliday le recordó a un cervatillo paralizado por los faros de un coche. Por un instante, la distancia del tiempo desapareció, y repentinamente Holliday comprendió lo que sucedía. El telón se descorrió, la niebla se levantó, el velo cayó ante sus ojos, y todo le fue revelado.

Por supuesto.

El viejo ejemplar de *Ana de las tejas verdes* procedía casi sin lugar a dudas de la librería del tío Henry. Ambos habían sido amantes, o lo fueron tiempo atrás.

Aquello podía antojarse un poco extraño. —Y quizá incluso alcanzaba los niveles más altos en la escala de valores *puagh* de Peggy—, pero no tanto si uno se remontaba a la llegada de la joven Caroline Branch a Fredonia cuarenta y tres años atrás, y pensaba en cómo sería aquella chica educada en la academia Albany en un momento de su vida en que su provisión de hormonas se hallaría en plena ebullición.

Holliday realizó un rápido cálculo: mediados de los sesenta, el auge de la filosofía Playboy, del Verano del Amor y demás paparruchas que se soltaban sin reparos para impresionar a la gente; debía de tener diecinueve o veinte años, y no costaba nada imaginarla fresca como una margarita. El tío Henry, por su parte, debía frisar en los cuarenta, y era de suponer que reproduciría a la perfección la imagen del profesor desenfadado y desenvuelto sempiternamente aferrado a su pipa, quizá incluso con unos distinguidos mechones engalanando sus sienes. Un Hugh Hefner con formación académica.

Durante todo aquel tiempo fueron profesor y alumna, al menos hasta que aquello duró, y quizá algo más que eso. No sería la primera vez en el mundo académico que un profesor se acostaba con una estudiante. Henry nunca había estado casado, y, por lo que el nombre que asomaba a la placa de su escritorio dejaba intuir, tampoco lo



había estado la señorita Branch. Quizá se tratase de una historia de amor a la antigua usanza. Holliday miró a la secretaria con otros ojos.

—¿Alguna otra pregunta? —preguntó rígidamente la señorita Branch, quizá leyéndole vagamente el pensamiento.

—Ahora mismo no.

—La verdad es que se está haciendo bastante tarde —cortó la mujer, sin rodeos.

—No nos quedaremos mucho más tiempo.

Holliday volvió sobre sus talones y regresó a la oficina, cerrando la puerta a su espalda. Peggy estaba sentada frente al ordenador de Henry, tanteando en el teclado a ver si daba con la contraseña.

—Prueba con «Caroline» —dijo Holliday, tratando de no levantar la voz.

—¿Qué? —preguntó Peggy con el ceño fruncido.

—La contraseña. Prueba con «Caroline».

—Pero...

—Luego. Venga, pruébalo.

Peggy le miró un momento, pero finalmente escribió el nombre en la ventana de texto correspondiente y pulsó la tecla intro.

—Nada —dijo. Pareció casi aliviada.

—Prueba con «Caroline Branch», pero todo como una sola palabra —le indicó. Peggy obedeció. Miró de hito en hito la pantalla.

—Que me zurzan —susurró—. Ha funcionado.

—Creo que tiempo atrás fueron amantes —explicó Holliday en el mismo tono de voz.

Peggy resopló.

—¡Vaya con el abuelo, menudo viejo verde!

—¿Qué archivos han aparecido?

—Los típicos. Parece haber bastantes tareas guardadas en la carpeta de Mis Documentos. Hay una carpeta con el nombre «Cartas», otra titulada «Gastos»... «Estudiantes de Posgrado»... «Tutorías». Nada que se salga de lo ordinario. Al menos, nada que tenga que ver con espadas. —Levantó la vista hacia Holliday—. Porque imagino que eso es lo que estamos buscando...

—¿Hay alguna cuenta de correo electrónico?

—¿El abuelo Henry usando un *email*? Venga ya.

—¿El abuelo Henry liado con la señorita Branch? —Holliday sonrió.

—Tú ganas —dijo Peggy—. Lo comprobaré. —Presionó varias teclas—. Tienes razón. Hay una cuenta de Hotmail: eruditomedieval99@hotmail.com.

—¿Cuál es el último mensaje que envió?

—Fue a eruditomedieval123@hotmail.com —respondió Peggy—. Hace una semana.

—¿Con qué asunto?

—Es para agradecer la respuesta que le dio el individuo 123. El asunto del

mensaje original es «PREGUNTA».

—¿Y qué dice?

—Dice: «Querido Henry, como te sugerí en la visita que me hiciste, parece que el problema que tienes entre manos es una mezcla aún en estado preliminar del tipo Libro/Cifrado Pigpen/Caligrafía Elian, pero sin saber cuál es la clave me temo que resulta del todo indescifrable. Ninguno de los libros que he podido examinar hace una sola mención al tema. Hay un tipo en Jerusalén llamado Raffi Wanounou que lo sabe todo acerca de los castillos de los cruzados; tal vez él pueda darte algunas pautas. Trabaja en el instituto. Créeme que lamento no poderte ser de más ayuda. Me alegró mucho verte el pasado marzo. Espero que te fuera bien con Donald. Manténme al corriente». Lo firma Steven Braintree. —Peggy arrugó la cara—. ¿Existe el apellido Braintree?

—Es un barrio de la ciudad de Boston. John Quincy Adams nació allí —dijo Holliday—. Por lo visto, este Braintree en particular es profesor en la Universidad de Toronto.

—¿Qué es todo eso de Libro/Cifrado Pigpen/Caligrafía Elian? —Peggy frunció el ceño—. Parece pura jerga.

—Creo que se refieren a un código —replicó Holliday—. ¿Has leído un libro de Ken Follett llamado *La clave está en Rebeca*? Rodaron una versión para la tele en los ochenta, con Cliff Robertson.

—No es de mi época.

—En ella, una novela de Daphne du Maurier titulada *Rebeca* servía para establecer un código secreto.

—Laurence Olivier y Joan Fontaine. 1940. Alfred Hitchcock.

—¿Los cuarenta son tu época?

—Por supuesto. —Peggy sonrió de oreja a oreja—. Todo el cine negro. La luz es maravillosa, y todo el mundo fuma.

—Pensaba que lo habías dejado.

—Así es. Más o menos.

Holliday suspiró. Una vez más, Peggy se salía por la tangente. Trató de centrarla en la charla:

—*Sea como sea*, el libro de du Maurier se usaba para desentrañar el código. Creo que es a eso a lo que el correo se refiere cuando Braintree habla del «Libro». Uno de los códigos masónicos más conocidos recibe el nombre de «pigpen», o «zahúrda», lo que en cierto modo encaja con la espada. Lo que no sé es a lo que se refiere con «caligrafía Elian».

—¿Pero qué interés podía tener el abuelo en los códigos?

—Que yo sepa, ninguno —dijo Holliday, sacudiendo la cabeza.

Tras pasar varios minutos más revisando los archivos del tío Henry sin lograr dar con nada se rindieron a la evidencia, y decidieron iniciar la retirada bajo las descargas de artillería psíquica que la señorita Branch les enviaba desde el otro lado de la

puerta. Regresaron en coche a la casona de Hart Street, y pasaron las dos horas siguientes registrando el estudio del tío Henry y cualquier otro sitio que se les ocurría, buscando algo que pudiera servir para arrojar algo de luz sobre la espada que habían hallado envuelta en la bandera y las razones por las que Henry Granger había decidido ocultarla con tanto cuidado, para lo cual no se olvidaron de realizar un atento examen de la correspondencia que se guardaba en el escritorio del anciano. De todo cuanto hallaron en su búsqueda, lo único que podía tener algún interés fue la invitación que Henry había recibido para asistir al almuerzo del maestro en el Balliol College, pues en el reverso de la hoja alguien había garabateado un oscuro mensaje:

Oxford 4:20 Abingdon Express-40  
autobús/tren de Reading/en Reading  
dirección Carmarthen cambiar  
Newport en Llegadas Wales-Holyhead  
a Leominster, allí te recogerán. No taxis.  
L'Espoir, Lyonshall, Kingston, Herts.  
44-1567-240-363

—Son las indicaciones para llegar desde Oxford a Leominster, en Herefordshire —dijo Peggy, pronunciando la localización como «Lemster»—. Sé que se pronuncia así porque en cierta ocasión un galés me corrigió.

—Hay un lugar en Massachusetts con el mismo nombre —dijo Holliday—. Lo pronuncian «Lemon-Stir», y es la cuna de las gafas de sol Foster Grant y del auténtico flamenco de plástico rosa.

—Tu cerebro tiene que ser un lugar muy raro —dijo Peggy, riendo.

—En mi trabajo uno tiende a abarrotar la cabeza de demasiadas cosas irrelevantes. Por ejemplo, los caballos. ¿Sabías que Adolf Hitler tenía un pura sangre llamado *Nordlicht*, o «Luz del Norte», que murió en una plantación de Louisiana en 1968? ¿O que George Armstrong Custer montaba un caballo llamado Victoria en la batalla de Little Big Horn, y no Comanche, como se suele decir? ¿O incluso que Teddy Roosevelt fue el único miembro del clan de los Rudos Jinetes que iba a caballo en la colina de San Juan?

—Y apuesto lo que sea a que sabes su nombre —dijo Peggy.

—Pues claro —sonrió Holliday—. Se llamaba Little Texas. Para cuando llegaron a la colina de San Juan, el caballo estaba derrengado, así que Roosevelt desmontó e hizo la carga a pie —rio—. Aunque, si te digo la verdad, lo que pienso es que aquello tenía más de lavado de imagen que otra cosa; de cara a la prensa, no hubiera quedado muy bien ser el único del grupo que iba montado a caballo.

—Bueno, ya basta de historia —resopló Peggy, levantando las manos en señal de rendición—. Vamos a comer.

—¿Otra vez al Gary's Diner? —replicó Holliday.

—Probemos algo más *chic* —sugirió Peggy.

*Chic*, en Fredonia, Nueva York, significaba la Posada Blanca, o lo que era igual: una hacienda de un tamaño desproporcionado, hecha con listones de madera, de mediados del siglo XIX, dotada de un sobrecargado pórtico de columnas y una verja de hierro forjado que le hacía parecer un remedo de su tocaya de Washington, D. C. Según Peggy, en el salón de la Taberna Blanca servían un increíble Martini al chocolate, y en el comedor unos filetes de costilla de primera. Peggy se decantó por las costillas, en tanto Holliday pidió brotes de espinaca y gambas.

—¿Seguro que no quieres costillas? —preguntó Peggy—. Eso que tienes en el plato parece un aperitivo.

Holliday miró el enorme trozo de carne del que Peggy iba dando cuenta alegremente. Parecía suficiente para alimentar a un ejército, y más servido junto a una gigantesca patata asada que naufragaba en mantequilla y crema, aparte del acompañamiento de habas y ensalada. Se metió un buen trozo de carne en la boca, luego arrancó un pellizco de un panecillo y lo usó para rebañar un pequeño charco de *au jus* que se estaba abriendo paso peligrosamente hasta la patata asada y la salsa, arrastrando a su vez algunos tropezones de mantequilla.

Holliday trinchó una gamba.

—Tú eres joven. Yo ya estoy mayor. Tengo que vigilar mi silueta.

—Yo soy como un colibrí —dijo Peggy, escarbando en su patata asada—. Debo comer mi propio peso cada día o me desintegro. —Se llevó a la boca algunas habas—. Y no estás mayor, Doc. Eres distinguido.

Holliday la miró con afecto. Enfundada en unos vaqueros y una camiseta, hasta podía pasar por una chica recién llegada a la universidad. Él, por contraste, tenía el pelo salpicado de canas, en las que ya empezaba a haber más blanco que negro, usaba gafas para leer, llevaba productos del Dr. Scholl's en sus zapatos y de vez en cuando sentía el inquietante calambre de la artritis en sus articulaciones. Para Peggy la existencia consistía en ascender por la mañana de la vida, mientras que Holliday se deslizaba lentamente hacia los primeros estertores del atardecer; entre una cosa y la otra había un mundo de diferencia.

—A ti te es fácil decirlo —replicó Holliday, nostálgico. ¿Quién fue el que dijo que la juventud era un bien que se malgastaba en los jóvenes? George Bernard Shaw.

—¿Cómo? —preguntó Peggy.

—Nada —dijo Holliday.

Peggy cogió otro trozo de carne del plato.

—Hablando de vejez, ¿qué deberíamos hacer con lo que sabemos del abuelo Henry y la secretaria?

—No siempre fue viejo.

—No la mencionó en su testamento.

—No me sorprende. Un testamento es un documento público, y la discreción, por lo que se ve, es sumamente importante para ella. —Se encogió de hombros—.

Aparte, puede que él ya le diera su parte.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba leyendo un ejemplar de *Ana de las tejas verdes* cuando llegamos a la oficina.

—¿Y?

—Se trataba de una primera edición.

—¿Piensas que fue el abuelo quien se lo dio?

—Es probable —asintió—. ¿Usas aún tu Blackberry?

—Si no te importa, responde al nombre de «asistente personal digital» —sentenció Peggy con displicencia, removiendo lo que quedaba de las costillas en un generoso charco de salsa de rábano—. Y a veces al de «Crackberry», dadas sus propiedades adictivas.

—¿La llevas encima?

—Siempre —asintió Peggy. Dejó el tenedor, rebuscó en el viejo zurrón estilo vaquero que empleaba como bolso y, por fin, sacó el pequeño rectángulo liso de plástico negro.

—Mira a ver cuánto puede valer una primera edición de *Ana de las tejas verdes*.

Peggy tecleó con presteza, empleando los pulgares en lugar de los dedos. El aparato le recordaba a Holliday a aquellas omniscientes piezas negras, carentes de rasgos, de la película épica espacial *2001*. Salvo, pensó, por el hecho de que el año 2001 ya había quedado atrás, la pieza cabe en una mano, y esta vez *nosotros* somos los monos.

Los ojos de Peggy se abrieron de par en par.

—Doce mil quinientos dólares —musitó, sobrecogida.

—¿Qué te dije? —repuso Holliday. Comió otra gamba—. Es posible que el libro de *Ana* no sea lo único que el abuelo le dio.

—Eso ha sonado como un chiste de los hermanos Marx.

—Lo digo en serio.

—Debía importarle —dijo—. Me pregunto por qué nunca formalizaron lo suyo.

—Puede que ella no quisiera casarse. O a lo mejor a él le resultaba más cómodo dejar las cosas como estaban. —Holliday se encogió de hombros—. Probablemente nunca lo sepamos. Si un niño nunca llega a conocer por completo a sus padres, imagina cómo será en el caso de sobrinos y abuelos.

—¿Entonces qué hacemos? Acerca de la espada y todo eso, quiero decir.

—No estoy seguro. Lo que sí sé es que la espada debería estar en un museo. Bueno, si lo prefieres también podemos venderla. Valdrá mucho más que *Ana de las tejas verdes*, no te quepa la menor duda.

—No necesito el dinero.

—Yo tampoco —dijo Holliday.

—¿Por qué no la donamos al museo en nombre del abuelo? —sugirió Peggy.

—Buena idea. —Acordó Holliday.

—¿Y la casa?

—¿Te refieres a venderla?

—Tengo un apartamento de tres habitaciones en Nueva York en el que apenas paro. Tú vives en West Point. Somos los únicos herederos. No me quedaría espacio ni para la mitad de las cosas.

—Ídem.

—¿Por qué no lo subastamos?

—Me parece bien —respondió Holliday, aunque odiaba la idea de tener que elegir entre las posesiones de su tío; la Historia, con mayúsculas, era una cosa pero la historia personal era otra muy distinta. Se preguntó si debía decirle a la señorita Branch, obviamente con sumo tacto, que si lo deseaba no había problemas en que acudiera a recoger lo que quisiera de la casa. Pero tal vez era mejor no remover las cosas.

—Invítame de postre a uno de esos Martinis al chocolate que sirven en el salón, y luego vamos a la casa y nos pensamos qué queremos quedarnos y qué queremos dejar. ¿Te parece?

—Trato hecho —aceptó Holliday. Dos espumosos, demasiados cócteles dulces y una Heineken de cuello largo después, ambos se encaminaron a Hart Street, a varias manzanas de distancia en la otra parte del arroyo de Canadaway.

Ya casi había oscurecido del todo cuando giraron por Forest Place y se abrieron paso por el breve callejón sin salida junto al que se asentaba la casona de Henry Granger. Las luces estaban encendidas en las pocas viviendas que había en aquella calle a la que flanqueaban dos hileras de árboles, y soplaba una suave brisa, lo que al menos contribuía a aplacar vagamente el calor del incipiente verano.

—Me encanta este olor —murmuró Peggy, dichosa, cuando aparcaron el coche de alquiler en la calzada—. Alguien está quemando hojas.

Aquello no encajaba.

—¿En julio? —dijo Holliday. Llegaron hasta el muro de piedra que se alzaba frente a la casa del tío Henry y doblaron para subir por el arcén.

Peggy entrecerró los ojos al adentrarse en la penumbra.

—¿Qué es lo que hay en...?

La sacudida de la explosión los levantó en el aire, lanzándolos de espaldas al suelo, que floreció de escombros en llamas y vidrios rotos allá donde Holliday y Peggy cayeron. Holliday rodó sobre sí, cubriéndose el rostro con los brazos. Se incorporó sobre sus rodillas, a tiempo de ver la gigantesca bola de fuego engullendo la fachada de la casa en un remolino hambriento. Instantes después, Peggy, noqueada, comenzó a ponerse en pie.

—¡Al suelo! —gritó Holliday. Primero sacudida, después explosión, por último fuego: el primer axioma de la termoquímica de explosivos. Saltó hacia delante, arrastrando a su vez a Peggy, que cayó de bruces junto a él mientras la tormenta de fuego se afanaba en rugir sobre sus cabezas.

Por el rabillo del ojo, Holliday reparó en una furtiva sombra que se desplazaba con agilidad felina, y giró la cabeza para seguirla: se trataba de una figura encorvada que llevaba algo en las manos, y que se alejaba de la casa a la carrera en dirección a los árboles. Peggy también debía de haber visto a aquel hombre:

—¡Cógele!

—¿Te encuentras bien?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Cógele!

Entre tambaleos, Holliday volvió a ponerse en pie y corrió hacia allá, esquivando las furiosas llamaradas que la casa hacía asomar a lengüetazos por puertas y ventanas. Aquel calor infernal ya comenzaba a secar las hojas nuevas de los árboles circundantes. Un arriate de rosales plantado al socaire de la vieja casa se vio envuelto en llamas; los brotes verdes del verano incipiente quedaron reducidos a negras cenizas en cuestión de segundos. Las ventanas del piso superior explotaron con un estruendo de disparos, y, vacilantes, los dedos del fuego asomaban por las tejas del techo, secas como la yesca.

La sombría figura apareció de nuevo, recortada por la luz. Al instante dio media vuelta, y en cuestión de décimas Holliday acertó a ver un rostro asustado, pálido y enjuto, con una especie de capuchón o cogulla que ocultaba el resto de la cabeza. Tenía los ojos centelleantes, y abiertos de par en par. Solo entonces el hombre giró sobre sus talones, y huyó en dirección al arroyo.

Por un momento Holliday pensó que el hombre podría tener un bote aguardándole en la orilla del agua, pero en aquel mes el arroyo tenía un caudal demasiado escaso, y por lo demás ¿adónde iba a ir? El arroyo se abría camino por la ciudad en pos de los suburbios, para desembocar finalmente en el lago Erie; no era la ruta más inteligente para emprender la huida. ¿Acaso tenía un coche esperándole en uno de los puentes que jalonaban el camino? Resultaba demasiado elaborado.

El hombre perdió pie, y Holliday escuchó el ronco gruñido del tipo al morder el polvo. Aunque logró levantarse, Holliday había ganado un terreno valioso. Por primera vez vio lo que el hombre llevaba consigo: era la espada del tío Henry, aún envuelta en su macabro manto de seda. ¿Quemar una casa para encubrir el robo? Era de locos. ¿Qué estaba pasando?

¿Broadbent, el abogado?

No; aquel hombre era alto y delgado, y movía las piernas como lo hubiera hecho un corredor de maratón. Broadbent era rechoncho como un Teletubby. El púrpura, Tinky-Winky, o como demonios se llamase. El que tenía el bolsito.

—¡Alto! —gritó Holliday, sintiéndose idiota tan pronto como la palabra asomó a sus labios. El tipo era un ladrón y un incendiario; ¿por qué iba a detenerse? Holliday apretó el paso tras su presa, con un ojo puesto en el suelo que se extendía ante él para evitar los obstáculos y el otro clavado en el corredor.

Empezaba a jadear, pero se obligó a correr aún más rápido. El ladrón había robado la espada del tío Henry y, no contento con eso, había quemado una casa llena

de recuerdos: los recuerdos de Holliday, de los pocos que tenía de su infancia, y los mejores de cuantos poblaban su memoria. A lo lejos, Holliday oyó las sirenas.

El hombre volvió a caer al tropezar con una rama, y casi perdió la espada, lo que le permitió a Holliday ganar unos metros más. Dobló tras uno de los sauces de la orilla y luego saltó a una de las estrechas franjas de grava que había debajo. Holliday ya estaba a poca distancia del fugitivo, y lo bastante próximo a él como para ver el siseante reflejo que destellaba en los talones de sus zapatillas New Balance.

El fugitivo llegó al agua, y se abrió paso hacia la otra orilla. El arroyo no alcanzaba a llenar más de medio metro el cauce que bordeaba la propiedad del tío Henry, pero la capa de rastros y algas que cubría las rocas hacía que el suelo resultase resbaladizo. El tipo patinó en las rocas, recuperó el equilibrio y enseguida volvió a resbalar. A Holliday la respiración le ardía en los pulmones, que colmaba tan solo mediante rabiosos jadeos, pero estaba ganando la partida. Se adentró en el agua. Dos, tres metros le separaban ya de aquel tipo, y estaba tan cerca de él que casi podía escuchar sus desgarrados resuellos casi tan bien como los suyos.

El ladrón a la fuga alcanzó la orilla que quedaba al otro lado del arroyo. Solo había dos sitios por los que huir. A la izquierda, la orilla era menos profunda, y desaguaba en el campo de *rugby* donde jugaban los Hillbillies de Fredonia. El lado derecho era escarpado y boscoso. Escogió la izquierda. Holliday viró hacia ese lado, tratando con ello de interceptarlo. El corredor alcanzó la orilla y luego se volvió de repente, arrojando el estandarte de seda a un lado y desenfundando la espada.

Holliday se paró en seco, arqueándose para evitar la curva de la hoja. El hombre no era ningún espadachín, pero medio metro de acero templado se antojaba ciertamente inquietante, lo sostuvieran las manos que lo sostuviesen. Vio con más claridad las facciones de su antagonista; no era tan joven como al principio había pensado: quizá frisaba en los treinta, iba bien afeitado y tenía el cabello oculto bajo la capucha de una sudadera negra.

Agachándose para evitar el mandoble, Holliday saltó hacia delante, embistiendo con el hombro, y alcanzó al ladrón en el pecho, lo que provocó que este saliese despedido hacia atrás, en medio del terraplén. El ladrón atacó nuevamente con la espada; la hoja cortó el aire en dirección a la cabeza de Holliday en un siseante arco. Este saltó a un lado cuando la espada ya estaba a punto de decapitarle.

El hombre dio media vuelta, despojándose de su espada, y se abrió paso dificultosamente por el talud, empleando ambas manos para impulsarse hacia arriba. Holliday arremetió otra vez contra él, atrapando al hacerlo el tobillo de su atacante. El hombre pateó furiosamente para soltarse, y esta vez consiguió alcanzar a Holliday en la barbilla. Holliday cayó a un lado, aturdido, y rodó por el terraplén. Para cuando consiguió ponerse otra vez en pie, el hombre que había incendiado la casa de su tío Henry y tratado de robar la misteriosa espada se había esfumado en el aire.



**D**OC Holliday y Peggy Blackstock irrumpieron en las oficinas de Broadbent, Broadbent, Hammersmith y Howe, en Main Street, a las nueve de la mañana del día siguiente tras pasar unas horas de descanso en sus habitaciones de la vecina Posada Blanca. Se quedaron a ver cómo el departamento Antincendios de los Voluntarios de Fredonia intentaba sofocar desesperadamente las llamas que devoraban la casa del tío Henry, pero a la larga todo cuanto pudieron hacer fue contener el fuego y evitar que este se extendiese a las otras casas que se amazotaban en la calle. A las tres de la mañana, la vieja mansión estilo Reina Ana no era más que un montón de cenizas y pavesas.

Según el jefe de la unidad, un tipo llamado Hoskins, quien por otro lado admitía no ser un experto, era casi evidente que el incendio había sido provocado, tras originarse en la estufa de gas que se encontraba en la cocina de la casa. En su opinión, alguien había debido de cortar el suministro de luz que encendía los botones de la estufa, posteriormente había puesto el gas a tope y por último había dejado algún tipo de artilugio dotado de temporizador unido a un aparato activador de reducido tamaño, el cual, a su vez, probablemente tenía la complejidad de un tubo de cartón lleno de cabezas de cerillas.

No había manera de saber si el incendio era obra de un profesional o un aficionado; se podía encontrar cualquier cosa en la red, y eso incluía detalladas instrucciones acerca de cómo construir una bomba de tiempo o derrumbar un edificio.

—Señorita Blackstock, coronel Holliday —saludó Broadbent, levantándose de detrás de su escritorio mientras la secretaria del abogado conducía tanto a la una como al otro al interior de la oficina—. Me alegro de volver a verles. Tan pronto. —Desde luego, lo último que parecía estar era contento. Ofreció una mano por encima de la mesa. Peggy y Holliday la ignoraron—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Anoche hubo un incendio en la casa de mi tío.

Ambos se sentaron; Broadbent también lo hizo.

—Sí —dijo el abogado, improvisando un tono solemne. Sonaba como un enterrador—. Qué circunstancia tan terrible.

—El jefe de la unidad opina que se trata de un incendio provocado —prosiguió Holliday.

—¿Ah, sí? —respondió Broadbent—. ¿Y tiene algún tipo de experiencia en ese tipo de cosas?

—Lo cierto es que anoche alguien incendió la casa de mi tío, y luego se dio a la fuga. Estuve a punto de atraparlo.

—¿De veras?

—De veras. —Holliday hizo una pausa—. Había robado algo de la casa.

—¿Y de qué se trata?

—Señor Broadbent, usted sabe tan bien como yo de qué se trata —dijo Holliday.

—¿Ah, sí?

—Se trata de una espada. La misma espada en la que ayer se mostró usted tan interesado.

—¿De modo que en realidad existe?

—Sabe muy bien que sí.

—¿Y qué es exactamente lo que trata de insinuar? —preguntó Broadbent, en un tono absurdamente cordial.

—No estoy insinuando nada. —Saltó Holliday—. Se lo estoy diciendo a las claras: usted pagó a alguien para robar la espada e incendiar la casa de mi tío.

—Si yo fuera usted, no andaría por ahí diciendo esa clase de cosas —le aconsejó el abogado—. Alguien podría acabar demandándole.

—¿Entonces lo niega? —preguntó Peggy airadamente.

Broadbent sonrió.

—Por supuesto que lo niego, señorita Blackstock. Sería un idiota si no lo hiciera, incluso si por alguna caprichosa sacudida en el orden de las cosas su acusación tuviera sustancia o fundamento, lo cual no es el caso. —El abogado se volvió hacia Holliday—. Aparte de que, como ambos bien sabemos, no tiene prueba alguna de lo que acaba de afirmar, coronel.

—Ayer me preguntó por la espada.

—Paparruchas —espetó Broadbent, agitando en el aire los dedos de una mano—. Mera coincidencia.

—Mi tío encontró la espada en 1945. La tuvo consigo durante más de sesenta años. ¿Por qué lo hizo?

—No tengo la menor idea —replicó Broadbent.

—Y su padre nunca se lo mencionó.

—No. Como le dije ayer, solo descubrí su existencia al revisar las notas que mi padre había hecho en la documentación de su tío, cuando me responsabilicé de sus clientes.

—¿Por qué iba su padre a mantener en secreto la existencia de esa espada?

—No tengo ni idea —repuso Broadbent, lanzando un suspiro—. Solo sé que era muy importante para él.

—Y aun así nunca intentó recuperarla.

—No. Quizá fue porque no sabía que su tío aún tuviera la espada entre sus posesiones.

—Podría haberle preguntado.

—Pero por lo visto no lo hizo, o al menos no tengo conocimiento de que fuera así.

—Usted dijo que su padre se encontraba con mi tío cuando ambos encontraron la

espada.

—Cierto.

—¿Quería decir con ello que tenían una especie de usufructo?

—Su tío se la robó a mi padre.

—De modo que usted decidió recuperarla robándola a su vez.

—No sea estúpido.

—¿Qué hacía su padre en Berchtesgaden?

—Era mayor en la Tercera División de Infantería, la «Roca del Marne». Era el ayudante del mayor general John W. O'Daniel, el oficial al mando.

—Mi tío no estaba en la Tercera División —argumentó Holliday—. Ni siquiera era militar.

—No —replicó Broadbent—. Su identidad de entonces lo retrataba como un civil que servía como asesor histórico: monumentos, bellas artes y documentos. Pero a efectos reales era un agente secreto, un miembro de la Oficina de Servicios Estratégicos iniciada por Donovan, la precursora de la CIA. —Broadbent hizo una pausa—. A todos los efectos, estaba más interesado en proteger o descubrir material de inteligencia que en recuperar piezas de arte robadas.

—Parece saber mucho de mi tío.

—Sus intereses eran también los míos.

—¿Por qué?

—¿Por qué iba a ser? Era cliente de mi padre.

—No lo entiendo —dijo Peggy—. Si mi abuelo le robó la espada a su padre, ¿por qué iba luego a convertirlo en su abogado?

—Eran amigos —repuso Broadbent—. Por lo que sé, compartían un buen número de cosas.

—Jamás le escuché mencionarlo en otro contexto que el de que fuera su abogado —dijo Holliday—. Y, del mismo modo, tampoco es que haya algo que me invite a pensar que eran amigos.

—En ese caso, tendré que suponer que no conocía a su tío tan bien como cree —replicó Broadbent, encogiéndose de hombros—. No es que eso vaya a cambiar las cosas, pues lo cierto es que usted tiene algo que pertenece por derecho a mi familia.

—Demuéstrelo —dijo Holliday, poniéndose en pie. Peggy hizo lo propio. Broadbent permaneció en su silla.

—Está en su mano facilitar las cosas —dijo el abogado, suspirando de nuevo—. Bastaría con venderme la espada; para usted no tiene más que un valor pecuniario. Y significaría mucho para mi padre.

—Pensaba que su padre sufría de *non compos mentis* —dijo Peggy—. Alzheimer. ¿Qué más le daría a él?

—Significaría mucho para mí —puntualizó Broadbent.

—Esa es la cuestión —replicó Holliday, dedicándole una sonrisa al abogado—. Quiero averiguar exactamente por qué significa tanto para usted. Por qué quemaría la

casa de alguien para conseguirla. —Se volvió sobre sus talones y dejó la oficina de Broadbent, con Peggy tras él.

Regresaron a la Posada Blanca y pidieron el desayuno. Holliday tomó *eggbeaters* y una tostada. Peggy, por su parte, dio cuenta de un gofre de arándanos con nata montada, beicon y patatas fritas. Ambos bebieron café.

Holliday la miró comer, sobrecogido por la capacidad que la joven tenía para ingerir alimentos.

—Tú no coges ni un gramo, ¿verdad?

—No —respondió ella, ensartando un trozo de beicon en un cuadradito de gofre empapado en sirope.

—Te odio —susurró Holliday con afecto.

—Soy tu sobrina —replicó Peggy, risueña, metiéndose la comida en la boca y mascando con alegría—. No puedes odiarme: va contra las reglas.

—De hecho, eres mi sobrina segunda. Eso conlleva otras reglas.

—Solo en la meseta de Ozark —dijo Peggy. Rebañó algunas patatas fritas.

—En cierta ocasión, un agente de seguros me dijo que a todos nosotros nos esperaba un tren de mercancías y un paso a nivel sin barrera. De un modo u otro, es cuestión de tiempo —dijo Holliday—. Quizá sea mejor que rebajes tu ingesta de colesterol.

—No puedo —dijo Peggy—. Soy la necia juventud, ¿recuerdas? Tengo una reputación que defender.

—Tienes nata montada en el labio de arriba.

Se la quitó con el pañuelo.

—¿Qué hacemos respecto a Broadbent?

—¿Te refieres a ahora? —preguntó Holliday—. Nada. Él está en lo cierto. No tenemos la menor prueba de que esté involucrado en el incendio.

—¿Qué hay del tipo que perseguiste?

—La policía de Fredonia ya cuenta con su propio investigador, un sargento. No es que eso me dé muchas esperanzas.

—¿Entonces? ¿Lo dejamos correr?

—No, haremos lo que he dicho. Averiguaremos por qué Broadbent quiere con tanto ardor una espada forjada mil años atrás.

Una vez terminado el desayuno, se dirigieron a la habitación de Holliday y recogieron la espada que este había ocultado bajo el colchón de la cama. La depositó sobre la mesa que se encontraba bajo la ventana.

—Vale —dijo Peggy—. Es una vieja espada que a su vez está envuelta en una vieja bandera. Prescindiendo del hecho de que el abuelo la encontró en el salón de Adolf, ¿qué significado puede tener?

—Comencemos por el principio —respondió Holliday, dedicando una mirada a la espada—. El tío Henry la tuvo consigo durante más de medio siglo: ¿por qué ese repentino interés en ella ahora?

—¿Por algo que averiguó?

—¿Como qué? —repuso Holliday—. No es más que una vieja espada, como tú misma has dicho. Salta a la vista que perteneció a un hombre pudiente, probablemente un caballero, o incluso un lord.

—¿De qué país procede? —preguntó Peggy.

—No hay manera de saberlo. No es como una pintura, no tiene lugar de procedencia, y dudo mucho que haya información alguna que revele cómo cayó en manos de Hitler. El *Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg*, el Instituto Reichsleiter Rosenberg de Territorios Ocupados, debió de obtenerla en alguno de sus saqueos. O eso, o fue la gente de Hermann Göring quien se hizo con ella. Les entusiasmaba apoderarse de reliquias masónicas; formaban parte del credo ario.

—Ah, ¿pero es que los masones tenían espadas? —preguntó Peggy.

—No, pero sí los templarios; la mitología templaria y los ritos masónicos comenzaron a entremezclarse a comienzos del siglo XIX.

—De modo que podría tratarse de una espada templaria.

—Claro.

—¿Cómo puede saberse?

—No se puede.

—Pensaba que habías dicho que los herreros que conocían a fondo su trabajo dejaban su firma en las espadas que forjaban.

—Así es. Se trataba de un corte propio. O lo grababan o lo repujaban.

—Pero esta espada no lo tiene.

—Habría que retirarle la malla que envuelve la espiga para averiguarlo.

—¿Y?

Holliday miró la espada. El envoltorio de cuero que en tiempos había cubierto la malla ya casi había desaparecido, y podía decirse que hasta la propia malla se había perdido.

—Si algún arqueólogo de raza me viera pondría el grito en el cielo —murmuró.

—Indiana Jones se ha apeado del tren —le animó Peggy—. Así que tendrás que hacerlo.

—La necia juventud tiene razón —replicó Holliday, y comenzó a desenvolver cuidadosamente la malla. Para cuando alcanzó la segunda vuelta supo que la malla era de oro: la capa superior se había ido manchando con la desintegración de la cubierta de cuero.

El cuero estaba hecho de una única tira que constaba de al menos una docena de trozos más cortos unidos entre sí. Holliday también se apercibió de que, con anterioridad a él, alguien ya había seguido su mismo procedimiento: la malla se hallaba demasiado suelta, lo que había impedido que mantuviese su integridad a lo largo de un siglo. Le llevó bastante más de media hora retirar la última vuelta.

—¿Qué es eso? —preguntó Peggy cuando la espiga quedó a la vista.

—Un corte —dijo Holliday—. Dos, en realidad. —Uno tenía la forma de una

abeja, sellada en el acero. El segundo estaba delicadamente engastado: dos caballeros provistos de armadura montados en el mismo caballo, el símbolo oficial de los caballeros templarios. Bajo este podían leerse las letras D. L. N. y M.—. Los dos caballeros a lomos del caballo son un anagrama de la Orden Templaria. Ignoro lo que significa la abeja.

—¿Y esas iniciales? —dijo Peggy, señalando las cuatro letras—. ¿Son las del tipo que la forjó?

—Lo dudo.

Holliday dio la vuelta a la espada.

—Sorprendente.

Selladas en el hierro se hallaban las palabras: «Alberic in Pelerin Fecit».

—Tú eres el erudito, Doc. ¿Qué quiere decir?

—«Alberic la hizo en Pelerin».

—Vale, ¿y qué es Pelerin y quién Alberic?

—Pelerin era un castillo cruzado situado en Tierra Santa, lo que hoy conocemos como Israel. Se trata del único castillo que no fue tomado por los sultanes mamelucos. Alberic era un enano, una criatura que, supuestamente, forjaba espadas mágicas. La conexión con Hitler resulta ahora un poco más clara.

—No, si al final va a ser verdad que lo sabes todo.

—Ya te he dicho que leo un montón.

—Un enano mítico que hace espadas mágicas. Esto no es *El señor de los anillos*, Doc, esto es real.

—Díselo a Adolf. Alberic era el enano mítico que protegía el tesoro de los nibelungos en la ópera de Wagner, la favorita de Hitler.

—Vale. De modo que lo que aquí tenemos es una espada templaria, forjada por un enano mítico, que acabó en las manos de un dictador megalómano y asesino de masas de origen alemán que amaba la ópera. ¿Adónde nos conduce todo esto?

—En realidad no era alemán —le corrigió Holliday—. Hitler era austriaco.

—Repito, ¿adónde nos conduce todo esto?

Holliday no respondió. Cogió la malla enrollada y la examinó atentamente, recorriéndola a todo lo largo con el borde del pulgar. Sonrió.

—A Canadá —dijo—. Allí es donde nos conduce.

A bordo del coche que Peggy había alquilado, cruzaron la frontera emplazada en las cataratas del Niágara y torcieron en dirección nordeste, siguiendo a tientas la línea costera del lago Ontario bajo un immaculado cielo de verano, y llegaron a la ciudad de Toronto noventa minutos después. Ni Peggy ni Holliday habían estado allí antes, y a ambos les sorprendieron las dimensiones de la ciudad. De hecho, Toronto era la quinta área metropolitana de Norteamérica, con una población de unos seis millones de habitantes, esparcidos a lo largo de casi cincuenta kilómetros en torno al lago Ontario, y ocupando algo más de los trescientos cincuenta kilómetros de un territorio que tiempo atrás perteneció a los indios algonquinos.

A Peggy Blackstock y Doc Holliday, Toronto se les antojaba una versión remodelada y aséptica de la ciudad de Chicago, y hasta poseía un sistema de transporte subterráneo que dejaba en pañales al anticuado *El Train*. Había una estructura de hormigón, enorme y vertiginosa, a orillas del lago, la cual le recordó a Holliday a la Aguja Espacial de Seattle, solo que colmada de esteroides, y un estadio cubierto en el que Peggy solo acertaba a ver una magdalena de vainilla gigante. Hicieron reservas en el Park Hyatt, a dos manzanas del centro de la ciudad; se hallaba en la intersección de Bloor y Yonge, un lugar que convertía el este de la ciudad en el oeste y el norte del centro urbano en el sur.

El hotel se hallaba justo al otro lado de Bloor Street, mirando desde la mole de aspecto normando que era el Museo Real de Ontario: el edificio estaba erizado de torretas y poseía una majestuosa entrada con columnas que la asemejaba más a un juzgado que a un centro de recogimiento y estudio. En fechas recientes, algún comité del museo, en su infinita sabiduría, había decidido modernizar el edificio, para lo cual, como era de esperar, contrataron a un arquitecto. El resultado fue una gigantesca extensión cristalina compuesta de vidrio y acero, rematada en una afilada punta, que, más que otra cosa, parecía una nave estelar de ciencia ficción que había caído a la tierra y se había fundido al antiguo edificio.

En diagonal al hotel había otro edificio enorme de la misma época pero con más columnas. Como muchas propiedades inmobiliarias que se repartían por el centro de la ciudad, el edificio formaba parte de la Universidad de Toronto. En el piso superior se encontraba el Centro Universitario para Estudios Medievales, una madriguera de oficinas que bien podría haber salido de una novela de Charles Dickens, toda polvo, pasillos donde se estancaban los ecos y crujientes suelos de madera.

La oficina de Steven Braintree encajaba en el perfil de la de cualquier otro profesor de Historia Medieval: pilas de libros, documentos y papeles ocupaban todas las posibles superficies del lugar, desde las estanterías con sus inevitables baldas

combadas, pasando por archivos rebosantes, vitrinas y algunas cajas de cartón repartidas por el suelo; había hasta una moribunda aspidistra sobre el radiador, tocada con una solitaria y marchita flor púrpura que asomaba a duras penas por la estrecha y mugrienta ventana. Pero el propio Braintree era otra cosa. Parecía frisar los treinta y cinco años, llevaba el cabello oscuro hasta los hombros, y tenía unos ojos negros e inteligentes tras sus modernas gafas Prada. Vestía unos vaqueros y una camiseta blanca bajo una camisa de seda verde y manga corta que hablaba a las claras de lo elevado de su precio.

Antes de su cita en marzo, Braintree solo había tratado al tío Henry a través de algunas llamadas de teléfono, pues lo conocía únicamente por la fama que le precedía, pero eso no obstó para que mostrara una enorme consternación al escuchar la noticia de su fallecimiento. Según Braintree, Henry no había aludido a espada alguna en la visita que le hizo durante la primavera, pero sí se mostró bastante intrigado cuando el profesor le habló de ciertos descubrimientos realizados en fechas recientes en la Biblioteca Vaticana, que indicaban que había existido un complejo sistema de codificación utilizado por primera vez durante las primeras Cruzadas, y que exigía de «descodificadores comunes». Los descodificadores solían ser pasajes célebres de las Escrituras, bien conocidos tanto por el mensajero como por el receptor del mensaje codificado. Los codificadores eran por lo común variaciones del sistema «escital» empleado en la antigua Grecia.

El escital era un bastón o vara de una longitud y diámetro particulares, en el cual se enrollaba un trozo de pergamino, de la misma manera en que el papel se enrollaba en un rollo. El mensaje, en ocasiones escrito en texto llano, aunque en otras se ordenase numérica o alfabéticamente, se escribía a lo largo del bastón. Cuando alguien desenrollaba dicho mensaje el resultado era una jerga incomprensible, que solo cobraba sentido si era enrollado en otro escital idéntico. Lo que se describía en los documentos hallados en el Vaticano era una combinación de este método, llamada «la Mutación del César». El buen lector de obras de suspense no dudaría en reconocer en él el mismo método de codificación por libros que Ken Follett relataba en su novela de espionaje *La clave está en Rebeca*.

—La malla de oro que recubriría la empuñadura de una espada... —murmuró Holliday, asintiendo con la cabeza.

Braintree descorchó una sonrisa, y luego unió vigorosamente las manos:

—¡Exacto! —dijo el joven—. Esa era la hipótesis de su tío. Si de algún modo se superpone la malla sobre los puntos apropiados para hacer coincidir los huecos con el texto de un documento común, la malla haría las veces del pergamino envuelto en el escital. ¡Incluso si la espada cayera en las manos equivocadas no serviría de nada, a menos que quien se hiciera con ella conociese la clave! ¿Cómo lo ha averiguado?

Holliday se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la malla de oro, ahora enrollada, que había envuelto la espiga de acero. Se la entregó a Braintree. El joven se calzó las gafas en la frente y examinó atentamente la malla, recorriéndola a



todo lo largo con el índice y el pulgar.

—Tiene algunas protuberancias —comentó—. Como si fueran cuentas...

—En realidad se trata de junturas soldadas en oro —explicó Holliday—. Están repartidas de manera dispar, pero repetitiva. Dan un total de setenta y ocho cuentas, como usted las llama.

—No debe tratarse de un mensaje muy complejo —comentó Peggy.

—Las cuentas no constituyen el mensaje. —Braintree sonrió—. Son como los rotores de la máquina Enigma de la Segunda Guerra Mundial. Si las cuentas que ostenta la malla se colocan sobre el texto clave, el resultado dará las transposiciones apropiadas que deben utilizarse en la descodificación.

—Me pierdo —dijo Peggy, frunciendo el ceño.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —dijo Holliday—. El mensaje se obtiene de la repetición de los espacios que hay entre las cuentas a lo largo del texto.

—Sigo sin entenderlo —musitó Peggy.

El profesor se encogió de hombros.

—La verdad es que tampoco importa demasiado que no tengamos la clave. —Hizo una pausa—. ¿Dónde está la espada? —preguntó—. Por casualidad no la habrán traído, ¿verdad?

—No es exactamente lo que uno puede pasar por la frontera hoy día —dijo Holliday—. Se encuentra en un lugar seguro. —En realidad, le habían dado la espada a la señorita Branch, que a su vez había guardado el arma en la caja fuerte de la universidad.

—Qué pena —se lamentó Braintree—, me hubiera encantado echarle un vistazo.

Peggy rebuscó en su bolso y sacó un puñado de fotografías que había sacado a la espada con la cámara digital. Braintree examinó cada una de ellas con suma atención.

—Se trata de una espada de combate —dijo el profesor, asintiendo—. De principios del siglo XIII, si el sello templario sirve de indicación. —Levantó la vista hacia Holliday—. ¿Está seguro de que es auténtica?

—Una buena reproducción podría engañarme —dijo—, pero no al tío Henry. Además, ¿quién iba a meterse en algo tan elaborado?

—Si es auténtica valdría una gran cantidad de dinero. Estoy seguro de que más de un rival de los que tengo en la acera de enfrente, en el Museo Real de Ontario, vendería a su propia madre por tener una espada como esta en sus colecciones. Aunque solo fuese por la recompensa pecuniaria valdría la pena incluso hacer una de imitación, por no hablar de las demás recompensas que se podrían obtener.

—El abuelo nunca se hubiera metido en tantos jaleos por una simple falsificación —espetó Peggy.

—La inscripción es un poco extravagante, ¿no cree? ¿Alberic en Pelerin? ¿Sabe su procedencia, o de qué colección se trata?

—A la de Adolf Hitler —dijo Holliday con aparente desapego, disfrutando de la expresión sobresaltada que se dibujó en el rostro del profesor canadiense.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

Braintree examinó las fotos de nuevo, y luego, lentamente, asintió.

—De un modo estrictamente histórico, tiene sentido. Hitler sentía un profundo interés por toda esa basura pseudocientífica con tintes nietzscheanos acerca de la raza aria. La Sangre y la Tierra, el Anillo de los Nibelungos. Las valkirias. Enanos forjadores de espadas, templarios, rituales masónicos. Esto no podía por menos que gustarle. —Braintree dejó escapar una carcajada breve, amarga—. Quién sabe, quizás pensaba que se trataba de *Tirfing*.

—¿Qué es eso? —preguntó Peggy.

—La espada de Odín —dijo Braintree—. Si le gustan las óperas de Wagner...

Peggy resopló:

—Solo el fragmento que sale en la banda sonora de *Apocalipsis Now*... —respondió.

—Sea como sea... —musitó el profesor—. Quizá ni siquiera se trate de ese Alberic.

—¿Hay más de uno? —preguntó Peggy.

—Pues la verdad, sí —replicó Braintree. Se incorporó de detrás de su mesa y procedió a repasar unas pilas de libros apilados en el suelo. Al no encontrar lo que buscaba, se dirigió a las estanterías que cubrían una de las paredes, murmurando para sí y desgajando de vez en cuando un libro de sus baldas para examinarlo con atención.

—¡Ajá! —exclamó por fin—. Te encontré.

—¿A quién? —preguntó Holliday.

—A él —dijo Braintree, tendiéndole un grueso libro de tapa dura. Holliday leyó el título: *El Santo Templario, Alberic de Cîteaux y el Auge de la Orden Cisterciense*. Miró lo que había bajo el título. El autor era un tipo llamado *sir* Derek Carr-Harris, a cuyo nombre había que añadir la estela de un montón de otros títulos, incluyendo los de «D. Litt. Oxon» y «CCIB». Un caballero del Imperio Británico, lo que lo situaba en un escalafón mejor que a Paul McCartney, y doctorado en Oxford para rematar el conjunto. Impresionante. El nombre, además, le resultaba vagamente familiar.

—¿Cree que se trata del mismo Alberic inscrito en la espada?

—Tendría sentido, en especial habida cuenta de que en latín la palabra «fecit» puede significar «hecho para» tanto como «hecho por».

—Hecha para Alberic en Pelerin —dijo Peggy.

—A lo mejor se trata de un juego de palabras —sugirió Braintree, retomando el libro de manos de Holliday y recorriendo las páginas hasta el índice—. El mensaje debía llegar a Alberic, y la espada fue manufacturada *en* Pelerin con el propósito expreso de enviarle al tal Alberic dicho mensaje, probablemente al monasterio de Cîteaux.

—¿Y ese monasterio dónde está? —preguntó Peggy.

—En Francia —replicó Braintree—. Al sur de Dijon —asintió para sí mismo, recorriendo con el dedo una página del índice, hasta que se detuvo—. Aquí está —dijo, con un timbre de triunfo en la voz. Regresó a su escritorio y tomó una de las fotografías que Peggy había sacado. Le echó un vistazo, y luego entregó la foto a Holliday. Era un primer plano de las muescas en la espiga de la espada y la inscripción que se leía en ella.

—*De laudibus novae militiae*, dirigida a Hugo de Payens, primer Gran Maestre Templario y Prior de Jerusalén.

—No lo entiendo —dijo Holliday.

—Las iniciales D. L. N. M. *De Laudibus Novae Militiae*. Se trata de la célebre carta escrita a Payens, el fundador de la Orden Templaria. Ese es el código. —Hizo una pausa—. Y hay otra cosa más, el factor decisivo.

—¿Qué? —preguntó Holliday, ardiendo de excitación al ver cómo las débiles pistas del pasado llegaban en volandas hasta el presente, como fantasmas que susurraban la revelación de tan antiguo misterio.

—Abejas —dijo Braintree, señalando el diseño estampado en la fotografía—. En Francia, Alberic de Cîteaux es el santo patrono de las abejas y los apicultores.

Peggy recogió el libro de la mesa del profesor.

—Yo conozco ese nombre —dijo, esforzándose por recordar. Por fin dio con ello —: La fotografía que el abuelo Henry tenía en la cocina. La que había sido tomada en El Cairo o Alejandría en 1941. Uno de los hombres de la foto era Derek Carr-Harris.

—Que estuvo en Oxford —dijo Holliday, mirando la cubierta del libro que tenía en la mano.

—Y que escribió las indicaciones para llegar a su casa de campo de Leominster en la invitación que había sido cursada a los antiguos miembros del colegio —concluyó Peggy, sonriendo de oreja a oreja.

Braintree parecía confundido:

—¿Me he perdido algo?

**T**RAS pasar menos de veinticuatro horas en Toronto, Peggy Blackstock y John Holliday tomaron un vuelo de última hora de British Airways desde el aeropuerto internacional de Pearson hasta el de Heathrow, y llegaron a las nueve en punto de la mañana siguiente. Una llamada efectuada previamente al despacho de Derek Carr-Harris en Oxford les informó de que en aquel momento el profesor pasaba las vacaciones de verano en su casa de campo, pero no iban a poder contactar allí con él dado que, educada pero categóricamente, desde el despacho declinaron darles su dirección o su número de teléfono personal. Dado que no obtuvieron respuesta cuando llamaron al que aparecía en la agenda del tío Henry, era de suponer que aquel era el número de su casa de Oxford.

Al llegar a Heathrow, cogieron el metro en la estación de Paddington y se detuvieron en el restaurante de la estación para tomar un horrible desayuno que se anunciaba como huevos y salchichas, pero que no era tal, y una taza de café igual de espantosa. Una vez dieron cuenta del desayuno, embarcaron en el tren de la Virgin que ponía rumbo a Gales y tres horas después ponían un pie en el pintoresco pueblecito de Leominster.

«Lemster», como Peggy lo pronunciaba, había adquirido alguna notoriedad en la Edad Media al erigirse en una próspera ciudad mercantil; allí podía comprarse la mejor lana de cordero del mundo, el «Leominster Oro», que era el nombre por el que se le conocía. Desde entonces se había convertido en un curioso yermo de la antigua y, a menudo, discutida frontera entre Inglaterra y Gales. A Holliday le daba la impresión de que tenía el mismo aspecto ligeramente hipertrofiado de los pueblecitos turísticos de los Estados Unidos que sobrevivían a su cuestionable historia, su atractivo turístico y la calidad de sus patatas fritas, o, en el caso de Leominster, su queso *Mousetrap* y su inagotable variedad de anticuarios.

Un poquito cursi, como lo calificó Peggy mientras paseaban por High Street hacia algo llamado *The Buttercross*, buscando un lugar donde alquilar un coche. En Alvis adquirieron un pequeño Toyota Altis algo rechoncho, y después de que el dependiente, un tipo joven y rollizo llamado Billy que insistía en llamar «yanquis» a Peggy y Holliday, les diera unas complicadas indicaciones, partieron en dirección oeste por Monkland Road. Tras cambiar unos kilómetros más allá a la autovía A44, que resultaba incluso más estrecha que el camino anterior, Peggy aferró con fuerza el volante y condujo el coche entre los setos que se alzaban a ambos lados del camino como unos achaparrados corchetes. De tarde en tarde alcanzaban la cima de una colina y, durante uno o dos segundos, obtenían una agradable vista del bucólico mosaico de campos que iba surcando su vehículo.

—Es como bajar por una rampa de *bobsleigh* —murmuró Peggy, rezando por no encontrarse con un coche que viniese en dirección contraria; el camino era apenas lo bastante ancho para un compacto como el Altis, por no hablar de un familiar, un camión o, Dios no lo quisiera, alguna muestra de maquinaria agrícola cargada hasta los topes, o incluso peor, un rebaño de las lanudas ovejas por las que aquel lugar había llegado a ser conocido.

Vale —le dijo Peggy a Holliday, con los ojos abiertos de par en par por si veía algún imprudente rebaño en mitad del camino—. Creo que ha llegado el momento de analizar todo esto con los pies en el suelo. Te estás perdiendo un mes de pesca de truchas en la Patagonia, y yo he rechazado una sustitución en Nueva Zelanda, un lugar donde, debo añadir, nunca he estado.

—Porque ese hijo de perra de Broadbent ha reducido la casa del tío Henry a cenizas —dijo Holliday.

—Eso no explica por qué cogimos el vuelo de madrugada a Heathrow y por qué comimos los rollitos de queso de British Airways —repuso Peggy.

—Es de suponer que quemó la casa en un claro intento de ocultar que había robado la espada —replicó Holliday—. Así de importante era la espada para él.

—No es más que una espada, Doc. Una reliquia de la Edad Media, como el pueblecito de Leominster que hemos dejado atrás. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Hace mil años, alguien que pertenecía a la Orden de los Caballeros Templarios envió un mensaje a uno de los fundadores del Temple en Francia. El mensaje era tan importante que lo enviaron en código, envuelto en la empuñadura de la espada que el tío Henry encontró en la casa de campo de Hitler en los Alpes bávaros. El tío Henry pensó que la espada era lo bastante importante no ya para ocultarla, sino para no mencionar siquiera su existencia durante más de medio siglo. De hecho, hizo lo necesario para que nadie tomara posesión de la espada hasta que él muriera: de ahí que dejara aquella pista en su ejemplar de *Camelot*. Para los caballeros templarios de hace mil años, la espada y el mensaje eran terriblemente importantes: hoy día son tan importantes que tu abuelo se la jugó por esconder el arma, y también para que Broadbent no haya dudado en cometer un crimen por hacerse con ella. Eso significa que el mensaje codificado en la espada *sigue* siendo importante. Y eso es por lo que estamos haciendo todo esto.

Siguiendo las indicaciones del joven Billy, tomaron el segundo giro a la derecha tras la intersección de la A44 y enfilaron por un estrecho sendero sin nombre para recorrer unos ciento cincuenta metros; luego doblaron hacia una carretera comarcal con un pequeño cartel que decía L'ESPOIR en desvaídas letras blancas, pintadas en una oxidada lechera precariamente apoyada contra una pila de piedras.

—La esperanza —tradujo Holliday, leyendo el cartel. Avanzaron por el sendero; la densa maleza de hamamélides y limas que se amazotaba a cada lado casi rozaba el coche. Una antigua verja de hierro se abría con un bostezo a mano derecha. Peggy

dirigió el vehículo al patio principal de *L'Espoir*, visiblemente abandonado.

Había seis o siete edificios esparcidos en grupos sueltos alrededor de la casa principal, incluyendo un par de combados establos de madera, algo que en otro tiempo podría haber sido un granero de piedra y una estructura abierta, de época más reciente y estilo holandés, tocada con un tejado metálico curvo, ondulado y de aspecto muy viejo. En lugar de heno, bajo el tejado había un bote de remos de unos cinco metros de eslora puesto bocabajo sobre un caballete, con evidentes síntomas de necesitar con urgencia una mano de pintura. Holliday alcanzó a leer el nombre en el espejo de popa: *Pisadas sobre el alba*. En el patio, algunos terrones de hierba crecían hasta la cintura por todas partes, excepto en un tramo de grava donde las manchas de aceite de los coches y la maquinaria agrícola habían empapado el suelo.

Había dos viejos cámpers Volkswagen junto al establo, e incluso un carro Morris Minor, todavía más antiguo que aquel, emplazado sobre unos bloques de hormigón junto al granero, y un Land Rover más o menos nuevo pero excesivamente manchado de barro aparcado junto a la casa. Allá a lo lejos se divisaba un estanque lleno de rastros rodeado por un juncal. El lugar se hallaba cercado por una fortaleza protectora de setos, árboles y matorros que se esparcían por todas partes.

—No es que haya demasiada esperanza por aquí —dijo Peggy, aparcando junto al Land Rover. Salieron del coche y observaron la casa a la luz del crepúsculo. La vivienda era una mezcla similar a la que mostraba el resto de la propiedad: un edificio central de piedra con su inevitable techo de paja y un anexo construido mayoritariamente en madera que podría remontarse sin dificultad a los siglos XVI o XVII, y finalmente otro anexo «moderno» de ladrillo que parecía originarse en los primeros años de la época victoriana, todo ello improvisadamente urdido con puntales, leña y remiendos poco agraciados de estuco y plástico. A primera vista no parecía haber ni una sola ventana, ni siquiera el marco de una puerta, que apenas se mantuviese en pie.

Había tres puertas para elegir en el lado más cercano de la casa. Holliday llamó a la que daba mayor impresión de solidez: no era más que un tablón de roble con bisagras metálicas y la madera prácticamente ennegrecida por el paso del tiempo.

No mucho después se escuchó un arrastrar de pies y luego el descender de un pesado pasador. La puerta se abrió. El hombre que respondió a la llamada era de estatura elevada y de espaldas un tanto encorvadas, y tenía un pelo ralo que semejaba haber sido rubio en otra época, si bien ahora mostraba ese tono peculiar de gris que adopta la nicotina quemada. Parecía estar ya en los ochenta años, y era el tipo de hombre al que en su época de madurez se le podría haber considerado guapo. Pinzando su larga nariz aquilina llevaba unas gafas de leer de media montura, de un brillante color rojo, y vestía una camisa blanca de rayas bajo una gastada rebeca verde a la que le faltaba un botón o dos, además de unos arrugados pantalones de algodón manchados de pintura. Calzaba unas zapatillas de andar por casa bastante caras; en su mano izquierda sostenía un vaso donde rielaban un par de dedos de algún

líquido ambarino.

—¿Sí? —dijo.

—¿*Sir* Derek Carr-Harris?

—Con Carr-Harris basta —replicó, casi bovinamente—. Lo de *sir* me hace sentir como un terrateniente salido de una novela de P. G. Wodehouse. *Sir* Wakyn Bassett en *El código de los Wooster*, o algo así. ¿Y ustedes son?

—John Holliday y Peggy Blackstock.

El hombre que se erguía ante la puerta sonrió encantado.

—De América. El nieto y la sobrina de Henry Granger, ¿me equivoco?

—En absoluto —asintió Holliday.

—¡Maravilloso! —exclamó Carr-Harris—. ¡Por favor, entren!

Se hizo a un lado y les invitó a pasar enarbolando su vaso de *whisky*. Entraron a un recoleto pasillo flanqueado por estanterías, y Carr-Harris cerró la puerta, echando el pasador. Les llevó hasta un enorme salón de techos altos; allá arriba las vigas estaban talladas a mano, y tenían un grosor de unos treinta centímetros.

Jalonando las paredes había una gran variedad de cuadros enmarcados, óleos pertenecientes a la Escuela Romántica Británica de principios del siglo XIX: bucólicas escenas campestres en las que destacaban las lecheras de grandes senos o aquellos improbables barcos que zarpaban hacia un mar tormentoso, como robado de los pinceles de Turner. Donde no había pinturas destacaban unos estantes de tosca manufactura. Entre dos librerías se alzaba un alto expositor de armas victoriano, hecho en madera de nogal, con una puerta de cristal. En el aire flotaba un vago olor a humedad, que no se sabía bien si procedía de los libros o de la mohosa urdimbre del techo. No se apreciaba el menor indicio de una mano femenina en toda la sala.

Peggy arrugó la nariz.

Los muebles estaban viejos y gastados, si bien no eran nada pretenciosos: destacaban las sillas estilo club, además de un diván o dos dispuestos en círculo alrededor de una alfombra de chimenea ovalada que se extendía frente a un enorme hogar de piedra. En un extremo había un amplio escritorio, sin demasiadas florituras, donde descollaba su dentadura averiada una vieja máquina de escribir IBM Selectric, también sitiada por las inevitables pilas de libros y papeles. Carr-Harris se sentó en una de las sillas de club e hizo una seña a Peggy y Holliday para que se acomodaran en el diván. Ambos obedecieron.

—¿Y bien? ¿Cómo está mi querido Henry? —preguntó Carr-Harris—. Espero que bien, aunque uno no puede esperar demasiado a nuestra edad, desde luego.

—Ha fallecido —dijo Holliday.

—Oh, vaya —musitó Carr-Harris. Dio un buen trago a su bebida y suspiró—. Era muy viejo —añadió filosóficamente—. Como yo. —Tomó otro trago de *whisky* y por unos instantes pareció perderse en sus propios pensamientos—. No hace mucho tiempo que le vi —comentó al fin—. Fue en la comida de Antiguos Miembros de la Universidad.

—En marzo —apuntó Holliday.

—Así es —concedió el anciano.

—Ese es el motivo de que estemos aquí —agregó Holliday.

—Ah —asintió el viejo—. Entonces es que encontró la espada. Bien hecho, mi joven amigo. ¡Ya dijo Henry que lo haría!

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien le hubo llamado «mi joven amigo». Sonrió.

—¿Sabía usted de la existencia de la espada? —preguntó Peggy, sorprendida.

—Por supuesto que sabía de su existencia, jovencita. Lo he sabido desde que alcancé el grado de Cartero Real. Eso fue en 1941, más o menos.

—Cartero Real —musitó Holliday, estableciendo la conexión—. La fotografía en la que usted y Henry salen juntos, en la pared de su despacho.

—Así es —suspiró Carr-Harris—. No puede decirse que fuera un secreto. Henry y yo trabajábamos con el joven Fleming en Inteligencia Naval; me refiero al mismo tipo que escribió aquellas horribles noveluchas...

—James Bond. —Aportó Peggy.

—Hum —asintió Carr-Harris, matando su bebida. Dejó la copa en el velador que se alzaba junto a la silla, luego rebuscó en el bolsillo de su rebeca y sacó un paquete de cigarrillos sin filtro y un encendedor. Encendió uno y dio una buena calada, acomodándose en la silla.

Aquello era digno de verse: Holliday estaba habituado a ver a los fumadores apiñándose en timoratos grupos al socaire de los edificios de oficinas, no en una compañía ajena a sus costumbres, y ni que decir tenía que no estaba acostumbrado a ver a fumadores de ochenta años. Carr-Harris era claramente un hombre de otra época y otro tiempo.

—¿Qué cargo era ese de Cartero Real? —preguntó Peggy.

—El que uno podría encontrar en las novelas de Hornblower —replicó Carr-Harris, emitiendo una risa satisfecha—. Se trataba de una expedición cuya finalidad era interceptar un proveedor.

Peggy frunció el ceño:

—¿Un qué?

—Un barco —replicó el viejo—. Un buque italiano llamado *Duquesa de Aosta*. Sospechábamos que los submarinos alemanes lo utilizaban como nave nodriza. Estaba anclado en la isla de Fernando Poo, allá en la costa de Guinea, en Sudáfrica. Creo que a la isla la llaman ahora Bioko o algo parecido.

Holliday se preguntaba qué tenía que ver todo aquello con la espada, pero se mantuvo en silencio y dejó que el viejo siguiera ahondando en sus recuerdos.

—El nombre de Cartero Real era algo así como un chiste —dijo Carr-Harris, dando una calada a su cigarrillo—. Es así como llaman a los estudiantes universitarios en Merton College, y todos éramos de Balliol. Una tontería. Fueron ellos quienes organizaron todo, también lo referente a la *Dama de honor*.



—¿La *Dama de honor*? —preguntó Peggy.

—Era una barca pesquera de Brixham —explicó Carr-Harris—. Formaba parte de las Fuerzas de Ataque a Pequeña Escala. Ejecutivo de Operaciones Especiales y todo eso. La clase de cosas que a Fleming y otros tipos como él les sentaba de maravilla, al menos en el apartado técnico, ya que no en el de la ejecución.

—Leonard Guise y Donald Mitchie —dijo Holliday—, los otros dos que salen con usted y tío Henry en la fotografía.

—Así es —asintió Carr-Harris—. Fuera como fuese, el *Duquesa de Aosta* se encontraba en Fernando Poo. Creo que el puerto se llama Malabo. Un lugar repugnante. Una auténtica ciénaga. En cualquier caso, el barco estaba allí, así como un par de barcas alemanas que supuestamente hacían prácticas durante la guerra.

»La misión principal consistía en llevar a la *Dama de honor* a puerto, interceptar la *Duquesa* y llevarla a Lagos por la costa. Henry y yo acudimos a la ciudad a emborrachar al capitán y la tripulación mientras que el resto del grupo se apoderaba de la nave. Lo que buscábamos, por supuesto, eran los códigos, no la nave en sí misma. Eso era un añadido».

—¿Códigos? —preguntó Holliday.

—*Kurzsignalheft* —dijo Carr-Harris—, los libros de los códigos alemanes. Para entonces ya nos habíamos hecho con la máquina Enigma, pero el *Kriegsmarine* alemán tenían un buen número de libros de códigos y los cambiaban una y otra vez. El destino es de lo más canalla. Los *Kurzsignalheft* que conseguimos sustraer de la *Duquesa de Aosta* fueron los primeros que llegaron a las mentes pensantes de Bletchley Park.

—Las oficinas de criptoanálisis británicas —dijo Holliday, asintiendo.

—Así es —reconoció Carr-Harris—. Guise y Mitchie trabajaban allí de vez en cuando. Creo que terminaron haciendo algo incomprensiblemente científico con sus ordenadores.

—Lo cierto es que no veo qué tiene esto que ver con la espada del abuelo Henry —comentó Peggy, sin duda frustrada por el rodeo que el viejo profesor estaba dando a la hora de contar su historia.

—Ah —dijo Carr-Harris—. La carta.

—¿La carta?

—La ruta regular del *Duquesa de Aosta* era de Génova a Argentina y vuelta. Se hallaba en medio del Atlántico durante su viaje de regreso cuando se declaró la guerra, de modo que la línea naviera ordenó a sus bajeles que anclasen en puertos neutrales. En el caso de nuestro buque, el puerto en cuestión fue el Fernando Poo. Uno de los pasajeros que viajaban a bordo era un hombre llamado Edmund Kiss, por lo visto, reputado arqueólogo y amigote de Hitler. Kiss había estado en Buenos Aires en nombre de los nazis para debatir sobre no sé qué idiotez acerca de la raza aria y la Antártida. Encontramos la carta en uno de los camarotes que ocupaban la cubierta del barco; *Herr* Kiss debió olvidarla allí cuando desembarcó.

»El tipo era un especialista en Sudamérica, creo, o al menos así se describía a sí mismo. La carta procedía de Hans Reinherth, el sedicente director del Centro de Estudios Paleogermánicos ideado por Himmler, y mencionaba a otro arqueólogo, un colega italiano llamado Amadeo Maiuri, además de hablar de cierta espada que había hallado durante sus excavaciones en Pompeya. Maiuri estaba convencido de que la espada era de origen templario. Por lo visto, Maiuri había hablado acerca de la espada con el mismísimo Mussolini, a quien sugirió que aquella reliquia podría ser el regalo ideal para Hitler en su próximo encuentro. A Henry le emocionaba mucho aquella parte de la historia».

—¿Qué tenía de emocionante? —interrumpió Holliday.

—No estoy del todo seguro. Su valor propagandístico, quizás. Como la confianza que Hitler, supuestamente, depositaba en los astrólogos, o esa historia apócrifa que apenas tardó en propagarse acerca de su carencia de testículos. Lo más descabellado que aparecía en la carta era cierto comentario sobre el origen de la espada: en ella se decía que podía haber sido forjada con la Lanza del Destino, la lanza que perforó el costado de Cristo durante la crucifixión, y que por tanto bien podía tener poderes ocultos, como el de otorgar la vida eterna a quien la poseyera.

Carr-Harris emitió un ruido que cabía confundir con una risita:

—Está claro que para el señor Hitler aquello no funcionó. —El profesor se encogió de hombros—. Así fue como conocimos la existencia de la espada. Hubo otros rumores sobre ella a lo largo de la guerra, y luego, como saben, Henry y yo la descubrimos cuando se nos despachó a Berchtesgaden.

—¿Conoció a un tipo llamado Broadbent cuando estuvo allí? —preguntó Holliday, aún buscando una conexión entre los dos hombres.

—No que yo recuerde —dijo Carr-Harris.

—¿Por qué el abuelo se obstinó en mantener en secreto la existencia de la espada? —preguntó Peggy.

—¿Y por qué ha suscitado un interés tan repentino? —añadió Holliday.

—No estoy del todo seguro —musitó Carr-Harris—. Recuerdo que cuando la descubrimos me hizo jurar que guardase el secreto de su existencia. La Orden de los Nuevos Templarios. Escudos Negros y Escudos Blancos o alguna tontería similar. Parecía hablar muy en serio.

Con esfuerzo, el viejo se puso en pie y cogió su vaso vacío.

—¿Un trago? —preguntó, señalando hacia una licorera situada en una de las mesas, bajo una de las enormes y asimétricas ventanas que asomaban junto a la chimenea. Había media docena de botellas de diversos licores, una botella de soda y varios vasos.

Holliday y Peggy declinaron la invitación. Carr-Harris se dirigió al extremo opuesto de la sala y se sirvió otro *whisky*, añadiendo al licor un ruidoso cosquilleo de soda. Se dio la vuelta y regresó a su asiento; la ceniza de su cigarrillo resultaba peligrosamente larga.

La bala de un potente rifle alcanzó al anciano entre los omóplatos, explotó en su espina dorsal y reventó en el centro de su pecho, lo que hizo brotar un abanico de sangre. El hombre extendió los brazos y el vaso de *whisky* voló de su mano, aunque cuando su cuerpo se desmadejó en el suelo ya carecía de vida. Un instante después, el sonido de la ventana al romperse en pedazos llenó la habitación con un ruido tintineante, y luego se hizo el silencio.

SE arrojaron al suelo. Frente a ellos, el cuerpo del anciano profesor se desangraba sobre la alfombra ovalada. Un segundo disparo entró a través de la ventana agrietada y se alojó en el respaldo del diván. No se escuchó ningún otro sonido.

*Un silenciador*, pensó Holliday. Quizá era una M4A1, como las empleadas en Irak. Una auténtica perra. Se trataba de un rifle de gran calibre para operaciones especiales, mortalmente silencioso, mortalmente preciso, y, en una palabra, simplemente mortal.

—¿Holliday? —susurró Peggy. La voz brotó de sus labios tranquila y mesurada, sin el menor asomo de pánico. Dada su profesión, no era la primera vez que se veía en la línea de fuego. Aguardaba alguna indicación. Se oyó un crujido y una nueva bala perforó el cristal del expositor de armas situado en el extremo opuesto de la sala, lo que hizo añicos otra ventana más. Aquello delataba a un segundo tirador.

—Quédate boca abajo —le ordenó Holliday. Gateó hacia su izquierda, abalanzándose hacia el otro lado del diván. Una implacable salva de disparos atravesó las librerías, agujereando el lomo de los libros y lanzando por los aires una tormenta de confeti. Las balas alcanzaron el marco de uno de los cuadros de la pared, reduciéndolo a astillas y haciendo que la pintura diese varias vueltas en el aire. Las botellas del bar explotaron repentinamente, llenando el cuarto con ese olor dulzón del licor derramado. La habitación estaba siendo inexorablemente eviscerada en un absoluto silencio. Resultaba aterrador, pero era eso lo que pretendían. Holliday contempló el expositor de armas.

Una bala había atravesado el marco de la puerta, reventando la cerradura antes de alojarse en la culata de uno de los rifles que se hallaban colocados en vertical. Parecía una antigua escopeta Grulla Armas, de cañones superpuestos, originaria de España. La mayor parte de las armas permanecía intacta, incluyendo una carabina Lee-Enfield y una Martini-Henry accionada a palanca que se remontaba a la Primera Guerra Mundial.

Holliday también alcanzó a ver una pistola Máuser «Palo de Escoba», con su pesado cargador y el desmañado mango de madera al que el arma debía su nombre. En la repisa situada bajo la semiautomática se hallaba una caja con munición de 9 mm *parabellum* diseñada para encajar a la perfección en, por ejemplo, una Prvi Partizan serbia. Era el mismo tipo de armamento que los malos utilizaron en Kosovo. A juzgar por la ilustración de la caja, las balas debían ser montadas previamente en unos cargadores de cinta. Estalló entonces una nueva ráfaga de disparos y el estrépito de otra ventana, esta vez a la derecha. Los tiradores disparaban ahora desde tres lugares diferentes.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Peggy, mostrando su nerviosismo.

—Pensar —replicó Holliday—. Espera.

—¿Doc? ¿Qué está pasando?

No se molestó en responder. En su lugar, cerró los ojos y trató de visualizar la propiedad. La chimenea se encontraba a su espalda: aquello correspondía al sur. Había un despejado jardín con flores y un patio en ese lado de la casa, aislándola del refugio que proporcionaban los árboles. Alcanzó a ver el patio a través de la ventana rota.

El pasillo por el que habían entrado estaba a su derecha: aquello era el noreste. La puerta de roble, el patio lateral y el coche. Más allá de su vehículo estaba el cobertizo estilo holandés. Aquello no podía considerarse un refugio, lo cual implicaba que el tirador se escondía entre los árboles. La ventana desde la que habían alcanzado el expositor de armas estaba a su izquierda: el oeste. Era, a su vez, la parte más densa del talud que servía de cortavientos y también la más próxima a la casa. Justo por delante de él había una arcada abierta que conducía hasta la vieja cocina rústica. No podía acertar a ver allí ventana alguna, así que no había opción al disparo. Quizá, por el contrario, había una puerta lateral...

Abrió los ojos y levantó la cabeza unos centímetros. Estaban disparando desde los árboles, y no desde el tejado de alguno de los otros edificios. No había ningún terreno elevado. El suelo descendía ligeramente en dirección norte, aunque no de manera apreciable. La balística decretaba que las trayectorias de las balas serían rectas a menos que los tiradores estuvieran en lo alto de los árboles, algo que Holliday, personalmente, dudaba.

Frustrado, apretó los dientes. Había pasado mucho tiempo desde la última vez en que se había visto forzado a tomar parte en una situación de fuego real. Demasiado. Los viejos soldados nunca mueren, pero sí se oxidan.

Se obligó a mantener la calma y concentrarse. Estaba rodeado por tres sitios. El fuego cruzado de los dos tiradores situados al este y al sur le mantendrían clavado en el suelo, mientras que el tipo emplazado en el noreste tomaba la entrada de la puerta de roble. No esperarían demasiado. Un minuto o dos y entrarían por la ventana, descargando las ráfagas de sus rifles.

—Ve a tu derecha —exclamó—. Mantén el cuerpo pegado al suelo. Cuando te hayas alejado del diván, dirígete a la arcada y mira si puedes entrar en la cocina. Espérame allí.

—¿Y luego qué?

—Hazlo.

La oyó moverse. Hubo una nueva ráfaga de silenciosos disparos que perforaron las paredes y alcanzaron los muebles. Holliday rodó sobre su costado hasta llegar por fin al expositor de armas. Por el rabillo del ojo vio a Peggy reptar ágilmente en dirección a la arcada.

—¡No te detengas! —le urgió.

La miró atravesar la arcada hasta la cocina, y luego tanteó a ciegas hasta que sus dedos se cerraron en el frío metal de la vieja Máuser. Extrajo el arma del expositor, y, acto seguido, palpó con los dedos hasta que tocó la caja donde se guardaban las municiones. Desgarró la tapa y extrajo un cargador redondo de los veinte que había en su interior.

Levantó el cerrojo para encajarlo en el lugar correspondiente, luego empujó el cargador desde arriba, ensamblando el arma como se hacía con los viejos M1 Garand. Las balas bajaron con un chasquido por el muelle de la recámara hasta que el cargador estuvo completamente lleno. Holliday sacó entonces la tira vacía y la arrojó a un lado, para volver ya por último a colocar el cerrojo. El arma estaba lista para disparar. Se guardó un par de cargadores en el bolsillo de la chaqueta, y alzó de nuevo la cabeza con el Máuser aferrado firmemente en su mano derecha.

—¡Estoy en la cocina! —gritó Peggy.

—Voy —dijo Holliday. Se puso de rodillas y, ayudándose de las manos, avanzó rápidamente hacia la arcada para dirigirse a la cocina. Demasiado tarde. A su derecha, el portón de roble que se alzaba al final del breve pasillo se abrió de golpe. Una silueta calzada con un par de botas de monte, y enfundada en unos vaqueros y un jersey verde oscuro, apareció en mitad del pasillo, sosteniendo entre las manos un arma de gran calibre. Ya al primer vistazo Holliday pudo apreciar que se trataba de un arma de fabricación rusa, una metralleta Bizon con todos los accesorios, desde el silenciador hasta el visor de francotirador con visión nocturna, pasando por el puntero láser del cañón superior y el suministrador redondo, helicoidal, de sesenta y cuatro balas, que había bajo el tambor. Aquello era suficiente para que un soldado iniciara su propia guerra, pero no era un arma sencilla de manejar en los confines de un pasillo.

El hombre no llevaba chaleco. Levantó el enorme rifle de asalto al tiempo que saltaba hacia delante, pero el silenciador extralargo se enganchó en la librería que había a su izquierda, haciéndole perder medio segundo de tiempo de reacción. Y la vida. Holliday apuntó al bulto y apretó el gatillo del viejo Máuser una vez y otra, a una distancia de unos quince metros.

Las balas perforaron el pecho del hombre, mientras el Máuser escupía ruidosamente su mortífero arsenal. Seis vueltas, seis disparos, cuatro más en la recámara. El hombre lanzó un breve suspiro y luego se venció hacia delante, sin soltar el enorme rifle de asalto. Holliday dio un paso hacia él y, deshaciéndose de su Máuser, cogió el cuerpo del tipo antes de que se desplomara, arrancando el rifle de sus manos, que no reaccionaron al contacto, aunque Holliday no pudo evitar sentir el último aliento del cadáver en su mejilla. Había un tatuaje en la cara interna de su muñeca derecha: una espada con la hoja entrelazada por lo que parecía una cinta, rodeada por una banda de letras rúnicas.

Holliday dejó suavemente el cuerpo en el suelo, dio un paso adelante y cerró la puerta de una patada. Retrocedió caminando de espaldas, sin preocuparse de esquivar al cadáver, con el rifle de asalto preparado y cargado en sus manos. Se inclinó y

recogió el Máuser, que introdujo en el bolsillo de su chaqueta; por último, se agachó y salió cautelosamente del vestíbulo.

Todavía quedaban tres tiradores, ¿o ya no eran más que dos? No se oía el menor sonido. Fueran cuantos fuesen los hombres que aún quedaban ahí afuera, habrían tenido que escuchar la inesperada y áspera detonación del Máuser y sabrían que algo había ido mal. Holliday sopesó el Bizon en sus manos y sonrió lúgubrementemente para sí. Algo *había* ido mal, pero no para él. Quizá estaba oxidado, pero seguía siendo un soldado, y ahora estaba armado hasta los dientes.

—¿Estás bien? —gritó a Peggy.

—Sí —replicó esta.

Escuchó. Silencio.

—Voy hacia allí.

Se escabulló hacia adelante, avanzando de lado como un cangrejo, y atravesó la ancha arcada de roble. La cocina era ciertamente vieja. Había en ella un gran fogón de piedra labrada a mano, y unos ladrillos de balasto que conformaban un horno de colmena en un lado de la pared del fondo. Un enorme tablón de madera de arce se apoyaba sobre cuatro estacas talladas a mano en el centro de la sala, sobre el cual colgaban algunas cacerolas y demás utensilios de cocina, así como un bosque de ajos y hierbas secas.

El techo era de madera oscura, aún más ennegrecida por el paso del tiempo, mientras que el suelo estaba compuesto de tarimas de madera de pino, fijas entre sí, cada una de ellas de al menos quince centímetros de ancho. Había una pequeña ventana a la izquierda del fogón, bien engastada en lo alto de la pared, y una hilera de armarios de cocina victorianos contra uno de los muros.

Solo los electrodomésticos tenían un aire ligeramente moderno: había una nevera esmaltada en blanco con el típico techo ovalado de los años cuarenta y un hornillo de gas Aga, algo más antiguo, además de unos anticuados fuegos de butano. No había lavaplatos. Las repisas eran de zinc, que por otra parte empezaba a mostrar una clara ausencia de lustre. Los fregaderos eran de metal galvanizado. Había una puertecita estrecha, extrañamente colocada, entre los fregaderos y la ventana. Daba al norte, hacia los árboles que flanqueaban el sendero que comunicaba el exterior con *L'Espoir*. Una pesada hilera de llaves colgaba de una estaca clavada al marco. Peggy se hallaba de pie, con un cuchillo de carnicero en la mano, junto a la mesa de cortar carne. Miró el rifle de asalto que Holliday sostenía en las manos.

—¿De dónde has sacado eso?

—No importa.

—El anciano está muerto, ¿verdad? —dijo Peggy—. Reconozco que no lo miré muy de cerca, pero está muerto, ¿verdad?

—Sí, está muerto —asintió Holliday.

—Esto es de locos —musitó Peggy. Respiraba con agitación, los ojos abiertos de par en par.

—Es por la espada —replicó Holliday—. Tiene que ser eso, no imagino que sea ninguna otra cosa.

—Lo han matado —dijo Peggy débilmente. Su pecho subía y bajaba demasiado aprisa; estaba hiperventilando, la adrenalina corría por sus venas. Holliday conocía esa sensación demasiado bien. Podía llevarte en volandas, obligarte a querer *hacer* algo, dar un paso, cualquier paso, antes que quedarte donde estabas y pensar en las opciones que se abrían ante ti.

—Aún quedan dos de ellos ahí fuera, o quizá tres. Tienen que habernos seguido hasta aquí desde el aeropuerto. Estaban preparados.

—¿Piensas que Broadbent organizó todo esto? —preguntó Peggy, incrédula.

—Algunas cosas coinciden. Pero no es este el momento de preguntármelo. Debemos salir de aquí.

—Estoy cien por cien de acuerdo contigo —dijo Peggy—. ¿Pero cómo lo haremos?

Holliday señaló con el cañón del rifle de asalto hacia la puertecita que había en la pared de la cocina.

—Eso lleva al huerto. Lo vi cuando llegamos a la finca. El jardín está entre el granero de piedra y el costado de la casa.

El edificio era cuadrado, tenía unos veinte metros de lado y un tejado de paja cónico, y sus cimientos reposaban sobre unas piedras de granito con forma de hongo para evitar el acoso de la humedad y de las alimañas. No había ventanas, solo una ancha puerta de una pieza en un lado. El espacio entre el terreno y el suelo de la casa era demasiado estrecho como para albergar el cuerpo de un francotirador; a efectos prácticos, sus atacantes carecían de visibilidad desde esa posición. Saliendo de la puerta de la cocina, el granero se encontraría frente a ellos, más allá de la huerta había una línea de árboles a veinticinco metros a mano izquierda, en dirección oeste, que separaba *L'Espoir* del camino principal.

El coche de alquiler y el Land Rover de Carr-Harris debían estar a unos quince metros a su derecha, pero recordaba que el Land Rover estaría justo delante del Toyota, y el Land Rover, a su vez, era un cuatro puertas con el volante a la derecha, mientras que el Toyota tenía solo dos puertas. Para que Peggy o él llegasen al asiento del conductor tendrían que rodear el vehículo hasta el lado que quedaba al descubierto, lo que les dejaría expuestos al fuego asesino.

—¿Dónde están las llaves del coche que hemos alquilado? —preguntó Holliday.

—En mi bolso —dijo Peggy. El bolso, milagrosamente, aún colgaba de su hombro. La llave del Toyota tenía un abridor electrónico. Miró por encima del hombro de Peggy y clavó los ojos en la estaquilla que se engastaba en el marco de la puerta. No vio que hubiera allí ninguna llave electrónica. Cerró los párpados por un segundo, visualizando el momento en que entraron en la granja de Carr-Harris.

¿Estaba bajada la ventanilla del Rover o subida? ¿Alguien como Carr-Harris cerraría su vehículo o lo dejaría abierto? Era difícil saberlo. Pero tampoco importaba;



no tenían demasiadas opciones, y el tiempo se les iba agotando sin remedio. Al menos sabía que el anciano cerraba la puerta de la casa con el perno; le había oído descorrerlo cuando respondió a su llamada.

Pero quizá nunca usaba esa puerta. Quizá entraba en la casa por la cocina. Mucha gente hacía eso, como una versión rústica de entrar por el garaje. Holliday echó una mirada a la puerta. No tenía ningún perno. Frunció el ceño. Pensaba demasiado, y todas aquellas cosas a tener en cuenta empezaban a darle dolor de cabeza. Su cuerpo seguía destilando adrenalina. Respiró hondo y soltó lentamente el aire por la nariz. Los malos se estarían reagrupando. Era ahora o nunca.

—Haz exactamente lo que yo te diga —susurró Holliday.

Le explicó el plan a Peggy, y menos de dos minutos después, manteniéndose agachado, entreabrió la puerta de la cocina y escuchó los ruidos que venían del otro lado. No se oía nada salvo el susurro del viento entre los árboles, y ese sonido a arenisca antigua que robaba a los juncos que se encorvaban sobre el pequeño estanque con su retorcido aspecto de huesos secos.

Sintió entonces el pellizco de la memoria arrancando de su mente la brizna de un viejo recuerdo: se vio a sí mismo en un oscuro cine de provincias, mucho tiempo atrás, asistiendo al pase de una película llamada *Blow-up*, en una de cuyas escenas el actor David Hemmings aparecía en un extraño y silencioso parque de atracciones escuchando el mismo rumor fantasmal del viento que él escuchaba ahora, mientras se preguntaba si no acababa de presenciar un asesinato. Aquello, por supuesto, resultaba mucho más inquietante en una época en que el boscoso montículo de Dallas aún estaba relativamente fresco en la memoria de todos. Era uno de esos momentos en los que no se necesita más de un segundo para que todo se precipite fatalmente, y tu vida cambie para siempre, y además seas consciente de ello. Lanzando un suspiro, Holliday cerró los ojos a la luz de la tarde, y trató de sacudirse de encima aquel súbito sentimiento de amenaza que pesaba sobre sus hombros. Pero fracasó en el intento.

De inmediato se detuvo a escuchar, con todos los músculos tensos. Nada de nada. Respiró hondo y aguantó el aire en su interior, luego abrió de golpe la puerta, se puso en pie y corrió a campo abierto, protegiendo con el cuerpo a Peggy, que corría pegada a sus talones.

—¡Ahora! —gritó Holliday. Peggy alzó la llave electrónica del coche, apretando al tiempo el diminuto botón de plástico. Un estridente pitido perforó la noche al tiempo que las puertas del vehículo se abrían al otro lado del Land Rover.

Las mirillas de los rifles se vieron distraídas por el pitido, y los tiradores invisibles concentraron su fuego cruzado en el Toyota, agujereando el armazón lateral y las ventanas con una rápida y silenciosa ráfaga. Peggy corrió tras Holliday, pegada al costado del coche, y ambos se arrojaron al interior del Rover, él detrás del volante, ella en la parte de atrás.

Holliday ensartó la llave en la ranura y tiró de la palanca de cambio automático para meter la marcha atrás. Inclinado hacia la derecha, mantuvo la cabeza agachada y

clavó el pie en el acelerador.

El Rover salió disparado hacia atrás, y Holliday dobló el volante a ciegas, moviéndose ligeramente en el asiento para mirar a través del parabrisas, calculando el momento preciso para cambiar de marcha; solo cuando lo creyó oportuno puso la directa y soltó gas otra vez, lo que provocó que tanto él como Peggy se vieran impulsados hacia la puerta abierta, mientras las balas rozaban y perforaban la parte trasera del vehículo.

Una ráfaga destrozó el retrovisor solo unos centímetros por encima de su cabeza, pero ya era tarde. Giró el volante a la izquierda, y el Rover se dobló violentamente, rozando por unos segundos los árboles que despuntaban al otro lado del sendero, casi escorando su costado sobre la invisible cuneta. El coche se precipitó sendero adelante, que por suerte se veía inundado por la luz. Holliday viró esta vez hacia la izquierda, enfilando el coche hacia la carretera principal, a solo unos ciento cincuenta metros de distancia. Arriesgó un breve vistazo por encima del hombro. Nadie los seguía.

Presa del nerviosismo, Peggy se levantó del asiento de atrás y miró alrededor con suma cautela.

—Creo que por ahora estamos a salvo —dijo Holliday.

Miró a la izquierda. Podía distinguir las chimeneas y el oscuro techo de heno de *L'Espoir* más allá de los árboles, mientras el vehículo se alejaba a toda velocidad del lugar. Aquellos tipos tendrían que deshacerse de los cadáveres y borrar las pruebas de su presencia allí. Eso les entretendría un tiempo. Tal vez incluso quemasen el lugar, como habían hecho con la casa del tío Henry. Dobló hacia el camino principal, algo más ancho que el que acababan de recorrer, y torció en dirección a Leominster. De momento estaban a salvo, sí, ¿pero por cuánto tiempo?

**D**EJARON el Land Rover en el aparcamiento del supermercado Sainsbury's de Leominster y se dirigieron a pie a la estación de ferrocarril. Veinte minutos después subieron al tren que se dirigía a la estación principal de Crewe, en Cheshire, y luego se apresuraron a coger el trasbordo que llevaba al *ferry* de Holyhead, Gales.

Tras un rutinario paso por la Aduana Real, subieron a bordo del *ferry* de alta velocidad Stena, un catamarán impulsado por dos motores Rolls Royce que más parecía una gigantesca caja de zapatos azul y blanca subida a unos monstruosos patines que una nave transmarina.

En su interior, el barco llevaba una especie de casino de Las Vegas de saldo, al que no le faltaba ni el vídeo-póquer, ni las máquinas tragaperras de luces tintineantes ni ese constante soniquete de fondo que provoca la música ambiental, que en este caso era de procedencia europea y se imponía al demoledor y palpitante rugido de las turbinas que se originaba allá abajo, en el casco de la nave.

Un par de mocosos irlandeses corrían por los salones rogando a sus padres que les diesen unos euros para jugar a las máquinas, mientras sus fatigados progenitores se derrumbaban en unos asientos de acolchado vinilo, similares a los de los aviones, para abismarse en el tumultuoso azul acero del mar de Irlanda, exhaustos tras todo un día comprando zapatillas deportivas y uniformes escolares para el otoño en las rebajas de Holyhead.

Tras noventa kilómetros de mar abierto, que supusieron noventa minutos de recorrido, el barco arribó en Irlanda por la costa de Dun Laoghaire —pronunciado «Dan Liery»—, el antiguo puerto que en una época remota fue utilizado como base por las tropas vikingas para atacar desde allí la costa británica. En 1821 el nombre cambió a Kingstown en honor a la visita de Jorge IV, si bien fue cambiado de nuevo por el de Dun Laoghaire exactamente cien años después, pisándole los talones a la independencia irlandesa.

Terriblemente cansados, Holliday y Peggy salieron casi a rastras del *ferry* bajo la incierta luz del ocaso, tomaron la pasarela peatonal que cruzaba Harbour Road, y bajaron entre tambaleos el tortuoso tramo de peldaños que desembocaba en el andén de Transporte Rápido del Área de Dublín. Cogieron el tren de cercanías a la estación Connelly, a nueve kilómetros al norte de Dublín, hicieron cola para subir a un taxi y desde allí se dirigieron al centro de la ciudad.

Dejándose aconsejar por el taxista, hicieron una reserva en el Staunton's, una terna de elegantes casas de estilo georgiano que habían sido reconvertidas en hoteles y que daban al amplio y suntuoso rectángulo del Jardín de St. Stephen, protegido por una imponente verja de hierro forjado. Ya eran más de las diez. Cerraron la puerta de

la habitación, cayeron derrengados en las dos camas, todavía vestidos, y se quedaron dormidos en cuestión de segundos.

Cuando Holliday se despertó a la mañana siguiente, la cama de Peggy estaba vacía. Veinte minutos después la joven estaba de vuelta en el cuarto: llevaba una bolsa en verde y oro de los almacenes Dunnes, y dos vasos grandes colmados de café del Seattle's Best Coffee. Se metió en el baño contiguo para colocar los artículos de tocador que había adquirido en tanto Holliday daba agradecidos sorbos al café.

—Hay un enorme centro comercial al otro lado del parque —exclamó Peggy—. Deberíamos ir luego allí y comprar algunas cosas.

—Buena idea —dijo Holliday. Todo cuanto tenían se había quedado en el maletero del coche de alquiler que habían dejado aparcado en el patio de Carr-Harris. Lo único que llevaban encima era sus pasaportes y sus carteras.

Peggy asomó la cabeza por la puerta del baño.

—Voy a darme una ducha rápida. ¿Por qué no bajas mientras tanto a pedir el desayuno?

—De acuerdo —dijo Holliday. Peggy volvió a entrar en el baño y cerró la puerta. Unos segundos después oyó Holliday el estrépito del agua. Se terminó su café, luego salió de la habitación, cerrando la puerta a su espalda, y bajó por la elegante escalera de caracol hasta el piso principal. Una vez allí, se abrió paso por los diversos pasillos que conducían hasta los salones.

La sala era tirando a pequeña e implacablemente roja. Paredes rojas, moqueta roja y cuero rojo tapizando las sillas. Algunas ventanas, amordazadas de profusas cortinas, asomaban al rugiente tráfico de la mañana que rodeaba el parque.

Eran casi las once, y la sala se encontraba vacía excepto por un anciano sacerdote que, sentado en una esquina, leía el *Semanario Católico* mientras apuraba un café. Holliday se sentó en la mesa que daba a una de las ventanas; las articulaciones aún le dolían por el desgaste del día anterior y por haber pasado la noche sobre un colchón demasiado blando para su gusto.

Apareció una camarera con ropas estúpidas a la par que elegantes, en lo que sin duda debía ser la interpretación irlandesa del vestuario de uniforme de una doncella francesa, rematadas con un delantal de volantes y un sombrerito también de volantes a juego. Su chapa decía «Nadine». Tenía una cara alargada, como de roedor, y un cabello gris atrevidamente levantado en trencitas demasiado rígidas, al estilo africano, que actuaban como una inyección de Bótox al tirar brutalmente de la piel de su frente y arquear dolorosamente unas espesas cejas oscuras que se unían sobre el puente de su larga nariz. Parecía frisar en los sesenta años, y daba la impresión de estar sumamente aburrida. En la mano sostenía un termo de café tal y como si se hubiese tratado de un arma.

—¿Siguen sirviendo el desayuno? —preguntó Holliday.

—Irlandés y europeo —dijo—. Hoy no tenemos uvas —le avisó. Su acento de Dublín, vagamente siniestro, hizo que el asunto de las uvas adquiriese el tono de una amenaza de bomba.

—Irlandés —demandó Holliday—. Dos, por favor. Mi prima bajará en unos minutos.

—Su prima, ¿verdad? —respondió la mujer, escéptica.

—Así es —dijo Holliday.

—Americano, ¿verdad? —replicó Nadine.

—Así es —repuso Holliday, intentando mantener una cordial sonrisa en los labios; no era fácil. Se las había visto con sargentos mucho más educados que ella.

—Eso pensaba. —Gruñó la camarera. Se volvió sobre sus talones y salió de la sala, deteniéndose a rellenar la taza de café del cura. En ningún momento le había ofrecido café a Holliday.

Peggy apareció minutos después, con el cabello alborotado y húmedo tras unos minutos de relajo en la ducha. Vio a Holliday, se abrió paso entre algunas mesas y se sentó frente a él.

—Estoy famélica —dijo—. ¿Te das cuenta de que la última vez que comimos fue en el avión?

—Ya he pedido el desayuno —respondió Holliday—. La camarera no es que nos haya dado muchas opciones, así que será irlandés para los dos.

—En Inglaterra sería huevos con patatas —dijo Peggy.

—Creo que el desayuno irlandés es bastante más contundente. —Holliday sonrió.

La camarera apareció minutos después, con un enorme plato en cada mano. Los dejó frente a Holliday y Peggy.

—Santa madre... —murmuró Peggy, mirando el plato. En él había dos huevos fritos poco hechos, nadando en una grasa iridiscente, con la parte de abajo convertida en una crujiente maraña de carbonizado color blanco; las dos yemas le devolvieron una húmeda mirada desde sus profundos ojos anaranjados.

Junto a los huevos había una masa de judías en forma de bola de helado, dos arrugadas lonchas de beicon de un color rosa pálido, una balsa de salchichas pegadas entre sí, un montoncito de champiñones fritos junto a una rodaja de tomate asado presto a disolverse, una ingente pila de patatas fritas y dos objetos circulares también fritos del tamaño de un dólar de plata, uno blanco y otro negro.

—¿Qué es esto? —preguntó Peggy, señalado los objetos con forma de moneda que había en el plato.

—Pudin negro y pudin blanco, señorita —explicó la camarera.

—¿De qué está hecho el pudin negro?

—Es una mezcla de sangre de cerdo y harina de avena, señorita —dijo la camarera. Arrastró la palabra «sangre» al pronunciarla.

—¿Y el pudin blanco? —quiso saber Peggy.

—De carne y sebo de cerdo —dijo la mujer vestida con el uniforme de doncella

—. Solían utilizarse sesos de oveja, pero le han cogido miedo al prurito lumbar ovino desde lo de las vacas locas. Es lo peor que ha podido pasarnos en los últimos veinte años —añadió, como si la falta de cerebros de oveja a causa del prurito fuera de alguna manera una terrible pérdida culinaria.

—Ah —dijo Peggy.

—¿Está bien así? —preguntó la camarera, volviéndose hacia Holliday. Este asintió. La camarera dio media vuelta y salió de la sala.

—Se me ha quitado el hambre —suspiró Peggy, mirando su plato.

—Cuando me quedaba a comer con el tío Henry solía regañarme si no me comía todo lo que había en el plato. «Piensa en los niños hambrientos de China», me decía.

—En mi caso eran los niños hambrientos de África —respondió Peggy. Comenzó a comer, evitando cuidadosamente el pudín blanco y negro. La camarera reapareció con una tostadora antigua en la que asomaba media docena de rebanadas de pan y un platillo de mantequilla.

—Me pregunto cuál será el promedio de ataques cardíacos en Irlanda —comentó Peggy. Cogió una rebanada de pan y la utilizó para mojar una riada de yema de huevo que goteaba por todo el plato. Holliday no respondió a la pregunta, reconcentrado como estaba en su propio desayuno. Mientras comía se sorprendió recordando el tiroteo que había tenido lugar en casa de Carr-Harris el día anterior: en su mente vio de nuevo al viejo profesor con los brazos abiertos de par en par cuando se desplomó para morir, y al hombre con la metralleta rusa que surgió de la nada en aquel estrecho pasillo, y, sobre todo, escuchó en sus pensamientos una vez más el terrible bramido de la Máuser.

Habían pasado casi veinticuatro horas de aquello. Pronto llegaría alguien a la casa del anciano, ya fuera el cartero, el lechero o un vecino, y todo comenzaría a estallar sobre sus cabezas. Dos cadáveres en la casa, su coche de alquiler abandonado en el patio. Habían dejado un reguero de migas de pan que hasta un ciego podría seguir, por no hablar de la policía. Salvo por huir del lugar del crimen, lo cierto es que no habían hecho nada ilegal, pero si se veían sometidos al terrorífico espectáculo administrativo que sin duda rodearía la muerte de Carr-Harris les llevaría días, si no semanas, escapar.

—Esto se nos está escapando de las manos —dijo por fin.

—¿El desayuno? —preguntó Peggy.

—No. Lo que estamos haciendo. Seguir la pista de una vieja espada que ni siquiera sabemos si Hitler tuvo alguna vez en su poder no tiene nada que ver con matar gente. Este no es nuestro terreno —dijo Holliday.

Peggy dejó el tenedor. Volvió la cabeza y miró por entre las vaporosas y transparentes cortinas. Un autobús de dos pisos y de un color amarillo brillante, que hacía la ruta turística por la ciudad, pasó de largo emitiendo un ruido sordo: Peggy pudo ver los paneles laterales cubiertos por las frenéticas frases publicitarias, y los asientos de la parte superior atestados de turistas vestidos con ropas coloridas que,

con aire fascinado, pugnaban por conocer Dublín en un solo día.

—Creo que ya es tarde para dar marcha atrás —musitó la joven por fin—. Tú mismo lo has dicho: esos tipos que nos dispararon ayer debían de habernos seguido hasta la casa de Carr-Harris. Sabían exactamente lo que estaban haciendo. —Hizo una pausa—. No creo que los tipos que pretenden matarnos por conseguir lo que buscan vayan a dar marcha atrás justo ahora. Incluso si desapareciéramos y huyéramos a las montañas, creo que nos seguirían e intentarían matarnos otra vez. Debemos seguir adelante.

—No puedo poner tu vida en peligro —dijo Holliday—. Es demasiado peligroso.

—¿Detecto aquí una nota de machismo? —protestó Peggy—. ¿O es que mi sobreprotector primo está siendo demasiado condescendiente conmigo?

—Quizá —reconoció este—. Es muy duro pasar por la situación en que nos vimos ayer y que además... —Se detuvo ahí, temeroso de meter la pata. Peggy prosiguió por él.

—¿Además haya una mujer al lado? —dijo, terminando la frase que Holliday había dejado en el aire.

—No he dicho eso.

—Pero ibas a hacerlo —sonrió Peggy—. Reconócelo.

—Nunca —dijo Holliday, devolviéndole la sonrisa.

—Créeme, Doc, si de algo se puede acusar a la gente que ayer disparó sobre nosotros no es precisamente de que sea machista; esos tipos matarán a quienes se interpongan en su camino o tengan algo que ellos quieren.

—¿Quiénes son *esos tipos*? —preguntó Holliday—. ¿Algún grupo neonazi? Pensaba que esa clase de idiotez se extinguió junto con los cabezas rapadas.

—Los viejos nazis nunca mueren —replicó Peggy, cogiendo otra vez su tenedor y ensartándolo en una de las salchichas—. Lo único que hacen es cambiarse de nombre. —Volvió a dejar el tenedor y apartó ligeramente el plato—. Hay montones de ellos por todas partes. El Grupo Nacionalista Británico, Combate 18, el grupo armado del GNB, el Grupo Nacionalista de Canadá, y en Estados Unidos las Naciones Arias. Francia, Bélgica, Italia, España, incluso Alemania tienen los suyos.

—¿Y qué hay de los rusos? —sugirió Holliday, recordando la metralleta Bizon.

—Había un grupo llamado *Pamyat* allá en los noventa, e incluso en Israel ha habido un brote de neonazis rusos —contestó Peggy—. El Grupo Nacional Socialista Ruso es una escisión de la *Pamyat*. Tiempo atrás emitieron un vídeo en el que un hombre era decapitado en el bosque.

—No puedes estar hablando en serio —dijo Holliday.

—Completamente —respondió Peggy. Se encogió de hombros—. Dirigen un periódico llamado *Pravoye Soprotivleniye o La Resistencia Adecuada*, con una tirada de al menos cien mil ejemplares. El periódico solía llamarse *Soldado de las Tropas de Asalto*.

—¿Crees que están lo bastante organizados como para haber puesto en marcha el

ataque en casa de Carr-Harris?

—Casi con toda seguridad —replicó Peggy—. Hoy día los neonazis están muy versados en informática; hasta cuentan con un centro de intercambio de información en la Red llamado «Sangre y Honor», y con su propia versión de Wikipedia, llamada «Metapedia». Esas cosas dan auténtico miedo.

—Parece que sabes mucho del asunto. —Se asombró Holliday.

—El año pasado hice las fotos para una serie de artículos en *Vanity Fair* —respondió.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos ahora?

Peggy volvió a mirar a los restos de fritanga que se enfriaban en el plato.

—Comprar la versión irlandesa de Almax y pensar en nuestro siguiente paso.

—Con cuidado —dijo Holliday.

—Con mucho cuidado —admitió Peggy.



**D**ESDE la cubierta superior del pequeño *ferry* de coches en el que viajaban, Doc Holliday y Peggy Blackstock asomaron al otro lado del ancho lago mientras el barco iniciaba las maniobras de aproximación a la parte alemana de sus aguas. Allí, el lago recibía el nombre de Bodensee; en el lado suizo se llamaba lago Constanza.

Estaban a poco más de un kilómetro del puerto de Friedrichshafen, pero era imposible ver nada de cuanto tenían ante ellos, salvo un muro de niebla gris, la confusa línea del horizonte y el borrón plateado del sol. Cada pocos segundos la sirena del *ferry* lanzaba un balido, y el sonido regresaba a ellos desde la niebla, carente de inflexiones, como una huérfana llamada al apareamiento entonada por alguna criatura marina ya extinta. Apenas visibles, las negras aguas del viejo lago alpino rompían copiosamente contra los costados del *ferry*.

—Dimensión desconocida —musitó Peggy. Incluso el sonido de su voz se veía amortiguado por aquella densa niebla. Había más gente en las proximidades de cubierta, pero resultaban tan invisibles como todo lo demás, y solo se intuían sus sombras, que aparecían y desaparecían al pasar. Hablaban en murmullos y susurros, como niños temerosos de lo que podía esconder aquella oscuridad ignota.

Habían pasado seis días desde el tiroteo en *L'Espoir* y el asesinato de Carr-Harris. La mayor parte de aquel tiempo habían permanecido en Dublín, esperando a ver las secuelas que tarde o temprano tendrían que aflorar tras la muerte del viejo profesor oxoniense en su casa de campo.

Sin embargo, no parecía haber habido consecuencias de ningún tipo; era como si todo aquello no hubiera sucedido. Nada se decía en ninguno de los periódicos que Holliday revisaba a conciencia ni tampoco en la radio o la televisión. No hubo ningún revuelo, ninguna alarma a la población para avisar de la presencia de los fugitivos, ningún policía llamando a la puerta de su habitación de hotel, ninguna llamada telefónica. Nada.

Al final, la única conclusión a la que Holliday y Peggy podían llegar era que sus enemigos, fueran quienes fuesen, se habían deshecho cuidadosamente de todo lo que pudiera delatarles, bien para tener a la policía lejos de su pista o bien para asegurarse de que encontrarían a los dos americanos antes que las autoridades. En cualquier caso, lo único que estaban haciendo con ello era comprar un poco de tiempo; antes o después, el crimen se descubriría.

Por su parte, Peggy y Holliday no habían perdido el tiempo durante su breve estancia en Dublín. Peggy se había entretenido en comprar ropa para los dos en las tiendas del centro comercial de los Jardines de St. Stephen, mientras que Holliday se debatía en seguir las pocas y débiles pistas que tenían. Buscó los nombres que Carr-

Harris había mencionado en los ordenadores de un cibercafé situado al final de la ajetreada Grafton Street, un atestado bulevar peatonal que recorría la esquina del Jardín de St. Stephen y la entrada del Trinity College en Nassau Street.

Holliday se centró en rastrear los tres nombres relacionados con la fuga a la costa oeste de África del Cartero Real Carr-Harris durante los primeros días de la guerra: Edmund Kiss, Hans Reinerth y el italiano Amadeo Maiuri.

Algunas cosas no tardaron demasiado en saltar a la vista, estableciendo una clara relación con la carta que el tío Henry había descubierto en el buque transoceánico capturado: los tres hombres, cada uno a su manera, tenían algún vínculo con la arqueología, y los tres creían firmemente en el misticismo; Kiss y Reinerth creían en las raíces nórdicas de la raza y la cultura alemanas, en tanto Amadeo Amiuri volcaba su fe en la esencia de la ética militar de la Roma clásica.

Kiss y Reinerth habían ascendido a oficiales de las SS durante la Segunda Guerra Mundial, y en el mismo plazo de tiempo Maiuri había llegado al rango equivalente en las Brigadas Negras Fascistas. Maiuri fue uno de los miembros fundadores de la Escuela de Misticismo Fascista de Milán, y tanto Reinerth como Kiss eran miembros destacados y altos jefes en la sociedad de estudios científicos para la primacía intelectual de la Herencia Ancestral Germana, más comúnmente conocida como la *Ahnenerbe*, la fuente fundamental que servía para dar un barniz racional a las leyes de la raza y la aniquilación de los judíos propugnadas por Hitler.

Los tres hombres sobrevivieron a la guerra y escaparon de la caza y captura que siguió a la caída nazi. Kiss desapareció sin dejar rastro, mientras que Reinerth se involucró decididamente en la creación de un museo de la cultura de la Edad de Piedra, aún floreciente, que se encontraba no demasiado lejos del Bodensee. Pero tampoco Reinerth tardó en dejarse engullir por la oscuridad. Maiuri, con la reputación convenientemente saneada tras la rendición de Italia en 1943, prosiguió en su anterior cargo como director de las excavaciones arqueológicas que tenían lugar en Pompeya hasta su muerte en 1960.

Ahondando más y más mientras saltaba de un sitio a otro de la Red, Holliday encontró por fin el nexo de unión que los ligaba a los tres: todos ellos habían sido miembros de una sociedad secreta creada por un tal Jörg Lanz von Liebenfels, que en el pasado había sido monje cisterciense. El nombre de la sociedad, organizada en 1907 en Burg Werfenstein, Austria, respondía al de «La Nueva Orden del Temple». Utilizando en sus inicios una esvástica roja girada hacia la derecha como símbolo, la Orden usó el mismo icono adoptado después por la *Ahnenerbe*, que ya había sido reconocida oficialmente: una espada, con la hoja entrelazada por una cinta de oro y rodeada por una hilera de letras rúnicas; exactamente el mismo diseño que Holliday había visto en la muñeca del cadáver que cayó en el pasillo de Carr-Harris.

Ver aquella imagen en la pantalla del ordenador lo devolvió en sí. ¿Era posible que existiese aún algún arcano residuo de ciertas supercherías del pasado? Holliday consideró más probable que el símbolo tuviera ahora un nuevo uso, cuyo propósito

sería mucho más retorcido que aquel.

En apariencia, la Nueva Orden del Temple pasó a la clandestinidad al término de la guerra, pero resurgió en Viena durante los años cincuenta bajo la tutela de un antiguo oficial de las SS llamado Rudolf Mund, que ejercería desde entonces como prior de la Orden. Mund pasó casi veinte años intentando resucitar su propia versión de la organización, pero fracasó en sus pretensiones. El nazismo era una empresa olvidada; el comunismo lo había reemplazado como el enemigo del mundo.

Ahondando todavía más, Holliday siguió la pista dejada por Mund hasta llegar a relacionarlo con otro oficial de las SS, quien de hecho había sido superior de Mund durante la guerra: el general de las SS Gruppenführer Lutz Kellerman. Kellerman también había sido miembro de la Nueva Orden del Temple, así como íntimo amigo de Heinrich Himmler, jefe de las SS y de la Gestapo, que a su vez fue mecenas de Edmund Kiss y Hans Reinerth. Ruedas dentro de otras ruedas.

Kellerman se esfumó de los primeros planos en 1945, lo que presumiblemente consiguió escapando por la «ruta de las ratas» del Vaticano con ayuda de la pseudomítica ODESSA, la *Organisation Der Ehemaligen SS-Angehörigen*, u «Organización de Antiguos Oficiales de las SS».

La familia de Kellerman honró su memoria y amasó cierta riqueza y notoriedad como exportadora de maquinaria agrícola en Brasil y Argentina. A lo largo de los años no dejaron de circular los rumores sobre una posible fuga del oficial de las SS a Sudamérica, pertrechado con una fortuna procedente del oro y las joyas que había saqueado a los judíos, pero nadie había sido capaz de aportar una evidencia suficientemente sólida que lo demostrase.

El hijo de Kellerman, Axel, había tratado de abrirse paso infructuosamente en el mundo político de la Alemania posterior a la guerra, pero incluso el partido de ultraderecha *Republikaner* se negó a acogerlo en sus filas. Axel Kellerman, ahora un individuo de cincuenta años que usaba el nombre de «von Kellerman», dirigió las empresas familiares desde las propiedades de su ancestral castillo emplazado en las afueras de Friedrichshafen.

Friedrichshafen era una pequeña ciudad de apenas sesenta mil habitantes. Sus principales industrias eran las obras de reactivación del zepelín y las instalaciones de la Friedrichshafen AG, una empresa dedicada a la fabricación de transmisiones para maquinaria agrícola y equipamiento pesado. A primera vista, el pueblo parecía un lugar floreciente y moderno, orientado al turismo, lejos de los ajetreados centros industriales de Munich, Stuttgart y el cinturón industrial de Rhine-Ruhr. Pero aquella plácida ciudad que se recogía a orillas del lago tenía un pasado mucho más oscuro.

Durante la guerra, los trabajos en el zepelín sirvieron para fabricar también los componentes necesarios para el misil V2, gracias a la mano de obra gratuita que proporcionaban los esclavos procedentes de una estribación del campo de concentración de Dachau, situado en las afueras de la ciudad. La mayor parte del antiguo casco urbano había sido arrasado por completo durante los bombardeos de la

Operación Bellicose, el veinte de junio de 1943.

—¿De veras piensas que este tal Kellerman puede tener alguna información de utilidad? —preguntó Peggy cuando ambos se encontraban en la cubierta superior del *ferry*—. Y lo que es más importante, en caso de que la *tenga*, ¿crees que va a compartirla con nosotros?

Holliday se encogió de hombros. Sentía su cerebro exhausto, tambaleándose en un mar de nombres, fechas, sucesos y posibilidades. Para él la Historia solía ser suficientemente clara, un conjunto de absolutos grabado en piedra. Ahora era muy diferente, como un todo vago y sin un orden coherente. Había pasado media vida en el ejército, donde las metas que cosechaba se conseguían por la acción directa; esa clase de acción, sin embargo, no era posible en el problema que planteaba la espada del tío Henry.

—No tenemos nada más —respondió Holliday por fin—. El padre de Kellerman conocía a todas las partes involucradas, y era íntimo de Hitler. Estoy casi seguro de que debía saber a la fuerza de la existencia de la espada. Lutz Kellerman es la conexión que une todas las piezas del puzle, por no hablar del tatuaje que vi en la muñeca de aquel tipo.

—¿Pero y qué? —repuso Peggy—. ¿Cómo va a ayudarnos?

—Lo que necesitamos saber es la ubicación del manuscrito original de la carta escrita por Alberic a Hugo de Payens, el fundador de los Templarios, si es que aún existe. Sin la carta el código de la malla de oro es inútil, como Braintree nos explicó en Toronto.

—D. L. N. M. *De laudibus novae militiae* —dijo Peggy.

—Tu latín está mejorando —sonrió Holliday.

—Y la niebla se está levantando —replicó Peggy.

Ante ellos, a unos cientos de metros sobre el agua, apareció el puerto principal de Friedrichshafen entre una niebla cada vez más tenue. A la derecha había un enorme puerto deportivo de aspecto moderno; un bosque de mástiles que descollaban de algunos barcos de pesca se alzaba para cortar con su perfil aserrado unas briznas de niebla.

Un macizo de árboles descendía hasta la costa en la orilla izquierda. Allí, las dos torres de la iglesia, rematadas con una cúpula en forma de bulbo, se levantaban a través de la vegetación. En mitad de aquello se encontraba el puerto y el embarcadero para el *ferry*, y justo detrás asomaba la modernizada Medienhaus, la librería del pueblo, un típico Bauhaus de acero y metal. Vertebrando el viejo malecón, Holliday podía ver algunos viejos edificios, de tejados rojos, que habían sobrevivido a los bombardeos. Alzándose tras ellos se divisaban las colinas encrespadas y los valles de los suntuosos bosques de los Alpes bávaros.

—Este lugar parece una postal —se admiró Peggy.

—Ya veremos —repuso Holliday—. Bagdad también parecía haber salido de la imaginación de Walt Disney antes de convertirse en zona de guerra.

El *ferry* asomó lentamente entre los prominentes brazos del rompeolas del puerto y se desplazó hacia los muelles. Alrededor de Holliday y Peggy, la gente procedió a dirigirse a la cubierta principal en busca de sus automóviles. Los motores del *ferry* rebajaron su energía a un palpitante gruñido, provocando con su rumor la vibración del casco. La niebla se levantaba aprisa y el sol alumbraba la ciudad. Peggy tenía razón; era un pueblecito de postal.

—Mejor nos vamos —dijo. El *ferry* casi había alcanzado el embarcadero.

—De acuerdo —asintió Holliday. Se apartaron de la borda y enfilaron la escalera que tenían a su espalda. Quizá ahora averiguarían por qué la casa del tío Henry había sido reducida a cenizas, y por qué su amigo Derek Carr-Harris había sido asesinado. Pero primeramente debían buscar un hotel barato en la ciudad, antes de lanzarse al asedio del castillo de Axel von Kellerman.

**S**EGÚN el folleto que Holliday y Peggy habían cogido en su hotel de Friedrichshafen, el primer Schloss Kellerman había sido construido en el año 1150 por los Grafen von Kellerman-Pinzgau, señores feudales del lugar. El castillo fue destruido durante una revuelta campesina en 1526, y desde entonces había permanecido en ruinas.

El nuevo Schloss Kellerman, una exquisita mansión construida según los cánones del estilo barroco de la época, se erguía al pie de la colina sobre la cual aún se levantaban aquellas viejas ruinas. Había sido edificado en 1760 por el conde Anton von Öttingen-Kellerman, un príncipe bávaro regente originario de Pinzgau que descendía de los primeros propietarios.

Desde entonces el Schloss permaneció en posesión de la familia Kellerman, y además de servir como residencia familiar, también hacía las veces de museo, aparte de actuar como sede para conferencias sobre el estudio de la Edad de Piedra y la Edad de Bronce en Europa.

Las propiedades de los Kellerman estaban situadas a seis kilómetros al norte de Friedrichshafen, al pie de una escarpada y boscosa colina a la que se llegaba por un serpenteante sendero que se internaba entre los árboles, y que acababa abriéndose a una vasta pradera, parte de la cual consistía en un huerto, en tanto la otra parte había sido diseñada como un ceremonioso jardín ornamental en el que no faltaban los arbustos podados con formas animales y un laberinto de altos setos. Junto al laberinto había un solar de gravilla que servía de aparcamiento.

—Qué siniestro —dijo Peggy, saliendo del Peugeot que habían alquilado en Zurich dos días atrás.

El tiempo era cálido y soleado, sin el menor indicio de la lúgubre niebla que los había recibido el día anterior. Holliday cerró el coche, y él y Peggy caminaron por el sendero para dirigirse hacia la casa.

La hacienda era una profusión de habitáculos de dos plantas dispuestos en forma de L alargada; la línea que componían los tejados de teja roja se veía rota aquí y allá por torres y torretas, todas ellas de cal y estuco, cuyos muros en buena medida estaban cubiertos por un armazón de hiedra. Las ventanas, arqueadas y empotradas, aparecían orladas por laboriosas líneas de ladrillo, redundando en esa apariencia de piezas de Lego que ostentaban las encaladas torres.

El césped que rodeaba la finca estaba tan acicalado como un campo de golf. Los arriates, ardientes de flores y densos de arbustos perfectamente manicurados, habían sido pulcramente cercados por paredes de un metro de altura. El conjunto hacía pensar en una gigantesca casa de muñecas cuya propietaria fuera alguna refinada

princesita, esa clase de sueño inmaculado que solo podía encontrarse en las páginas del *Boletín de Arquitectura*.

—No hay el menor rastro de basura —comentó Peggy—. Tengo la impresión de que quien vive aquí es un maníaco de la pulcritud.

Ascendieron por un ancho tramo de peldaños de granito y alcanzaron la entrada principal. La piedra angular del arco que gravitaba sobre el umbral tenía labrado en su superficie un escudo de armas: una espada colocada en vertical, y enredada a las vueltas de un lazo.

—Qué interesante —murmuró Holliday, levantando la vista.

Atravesaron la ancha entrada y accedieron a la casa solariega. Pagaron la entrada a una encargada vestida de uniforme, quien a cambio les entregó a cada uno un pase de acceso restringido hecho en plástico amarillo y un folleto del mismo color. El folleto estaba escrito en tres idiomas: inglés, francés y alemán. Siguieron adelante por un largo corredor que hacía las veces de vestíbulo: sus pisadas retumbaban en los azulejos blancos y negros que flanqueaban el suelo de mármol.

Unas cuantas personas entraban y salían de las salas, todas ellas provistas de la misma expresión de aburrida expectación que hermana a los turistas que se han visto saturados de más información de la que necesitan. A juzgar por la escasez de personas que componían los corros, daba la impresión de que el Schloss Kellerman no era precisamente uno de esos sitios que todo el mundo lleva en su lista de visitas imprescindibles.

Según el folleto, las dos salas que se abrían a la izquierda acogían unas réplicas de los poblados que tanto en la Edad de Piedra como en la Edad de Bronce habían ocupado los terrenos del Schloss, mientras que la sala más pequeña situada a la derecha, que en otro tiempo había tenido las atribuciones del comedor de la mansión, preservaba ahora reliquias y demás objetos pertenecientes a la familia Kellerman.

—No veo muy claro lo que vamos a conseguir con esto —dijo Peggy—. Ni siquiera sabemos si Kellerman está aquí.

—Considéralo una tarea de reconocimiento —le explicó Holliday en voz baja—. Es una toma de contacto con el terreno. —Se volvió hacia la derecha para entrar en lo que antiguamente fue el comedor.

La sala era inmensa; los techos se elevaban a más de diez metros de altura, encofrados en maderas exóticas. Los revoques cuadrados que asomaban entre las gruesas vigas cruzadas tenían en su interior diversos medallones de yeso labrados con imágenes de cupidos y ángeles, que retozaban alrededor de una maraña de cables de los que pendía una docena de candelabros de cristal.

La pared más lejana de donde se encontraban tenía tres altas ventanas que filtraban la luz del sol tanto al interior de la sala como sobre la alfombra azul oscuro que extendía sus dibujos geométricos por el suelo de roble. La pared más próxima estaba atestada de retratos del pasado familiar de los Kellerman. Donde no había retratos al óleo había fotografías enmarcadas en plata, además de ocho armaduras

completas escalonadas uniformemente entre aquellas muestras de arte pictórico y fotográfico, que recorrían todo lo largo de la sala como si se tratase de unos caballeros a la espera de su rey.

En las paredes del fondo había dos chimeneas idénticas, de anchos hogares y espaciosos testereros. Las chimeneas se antojaban tan gélidas como vacías, limpias de cualquier evidencia de uso. Sobre ellas pendían sendos tapices. Entre las chimeneas, donde una vez debió de haber una mesa capaz de sentar a sesenta o más comensales, había ahora una hilera de expositores de cristal y madera, cada cual conteniendo objetos de un período ya lejano de la historia de la familia Kellerman.

La colección era de lo más variada: un hacha vikinga, de mango curvo y doble filo acerado, descubierta durante las excavaciones arqueológicas del siglo XIX en aquellos mismos terrenos; un cáliz y varios candelabros que habían sido utilizados en la capilla familiar del castillo original; un prendedor esmaltado con la imagen de Cristo, que en el pasado había sido propiedad de la condesa Gertrude, esposa del conde Anton von Öttingen-Kellerman, el constructor del Schloss más reciente; un barroco sable naval Kleigenthal otorgado a Kellerman, que durante el siglo XIX se enroló en la marina alemana; un casco del ejército prusiano, un *pickelhaube* rematado en punta, que había calzado las sienes de otro general Kellerman, este durante la Primera Guerra Mundial.

Por todas partes había huellas de los Kellerman, pero ni el menor indicio del general de las SS-Gruppenführer.

—Así que la Segunda Guerra Mundial nunca tuvo lugar —murmuró Peggy.

Junto a la puerta abierta que conducía al vestíbulo interior había un alto expositor de cristal donde se relataba la época presente de la familia Kellerman. Había algunos modelos a escala de maquinaria agrícola fabricada por Kellerman AG, el corte transversal de un artilugio ideado para sembrar el grano, y al menos una docena de fotografías de Axel Kellerman: Axel en un banquete de caridad del brazo de una actriz de televisión de cabellos dorados, Axel junto a un niño en la cama de un hospital, Axel con una famosa y sonriente estrella de Hollywood en el interior de un plató, Axel cargando a las espaldas una bombona de oxígeno y aferrado a la borda de un bote en las aguas del Caribe.

Era alto, delgado pero con una constitución atlética, y dotado por la naturaleza de una oscura belleza. Su rostro era alargado, y tenía la mandíbula cuadrada y el cabello negro, peinado hacia atrás, rematado en un pico de viuda. La nariz era larga y aristocrática, los ojos penetrantes, hundidos en las cuencas, y tenía una boca amplia, cuyos labios se inclinaban hacia abajo, aunque resultaban demasiado femeninos para tan altos pómulos. Había en él algo que recordaba ligeramente a los vampiros, algo que era al mismo tiempo atractivo y repelente.

Pero por ninguna parte se dejaba ver el clásico retrato de familia: marido, mujer e hijos. Una fotografía mostraba a Axel Kellerman vestido de cazador, con un rifle en las manos y a su lado un elegante perro de caza alemán de pelaje cobrizo. Tras él,



ligeramente fuera de foco, se alzaba el edificio en el que Holliday y Peggy se encontraban ahora.

—Ha sacado a su padre de la historia de la familia —comentó Holliday.

—Schwarzenegger lo hizo, ¿por qué no Axel Kellerman? —respondió Peggy.

Salieron de la sala y pasaron por delante de una escalera ancha, curvada, que conducía al segundo piso.

—No me lo creo —dijo Holliday, volviéndose hacia el pasillo principal. Dobló el folleto y lo guardó en el bolsillo lateral de su chaqueta—. Después de todo lo que leí en la Red me daba la impresión de que Kellerman era su propio padre redivivo: las mismas convicciones políticas, las mismas aspiraciones militares. Esperaba que un lugar como este fuera un santuario, más que cualquier otra cosa.

—Pensaré que no puedes tener un pasado nazi y vender maquinaria agrícola al mismo tiempo, digo yo —comentó Peggy mientras ambos salían otra vez a la luz del sol—. La inflexible y elemental eficacia germana.

—Me cuesta creerlo —repitió Holliday. Descendieron por el sendero hacia el aparcamiento—. Esto es una tapadera. El lugar entero es una enorme fachada. Ese no es el verdadero Axel Kellerman. Estoy seguro de que en alguna parte tiene su «batcueva».

—Me gustaría saber dónde —murmuró Peggy. Holliday se encogió de hombros. Sacó las llaves y con un pitido abrió las puertas del coche.

—Lo que es yo, no tengo la más mínima idea —contestó Holliday. Subieron al Peugeot. Peggy se puso el cinturón de seguridad y sonrió.

—Es hora de que te muestre mis habilidades —dijo.

El Gaststätte Barin-Bar era una cervecería, o bodega, a la antigua usanza, emplazada en un viejo edificio junto a la estación de ferrocarril de Friedrichshafen, a solo media manzana del malecón. Peggy había descubierto la existencia de aquel lugar tras una breve conversación con el recepcionista del hotel y soltar una buena propina a un anciano de aire siniestro que trabajaba como portamaletas en la estación de tren.

Aquel viejo y cavernoso bar-restaurante tenía una iluminación muy pobre: las paredes se hallaban cubiertas de paneles de madera, y la decoración se limitaba a una serie de cabezas disecadas de animales de caza, desde jabalíes dentados de ojos vidriosos a ciervos de expresión vacua tocados con unas enormes astas. Al final de la sala había un par de barbudas cabras montesas de cuernos retorcidos, y una enorme y polvorienta osa parda que, aparte de dar su nombre al restaurante, miraba entre encolerizados pero inaudibles gruñidos a los parroquianos desde el otro lado de la barra. Holliday sonrió; también él estaría furioso, si alguien hubiera osado colgar su cabeza en una bodega. En el lugar flotaba un hedor a cerveza, repollo y carne a la brasa.

Era media tarde, y la cervecería estaba casi vacía. Una familia de turistas

japoneses se sentaba en una mesa próxima a las escaleras que conducían a la vinoteca, picoteando ociosamente de un plato de patatas fritas y uno de salchichas variadas llamado *bratwurst*, mientras se hablaban en susurros unos a otros y tomaban fotos disimuladamente con una menuda y llamativa cámara digital. En la barra, bajo la tenue luz cenital, un voluminoso individuo de cabellos blancos se inclinaba sobre su enorme jarra de cerveza, aferrándola posesivamente con sus gruesos dedos.

—Bonito lugar —comentó Holliday cuando encontraron una mesa y se sentaron—. Sí que sabes elegir, Peggy.

—Si viajases tanto como yo sabrías que los mejores lugares para conseguir alguna cosa (armas, matones, putas, información en general) son los bares que se encuentran más próximos a la estación de tren. Es allí donde los viejos se reúnen a hablar y beber; siempre es lo mismo, desde Tunbridge Wells hasta Tombuctú.

—¿Hay una estación de tren en Tombuctú? —bromeó Holliday.

Peggy suspiró.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo—. Si necesitas información de nuestro amigo Kellerman, este es el mejor lugar para obtenerla.

Una camarera de pelo rubio cardado y una falda con peto que daba al conjunto un aire campestre salió de la cocina, vio a Holliday y Peggy y se acercó a su mesa. Ni siquiera lo dudó, y automáticamente se dirigió a ellos en inglés.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó en tono agradable.

—Tráiganos dos Augustiner Bräu, por favor —respondió Peggy.

—¿Algo más, *madame*?

—¿Está Rudolph Drabeck? —quiso saber Peggy. Ese era el nombre que les había dado el anciano portamaletas de la estación.

—¿Qué quieren de Rudy? —preguntó con cautela la camarera.

Peggy sacó el billete de color oxidado que correspondía a cincuenta euros y lo dejó en la mesa.

—Un poco de color local —respondió Peggy.

—¿*Was*? —preguntó la camarera, frunciendo el ceño.

—Simple información —explicó Peggy.

La camarera les dedicó una mirada evaluadora, luego se volvió y se dirigió a la barra. Le dijo algo al hombre que se sentaba ante ella, encorvado sobre su cerveza. El hombre dio media vuelta sobre el taburete y miró a Holliday y Peggy. Peggy asintió e hizo ondear los cincuenta euros.

El anciano de cabello blanco cogió su jarra de cerveza y, con paso tranquilo, se acercó a la mesa. La familia de japoneses se hizo a un lado para dejarle pasar. Al llegar, el hombre dio un buen trago a la jarra, y clavó sus ojos empañados de lágrimas en el dinero que la mano de Peggy le ofrecía.

—¿*Ja*? —preguntó. Su voz era áspera y ronca, endurecida por tantos años de empaparse la garganta en alcohol.

—¿*Sprechen sie englisch*?

—Por supuesto —se jactó el hombre, haciendo un gesto desdeñoso con la mano. Soltó un bufido—. ¿Acaso no lo habla todo el mundo hoy día? También sé un poco de ruso, y algo de italiano. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué no se sienta con nosotros, *Herr Drabeck*? —le ofreció Holliday.

—*Herr Drabeck* era el *scheisskopf* que tuve por padre, el maestro de los pequeños *rotznasigen*. Pueden llamarme Rudy —dijo el anciano con acritud—. Todo el mundo lo hace. —Se encogió nuevamente de hombros y se sentó.

Holliday lo examinó brevemente. Era bajo y gordo, y tenía una descuidada barba gris que aquí y allá dejaba asomar algunas salpicaduras oscuras. Llevaba el pelo despeinado y sin lavar, y raleaba en mitad de su sonrosado cráneo. Su cara era redonda, tenía las mejillas abolsadas y caídas, y los ojos de un azul pálido, ocultos tras unas gafas de montura de plástico.

Su bulbosa nariz estaba agrietada por esas venas que delatan un elevado consumo de alcohol, y en general el tipo tenía esa tez rojiza y sanguínea de quien sufre de tensión alta pero tampoco se preocupa por controlarla. Llevaba un traje marrón, arrugado y viejo, que, saltaba a la vista, no se había quitado en años. La camisa blanca que tenía puesta debía haber sido lavada unas mil veces, de modo que el cuello había adquirido una permanente coloración gris. De cerca olía a cigarrillos y cebolla frita. Parecía frisar en los ochenta, lo cual significaba que durante la guerra debió de tener unos veinte años.

La camarera apareció de nuevo. Llevaba las cervezas de Peggy y Holliday en unos vasos altos, estilo *pilsner*, más cortos y esbeltos que los que habitualmente se empleaban para beber cerveza.

—Póngale también una a él —le pidió Peggy, levantando su cerveza y señalando con el mentón al anciano.

—*Nein* —se apresuró a decir Drabeck, dirigiéndose a la camarera—. *Kulmbacher Eisbock. Ein Masskrug, bite, und ein Betonbuddel Steinhäger.*

—¿Perdón? —dijo Peggy. Su alemán de instituto empezaba y acababa en *Sprechen sie englisch*.

—*Ein Masskrug* es lo que ustedes llaman un litro —explicó la camarera, dedicándole una afectuosa sonrisa—. *Steinhäger* es un tipo de ginebra. Quiere una botella entera.

—¿Una botella entera?

—Eso es lo que ha dicho —replicó la camarera.

—*Und ein Strammer Max* —añadió el viejo, frunciendo los ojos y adoptando una entonación grave.

Peggy se volvió hacia la camarera.

—Ha pedido un sándwich. *Leberkäse*: paté de hígado, creo que lo llaman ustedes, con un huevo frito con la yema hacia arriba, todo pasado por la sartén.

Peggy miró a Drabeck.

Este se encogió una vez más de hombros y sonrió. Sus dientes eran menudos,

amarillos y desiguales.

—De acuerdo —dijo Peggy. La camarera se marchó. Se volvió otra vez hacia Drabeck—. ¿Ha vivido en Friedrichshafen mucho tiempo?

El viejo contempló el billete de cincuenta euros que había en la mesa, frente a Peggy. La joven lo deslizó hacia él. El hombre lo atrapó al vuelo y en un abrir y cerrar de ojos se lo llevó al raído bolsillo de su chaqueta. Apuró la última gota de cerveza y apartó la jarra a un lado, apoyando después las palmas de las manos en la mesa. Los dedos eran largos y sorprendentemente pequeños y delicados. Un entramado de venas se retorció en su carne arrugada como hinchidos gusanos. Tenía las uñas rotas y agrietadas, festoneadas de una mugre amarilla.

—Las manos de un viejo —murmuró el tipo.

Peggy no dijo nada. El hombre siguió mirando sus manos con sumo pesar.

—Viejas —repitió.

—Parecen las manos de alguien que hubiera tocado el piano tiempo atrás —se aventuró a decir Holliday.

—El violín —murmuró Drabeck—. Hace años, en Viena, yo tocaba el violín. Pero ya ha pasado mucho tiempo de eso. Era en la *Wiener Symphoniker*, la Orquesta Filarmónica de Viena.

—¿Era usted violinista? —se admiró Peggy, sin poder evitar preguntarse por un momento adónde les llevaría aquello.

—Bueno, yo no era más que un muchacho. Acudía a la *Universität für Musik und darstellende Kunst Wien*, el conservatorio de Viena... Tenía trabajo; iba a formar parte de la *Symphoniker*, mi sueño desde que era un niño. Luego vino la *Anschluss*, y unos y otros nos convertimos en nazis, nos gustara o no; nuestra opinión daba igual.

—Entonces, calculo que eso debió de ser en 1938. —Ponderó Holliday. Era la fecha de la anexión, relativamente pacífica, de Austria.

—*Ja* —dijo Drabeck. La camarera regresó con una bandeja. Sobre su superficie se repartían una serie de botellas, platos y vasos, entre ellos una enorme jarra de cristal rebosante de una cerveza espumosa, tan oscura y opaca como la Guinness. Colocó todo aquello ante el viejo.

Los ojos de este lanzaron un brillo lujurioso. Rebozó el sándwich Strammer Max en salsa de rábano picante y mostaza y acto seguido le propinó un enorme mordisco. La yema del huevo brotó por los lados del sándwich y el líquido se le derramó por la barba. Con las manos ligeramente temblorosas, levantó la enorme jarra de cristal y se metió entre pecho y espalda un soberbio trago de cerveza para ayudarse a pasar el bocado, hecho lo cual se derrengó en la silla, lanzando un suspiro satisfecho: se le había entrecortado el aliento, como si acabara de correr una maratón.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Holliday.

Drabeck se pasó la manga de la chaqueta por la boca, quitándose como pudo la espuma que le adornaba el bigote.

—Mi *Schwuchtl* padre sabía quiénes eran los peces gordos. El conde, su jefe,

Herr Von Kellerman, vivía allí en su enorme Schloss junto a las ruinas. Él y mi padre estaban en una... —Hizo una pausa. Sus tupidas cejas se arrugaron cuando frunció el ceño para buscar las palabras correctas—. *Ein Geheimbund...*

—¿Un grupo secreto? —preguntó Holliday—. ¿Una sociedad secreta?

—Ja, eso es —asintió Drabeck. Dio otro mordisco al sándwich y la yema de huevo goteó un poco más. Dejó el sándwich y se chupó los dedos. Luego dio otro enorme trago a la cerveza.

—¿Recuerda el nombre de esa sociedad secreta? —preguntó Peggy.

—Ja, claro —replicó el viejo. Atacó nuevamente el sándwich y habló con la boca llena—. *Die Thule Gesellschaft. Der Germanenorden.* —Tragó el bocado y bebió más cerveza.

—La Sociedad Thule —asintió Holliday—. La Orden Teutónica del Santo Grial. Se formó tras la Primera Guerra Mundial. —Era cierto. Por aquel entonces, los alemanes andaban a la busca de alguna mitología que infundiese en sus decaídos ánimos un sentimiento de orgullo nacional, al igual que los versos de *La bandera llena de estrellas* fueron escritos para levantar la moral de los americanos después de que los ingleses quemaran Washington y tomaran Detroit... salvo por el hecho de que aquella canción, que terminaría convirtiéndose en el himno nacional, era una tonadilla patriótica cuya única pretensión consistía en darle a la nación un sentido de unión y trascendencia tras las muchas calamidades que la habían puesto a prueba. En cambio, la necesidad de un misticismo germano había dado origen al auge de Adolf Hitler, y, a su vez, la obsesión antisemita que turbaba al fanático dictador hizo germinar el fundamentalismo ario. Sus primeros conversos fueron recabados entre los miembros de grupos como la Sociedad Thule.

—Ja —dijo Drabeck—. Eso es. —Quitó el tapón a la botella de barro de la Steinhäger y se sirvió unos cuatro o cinco dedos en aquel cono invertido que era el vaso que le había traído la camarera. Lo apuró de un trago y chasqueó los labios—. *Mein Vater*, mi padre, pensaba que era una señal de los cielos, el símbolo de la Thule, y el... —Hizo una nueva pausa—. *Das Wappen, das schildförmiges.* —Trató de explicar.

Holliday le entendió.

—El escudo de armas.

—Ja —dijo Drabeck, aliviado—. El, cómo lo ha llamado, escudo de armas de la Thule y el de la familia Kellerman era prácticamente el mismo. —Se sirvió otro trago de transparente ginebra y lo bebió de nuevo, luego se llevó una mano al bolsillo de la pechera de su chaqueta y sacó un trozo de lápiz de diez centímetros. Cogió una servilleta y esbozó un rápido dibujo sobre ella. Era una espada ante una esvástica ligeramente curvada—. *Thule Gesellschaft* —explicó con tono solemne, mostrándoles el dibujo. Le añadió la espada y el lazo enroscado que ambos habían visto labrado en la piedra que se alzaba en la entrada principal de la Schloss Kellerman—. *Das Wappen auf das geschlecht Kellerman, gelt, ja?*

—La espada otra vez —murmuró Peggy.

Drabeck dio unos golpecitos en el dibujo con su trozo de lápiz.

—*Ja, der Schwert* —asintió con énfasis.

—Así que —recapituló Holliday, lentamente— su padre y *Herr Kellerman* estuvieron juntos en la Sociedad Thule... —dejó la frase inconclusa.

Drabeck se metió lo que quedaba de sándwich en la boca y masticó con expresión meditabundo.

—Kellerman era *ein Obergruppenführer*, un general de la *Schutzstaffel*, las SS. Conocía a mucha gente del Partido, como también la conocía mi padre. El pequeño Heini... Himmler, Goebbels, y *der Dicke*, el Gordo, Goering, los conocía a todos. Fueron ellos quienes hicieron que mi padre llegara a convertirse en *Stellvertreter-Gauleiter*...

—Ayudante del *Gauleiter*, ¿el jefe del distrito? —sugirió Holliday.

—*Ja*, como usted dice, el jefe del distrito. De esta ciudad.

—¿Y usted? —preguntó Peggy.

—Yo tocaba el violín. —Drabeck se encogió de hombros, sirviéndose otro trago de la *Steinhäger*. Se lo bebió, y después se limpió los labios con el reverso del pulgar—. ¿Qué podía hacer? Mi vista no era muy buena, no podía disparar, o matar, ni nada parecido, de modo que Kellerman me convirtió en su *Putzer*.

—¿*Putzer*? —preguntó Peggy.

—*Der Hausdiener* —dijo el viejo, pugnando por dar con la palabra adecuada.

—Su ordenanza, creo —explicó Holliday—. Una especie de edecán.

—*Ja* —dijo Drabeck—. Su criado. Yo lustraba sus botas y llenaba su bañera, eso era todo. Iba con él a todas partes, siempre puliendo su *verdammte Stiefel*. Rusia, Stalingrado, Italia, Normandía. Nunca dejaba de lustrar sus botas.

—¿Estuvo alguna vez en Berghof? —preguntó Holliday. ¿Sería esa la conexión con la espada?

—*Ja*, claro, también, unas cuantas veces. Ahí me tienen ustedes, disfrutando del privilegio de coger el *Hundkacke* de Blondi, el perro de Hitler, de la alfombra y traerle a *la puta* Eva de la ciudad los pastelitos que le gustaban. Y lustrar las botas.

—¿Y luego? —quiso saber Peggy.

Drabeck se sirvió más *Steinhäger*.

—¿Conoce Dachau? —preguntó Drabeck.

—¿El campo de concentración? —dijo Holliday.

—*Ja, das Konzentrationslager* —asintió el anciano—. Tenían un campo para los trabajadores de Dornier y Maybach. Para hacer *Raketen, ja?*

—Cohetes V2 —explicó Holliday.

—*Vergeltungswaffe Zwei, ja* —asintió Drabeck—. Necesitaban mucha mano de obra. Italianos y polacos en su mayoría. Y *juden*, claro, judíos. Mi padre cogía mujeres del campo y... las utilizaban. —El hombre hizo una pausa, y clavó la mirada en el fondo de su vaso. Aferraba con fuerza la botella de barro, pero no hizo ademán

de servirse. Levantó la vista y miró a Holliday a los ojos—. Cuando terminó la guerra y los americanos liberaron a los prisioneros, algunos vinieron al pueblo en busca de mi padre. Se escondía en el Schloss Kellerman. ¿Lo conoce?

—Estuvimos allí esta mañana —dijo Holliday.

—Lo encontraron en las viejas ruinas. Lo trajeron aquí, a la plaza del pueblo, y lo colgaron de una farola con *dem kabel*, el cable eléctrico. Pateó y se agitó durante cinco minutos, hasta que la cara se le puso toda negra. Su lengua era como una gruesa salchicha que asomara por su boca. Para bien o para mal, yo era su hijo. Me obligaron a mirar su agonía.

—Por Dios —susurró Peggy.

—*Ja* —asintió Drabeck—. Me resultó muy desagradable.

—¿Y para entonces Lutz Kellerman había desaparecido? —preguntó Holliday.

—*Natürlich*. —Gruñó el viejo—. Se acabó lustrar botas para el pequeño Rudy. — Se sirvió otro trago de Steinhäger. La frente y las mejillas del anciano estaban perladas de sudor. Eructó suavemente, y unas volutas de ginebra vaporizada se entremezclaron con los rábanos picantes y la mostaza que se esparcían por la mesa.

—¿Y Axel? —preguntó Holliday.

—En Suiza —respondió Drabeck—. Un refugiado más, al igual que su madre y su hermana mayor. Era un niño; tendría tres o cuatro años, quizá.

—¿Cuándo regresaron?

—En 1946. En esas fechas las cosas andaban muy mal por aquí. No había trabajo para nadie. Todo el mundo estaba *Geld Brauchen*, sin un penique; los Kellerman, en cambio, estaban *in Geld schwimmen*: nadaban en dinero. Mucho dinero. Se metieron en negocios. *Die Zugmaschinen*. Tractores. El pueblo volvió a adorar a los Kellerman. —Bebió más Steinhäger—. *Dem Geld verfallen sein* —sentenció filosóficamente, y suspiró.

—¿Y usted?

El viejo lanzó una carcajada y eructó de nuevo. Tras la barra la camarera levantó la vista al oírle.

—*Frau* Kellerman me contrató para lustrar *sus* botas —dijo Drabeck—. Cuarenta años trabajé para la familia y entonces, un día, ¡*phhft!* Rudy ya no les sirve de nada. Demasiado viejo. Demasiada bebida. Cuarenta años y ni una mísera pensión. Nada; *der Kotzbrocken*.

—Cuando estuvimos hoy allí no vimos prueba alguna de que Lutz Kellerman hubiera existido alguna vez. No se le mencionaba en el museo, no había fotos, nada.

Drabeck rio de nuevo:

—*Keineswegs!* —bufó—. ¡Pues claro que no! Hitler fue un mal sueño para Alemania, una pesadilla que deseábamos olvidar lo antes posible. —Drabeck se sirvió más Steinhäger y bebió del trago.

La nariz le moqueaba, y se la limpió con la manga de la chaqueta. Tenía los ojos húmedos y llenos de lágrimas.

—El pueblo de Friedrichshafen solo se encargó de fabricar los Hindenburg. Zepelines, no los mortales *Raketen*. Aquí no hay más que buenos chicos que cantan a la tirolesa y tocan la trompa de los Alpes, y chicas que solo saben hacer *Apfelstrudel* y bebés rollizos. El mundo ha cambiado; no hay lugar en la Historia para los *Konzentrationslager*, ni para tipos como el *Obergruppenführer* Lutz Kellerman.

—Pero, por supuesto, el hijo no ha olvidado al padre —dijo Holliday.

—No —asintió Drabeck—. Le recuerda bastante bien. Pero oculta algo.

—¿Qué es lo que oculta? —preguntó Peggy.

—Los asuntos de su padre, *Gegenstände mit Nostalgiewert*: no conozco la palabra inglesa para esto.

—¿Sus efectos personales?

Drabeck se encogió de hombros.

—*Egal welche*. —Gruñó. Lo que sea.

—¿Se refiere a medallas o uniformes? ¿Esa clase de cosas? —propuso Holliday.

—*Ja*, eso —replicó Drabeck. Sus ojos se movían de un lado a otro, y empezaba a mostrarse incómodo. Hablar sobre su vida y su pasado era una cosa; hablar de los secretos del amo era otra muy distinta.

—¿Quiere decir que tiene un santuario en honor a su padre escondido en otra parte? —preguntó Peggy, presionándole. Drabeck bajó la mirada a su vaso vacío, apretando los labios.

—*Ja* —dijo lentamente.

Holliday cambió una mirada con Peggy. Hizo un leve gesto con el pulgar y el índice, frotándolos entre sí. Peggy asintió y rebuscó en su bolso. Sacó un billete verde pálido de cien euros.

Lo dobló por la mitad y lo deslizó sobre la mesa, empujando con suavidad el vaso de Drabeck. Hubo un instante de duda, pero después los dedos del viejo tiraron delicadamente del billete hacia el borde de la mesa, hasta que este desapareció en el interior de su bolsillo.

—Dónde —dijo Holliday, en un tono neutro.

Hubo otro instante de duda. Drabeck se lamió los labios, indeciso:

—Hay un lugar... —dijo por fin el anciano.



—**D**EBERÍAMOS haber traído una pistola —dijo Peggy. Estaban tumbados en el borde del risco que arrancaba en el amplio prado donde se alzaba el Schloss Kellerman. Ya comenzaba a atardecer, y los primeros focos del perímetro de seguridad se encendieron alrededor del complejo de edificios. A través de los prismáticos que acababa de adquirir, Holliday alcanzaba a divisar el inconfundible destello rosado que exhalaba el mercurio de las lámparas de alta presión; aunque la oscuridad fuese completa, el Schloss estaría tan iluminado como un preestreno de Hollywood.

—Las pistolas son tontas —replicó Holliday, dejando los prismáticos—. Siempre acabas recibiendo un disparo.

—Curiosa reflexión viniendo de un viejo soldado.

—Los viejos soldados no llegan a viejos sobreestimando el valor de las armas de fuego —respondió Holliday—. No lles un arma a menos que estés dispuesta a matar a alguien con ella, y eso es algo que, de momento, yo no estoy dispuesto a hacer.

Peggy frunció el ceño.

—No soy uno de tus alumnos de primer año en West Point, Doc. No hace falta que me sermonees. Solo pensaba que habría estado bien tener algo que nos protegiera si este tipo, el tal Kellerman, es el responsable de la muerte del profesor Carr-Harris y del incendio en la casa del abuelo.

—Todavía no sabemos que eso sea cierto —dijo Holliday.

—Menuda aseveración. Tampoco estaríamos aquí en caso contrario.

—Aseverar algo sin demostrar que sea cierto es una de esas cosas que hacen comenzar las guerras. —Contraatacó Holliday—. Repito, las pistolas son tontas.

—Vuelves a sermonearme, Doc.

—Viene con el lote.

Examinó de nuevo los terrenos donde se asentaba el Schloss. No se percibía el menor movimiento. Una hora atrás habían visto cómo una furgoneta descargaba allí el turno de vigilantes nocturnos. Ocho hombres armados y uniformados, todos altos, atléticos, jóvenes e irrefragablemente arios. Por lo visto, Axel Kellerman no era la clase de jefe que creía en la igualdad de oportunidades. La furgoneta recogió entonces a los ocho hombres del turno anterior y se marchó por donde había venido.

Veinte minutos después un tipo alto, de cabello oscuro, vestido con un traje visiblemente ostentoso y un sombrero tirolés de color verde rematado con la cola de un jabalí, subió a un Mercedes Sedán negro y marchó en dirección a Friedrichshafen. Podía ser Axel Kellerman, pero era difícil decirlo a las claras. El aparcamiento del

Schloss estaba vacío.

Holliday movió los prismáticos hacia la izquierda. En el extremo del risco, doscientos metros más allá y parcialmente oculto por un macizo de pinos, las ruinas de un viejo castillo se alzaban en la creciente oscuridad como un antiguo megalito. El promontorio estaba protegido por la muralla original, o lo que quedaba de ella: un túmulo de cuatro metros de piedra y una argamasa de escombros que ya se habían visto prácticamente reducidos a grava.

Tras la muralla, irguiéndose como un inmenso diente roto, se hallaban los restos de la torre del homenaje, la fortaleza de piedra que en otros tiempos se había alzado orgullosamente en el centro del castillo, protegida por un foso y un puente levadizo. Aquella era la última línea defensiva que el antiguo conde Kellerman-Pinzgau había erigido en sus dominios.

Peggy extrajo de su bolso una moderna cámara fotográfica, apenas del tamaño de un paquete de cigarrillos, y sacó unas cuantas fotos de las ruinas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Holliday.

—Sacar unas fotos que puedan servirnos como documentación.

—Lo que estamos haciendo es figonear, no preparar un documental.

—Figonear, documentar, ¿qué más me da? Estoy sacando fotos, eso es todo, Doc.

Apuntó la cámara hacia Holliday y tiró otra foto.

—No has puesto el *flash* —dijo este—. No va a salir nada.

—No seas tonto —replicó Peggy—. Esto puede sacar fotos sin más iluminación que la de las estrellas. Bienvenido a la era digital, ancianito.

Holliday volvió a calzarse los prismáticos y los dirigió hacia el Schloss. Aún no había movimiento en los alrededores. El único sonido que alcanzaba a escucharse era el del tibio viento que cribaba suavemente los árboles colindantes.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Todo está despejado. Mantente agachada para que tu silueta no se recorte en el horizonte; así evitaremos que algún guardia al que se le ocurra salir a fumar nos vea. Dirígete a la barbacana.

—¿La qué?

—El puesto de vigilancia que hay en la pared, esa caseta grande y cuadrada.

—Ah, vale.

—Venga.

Peggy obedeció. Treinta segundos más tarde Holliday la siguió, corriendo a toda prisa y manteniendo el cuerpo agachado.

Alcanzaron la vieja garita que había junto al muro y allí se detuvieron. El patio que se extendía ante ellos estaba tan oscuro como desértico. Nada se movía. Muy a lo lejos, Holliday podía escuchar el luctuoso y embotado rumor de un tren al pasar.

—Lo mismo el tal Drabeck nos ha colado un montón de mentiras —dijo Peggy—. Puede que con esto solo estemos perdiendo el tiempo.

—¿Nerviosa? —preguntó Holliday.

—Me estoy sintiendo un poquito criminal.

—Pues no es para tanto —dijo Holliday—. Como mucho, esto solo puede calificarse de intrusión en una propiedad privada.

—¿Y ya está?

—Y ya está.

Esperaron unos segundos más, conteniendo la respiración.

—¿Y ahora qué? —preguntó Peggy, con la espalda encorvada, resollando y apoyando las manos en las rodillas.

—Ahora, otra carrerita más —dijo Holliday—. La segunda barbacana frente al foso. Una vez estemos allí, cruzaremos el puente hasta la torre del homenaje.

—Tú primero esta vez —le invitó Peggy—. Edad antes que belleza.

—Como gustéis —replicó Holliday. Se adelantó unos metros y asomó al patio. Un poco más allá podía ver la sólida línea de mampostería que era todo lo que quedaba del gran salón original, la residencia del señor de la mansión en épocas de paz. Unos metros más allá había un montón de piedras dispuestas en círculo que probablemente en otro tiempo delimitaban el pozo del castillo, y más allá aún, con unos ocho metros de lado y elevándose unos veinticinco metros o más en el cielo de la noche, se alzaba, vertiginosa y tétrica, la torre del homenaje.

Por lo demás, en el patio no había otra cosa que los matojos y la maleza que crecían entre los escombros. No había rastro de guardias o visitantes ocasionales. Tampoco había restos de basura, ni colillas ni latas tiradas por el suelo. Kellerman era muy eficiente. Holliday tomó aire, lo dejó escapar lentamente y luego corrió a toda prisa por el patio, sin detenerse hasta alcanzar ese espejismo de seguridad que le ofrecía la caseta de la torre. Esperó mientras observaba a Peggy seguir sus pasos, con el bolso de tela colgado del hombro y sus esbeltas piernas moviéndose vigorosamente, llevándola a través del patio hasta él.

—Vale —dijo Peggy—. ¿Y ahora qué?

Holliday miró hacia arriba. Podía ver el costurón de agujeros que perforaban el tejado de piedra de la caseta. Se les llamaba «agujeros de la muerte», pues eran usados para echar aceite hirviendo a los enemigos que acudían a sitiar el castillo.

Más allá se hallaba el estrecho puente de tierra que cruzaba el foso. En siglos pasados, el puente habría sido de madera y el foso habría estado lleno de agua y afiladas estacas, la versión medieval de las minas antitanques cuyo propósito consistía en ralentizar las labores de aproximación de los zapadores y de los artilugios que durante el sitio se empleaban para derribar los muros.

De pronto, Holliday se preguntó quiénes habían estado allí antes que él. Lugares como aquel eran Historia. Estaban macerados en ella, bañados en su sangre, pero luego quedaban reducidos a ruinas y entonces hasta la misma Historia los olvidaba. ¿Qué caballeros de brillante armadura, a lomos de sus caballos, habían atravesado aquellas puertas, qué princesas, qué reyes?

—¿Un momentito para la historia, quizá? —dijo Peggy, sonriéndole en la

penumbra.

—Oh, cállate —repuso Holliday con afecto, devolviéndole la sonrisa—. Me conoces demasiado bien. Vamos.

Atravesaron el puente de tierra a la carrera. El foso no era más que una acequia curva, poco profunda, que abría sus fauces a ambos lados de ellos, espesas de hierba y rastrojos. Llegaron a la entrada arqueada que daba paso a la torre y entraron en ella. Cada castillo tenía sus propias características, pero su arquitectura era tan predecible como un Big Mac, ya fuera en Nashville o en Novgorod. Holliday había recibido una clase para veteranos en un viaje a Rusia para afianzar las buenas relaciones entre ambos países el verano anterior, y no era broma: había comido una hamburguesa en Novgorod, así que sabía de lo que estaba hablando.

Inevitablemente, la torre debía de tener cinco plantas, a contar desde el suelo. Almacén, administración, una versión propia del gran salón, una planta residencial y una armería. Por encima de todo aquello estaría el techo de madera, cubierto de azulejos, y una plataforma de combate abierta, diseñada para los arqueros. Habría también un *garderobe* —el aseo medieval— en cada planta, descollando de la fachada para desaguar las inmundicias en el foso.

Por debajo del nivel del suelo estaban las mazmorras, donde se custodiaba a los prisioneros, y aún más abajo el pozo y la cisterna que se usaba para llenar el foso, así como una zona de captación de lluvias, lo que brindaba a la torre un segundo suministro de aguas extremadamente útil para cocinar y limpiar. Todo, en definitiva, constituía un entorno altamente eficaz y autosuficiente para cualquier castillo que hubiera visto abierta una brecha en su muralla y se encontrara en estado de sitio. El conjunto, además, estaba comunicado por una red de escaleras de piedra que recorrían los muros interiores y exteriores de la torre. Si Drabeck les había dicho la verdad, debían tomar el tramo de escaleras que descendía hacia las mazmorras y el suministro de agua.

Holliday trató de atisbar algo en la penumbra. Reparó en una sombra más oscura, producida por una puerta que se abría a la derecha. La señaló con el mentón.

—Hacia allí. —Tocó el codo de Peggy, y ambos corrieron por los adoquines que antaño fueron los cimientos de la torre. Llegaron a la puerta. A mano izquierda, superado ya el interior del pequeño arco, había una estrecha escalera de piedra que conducía hacia los pisos inferiores. El paso de los siglos había desgastado los peldaños, si bien pocos habrían sido los príncipes, y aún menos los reyes, que habían descendido por ellos. Aquella era una escalera para criados y carceleros.

Holliday sacó una pequeña linterna del bolsillo de su chaqueta. Bajó dos peldaños y la encendió. Los peldaños no tenían más de quince centímetros de ancho, y eran muy inclinados.

—Con cuidado —dijo, mirando por encima del hombro—. No tengas prisa.

Holliday bajó los peldaños, sosteniendo la linterna en alto, mientras con la palma de la mano que le quedaba libre se asía a la pared de piedra para mantener el

equilibrio. Peggy le siguió con cautela. Al final de los peldaños había un recoleto vestíbulo abovedado y una formidable puerta de acero. La puerta tenía cuatro inmensas bisagras a la izquierda, aseguradas con roblones del tamaño de un pulgar, y una anticuada guarda a la derecha con su pasador encima. Peggy intentó abrir la puerta.

—Está cerrada.

—Nadie lleva encima una llave tan grande como la que se necesita aquí —dijo Holliday. Barrió el pequeño rincón con el rayo de luz. No había nada. Ninguna maceta, ninguna piedra convenientemente descolocada ni una alfombrilla para los pies; ni siquiera una grieta en la argamasa que unía aquellas losas apiñadas.

—No veo por aquí ninguna llave —murmuró Peggy—. Se nos acabó la suerte.

—Quizá no.

—Explícate, por favor.

—Benedict Arnold —dijo Holliday de pronto, chasqueando los dedos.

—¿Perdón?

Holliday dio un paso al frente, y barrió con el chorro de luz de la linterna las bisagras, a fin de examinarlas más atentamente. Estaban separadas entre sí por unos doce centímetros, y a cada una de ellas la aseguraban cuatro enormes remaches, salvo en el caso de la bisagra central, que tenía cinco remaches. ¿Se trataba de un descuido? ¿Una reparación tardía? Quizá. Pero, aun así...

Tanteó cada uno de los remaches con la yema del pulgar. Nada, pero percibió que el tercer remache se movía ligeramente. En lugar de empujar, tiró de él. El remache salió unos tres centímetros, y Holliday escuchó con satisfacción un sonido de resorte desde dentro de la puerta.

—Prueba ahora —dijo. Peggy probó el pasador. La puerta se abrió.

—Shazam. ¿Cómo lo has adivinado?

—Benedict Arnold dirigió West Point antes de convertirse en un traidor. Tras su huida, lo buscaron en su residencia y encontraron un panel secreto en el ático con una cerradura idéntica a esta.

—Pues resulta diabólicamente ingenioso.

—Venga, no nos quedemos aquí mucho tiempo —dijo Holliday—. Esto ya ha dejado de ser una simple intrusión en una propiedad privada.

Peggy abrió la puerta de par en par, y ambos pasaron al interior.

Holliday movió la linterna de un lado a otro, y el rayo de luz alumbró una anticuada palanca de conmutación atornillada a la pared, junto a la puerta. La empujó a la posición de encendido. La habitación se iluminó.

—¡Esto sí que es una «batcueva», Doc! ¡No exagerabas lo más mínimo!

La cisterna era una cámara de techo abovedado de unos trece metros de largo y seis de ancho, con una única arcada cuya mitad adquiría una curiosa forma de herradura. El techo, las paredes y el suelo estaban hechos de bloques rectangulares de piedra caliza, tan apretados entre sí que no había sido preciso siquiera utilizar

argamasa para unirlos. Unas lámparas cenitales de tamaño industrial colgaban de los pesados cables eléctricos que zigzageaban por las piedras del techo. Cuatro enormes estandartes ceremoniales pendían cual tapices en el fondo de la sala. El diseño de todos ellos era notablemente similar.

A la izquierda descollaba la insignia con el círculo de runas y la espada de la *Anhenerbe*, la organización nazi destinada a rastrear la herencia ancestral alemana. Junto a ella aparecía el símbolo de la espada y la cinta que Holliday había visto tatuado en la muñeca del individuo al que mató en la granja de Carr-Harris, y labrado en una de las piedras que conformaban el umbral de la Schloss Kellerman. El tercer dibujo mostraba otro círculo de runas que contenía una espada enguinaldada de dragones heráldicos, mientras que el cuarto estandarte estaba bordado con la inevitable espada y la esvástica curvada de la Sociedad Thule, también llamada Orden Teutónica del Santo Grial, orientada a la derecha. Todos los estandartes estaban coloreados en rojo, blanco y negro, los tres colores básicos del nazismo.

—Parece que al tal Kellerman le privan las espadas, ¿eh? —comentó Peggy, contemplando los estridentes tapices.

—Me temo que lo que le priva es una espada en particular —se lamentó Holliday.

El resto de la cámara, hasta donde llegaban sus cavernosas entrañas, rebosaba de vitrinas, al igual que sucedía en el museo oficial del Schloss. En un estuche de armas, envuelta en su propia funda, dormitaba su sueño de pólvora una pistola automática Máuser calibre 32, bañada en oro, un regalo evidente no solo por su aspecto sino también por las palabras que habían sido grabadas en sus cachas: *Meister Schieben* «Maestro de Tiro», entreveradas a la misma insignia de la espada y la cinta. Holliday también reparó en una baqueteada metralleta MP18 con culata de madera, e incluso una *Panzerfaust*, la versión alemana del americano bazoka.

También había diversos maniqués vestidos con uniformes nazis, desde el de general de las SS hasta el vestuario básico de un *Kaiserjäger* de infantería de la Primera Guerra Mundial con el rango de *Gefreiter*, o soldado de primera clase, todos ellos colocados presumiblemente para indicar el ascenso de Lutz Kellerman desde las trincheras al escalafón de mando nazi.

Por lo demás, en todas partes había retratos de Lutz Kellerman. Lutz Kellerman con Rommel en el norte de África, apoyados en un enorme tanque Panzer 1. Lutz Kellerman con Adolf Hitler y Albert Speer durante el ataque relámpago que ordenó el Führer sobre la capital francesa. Lutz Kellerman en una cándida imagen en el Vaticano con el vicescanciller Franz von Papen y el cardenal Eugenio Pacelli, el hombre que sería conocido como «el Papa de Hitler», probablemente tomada en 1933, poco antes o poco después de la firma del *Reichskonkordat* entre los nazis y la Iglesia Católica Romana. Lutz Kellerman junto al SS-Obersturmbannführer Martin Weiss, comandante del campo de concentración de Mauthausen, bajo la infame puerta con el lema ARBEIT MACHT FREI, «El trabajo os hará libres».

Pero lo que era todavía más interesante: en una de las fotografías aparecía un Lutz

Kellerman mucho mayor, junto a su hijo, en una de las colinas que se alzan frente a la gigantesca estatua del Cristo Redentor del monte Corcovado, en Río de Janeiro. En la imagen, Alex Kellerman parecía tener unos dieciocho años. El coche que había tras ellos era un Chevy Impala de 1959, con sus clásicos alerones alargados y sus felinas luces traseras, una prueba evidente de que Lutz Kellerman había sobrevivido a la guerra y había vivido, cuando menos, todos esos años.

El parecido entre padre e hijo resultaba asombroso. Ambos tenían la misma nariz aristocrática y casi igual de alargada, idéntico rostro lobuno y el mismo pico de viuda hendiendo su frente, aparte de que compartían aquel aire ligeramente femenino en los labios. La mayor diferencia entre ambos era la *Renommierschmiss*, o «cicatriz de pirata», que desfiguraba el rostro de Lutz Kellerman, recorriéndole el lado izquierdo de la cara desde la comisura del párpado hasta la barbilla, y que había cosechado en el pasado durante un duelo a sable, en el cual, paradójicamente, el propósito no era infligir una herida sino recibirla. A Holliday no se le ocurría una muestra de coraje más atroz y perversa que aquella, pues no era para ser mostrada en el campo de batalla, sino en un salón de esgrima donde el champán aguardaba a quien había recibido con la esperada entereza su bautismo de sable.

—Mira esto —dijo Peggy desde el otro lado de la sala. Se había detenido ante un enorme escritorio. En la pared había una fotografía enmarcada de Hitler, mientras que en el escritorio destacaba un retrato de familia encerrado en un marco de plata: una hermosa mujer con un vestido cortado al inconfundible estilo de los años cuarenta que sostenía un bebé en los brazos, al lado de una niña de seis o siete años. Tras ellos, tan distinguible como la estatua del Cristo Redentor en Río, se alzaba la brusca forma de zarpa del Matterhorn, cuya cima aparecía cubierta de nieve. Así pues, la familia Kellerman había permanecido protegida y a buen recaudo en Suiza, mientras duró la guerra... Sobre el escritorio descansaba un libro encuadernado en cuero. Estampada en relieve sobre su cubierta podía verse la mortífera insignia de la *Totenkopf*, la División treinta y tres de las SS, que dirigía los campos de concentración.

—¿Es un diario? —preguntó Holliday.

Peggy lo abrió. Había algunas fechas garabateadas en la parte superior de las páginas, con sus correspondientes entradas escritas a tinta en una letra menuda y pulcra. Era el diario de Lutz Kellerman. Parecía datar del año 1943.

—¿Tu cámara puede tomar fotos de cerca?

—Claro.

—Pues saca tantas páginas como puedas.

—Hecho.

Peggy extrajo la cámara de su bolso, abrió el diario por la primera página y procedió a disparar una fotografía tras otra. Le llevó unos veinte minutos completar el trabajo. Holliday, mientras tanto, paseaba por la sala, contemplando los objetos expuestos tras las vitrinas, intentando establecer alguna relación entre Lutz Kellerman y la espada templaria que el tío Henry escondía en su casa.

Pese a la fragilidad de aquella prueba, lo único relevante que pudo encontrar fue una foto de Himmler, Goebbels y Lutz Kellerman de pie en el balcón de la Berghof, tazas de café en mano, lo cual al menos corroboraba la historia de Drabeck, y, ciertamente, situaba a Kellerman en la casa de verano que Hitler poseía en los Alpes bávaros.

—Terminado —dijo Peggy, uniéndose a él—. El diario consta de unas doscientas páginas. Estarán un poco borrosas, pero volcándolas en un buen ordenador podremos leerlas.

Se oyó el áspero ruido de una cerilla de madera al frotarse contra una piedra. Holliday y Peggy se dieron la vuelta.

—*Herr Doktor Holliday, Fräulein Blackstock* —dijo Alex Kellerman, de pie en el umbral de la cámara. Dos tipos rubios y uniformados se hallaban tras él. Ambos estaban armados con unos rifles de asalto Heckler & Koch G36 de aspecto moderno. Kellerman encendió su cigarrillo y luego apagó la cerilla. Exhaló dos columnas de humo por la nariz y sonrió—. Me alegra que se hayan pasado por aquí.

—Te dije que debíamos haber traído una pistola —murmuró Peggy.



CON las manos esposadas, Holliday y Peggy Blackstock fueron trasladados al Schloss en un vehículo de golf que se empleaba para labores de seguridad. A Peggy le habían confiscado la cámara y el bolso, y a Holliday le habían despojado de la linterna que llevaba encima. Al llegar a la finca, Holliday comprobó que el enorme Mercedes Sedán que había visto abandonar la propiedad hacía un rato estaba ahora en el aparcamiento. A empellones, los guardias los sacaron a ambos del carrito de golf y les empujaron hacia aquel vehículo.

Dos nuevos efectivos del equipo de seguridad salieron por la entrada de servicio, sosteniendo cada uno por un brazo la figura derrengada de Rudolph Drabeck, que al igual que Peggy y Holliday tenía las muñecas esposadas. Los dos primeros hombres desaparecieron de nuevo en el interior del Schloss, portando la linterna de Holliday y el bolso y la cámara de Peggy. Los guardias que vigilaban a Drabeck llevaban unas armas colgadas del brazo. Desde la posición en que se encontraba Holliday, parecían voluminosas pistolas automáticas HK45.

Con la puerta del Sedán abierta, Kellerman se dirigió a ellos desde el lado del conductor.

—Por usar un eufemismo, les vamos a llevar a dar una vuelta —dijo—. Por favor, pasen al asiento de atrás. Los dos.

—No tengo la menor intención de hacerlo —masculló Holliday. Uno de los guardias se separó de Drabeck y cogió a Holliday del brazo, arrastrándolo hacia la puerta trasera del vehículo. Holliday trató de zafarse de su mano, pero solo consiguió perder el equilibrio y chocar con Drabeck, que casi se cayó por el impacto. El viejo lanzó un gruñido de sorpresa. Sin poder evitar un gesto de dolor, Holliday vio que el rostro de Drabeck había recibido una buena tunda; tenía la nariz rota y las aletas encostradas de sangre.

—Por favor, doctor, preferiría no recurrir a la violencia —le reprendió Kellerman—. Al menos de momento.

El guardia levantó a Holliday de un tirón. Kellerman le señaló con la barbilla.

—Quítales las esposas —ordenó. El guardia obedeció. Peggy y Holliday se frotaron las muñecas.

—*Ich flehe dich an!* —Gruñó el viejo, con voz suplicante—. *Bitte, ich flehe dich an!*

—¿Qué está diciendo? —preguntó Peggy, volviéndose hacia Holliday.

—Está rogando que le perdonemos la vida —tradujo Kellerman, sin la menor entonación en su voz, ni mostrar compasión alguna por el anciano—. Ahora, por favor, suban al coche. Estamos incumpliendo el horario previsto.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó Peggy.

Kellerman suspiró.

—A un lugar donde nadie les oirá gritar y donde las manchas de sangre no ensuciarán mis lujosas alfombras —respondió Kellerman—. *Ein schweinbetrieb*, un matadero de cerdos que hay a poca distancia de aquí. Considero el lugar sumamente adecuado. A usted la torturaremos mientras el doctor Holliday se limita a observar. Cuando me diga dónde ha escondido la espada robada por su abuelo, la tortura tocará a su fin.

—El tío Henry no robó la espada, y usted lo sabe —dijo Holliday.

—No tengo tiempo para discutir matices lingüísticos con usted, doctor. Suba al coche.

—¿Y si no lo hago?

Kellerman suspiró teatralmente.

—Entonces no tendré más remedio que pedirle a Stefan que le rompa los dedos a la hermosa señorita Blackstock, uno a uno —dijo Kellerman. Aquello no permitía discusión alguna; la lógica era impecable.

—De acuerdo —dijo Holliday. Ingresó en el asiento trasero del coche y Peggy lo siguió, ayudada por los codazos de Stefan. La puerta se cerró de golpe. Kellerman se sentó tras el volante. Algo extraño sonó afuera, un ruido semejante a un ladrido agudo, entrecortado. Volviéndose, Holliday vio que Drabeck caía sobre la superficie de grava del aparcamiento.

Stefan, el vigilante de seguridad, desatornilló el grueso silenciador de su pistola, volvió a guardarla en su funda y levantó los pies de Drabeck, mientras el otro hombre lo incorporaba por los hombros. Llevaron al cadáver a la parte trasera del coche, y, desde dentro, Kellerman abrió el maletero. Los dos guardias de seguridad alzaron el cuerpo en vilo y, tras voltearlo como un fardo, lo metieron dentro, hecho lo cual cerraron la puerta del maletero. Stefan se introdujo en el asiento de atrás junto a Peggy, mientras que el otro tipo se sentaba en el asiento delantero junto a Kellerman. Stefan desenfundó de nuevo su automática, un arma pequeña y de aspecto pesado, y la sostuvo en el regazo, con su grueso dedo índice enroscado alrededor del gatillo.

—No tenía por qué matarle —dijo Peggy, con los dientes apretados y los ojos anegados de lágrimas.

Kellerman la miró a través del retrovisor. Su rostro carecía de expresión:

—Ya no servía a mis intereses.

Kellerman se volvió hacia el guardia que había en el asiento contiguo al suyo.

—*Zeit in die Heia zu gehen, jawohl?*

—*Dein Wunsch ist mir Befehl, Mein Herr* —dijo el guardia, y rio. Kellerman giró la llave en el contacto y metió la marcha atrás. Tras hacer un derrape, se dirigieron por el serpenteante sendero de entrada hasta el camino principal. El vehículo torció a la derecha, alejándose así de Friedrichshafen, y Kellerman condujo en aquella completa oscuridad hacia las montañas que se adivinaban al norte.

—Quizá debería decirme por qué esa espada es tan importante para usted —dijo Holliday desde el asiento trasero. Probó la manija de la puerta. Kellerman la había cerrado desde su asiento—. Sé que está loco, pero ni siquiera un loco es capaz de matar por un objeto de colección.

—Doy por sentado que trata usted de irritarme —dijo Kellerman, mientras conducía el enorme coche por la oscuridad—. Una táctica ciertamente infantil. Francamente, esperaba más de un hombre como usted.

—En estos momentos estoy algo estresado —respondió Holliday secamente.

—La espada me pertenece —dijo Kellerman—. Es el legado de mi familia.

—No es más que una espada, y ni siquiera buena —replicó Holliday—. No es tan difícil hacerse con una. Pruebe en Ebay la próxima vez, en lugar de matar a gente inocente.

—Derek Carr-Harris no era exactamente inocente —rio Kellerman, aunque su carcajada sonó vacía y carente de humor—. Era un tipo capaz de matar a sangre fría, al igual que su tío.

—¡Eso es mentira! —exclamó Peggy, airada.

—Mi tío era historiador medieval —dijo Holliday—. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajaba para el departamento de Monumentos, Bellas Artes y Archivos, una extensión de la Comisión Roberts financiada por la República Federal Alemana. Su trabajo era proteger los objetos de valor cultural del saqueo y la destrucción. Incluso por parte de los propios alemanes.

—Cierto —dijo Kellerman—, pero la MBAA también funcionaba como tapadera para un buen número de actividades independientes de británicos y americanos al final de la guerra, relacionadas con asuntos de inteligencia. —Kellerman hizo una pausa. Pasó un camión en medio de un gran estruendo, barriendo por un momento el interior del coche con los rayos de sus faros—. Usted, por su parte, es una suerte de historiador militar, doctor. ¿Alguna vez, por casualidad, no oyó hablar de una misión llamada Operación Licántropo?

—Claro —respondió Holliday—. Fue un plan de defensa organizado a la desesperada por Himmler y ejecutado por un miembro de las *SS-Obergruppenführer* llamado Prutzmann. Era la escisión de una organización partisana.

—Curiosamente, muy parecida a la llamada Fuerza de Tribulación descrita en una serie de novelas populares de inspiración cristiana de su país —asintió Kellerman—. Pero la Operación Licántropo a la que me refiero fue una misión conjunta ideada por un grupo de oficiales de inteligencia de alto rango tanto de América como del Reino Unido. Winston Churchill se refería jocosamente a ellos como la Brigada *Kammerjäger*. ¿Sabe lo que significa *Kammerjäger*, doctor?

—Puedo suponerlo.

—Significa «exterminio de alimañas», doctor Holliday. Las órdenes que tenía la Brigada *Kammerjäger* consistían en encontrar, cazar o descubrir el paradero de una lista de oficiales de alto rango de las SS y otros importantes miembros del Reich, y

tras dar con ellos, su deber era asesinarlos. —Kellerman hizo una pausa, y después siguió hablando—. «Lo que hacemos en la vida tiene un eco en la eternidad» —citó —. ¿Conoce esas palabras, *Herr Doktor* Holliday?

¿Quién era este tipo?

—Russell Crowe en la película *Gladiator*.

—Sabias palabras, doctor, y muy ciertas. Su tío y su amigo inglés las escribieron con sangre en la primavera y el verano de 1945. Mi padre era uno de los nombres que aparecían en la lista de la muerte de Churchill, doctor, y tanto su tío como Derek Carr-Harris formaban parte del elenco de asesinos que constituía la Brigada *Kammerjäger*. Sé de buena tinta que fueron responsables del asesinato de más de dos docenas de inocentes en Alemania, Austria y Roma. Estuvieron muy cerca de atrapar a mi padre, y de haberlo hecho, lo habrían matado allí mismo.

—¡Mentiroso! —saltó Peggy—. ¡Mi abuelo nunca mató a nadie!

El camino que tenían por delante había ido concentrando una oscuridad impenetrable. A ambos lados de la cuneta se alzaban espesas columnas de árboles. No había tráfico, ni siquiera se alcanzaban a ver unos faros en la distancia. Era imposible saber cuánto tiempo iban a tardar en alcanzar su lugar de destino.

Ahora o nunca.

Holliday se inclinó ligeramente hacia delante. El guardia del asiento delantero se tensó, e instintivamente llevó la mano hacia el arma que se enfundaba en su cartuchera.

—¿Kellerman?

—¿Sí?

Holliday le susurró en el oído:

—*Fick' dich selber, du Arschloch*.

Dejó que el lápiz que había sustraído del bolsillo de Drabeck en el aparcamiento resbalase por su manga hasta caerle en la mano derecha. Pasó el brazo del revés por delante de Peggy y ensartó la punta del lápiz en el ojo derecho de Stefan, hundiéndolo en la parte frontal de su cerebro, lo que acabó con el hombre al instante, apenas un segundo después de que su garganta desalojase un breve y espantoso chillido. La sangre que manaba de su globo ocular reventado le empapó la mejilla.

Allí dejó el lápiz, y acto seguido llevó la mano al regazo del cadáver, arrancándole la enorme automática de sus dedos inertes. Quitó con el pulgar el seguro, y, escorando su cuerpo mientras se inclinaba sobre Peggy para cubrirla, disparó repetidamente sobre el respaldo del asiento delantero. La tapicería saltó por los aires y las balas alcanzaron al guardia de seguridad en la ingle y el vientre, haciendo que el interior del coche retumbase como si en él se acabara de desencadenar una terrible tormenta. El hombre se retorció y sacudió, y lanzó un alarido al derrumbarse sobre el salpicadero. Haciendo asomar la pesada pistola sobre el respaldo del asiento, Holliday disparó dos veces más, perforando la garganta y el rostro del guardia de seguridad. Hubo un instante en que la cabeza del tipo hizo

pensar siniestramente a Holliday en Humpty-Dumpty: el cráneo reventó con un crujido, salpicando el asiento delantero y el parabrisas con un revoltijo de sangre, sesos, mechones de pelo y esquirlas de hueso. Kellerman se volvió bruscamente, y las ruedas del coche rechinaron, a punto de salirse del camino. De un rápido movimiento, Holliday apoyó el hocico de la pistola bajo el cuello de la camisa de Kellerman.

—Aparque —ordenó—. Ahora.

En silencio, Kellerman obedeció, dirigiendo el enorme coche hacia el arcén de grava. El interior del coche olía a sangre y pólvora. Holliday sacudió la mandíbula adelante y atrás; los oídos le zumbaban. La adrenalina recorría rabiosamente sus venas, y el estómago le hervía. En otro lugar o en otras circunstancias aquello le hubiera enfermado. Percibió en la boca el amargo sabor de la bilis.

—Abra las puertas —ordenó a Kellerman—. Pero trate de coger algún tipo de arma y no me lo pensaré dos veces. —Kellerman se limitó a asentir con un casi inapreciable movimiento de cabeza. Alargó el brazo y tocó uno de los botones que había en su puerta. Se escuchó un leve chasquido. Holliday asomó por la ventana. A ambos lados del sendero se veía una espesa masa de oscuros árboles. Estaban en mitad del bosque.

—¿Te encuentras bien, Peg? —preguntó Holliday.

—Sí —respondió esta, con un hilo de voz. La cabeza de Stefan se había apoyado en su hombro como la de un amante dormido.

—Abre la puerta y empuja el cuerpo afuera —ordenó Holliday.

—No quiero tocarlo.

—Hazlo, no tenemos mucho tiempo.

—Está bien...

Se inclinó sobre el cuerpo del cadáver y abrió la puerta. Empujando y haciendo un poco de presión, consiguió volcarlo hacia fuera. La mitad del cuerpo se desmadejó fuera del vehículo, pero todavía quedaban dentro las piernas y los pies. Peggy lo pateó presa del asco, hasta que al fin logró sacar el resto del cuerpo. Holliday asomó por el parabrisas manchado de sangre. Seguía sin verse el menor indicio de tráfico en la carretera.

—Ahora saca el cadáver de delante —le ordenó a Peggy.

—Oh, Dios, ¡venga ya!

—Hazlo, Peg.

Peggy salió del coche a regañadientes, pasó por encima del cadáver de Stefan y abrió la puerta del copiloto. Con un gesto de repugnancia, agarró aquel cuerpo casi decapitado por el brazo y tiró de él hacia fuera.

—¿Qué hago ahora? —exclamó Peggy desde el lado de la carretera.

—Saca la pistola de su funda. Hay una palanquita con una S en ella, en el lado izquierdo. Empújala hacia abajo y apunta a Kellerman con el arma. Si hace algo que te ponga nerviosa, aprieta el gatillo y no dejes de hacerlo hasta que te quedes tranquila.

—Vale —respondió. Se agachó sobre el cuerpo del guardia y cogió su arma; acto seguido retiró el seguro y apuntó con el cañón hacia el interior del coche.

Holliday devolvió su atención a Kellerman.

—Voy a salir del coche y también lo hará usted. Haga cualquier movimiento estúpido y lo mataré, ¿entendido?

—Sí.

—Salga. Despacio.

Los dos hombres salieron del coche. El aire del exterior olía a agujas de pino. Una delicada brisa soplaba a través de los árboles, al tiempo que una majestuosa luna se elevaba en el horizonte. El bosque parecía sacado de un cuento de hadas.

—Rodee el coche y quédese en el arcén —le ordenó Holliday. Kellerman obedeció. Hasta entonces apenas había hablado. Habían pasado menos de cinco minutos desde que la partida había dado aquel inesperado vuelco. Holliday rodeó el coche siguiendo los pasos de Kellerman, sin dejar de apuntar a sus lumbares con la 45. Kellerman dedicó una mirada indolente a los cuerpos desmadejados de sus guardias de seguridad.

—Stefan tenía un hijo de dos años. Hans estaba a punto de casarse.

—Ahórrese el sentimentalismo —dijo Holliday—. No le pega.

—Le mataré por esto —prometió Kellerman.

—¿Y qué? —espetó Holliday—. De todos modos, se disponía a matarnos. —Se volvió hacia Peggy—. Regístrale. Quítale las armas y los teléfonos móviles que pueda tener.

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí. Dame el arma. —Peggy le tendió la pistola. Holliday sacó el cargador y se guardó tanto la pistola como el cargador en el bolsillo de la chaqueta. Peggy registró a Kellerman. Dio con un Deutsche Telekom iPhone y una Beretta Tomcat calibre 32 automática, tan pequeña como la palma de la mano. Holliday se guardó ambos objetos en el otro bolsillo.

Se volvió hacia Kellerman.

—Tire a sus amiguitos a la zanja.

El alemán dedicó a Holliday una mirada evaluadora pero no dijo nada. Arrastró los cuerpos al borde de la zanja que recorría el arcén del camino y los arrojó a su interior.

—¿Y ahora? —preguntó Kellerman en un tono agrio.

—Y ahora nos vamos —dijo Holliday—. Cuando la próxima patrulla de *Autobahnpolizei* aparezca por aquí podrá explicarles cómo es que sus dos empleados acabaron así.

Peggy dio un paso al frente, miró el rejujo de sangre y vísceras del asiento delantero y procedió a sentarse en el trasero. Sin dejar de apuntar a Kellerman con la automática, Holliday se sentó al volante y encendió el contacto.

—Creo que voy a ponerme enferma —dijo Peggy con apenas un hilo de voz—.

Por favor, sácame de aquí.

Holliday giró el volante, trazando un giro en U al tiempo que enfilaba nuevamente la carretera en dirección a Friedrichshafen. Pisó a fondo el acelerador. En el retrovisor, la alta figura de Axel Kellerman se fue haciendo cada vez más distante, hasta que por fin fue engullida por la oscuridad.

—Nos hemos quedado sin las fotos —se lamentó Holliday.

—Nada de eso —dijo Peggy desde el asiento de atrás. Se llevó la mano al bolsillo trasero de sus vaqueros. Sacó una pequeña pieza de plástico no mucho más grande que un chicle y se la tendió a Holliday. Tenía impresa en un lado la palabra «Sony».

—¿Qué es eso? —preguntó Holliday.

—Una tarjeta de memoria —respondió Peggy—. Descargué las fotos mientras aún estábamos en la «batcueva» de Kellerman. Las tenemos, Doc. Como te dije, bienvenido a la era digital.

—¿QUÉ tal estás? —preguntó Holliday. No había pasado mucho tiempo de la hora del almuerzo, y él y Peggy estaban sentados en la terraza de un café en la Piazza del Gesù Novo, en la ciudad costera de Nápoles. Peggy bebía de una botella verde de Nastro Azzuro bien fría, y Holliday iba ya por su segundo *cappuccino*. Los crujientes restos de una excelente *pizza* margarita yacían entre ellos sobre un amplio plato llano. Hacía calor, y el sol resplandecía allá en lo alto de un inmaculado cielo azul. El tráfico emitía su rugido sordo alrededor de la plaza. Habían pasado dos días desde la horrible aventura en Friedrichshafen.

—¿Que qué tal estoy? —dijo Peggy—. Pues tratando todavía de averiguar cómo llegamos de allí hasta aquí.

—En tren —sonrió Holliday.

—No me refería a eso —protestó Peggy.

—Lo sé —dijo Holliday en voz baja. Miró al otro lado de la *piazza*. En mitad de la ligera pendiente de su suelo adoquinado se alzaba el imponente y recargado obelisco rococó de Guglia dell’Immacolata, erigido por los jesuitas en el siglo XVIII para conmemorar la Inmaculada Concepción y consagrarle su nueva basílica, que daba nombre a la plaza.

La plaza era el centro histórico de aquella vieja ciudad asentada a orillas del mar, pero su importancia había ido reduciéndose con el paso del tiempo, y ahora, en lugar de sacerdotes y monjes de alguna orden santa sumidos en sus oraciones, las calles estaban flanqueadas de bares, clubes nocturnos y pizzerías donde se vendían *pizzas* en porciones, las aceras se hallaban atestadas de turistas y las carreteras se veían literalmente anegadas de camiones, coches y veloces motos, cuyos traqueteantes motores zumbaban como mosquitos rabiosos mientras se abrían paso peligrosamente entre el tráfico que circulaba, veloz e incansable, alrededor de la enorme aguja. Qué diferencia con aquella solitaria cuneta de los Alpes bávaros.

Tras dejar a Kellerman en medio de la oscuridad, habían regresado al Schloss para recoger su coche de alquiler del mismo sitio donde lo habían aparcado, allá en la otra punta del risco que sostenía las ruinas del castillo. Luego abandonaron el Mercedes con el cuerpo todavía caliente de Drabeck en el maletero.

Holliday condujo hasta Friedrichshafen y llegaron a tiempo de coger el *ferry* de las diez cuarenta, el último del día. Arribaron en el lado suizo del lago cuarenta y cinco minutos después, y alcanzaron Zurich un par de horas más tarde. Peggy encontró un cibercafé abierto las veinticuatro horas, y allí, en uno de sus ordenadores, volcaron los contenidos de la tarjeta de memoria e imprimieron las fotografías del diario en noventa y cuatro páginas a doble cara.



Revisaron las hojas una por una, buscando un nombre o una palabra familiar. Dieron con lo que buscaban en la entrada del lunes veintisiete de septiembre de 1943: la palabra «Nápoles» aparecía junto al nombre de Amadeo Maiuri, el arqueólogo italiano que descubrió la espada durante sus excavaciones en Pompeya, a unos kilómetros al sur de la ciudad sobre la que proyectaba su tenebrosa sombra el Vesubio, el imponente volcán que se cernía sobre el paisaje napolitano.

Aquello era suficiente para Holliday. Por la mañana tomaron el tren de alta velocidad en dirección a Milán, y luego cogieron el tedioso tren nocturno a Florencia, ciudad que tiempo atrás había sido el hogar de Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, y mucho después Salvatore Ferragamo, zapatero de las estrellas. En Florencia llevaron las páginas que necesitaban del diario de guerra de Lutz Kellerman a la oficina local de Berlitz para solicitar una traducción. Una vez traducidas, continuaron su viaje hacia Nápoles.

Peggy acunaba su cerveza y miraba con expresión vacía el estridente tráfico que pasaba ante ellos y los ociosos grupos que conversaban en las aceras. Lo sucedido en Friedrichshafen le había pasado factura. Parecía cansada, vencida y deprimida. A Holliday no le sorprendía verla así; él mismo no lo estaba pasando mucho mejor. Desde el comienzo de aquella desmañada fuga había visto morir a cinco hombres y había sido responsable directo de las muertes violentas de tres de ellos. Que lo merecieran o no era lo de menos; había sido él quien les había arrebatado la vida. La sangre de aquellos hombres manchaba sus manos, y la responsabilidad que un acto así acarrea pesaba sobre sus hombros.

—¿Quieres dejarlo? —preguntó Holliday.

Peggy se volvió hacia él, sorprendida:

—¿Qué?

—¿Quieres dejarlo? —repitió—. Podemos dejarlo aquí, lo sabes, ¿no? Coger un avión y llegar a casa a tiempo del desayuno de mañana.

La joven frunció el ceño y tomó un sorbo de su cerveza. Después dejó la botella, y empezó a quitarle la etiqueta con la uña del pulgar.

—Yo no soy como tú —replicó por fin—. No soy un soldado. Todo cuanto sucede, sea un acto terrible o inmoral, lo veo a través de mi visor, no en la realidad.

—Créeme, niña, no me siento diferente a ti —respondió Holliday.

—Quiero que todo esto acabe —dijo—. ¿Ha acabado?

Holliday se encogió de hombros:

—Hay un dicho que se remonta al tiempo de los Borbones: *Vedi Napoli e poi muori*. «Mira Nápoles y luego muere». —Hizo una pausa y volvió a encogerse de hombros—. Las malas acciones acarrear malas consecuencias, las batallas engendran más batallas, y una guerra conduce a otra. Nada nos garantiza que todo esto vaya a ser una travesía con viento favorable de aquí en adelante.

—¿Y qué hay de Kellerman?

—¿A qué te refieres? —replicó Holliday.

—¿Va a rendirse?

—Ya has visto lo que dice el diario de su padre. Está directamente implicado. No le costará mucho llegar hasta nosotros. —Holliday sacudió la cabeza—. No, no va a rendirse.

—Entonces tampoco deberíamos hacerlo nosotros.

Condujeron el Fiat 500 rojo que habían alquilado en el interior desde la bahía de Nápoles, circunvalando la inquietante base del dormido Vesubio, y luego enfilaron hacia la ondulante campiña que se cernía más allá. Todo cuanto les rodeaba eran acicalados viñedos y arboledas de avellanos, nogales, albaricoques y olivos que se remontaban a cientos de años atrás. Toda la zona estaba supuestamente controlada por la Camorra, la versión napolitana de la Mafia, pero al menos allí no había indicios de ella por ninguna parte.

Era difícil imaginar aquel lugar tan hermoso como bucólico convertido en una zona de guerra, pero lo cierto era que el nueve de septiembre de 1943 los aliados desembarcaban en las playas de Salerno, setenta kilómetros al sur, y a mediados de mes se abrían paso hacia las tierras interiores en dirección a la costa de Nápoles, mientras el ejército alemán, bajo las órdenes de Albert Kesselring, se retiraba lentamente por el norte.

Según su diario, el veintiocho de septiembre Lutz Kellerman, dirigiendo una pequeña compañía de soldados de élite de la Primera División Leibstandarte SS Adolf Hitler, llegó al pueblo de Nola, a unos treinta kilómetros aproximadamente al noreste de Nápoles. Acarreaban un arsenal de equipos semioruga montados con pesadas metralletas, algunas motocicletas *Kettenrad* también con rodadas de oruga, media docena de tanques Panzer IV y un vehículo de mando *Kübelwagen* en el que viajaba Kellerman. La misión que se le había encomendado era hostigar al enemigo donde fuera posible, y recopilar información y víveres, para lo cual envió a tres hombres *brandschatzen* que debían saquear y quemar patrullas en la campiña. Kellerman, sin embargo, tenía su propia misión.

Tras reunirse privadamente con Amadeo Maiuri dos días atrás, en la villa que el arqueólogo poseía en los suburbios de Nápoles, Kellerman dejó al grueso de sus hombres para asegurar y pacificar el pueblo, mientras él y una selecta patrulla de hombres escogida personalmente por Kellerman acudían al lugar del que ambos habían hablado en su encuentro.

El lugar en cuestión era un enorme *palazzo* del siglo xvii situado en lo alto de una colina a las afueras de la pequeña aldea de San Paolo Bel Sito, a poco más de un kilómetro en dirección sur. La Villa Montesano, como era popularmente conocida, tenía una larga e ilustre herencia que se remontaba a la Orden Cisterciense de los Caballeros de Calatrava, quienes a su vez estaban íntimamente relacionados con sus hermanos cistercienses conocidos como templarios.

La villa, construida más como una abadía que como un hogar privado, había estado en posesión de varias familias a lo largo de los siglos, si bien ahora pertenecía a la *signora* Luisa Santamaria Nicolini, viuda de Enrico Nicolini, cuyo tío Nicola había sido arzobispo de Gaeta. Los lazos entre la Iglesia y los templarios eran evidentes, pero, lo que era aún más importante, todos los archivos documentales de Nápoles estaban siendo almacenados en la villa con el fin de salvaguardarlos; eran ochocientas sesenta y seis cajas en total, que contenían más de treinta mil preciosos volúmenes y cincuenta mil documentos en pergamino que se remontaban al siglo XII y a la época de las Cruzadas.

Según Amadeo Maiuri, entre esos textos estaba el Documento Templario de Anjou, y un volumen que en el pasado perteneció al famoso navegante templario Roger de Flor, el cuasimítico caballero marino que, según se decía, había hecho desaparecer como por arte de magia el tesoro templario de Tierra Santa para protegerlo de manos impías.

Maiuri afirmaba haber visto en cierta ocasión el libro y leído la inscripción en latín de su cubierta, donde se afirmaba que las palabras escritas en el interior del volumen solo podían ser entendidas por el hombre que poseyese la Verdadera Espada de Pelerin. El libro era una copia del *De laudibus novae militiae*, la carta escrita por Bernardo de Clarivaux a Hugo de Payens, primer Gran Maestro del Temple y prior de Jerusalén.

Una vez más, según el diario, Lutz Kellerman había acudido a la villa, y allí interrogó a la *signora* Nicolini, la propietaria, y al director residente que se había hecho cargo de los archivos, un hombre llamado Antonio Capograssi. Al ser cuestionados por Kellerman, e incluso tras amenazarlos con quemar la villa y cuanto aquellos archivos contenían, ni la mujer ni Capograssi reconocieron nada.

Capograssi insistió en que no había tal libro en los archivos, y para demostrarlo permitió ver a Kellerman el inventario completo. No había mención alguna a Roger de Flor, ni tampoco se aludía a ninguna copia del *De laudibus novae militiae*. Inevitablemente, aquello no satisfizo a Kellerman, que comenzó a abrir las cajas a palanca con ayuda de sus hombres, entre los que se contaba un joven Rudy Drabeck.

La búsqueda se alargó durante varias horas, pero no encontraron absolutamente nada. En el diario, Kellerman afirmaba que mientras ellos saqueaban las cajas podía escucharse en los campos vecinos el estruendo de la artillería aliada, que se adentraba en la península desde Salerno camino de Roma. Tarde o temprano, como el propio general de las SS confió a su diario, obtendrían una victoria segura. Italia había caído, y el Reich no tardaría en seguirla; solo era cuestión de tiempo. Finalmente, frustrado por el creciente rumor de la artillería a medida que pasaban las horas, dio a sus hombres aquella trágica orden: *Alles einaschern*, «quemadlo todo».

Y eso fue exactamente lo que procedieron a hacer. Los miembros de la sección apilaron papel, paja y pólvora por todas las esquinas de la habitación, y acto seguido le prendieron fuego. En cuestión de minutos los archivos se vieron dramáticamente

envueltos en llamas. En menos de una hora toda la villa era un infierno. A la mañana siguiente, la Villa Montesano era una ruina humeante que ya nunca volvería a ser ocupada, y Lutz Kellerman se había esfumado con la misma presteza con la que había aparecido.

Siguiendo las indicaciones del mapa que les habían entregado en la compañía de alquiler de coches de Nápoles, Holliday condujo el pequeño vehículo rojo hasta las estribaciones del pueblecito de Nola, luego giró en dirección a Castelcicala y enfiló nuevamente a campo abierto. Borearon una alta loma circular a la que coronaban las ruinas de un antiguo castillo, y se adentraron en un pequeño valle boscoso sumergido entre dos escarpados desfiladeros. Después doblaron hacia un sendero aún más estrecho, para ascender acto seguido por el camino que emergía del valle y desembocaba en la serpenteante *strada* Comunale Nola-Visciano, donde por fin ralentizaron la velocidad.

—Debe ser por alguna parte a la izquierda —dijo Holliday, mirando por el parabrisas—. Dos enormes columnas a ambos lados de una larga carretera.

—Si Lutz Kellerman quemó los archivos, ¿por qué nos molestamos en venir aquí? —preguntó Peggy.

—Porque ahora mismo es lo único que nos queda —respondió Holliday—. Deja de dar la murga.

—Trato de ser realista, Doc. —Le dio un golpecito afectuoso en el hombro—. Alguien debe velar por mi tío y sus inclinaciones románticas.

Holliday captó algo en el borde de su visión periférica y aminoró la velocidad del coche un poco más.

—Allí —dijo, avistando lo que buscaba: dos ruinosas columnas con aspecto de torreta que protegían la entrada a un camino lleno de surcos en el que abundaba la maleza, y en cuyos flancos se adivinaban las formas de antiguos y retorcidos olivos. Giró el volante, y entre traqueteos descendieron por la carretera. La maleza más crecida que había entre las rodadas barría los bajos del chasis. Algunas piedras sueltas repiqueteaban contra los lados de la carrocería. Unos setenta metros más allá, alcanzaron los restos de lo que alguna vez fue la Villa Montesano, ahora invadida por los matojos.

Aparcaron el Fiat y pasearon entre las rocas dispersas de lo que una vez fue una noble hacienda. Incluso reducida a ruinas su aspecto resultaba impresionante. El *palazzo* estaba orientado al este, asomando a la boscosa ladera. Desde la cima de la colina, la vista alcanzaba varios kilómetros más allá del pueblo, e incluso se divisaba la ciudad y la bahía de Nápoles, un sublime sueño azul que se confundía en el remoto horizonte con el brillante cielo violáceo.

Donde una vez hubo un magnífico jardín dividido en terrazas bajo una hilera de balcones columnados, había ahora solo rastrojos, escombros y espesa maleza. Los suelos del *palazzo*, otrora un rico muestrario de mosaicos, se esparcían en pedazos, manchados por más de sesenta años de exposición a los elementos. Salas y más salas

se abrían al sol y la lluvia, ofreciendo los frescos de sus desdentadas paredes a la despiadada invasión del mantillo.

Las vigas de los techos se esparcían por el suelo como huesos podridos. El carrizo hacía nidos en los dinteles de yermas ventanas. Una mariposa, la *Doncella* de la Madreselva, dorada y marrón, con las alas delicadamente punteadas, desenrollaba su púrpura trompa para beber el néctar de una *Orquídea Bulbosa* en el refugio de un vetusto umbral. En alguna parte, una cigarra entonaba su vibrante y aguda canción. No soplaban nada de viento; el aire estaba en perfecta calma. El conjunto era la más pura representación de un país helado pintado por Canaletto.

Tras las ruinas de la meseta descollaban los restos de diversas edificaciones anexas, los ornamentados y abandonados jardines, largo tiempo olvidados, mudos de maleza y rastrojos. El único edificio que parecía intacto y presentaba un mínimo estado de conservación era el recoleto cobertizo de algún jardinero, allá en el borde de un descuidado lecho de flores. En el extremo opuesto de la hacienda había un espeso macizo de nogales que cubría hasta el último rincón de aquel paraje. Más allá, a media distancia, se alzaban otras verdes colinas, y luego las primeras y escarpadas montañas de los Apeninos.

Holliday se situó en mitad de lo que en otro tiempo debió de ser la capilla, u oratorio, de la villa. Las paredes no eran ahora más que un puñado de escombros, y parte del carbonizado suelo se combaba y hundía sobre la bodega inferior.

A menudo, cuando se encontraba en lugares así, Holliday casi podía escuchar extrañas voces que le llamaban desde el pasado. Mucho tiempo atrás, cuando se encontraba en el puente de Burnside, en Antietam, sintió la vibración de unos pies humanos y el retumbante estruendo de los cascos de los caballos de los soldados de la Unión y los Confederados, enfrascados en la más sangrienta batalla de la Guerra Civil. Bajando por el ancho bulevar de los Campos Elíseos de París, fue el cavernoso estruendo de los tanques alemanes lo que turbó sus oídos. La Historia cobraba vida en su imaginación. Pero el lugar en el que se hallaba ahora estaba muerto; incluso los fantasmas se habían esfumado de allí.

—Tenías razón —le dijo a Peggy—. Ha sido una pérdida de tiempo. Aquí no hay nada.

—Mira —replicó Peggy, señalando con una mano hacia el horizonte.

Holliday siguió con la mirada el lugar al que señalaba. Un tipo bajito y algo encorvado se les acercaba desde el macizo de frondosos nogales. Llevaba una cesta de mimbre, y portaba el característico hábito blanco y negro con el escapulario de los monjes cistercienses: la Orden fundada por San Alberic de Cîteaux, el padre espiritual de los caballeros templarios y autor de *De laudibus novae militiae*, el texto en el que se ocultaba el mensaje en clave de la espada templaria.

**M**ARCHARON del oratorio en ruinas y salieron al encuentro del monje cuando este atravesaba campo abierto. A juzgar por los cabellos blancos que asomaban bajo su ancho sombrero de paja, sus gafas y su semblante arrugado, el monje parecía frisar los setenta y cinco años, de modo que no debía de ser más que un niño cuando Lutz Kellerman dio la orden de que aquel lugar fuera destruido.

Al hablar, la voz del monje era suave, y tenía una modulación uniforme. La cesta que llevaba en la mano estaba llena de nueces.

—*Il mio nome è fratello Timothy. Lo posso aiutare?* Soy el hermano Timothy, ¿puedo ayudarles en algo?

—*Parla inglese?* —preguntó Holliday. Su italiano era fluido, pero sus conocimientos del idioma no le servían a Peggy más que para pedir una comida.

—Por supuesto que sí —respondió el hermano Timothy. Su tono era culto e inteligente.

Holliday decidió no andarse por las ramas.

—Esta es la Villa Montesano, donde, en el año 1943, los archivos que se almacenaban aquí fueron destruidos, ¿verdad?

—Sí —respondió el hermano Timothy.

—¿La orden la dio un oficial de las SS llamado Lutz Kellerman?

—No dijo su nombre, señor...

—Holliday. Doctor, de hecho.

Era mejor usar toda la munición disponible.

—Ah —exclamó el hermano Timothy—. ¿Y la joven que le acompaña?

—Me llamo Peggy —replicó—. Blackstock.

—Ah —dijo una vez más el hermano Timothy—. Un apellido interesante. Las medias negras formaban parte del vestuario nobiliario en la Inglaterra del siglo XVII, más que las medias azules, llevadas por el vulgo. Quizá sea ese el origen de su apellido. —Hizo un gesto hacia la cesta que tenía a sus pies—. He recogido unas nueces para unos experimentos que estoy realizando sobre el uso de extracto de nuez como complemento alimenticio para evitar la tensión alta. Quizá quieran decirme ustedes qué hacen por aquí. —No era una pregunta.

Un científico versado en etimología bajo el hábito de un monje. Una combinación interesante. El mensaje era claro: el hermano Timothy no era un simple campesino ni tenía un pelo de tonto. Holliday apuntó mentalmente que debía actuar con cuidado.

—No resulta fácil decirlo —respondió Holliday, vacilante. El monje recogió su cesto de nueces.

—Soy un hombre viejo y cansado —dijo el hermano Timothy—. No debo

exponerme demasiado tiempo al sol. Los pies me hierven como si fueran salchichas. ¿Les gustaría acompañarme a tomar una taza de té? Tengo algunas cosas en la casita del jardinero.

El cobertizo consistía en una única habitación, suficientemente acogedora, con ventanas en cada pared, las cuales, a su vez, tenían un sinfín de repisas cargadas hasta los topes de macetas de terracota. El suelo era de adoquines, encajados entre sí y cubiertos por una alfombra de cuerdas entrelazadas. Timothy había acomodado un pequeño escritorio bajo la ventana, al que se le añadía una cocina portátil, una cazuela, una vieja tetera marrón y algunas tazas de barro. Había unos cuantos limones en un discreto cuenco de madera, un cuchillo y una jarra de cristal llena de cubitos de azúcar. Encima de los utensilios de cocina había una repisa en la que se ordenaban algunos libros cubiertos de polvo. Holliday leyó uno de los títulos: *Nova genera et species plantarum*, de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland. Junto a él se apoyaba lo que parecía ser una edición italiana del *Diccionario de jardinería práctica* de George Nicholson.

Por lo demás, había también dos sillas visiblemente avejentadas y una otomana de cuero acolchado. La habitación, pese a su aire de celda, desprendía un agradable aroma a pino y barro cocido. El monje se entretuvo durante un rato en preparar el té, y después se sentó en una de las sillas, haciendo un gesto a Holliday y Peggy para que también ellos se sentasen. Peggy se acomodó en la otomana, mientras que Holliday decidió ocupar la otra silla.

—Hemos venido por la espada —dijo lentamente, sin dejar de observar el rostro del hermano Timothy para ver si sorprendía alguna reacción en él. No apreció ninguna.

—¿La espada? —replicó el hermano Timothy, con una expresión educada y curiosa.

—La espada templaria que encontró Amadeo Maiuri en las ruinas de Pompeya y que le regaló a Adolf Hitler a través de *Il Duce*, Benito Mussolini.

El hermano Timothy soltó una carcajada.

—¿Cómo iba a encontrarse una espada templaria en Pompeya? —exclamó el monje—. El Vesubio hizo erupción en el año setenta y nueve, mucho antes de las Cruzadas. ¿Y por qué un renombrado arqueólogo italiano como Amadeo Maiuri le iba a dar nada a Mussolini y a ese perro de Hitler? Me temo que alguien le ha metido un buen cuento.

—¿Y no será usted el que trata de metérmelo a mí? —replicó Holliday—. Los historiadores franceses aseguran que la Orden del Temple fue fundada por Hugo de Payens, un caballero de Champagne, pero hay numerosas evidencias que apuntan a que Hugo de Payens era en realidad un italiano llamado Hugo de Paganis, de Nocera dei Pagani, en la Campania, cuya ciudad más grande es Nápoles. En línea recta, el pueblo de Nocera está a unos veinte kilómetros de Pompeya, un poco más lejos si se viaja por el camino costero, que cualquiera hubiera utilizado en esa época si iba en

dirección a Nápoles. La espada podía haber sido perfectamente encontrada en Pompeya.

—Por lo que veo, sabe bastante sobre templarios —asintió el hermano Timothy. Sirvió el té—. ¿Limón? ¿Azúcar?

Ambos tomaron las dos cosas.

Holliday prosiguió:

—También sé que la espada encontrada por Maiuri tenía una inscripción: *Alberic in Pelerin fecit*. Hecho por, o para, Alberic en el castillo Pelerin, el último castillo cruzado de los templarios en Tierra Santa. San Alberic de Cîteaux, el fundador y santo patrono de la Orden Cisterciense. Su Orden, hermano Timothy.

—La verdad es que parece saber bastante, doctor Holliday —dijo el hermano Timothy con voz calmada, sorbiendo de su té.

—También sé que esa espada tiene inscrito un mensaje codificado, y que la clave para descifrarlo se encuentra en un determinado ejemplar de *De laudibus novae militiae*, una carta escrita por...

—Una carta escrita por san Alberic de Cîteaux a Hugo de Payens, o Hugo de Paganis, según usted —completó el hermano Timothy—. Esa copia en concreto había estado oculta entre las decenas de miles de libros y papeles que se guardaban en los Archivos del Estado de Nápoles, los cuales, tiempo atrás, se conservaban en este preciso lugar. —El anciano monje sonrió complacido—. Como decían los *hippies* en los días de mi juventud, doctor Holliday, la vida es una rueda y lo que rueda en ella seguirá rodando.

—¿Entonces conoce la existencia de la espada? —preguntó Holliday.

—Por supuesto. He sabido de ella durante muchos años. Hay quien la llama la Espada de Pelerin, o la Única y Verdadera Espada, o la Verdadera Espada de Pelerin. Otro mito de los Cruzados.

—No es un mito —dijo Holliday—. La espada existe, créame.

—¿Y cómo es que sabe de la carta? —preguntó Peggy.

—Por la advertencia que aparece en la cubierta de la santa carta escrita por san Alberic: «Las palabras que se hallan en el interior de estas páginas solo deben ser conocidas por quien posea la Verdadera Espada de Pelerin». La cubierta está hecha de plata sin aleaciones, y las palabras engastadas en oro.

—¿La ha visto? —preguntó Holliday. Sintió de pronto una repentina andanada de esperanza. Si el hermano Timothy había visto la copia de la carta significaba que al menos eso, de alguna manera, había sobrevivido a la destrucción de los archivos.

—Sí —replicó el monje—. Resulta interesante de leer. Es la apología que un santo hace del derramamiento de sangre en el nombre de Cristo. Una filosofía que hoy día defienden ciertos hombres mucho menos santos, como por ejemplo algunos de sus presidentes americanos.

—Pero usted tenía que ser muy joven durante la guerra como para saber de la existencia del libro —dijo Peggy, ignorando el punzante comentario y dando voz a la



objeción que Holliday aún no había pronunciado en voz alta.

—Tenía nueve años, y era un niño expósito. Nuestra abadía, l'Abbazia di San Martino di Camaldoli, se encuentra en la colina de al lado, a menos de un kilómetro de aquí. Vi arder el *palazzo* desde la ventana de mi habitación. Ardió durante un día y una noche. El hermano Albano, nuestro abad, el hombre que me crio, derramó a causa de ello amargas lágrimas.

—No estoy seguro de entenderlo —dijo Holliday—. ¿Cuál era la relación entre su abadía y los archivos?

—La Villa Montesano era en sus orígenes el Priorato de San Martino. Incluso después de que la propiedad fuera vendida, la abadía conservó sus derechos de administración sobre las tierras de la comarca. Todavía es así, razón por la cual puedo venir aquí a recoger las nueces. —El monje sorbió de su té, añadió una rodaja de limón y prosiguió:

»El hermano Albano era algo más que un simple abad. También era el sacristán, el hombre que se encargaba personalmente del *scriptorium* y la biblioteca por la cual nuestra abadía era bien conocida. Mussolini despreció la religión Católica Romana desde muy temprana edad. De hecho, el hermano Albano le tuvo como alumno en el internado de los Padres Salesianos de la ciudad de Faenza.

»Le inquietaba que Mussolini decidiera vengarse utilizando los monasterios como objeto de su odio, del mismo modo en que Enrique VIII lo hizo en Inglaterra, así que, en prevención de lo que pudiera suceder, escondió los volúmenes más preciados del monasterio en la Villa Montesano. Antes de su muerte, el hermano Albano me encomendó su cuidado, en particular el del ejemplar de *De laudibus novae militiae*».

—¿Cómo pudo sobrevivir al fuego? —preguntó Peggy—. ¿Por qué Lutz Kellerman no lo encontró?

—¿Conoce el significado de la palabra «crypsis»? —respondió el hermano Timothy.

—¿Tiene que ver con códigos? —se aventuró a decir Holliday.

—Con subterfugios, más bien —respondió el monje—. «Crypsis» es la habilidad de un organismo para evitar ser detectado.

—¿Cómo un camuflaje? —dijo Peggy.

—Más o menos —dijo el hermano Timothy—. La *Deroplatys dessicata*, una mantis cuyo aspecto es el de una hoja seca; el búho leonado de Australia, cuyos rasgos se mimetizan a la perfección con la corteza de un árbol; la víbora del Gabón, originaria de África, cuyo color está ideado para asemejarse al de la floresta de la jungla: todos ellos son animales «crípticos».

Hizo una pausa para sacar la rodaja de limón de su té y metérsela en la boca. Durante un momento mascó pensativamente la pulpa, luego dejó la cáscara ya mondada sobre la mesita. Entonces siguió hablando, con aquella voz suya en la que se intuía la vibrante modulación del maestro.

—El hermano Albano tenía algo del naturalista *amateur*, y era seguidor del

renombrado coleccionista italiano Francisco Minà Palumbo. El gran interés de Albano se centraba en la lagartija roquera, o *Podarcis muralis*, un reptil «críptico» que resulta enormemente familiar a todo aquel que se entretiene en observar las rocas y las piedras de los alrededores. La habilidad de dicha criatura para disfrazarse en su entorno natural le fascinaba.

—No veo qué tiene que ver esto con el libro —dijo Peggy, sin poder evitar que asomase a su voz un indisimulado tono de impaciencia.

—Yo sí —dijo Holliday, juntando las piezas—. Lo que quiere decir es que el libro estaba oculto... pero a la vista.

—¿Y cómo ocultaría un libro dejándolo al mismo tiempo a la vista? —preguntó el hermano Timothy, sonriendo.

—Guardándolo en una biblioteca —respondió Peggy.

—Exacto —dijo el monje, aplaudiendo complacido—. Para ser precisos, en la biblioteca de la Villa Montesano.

—Pero la biblioteca habría tenido que arder junto a los archivos —repuso Holliday.

El hermano Timothy se explicó:

—Durante unos días, el pueblo se vio asaltado por decenas de patrullas que saqueaban el lugar en busca de víveres: había soldados motorizados que robaban comida, gallinas, terneros y cosas así. El día anterior a que los archivos fueran quemados, el veintiocho de septiembre, una de esas patrullas llegó a la Villa. —El anciano hizo una nueva pausa y añadió un cubito de azúcar a su té.

«No hicieron nada, solo amedrentar a la *signora* Nicolini, la propietaria, y al director de los archivos que residía en la villa, un hombre llamado Antonio Capograssi, si no recuerdo mal. Tan pronto como la patrulla abandonó el lugar, la *signora* Niccolini vino a la abadía a avisar al hermano Albano. Con aquella visita los peores temores de este se hicieron realidad. No podía devolver los preciados manuscritos a la abadía por temor a que fueran descubiertos allí, de modo que los escondió de nuevo».

—¿Dónde? —preguntó Peggy.

—Aquí —dijo el hermano Timothy, golpeando con una de sus sandalias en las losas del suelo—. Bajo el humilde refugio del jardinero.

—Pero no seguirá aquí, ¿no? —preguntó Peggy, dando un respingo. Miró las lisas piedras que había bajo sus pies.

—Desde luego que no —rio el viejo monje—. El *De laudibus* está escrito a la manera hebrea, sobre la piel procesada de un gamo nonato. Era la forma de papel más corriente utilizada en la época de las Cruzadas. Por irónico que resulte, es el mismo material empleado en la creación de textos judíos sagrados como la Sefer Torá. De haberlo dejado bajo el suelo se hubiera podrido. —Sonrió—. En cualquier caso, fue nuevamente ocultado, y ahora está a buen recaudo.

—¿Dónde? —preguntó Holliday.

El hermano Timothy se reclinó en su silla. Afuera, la cigarra había dejado de cantar. Pasó una nube por el cielo y durante unos segundos se oscureció el interior de la cabaña. Holliday pensó que a lo lejos había escuchado el débil y distante sonido de un trueno de verano. Por fin, el monje habló de nuevo:

—Creo que de momento me han hecho suficientes preguntas. Ahora es mi turno —dijo el hermano Timothy.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Holliday.

—¿Cómo han sabido de la existencia de la Espada de Pelerin?

—Pertenece a mi tío. La descubrió en el Berghof, a finales de la Segunda Guerra Mundial.

—La casa de verano de Hitler —asintió el hermano Timothy.

—Eso es.

—¿Quién es su tío?

—Era —dijo Holliday—. Murió hace poco. Su nombre era Henry Granger. Era historiador medieval.

—También era mi abuelo —añadió Peggy.

—Henry Granger. *Vigilante de la Ciudad Santa* —asintió el hermano Timothy—. El estudio definitivo sobre la estancia de los templarios en Jerusalén. Lo he leído, es un libro muy bueno. —El viejo monje hizo una pausa y apretó los labios—. ¿Dónde está ahora la espada?

—En un lugar seguro —respondió Holliday—, como su copia de la carta de Alberic.

—Ese nazi que ha mencionado, Kellerman; aparte de quemar los archivos, ¿qué relación tiene en todo esto?

—Es una larga historia —dijo Holliday.

—Si algo me sobra es tiempo —replicó el monje plácidamente.

Así pues, contaron al hermano Timothy todo cuanto sabían.

Les llevó algo más de una hora hacerlo. Cuando Holliday y Peggy terminaron su relato, el hombre de cabello blanco se quitó las gafas, las limpió en la ancha bocamanga de su hábito, y luego volvió a calzárselas en la nariz. Les observó con expresión reflexiva.

—¿Cómo puedo estar seguro de que lo que me han contado es la verdad? —preguntó el hermano Timothy.

—¿Por qué íbamos a mentirle? —dijo Peggy, un tanto airadamente—. Además, tenemos la espada.

—Demuéstrenlo —respondió el monje, cortante.

—Enséñaselo —replicó Peggy.

Holliday se levantó, se quitó la hebilla de su faltriquera Tilley y procedió a despojarse de ella. Llevaba aquella faltriquera desde su primera llamada a filas en el Golfo, y ahora tenía ese aspecto desgastado pero cómodo de las prendas que uno ha convertido en sus favoritas. Dio la vuelta al cinto y desabrochó la bolsa, que tenía un

tamaño de unos setenta centímetros. Con cuidado, extrajo el largo trozo de malla de oro que había servido para envolver la empuñadura de la espada del cruzado. La malla había sido doblada tres veces para que encajase en el cinto. La había llevado oculta desde que salieron de Fredonia. Se la entregó al hermano Timothy y le explicó:

—Si la observa atentamente, verá que la malla ha sido agujereada a intervalos regulares e irregulares. El oro no es macizo, es una aleación, de hecho probablemente se trate de electro, una mezcla de oro y plata. Es más duradero que el oro macizo, razón por la cual las marcas en la malla han sobrevivido al paso del tiempo.

»Las perforaciones regulares están todas a la misma distancia. Apostaría algo a que tienen exactamente el ancho del texto de su *De laudibus*. Si se fija bien, verá que hay unos números romanos arañados en la malla, entre las perforaciones más pequeñas.

»Los números romanos indican los números de página, y las perforaciones más pequeñas están alineadas para encajar individualmente en ciertas letras del texto. Es un método simple, pero extremadamente astuto al mismo tiempo. Para que funcionase, las copias del manuscrito tendrían que haber sido idénticas. El escriba, quienquiera que fuese, debía ser extremadamente escrupuloso».

—Era una escriba, en realidad —dijo el hermano Timothy, mirando con reverencia la malla—. La hermana Diemut de Wessobrunn, una monja benedictina. Fue bastante famosa en su tiempo. Las copias, en efecto, son idénticas, una para la abadía de Clairvaux y la otra para el uso personal de Roger de Flor y los templarios de Pelerin, los dos polos opuestos de la ruta de comunicación que se extendía entre Tierra Santa y Europa.

—Me pregunto quién era el caballero al que pertenecía la espada —musitó Peggy.

—Eso también lo sabemos —dijo el anciano monje—. Su nombre era *sir* Robert de Sales, un inglés al servicio de William de Rochefort, vicemaestre del Temple en Jerusalén y obispo de Acre. Robert de Sales tomó la ruta terrestre en su regreso a Francia, mientras que Roger de Flor viajó por mar; de ese modo se aseguraban que el mensaje pudiera llegar a Clairvaux. *Sir* Robert murió de camino a Francia, en algún lugar a poca distancia de Nápoles.

—Y perdió la espada —dijo Peggy.

—Como he dicho —sonrió el hermano Timothy—, lo que rueda seguirá rodando.

—Bueno, nosotros le hemos mostrado nuestra parte —dijo Holliday—. ¿Qué le parece si nos devuelve el favor?

El hermano Timothy le entregó a Holliday la malla de oro. El viejo monje miró atentamente a Holliday, y luego habló:

—¿Cree usted en Dios, doctor Holliday? —preguntó el hermano Timothy.

—Eso es lo que he tratado de averiguar durante la mayor parte de mi vida —dijo Holliday—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque si cree en Dios, creará en el Paraíso, y en consecuencia, si existe un Paraíso, según mis amigos jesuitas debe haber un Infierno, que es donde acabará

usted si me ha estado mintiendo.

Holliday soltó una carcajada:

—Esa es la amenaza más prolija y retorcida que he oído jamás —dijo—. No se preocupe, todo lo que le hemos dicho es la verdad, al menos hasta donde sabemos.

—De acuerdo —replicó el hermano Timothy—. Aceptaré su palabra. —Se levantó y se inclinó sobre la mesa, tomando uno de los libros de la estantería. Era el libro botánico escrito en latín, el *Nova genera et species plantarum*. Entregó el libro, encuadernado en cuero, a Holliday.

—Alexander von Humboldt, el hombre por el cual recibió su nombre la Corriente Humboldt. Un poco tarde, ¿no cree? Nació a mediados del siglo XVII, si no recuerdo mal.

—Más «crypsis». Ábralo —ordenó el hermano Timothy.

Holliday abrió el libro. Comprobó asombrado que no era un libro botánico del siglo XIX. En vez de eso, vio una fotocopia en color de un manuscrito medieval miniado, y encuadernado en la vieja cubierta de cuero. Leyó en voz alta las primeras líneas escritas en latín:

—*In principio creavit Deus caelum et terram terra autem erat inanis et vacua et tenebrae super faciem abyssi et spiritus Dei ferebatur super aquas dixitque Deus fiat lux et facta est lux.* —Hizo una pausa y luego tradujo aquellos versos tan familiares con suma facilidad—: «En el principio Dios creó el cielo y la tierra. Y la tierra no tenía forma, y todo era vacío en ella; y la oscuridad crecía en las profundidades. Y el espíritu de Dios se agitó sobre la superficie de las aguas. Y dijo Dios: hágase la luz. Y la luz se hizo». —Se detuvo de nuevo y miró al monje de cabellos blancos—. Es la traducción de las primeras líneas del Génesis según la Vulgata, tomadas directamente del hebreo, no del griego.

—Bien dicho —asintió el hermano Timothy—. Como sabe, la mayoría de los documentos religiosos de la Edad Media comienzan con una oración o una cita de las escrituras. Pruebe a usar la malla de oro y dígame qué encuentra. —Extendió un brazo y abrió el estrecho cajón que se encontraba en la parte delantera del escritorio, del cual sacó un cuadernillo y un lápiz. Holliday acercó su silla a la mesa y Peggy miró sobre su hombro. En unos momentos fue capaz de pronunciar las primeras palabras de un mensaje que no había sido escuchado durante más de ochocientos años.

—«Al reverendo Padre en Cristo, y a todos nuestros amigos de los reinos de Francia a quienes llegue esta carta: estas son las palabras del obispo William de Rochefort, vicemaestre del Temple. Escuchad y obedeced».

—¡Funciona! —exclamó Peggy, alborozada—. ¡Sigue, Doc!

Comenzaba a caer la tarde cuando Holliday completó la traducción, y para entonces ya había transcrito el texto del mensaje secreto en el cuadernillo que tenía ante sí. Era evidente que había sido compuesto para que se leyera en verso:

*En las negras aguas del Fuerte Peregrino  
de plata está arrumbado oculto pergamino,  
el hambre de sapiencia rodea en todas partes  
aquestos santos muros que ningún ruido abate.  
La voz una vez más retumba en nuestro oído  
llamándonos letal al combate Saladino.*

—El Fuerte Peregrino era otro nombre para el Château Pelerin —dijo el hermano Timothy.

—Todo esto resulta muy poético, ¿pero qué significa exactamente? —preguntó Peggy.

—Me parece que significa que debemos partir a Tierra Santa —replicó Holliday—. Nos marchamos a Israel.

—UN relato interesante —dijo Raffi Wanounou, profesor de Arqueología Medieval en la Universidad Hebrea de Jerusalén. El profesor era un tipo rotundamente guapo, de unos cuarenta o cincuenta años, dotado de ese rostro alargado de mandíbula cuadrada tan corriente en muchos judíos de origen marroquí. Su cabello oscuro estaba salpicado de mechones grises, y unos profundos surcos se dibujaban a ambos lados de su ancha boca. Estaba muy bronceado, y tenía ese aspecto ligeramente chamuscado de quien pasa mucho tiempo bajo el sol del desierto.

Peggy Blackstock y John «Doc» Holliday ocupaban dos sillas en la comfortable oficina que Wanounou tenía en la universidad. El hombre que se sentaba al otro lado de la mesa había escuchado de labios de ambos un somero resumen de sus actividades desde que partieron de los Estados Unidos, suprimiendo por supuesto del recuento unos cuantos cadáveres.

—Díganme, ¿y cómo es que han llegado justamente hasta mí? —preguntó el profesor.

—Su nombre aparecía en un correo electrónico que Steven Braintree, de la Universidad de Toronto, había dirigido a mi tío —respondió Holliday.

—Conozco bastante bien a Steven. El Museo Real de Ontario es de primera clase. De su tío, en cambio, solo conozco su buena reputación.

—El profesor Braintree nos comentó que usted sabía bastante de castillos cruzados —dijo Peggy.

—Un poco. —Sonrió. La sonrisa estaba claramente destinada al exclusivo provecho de Peggy.

Holliday se sintió un tanto irritado al reparar en el evidente interés que el profesor israelí mostraba hacia Peggy. Era ridículo; por su edad, aquel hombre casi podía ser su padre:

—A nosotros nos interesa particularmente el castillo Pelerin —dijo Holliday, quizá con cierta brusquedad.

—El Fuerte Peregrino, también llamado la Fortaleza del Peregrino —dijo Wanounou—. Le dediqué mi tesis. Es mucho más grande que el Krak des Chevaliers que se encuentra en Siria. Nadie consiguió abrirle la menor brecha, ya fuera durante un sitio o por la fuerza de armas, en doscientos años. Era el último bastión de los caballeros templarios en Tierra Santa.

—Debemos ir allí —dijo Peggy.

—Me temo que no es posible, señorita Blackstock.

—Peggy —replicó ella, devolviéndole la misma sonrisa que él le había dedicado antes.

—Peggy, pues —sonrió abiertamente el profesor.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Holliday.

—Necesitarían una autorización especial. Ahora es una zona militar de acceso restringido. El Shayetet trece lo utiliza como área de entrenamiento.

—¿El Shayetet trece? —preguntó Peggy.

—La versión israelí de la Navy Seals, los cuerpos de élite de la Marina estadounidense —explicó Holliday.

—En realidad, es al contrario —dijo Wanounou—. El Shayetet trece existía mucho antes de la Navy Seals. Se fundó en 1949; la Navy Seals, en cambio, no se organizó hasta principios de los sesenta, si no recuerdo mal.

—¿Sirvió en ellos? —le preguntó Holliday.

—Nado de pena. —El profesor sonrió. Aquella sonrisa no se parecía ni de lejos a la que le había ofrecido a Peggy.

—¿Dónde cumplió los tres años? —preguntó Holliday.

—¿Qué tres años? —dijo Peggy, mirando perpleja aquel rápido intercambio de frases.

—Los del servicio militar obligatorio —explicó Holliday. Empezaba a irritarse consigo mismo. Todo aquello estaba convirtiéndose en una ridícula contienda por culpa de una sonrisa.

—Fueron más de ocho —dejó caer Wanounou—. *Agaf HaModiin*. Amán.

—Inteligencia militar —murmuró Holliday, impresionado con el hombre, por más que aquello le pesase.

El profesor le dedicó a Holliday una mirada evaluadora y luego se reclinó en su silla.

—Parece un hombre muy versado en conocimiento militar, señor Holliday —dijo.

—Doctor —replicó Holliday—. Aparte de teniente coronel. Enseño Historia Militar en West Point.

—Entonces es mi superior, supongo —respondió el profesor, sonriendo de nuevo—. Yo solo llegué a mayor. —Rio—. Quizá debamos comparar estudios de posgrado y ver quién se doctoró antes.

—Lo lamento —musitó Holliday—. Estoy un poco tenso desde Alemania. —Hizo una pausa—. Si estuvo usted en Amán, quizá pueda mover algún contacto para que se nos permita entrar en el castillo.

—No dude que me encantaría tener cualquier excusa para abandonar la oficina por un tiempo, ¿pero qué pretexto podría dar? ¿Que tengo aquí un par de turistas americanos a la caza de un tesoro? —Las apuestas facciones del hombre se arrugaron en una fingida mueca de dolor—. La verdad, doctor Holliday. Creo que no.

—No vamos detrás de ningún tesoro —intervino Peggy.

—Caballeros templarios, un código oculto en la espada de un cruzado, siniestros monjes cistercienses y nazis por todas partes, además del misterioso fragmento de un poema que haría las veces de un mapa del tesoro. ¿A quién querrían para el papel



principal, a Nicolas Cage o a Harrison Ford? —Sacudió la cabeza—. Vamos, señores. Holliday suspiró.

—Quizá suene un poco rocambolesco, lo sé, pero...

—Me vería obligado a devolver un montón de favores a cambio de que entremos allí —dijo Wanounou—. No estoy seguro de que me apetezca hacerlo.

¿*Entremos?*, pensó Holliday. Sonrió para sí. Reconocía el tono que despuntaba en la voz del tipo; el sonido de la curiosidad espoleando los instintos del gato. El chisporroteo que uno escucharía tras saltar de la sartén y caer en las brasas.

—Por favor... —rogó Peggy, dirigiendo a Wanounou una sonrisa que hubiera iluminado una habitación oscura por lo menos durante una semana. Esa era la gota que hizo rebosar el vaso.

—De acuerdo —respondió por fin—. Veré lo que puedo hacer.

Dos días después, bajo un ardiente cielo de verano, abandonaron en coche la antigua ciudad de Jerusalén por la autopista de Tel Aviv. La autopista uno, como se la conocía oficialmente, era una autovía de construcción moderna que marchaba en dirección noroeste jalonada por una confusa sucesión de vías de acceso, señalizadas y sin señalizar, que, sin embargo, reducían el tiempo de conducción entre las dos ciudades a solo una hora.

Wanounou conducía un viejo Toyota Land Cruiser salpicado de óxido como un piloto de caza, haciendo virajes y bajadas en picado entre el denso tráfico, sin interrumpir a la vez un apasionado monólogo sobre las costumbres del país dirigido en su mayoría a Peggy, que se sentaba en el estrecho asiento de atrás. Holliday se había sentado delante, junto a Wanounou, en un claro intento de enfriar la creciente temperatura que producía hasta la más pequeña fricción entre el profesor y Peggy, pero ahora se arrepentía de su decisión. Tras unas cuantas maniobras bastante arriesgadas en la autopista, que por los pelos no acabaron en un choque estrepitoso, Holliday se sorprendió recordando la pregunta del hermano Timothy acerca de si creía en un poder superior; creyera en Él o no, Holliday, por lo pronto, le había empezado a rezar. A tenor de sus actuales circunstancias, aquello era una contienda entre Cristo, Yavé y Alá por ver quién mostraba los mejores credenciales para devolverle la fe.

Circunvalando Tel Aviv, el profesor israelí desvió su baqueteado y viejo 4x4 a la autopista de Ayalon que unía Tel Aviv y Haifa en el norte. La autopista era una nueva pesadilla de cuatro carriles poblada igualmente por un tráfico feroz que cruzaba a toda prisa la antigua ruta de peregrinación costera que serpenteaba hasta Acre.

Con las accidentadas laderas del monte Carmelo alzándose a su derecha, y los verdes campos de algodón a la izquierda, en la llanura que tiempo atrás fue la tierra de Fenicia, Wanounou condujo el viejo y traqueteante vehículo durante otros tres cuartos de hora.

Por fin llegaron a la salida de Atlit, dejando atrás otra bifurcación, y se dirigieron hacia el mar. A unos kilómetros al norte, los suburbios de Haifa se hacían visibles a través de la calima, que ascendía por las laderas del monte Carmelo y se extendía por la forma de cimitarra de la bahía de Haifa.

En un instante, la realidad del tráfico congestionado que les arraigaba al siglo XXI desapareció por completo, y Holliday sintió que el tiempo desaparecía con ello. Caballeros montados en retumbantes corceles y enormes caballos de batalla cabalgaban por el viejo camino, con las armaduras relampagueando al sol. Los peregrinos caminaban ociosamente, asidos a lentas y pesadas monturas de carga, mientras las damas y los caballeros yacían en literas cubiertas, pintadas con colores brillantes. El polvo se arremolinaba como una espesa niebla en aquel aire caliente, quieto.

Traquetearon por varios tramos de vías férreas y luego doblaron por un estrecho y sucio camino de dos carriles, en uno de cuyos flancos se veía una larga y curvada playa, mientras en el otro despuntaba una pantanosa piscina ornada por un trío de flamencos blancos.

Lejos de la zona pantanosa había unas salinas industriales con una interminable y elevada red de tuberías que desaguaban en ella desde más allá de la amplia bahía situada a la izquierda. Después, las agrestes y yermas ruinas del castillo Pelerin se alzaron frente a ellos como un oscuro sueño del pasado. A su lado, las ruinas del viejo castillo que decoraba la hacienda de los Kellerman, a las afueras de Friedrichshafen, resultaban insignificantes.

Wanounou aparcó en un lado del camino, y los tres salieron al ardiente sol que brillaba en lo alto. El profesor vestía unos desgastados pantalones de faena y una camiseta que decía: LOS ARQUEÓLOGOS SE LO MONTAN EN EL BARRO. Holliday y Peggy llevaban unos vaqueros y una camiseta con el lema NO TE PREOCUPES, SÉ JUDÍO, que habían adquirido en el barrio musulmán de Jerusalén el día anterior. Los tres calzaban unas gorras de béisbol de la Universidad Hebrea para protegerse del cruento sol del verano. Frente a ellos había un promontorio rocoso a casi un kilómetro de distancia, que formaba el brazo norte de un pequeño puerto situado al sur. Los restos de su interior se alzaban como un gigantesco faro cuadrado contra el lejano y brillante fondo azul del Mediterráneo.

—Por lo más sagrado —dijo Peggy.

—Mira qué descripción tan buena —rio el profesor—. Aquí se abría una fosa de unos ocho metros, el ancho total del istmo, que podía llenarse con agua de mar cuando era preciso. Al otro lado del foso había un muro de caliza de colosales dimensiones, de más de tres metros de ancho, que se alzaba a una altura de casi veinte metros. Todo fue construido a mano, en su mayor parte por la mano de obra voluntaria de los peregrinos que se dirigían a Jerusalén, y solo llevó seis meses de trabajo el hacerlo.

»En el solar que había frente al muro se construyeron tres enormes torres, una a

cada extremo y otra en el centro. El único modo en que se podían rebasar las torres y el muro era a través de una estrecha entrada, abierta en un ángulo tal que era tarea imposible echar abajo las puertas. Había salones de piedra, capillas, criptas, almacenes, y todo lo necesario para proveer a un ejército de cuatro mil hombres, entre soldados y trabajadores.

»El lugar era invulnerable; tenía su propio puerto, y en caso de sitio podía recibir nuevos suministros por el mar. Había un pozo artesiano, un estanque y tres profundos pozos para coger los residuos líquidos procedentes del monte Carmelo a través de la piedra caliza, de modo que tampoco el agua era un problema».

—¿No había aquí una fortificación antes del siglo XII? —preguntó Holliday. Recordaba vagamente algo sobre una fortaleza levantada allí con anterioridad. Caminaron hacia el viejo foso, siguiendo un estrecho y serpenteante sendero que en realidad no era sino una tosca argamasa de hierba y arena.

—En el camino costero había un pequeño puesto de avanzada llamado *Le Destroit*, pero ya había quedado desfasado mucho antes de que construyesen Pelerin —replicó el profesor—. Dos mil años atrás, los romanos habían edificado un puerto, y los fenicios estuvieron aquí dos mil años antes que ellos. Cuando los templarios efectuaron las excavaciones para establecer los cimientos de Pelerin, encontraron por casualidad un tesoro de monedas de oro fenicias que casi sirvió para financiar al completo la construcción del castillo.

—De modo que no somos los primeros en buscar aquí un tesoro... —comentó Peggy, con los ojos brillantes de expectación.

Wanounou le devolvió un destello similar, luego se volvió y señaló hacia las escarpadas laderas del monte Carmelo, a unos tres kilómetros al oeste de la estrecha llanura que se extendía por la costa.

—Desde 1951 hemos excavado allí, en las cuevas del Wadi el Mugarah —les informó el profesor—, pero antes que nosotros lo hicieron los británicos y ustedes, los americanos. Este lugar en el que ahora nos encontramos es la llanura bíblica de Sharon. De aquí se han desenterrado objetos que se remontaban a la época de los Neandertales e incluso anteriores, de la Edad de Piedra.

»A lo largo de dos millones de años ha habido asentamientos humanos, de una clase u otra, en esta zona. Hay incluso evidencias irrefutables que prueban que este lugar fue en el pasado el Jardín del Edén descrito en la Biblia, al menos en lo que concierne a la sabiduría de los profetas. —Se dio media vuelta, abriendo los brazos—. El mar, las llanuras, las montañas. Todo lo que nuestros abuelitos Adán y Eva podían pedir. —Wanounou sonrió. Peggy le devolvió la sonrisa.

Holliday frunció el ceño y lanzó un suspiro, preguntándose si era el momento de tener una charla con Peggy acerca del peligro potencial de aquella situación. Pero, de momento, le parecía más inteligente mantener la boca cerrada.

Alcanzaron una alambrada de pinchos, alta y oxidada, que se extendía por el istmo de la estrecha península. En letras rojas había unas desdibujadas advertencias

escritas en hebreo, árabe e inglés, a intervalos de medio metro por todo lo largo de la alambrada:

PELIGRO MORTAL – ZONA MILITAR  
TODA PERSONA QUE TRASPASE  
O CAUSE ALGÚN DAÑO  
EN ESTA ALAMBRADA  
ESTÁ PONIENDO EN PELIGRO SU VIDA

No había ningún signo de exclamación, solo una simple y explícita exposición de los hechos.

—Qué reconfortante —dijo Peggy. Al otro lado de la verja se veía una ligera hondonada en el terreno que marcaba la posición donde antiguamente había estado ubicado el foso. Unos cuantos metros más allá se alzaba una escarpada elevación arenosa, espesa de matojos y arbustos. Aquello era lo único que quedaba de la imponente muralla original.

Descendieron por el sendero una breve distancia, y se detuvieron frente a una puerta enclavada en la verja. Estaba asegurada mediante un pesado candado. En la puerta encontraron un nuevo cartel, mucho menos legible que el anterior:

CAMPO DE MINAS

—¿Está seguro de que tenemos permiso para esto? —preguntó Holliday.

—Mejor que eso —respondió Wanounou, rebuscando en los bolsillos de sus abolsados pantalones de faena—. Tengo la llave.

—Esto... ¿y qué hay de las minas? —Receló Peggy.

—Simplemente, no hay —dijo el profesor, sonriendo abiertamente—. Los carteles son para impresionar a los turistas y asustar a los niños.

—Dijo el ciego al que le faltaban los dedos y una pierna —murmuró Peggy.

—Sus contactos deben ser mejores de lo que pensaba —dijo Holliday. Traspusieron la puerta, y Wanounou la cerró tras ellos antes de volver a guardarse la llave en el bolsillo. Enfilaron un sendero cubierto de arena que cruzaba el viejo foso y serpenteaba sobre los sinuosos restos del antiguo muro.

—Salta a la vista que la Marina no ha usado este lugar en años, ¿verdad? —dijo el profesor mientras avanzaban por el sendero—. Lo cierto es que el ejército solía hacer la instrucción en la bahía de Haifa, pero se contaminó demasiado, así que se trasladó a este lugar. Pero una vez que la bahía quedó limpia, regresó allí. Podía haber dejado atrás su equipamiento, pero como ven la propiedad está vacía. Eso sí, la valla y los carteles se quedaron aquí, y seguirá siendo así hasta que el ejército sepa a quién entregarle esto: o a los arqueólogos, o a los turistas.

Una bandada de cercetas ocre volaron con la torpeza que les era característica sobre sus cabezas, en una irregular formación en V, dirigiéndose a las marismas donde el grupo había visto anteriormente a los flamencos. El aire sabía a sal y a mar, y soplabla una ligera brisa marina que al menos servía para suavizar el calor de mediodía. A unos doscientos kilómetros se alzaba Chipre, invisible en la inmensidad azul del horizonte. Alcanzaron la cima del sendero y bajaron la vista a las ruinas que se extendían ante ellos.

Quedaba lo suficiente del gigantesco castillo para permitir visualizarlo con relativa facilidad. Desde los cimientos hasta el extremo del castillo que daba al mar, el terreno abarcaba lo que hubieran sido dos campos de fútbol. De un lado al otro, la estructura habría tenido la mitad de ese tamaño. Al norte se hallaban las torres, y al sur del muro interior había una sala un poco más elevada, flanqueada por cámaras subterráneas, además de la imponente torre del homenaje en el centro del castillo.

Había tenido muros en los tres lados, incluyendo el que daba al mar, donde se levantaban casi intactos un malecón y un enorme rompeolas, los cuales descollaban sobre las aguas poco profundas del puerto natural. Allí se habrían deshecho de su cargo las carabelas de vela latina y las naves de aparejo redondo, protegidas al socaire del malecón del alcance de sus atacantes.

Circundando la torre, el castillo había albergado hasta cinco grandes salones, cada uno de ellos de unos veinte metros de largo. Ahora, de ellos solo quedaban unas hileras de piedras parcialmente enterradas, fantasmales hondonadas y un mosaico de líneas dentadas recortando el suelo. Algunos penachos de algas crecían aquí y allá, entre los que asomaban varios bloques de adoquines cuyos escombros delataban la cicatriz de algunos viejos senderos.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar —dijo Peggy, recorriendo con la mirada el espacio que abarcaban las salas interiores del castillo—. Es un terreno horriblemente grande como para peinarlo con facilidad.

Raffi Wanounou se llevó nuevamente la mano al bolsillo, y esta vez extrajo un mapa plegable. Era un plano de las excavaciones del castillo realizado años atrás, cuando pasó allí tres veranos en su época de estudiante universitario. Lo volvió en sus manos, tratando de orientarse.

—¿Qué decía la cancioncilla aquella? —preguntó.

Holliday la había memorizado:

*En las negras aguas del Fuerte Peregrino  
de plata está arrumbado oculto pergamino,  
el hambre de sapiencia rodea en todas partes  
aquestos santos muros que ningún ruido abate.  
La voz una vez más retumba en nuestro oído  
llamándonos letal al combate Saladino.*

—Las «negras aguas» bien podrían referirse al suministro de agua del castillo —dijo el profesor, mirando el esquema y levantando la vista otra vez a la enorme expansión de ruinas y escombros que se alzaba ante ellos.

—Usted dijo que había una fuente y una especie de estanque —sugirió Peggy—. Tal vez se refiera a eso.

—No me los imagino enterrando un tesoro en un estanque expuesto a la vista de todos —dijo Wanounou—. Es más probable que se encuentre cerca de uno de los pozos.

—¿Dónde estaban? —preguntó Peggy. Se acercó para echar un vistazo al plano sobre el hombro del profesor, rozándole un brazo con el suyo—. Enséñemelo.

—Ya hace tiempo que no existen —replicó el profesor—. Cuando iniciamos las excavaciones, jamás encontramos nada ni remotamente parecido a un pozo. —Se encogió de hombros—. También es cierto que apenas habíamos llegado a profundizar en lo que aquí se esconde cuando el ejército israelí nos sacó a patadas y trajo su Shayetet trece.

—Quizá yo pueda sugerir una hipótesis mejor —dijo Holliday, interponiéndose entre Peggy y Wanounou y echando un vistazo al plano que sostenía el profesor en sus manos—. El verso dice: «El hambre de sapiencia rodea en todas partes a estos santos muros...». Me da que se refiere a una iglesia. —Señaló hacia un punto del plano—. Esa forma oval alargada, con un cuadrado en su extremo, que hay cerca del malecón, ¿qué es?

—La cámara subterránea, la cripta, bajo la cual siempre hemos pensado que se encontraba la capilla —replicó Wanounou—. La llamábamos la Iglesia Redonda.

—Remedando la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén —asintió Holliday—. Como todas las iglesias templarias.

—Así es —dijo el profesor.

—A estos santos muros merecen un intento —dijo Holliday.

Con pasos lentos y cuidadosos se abrieron camino por el terraplén y procedieron a cruzar la escombrera a que había quedado reducida la sala central del castillo.

—Por el modo en que habla de ellos diría que no comparte ni la disciplina ni el credo de los templarios —comentó Wanounou.

Caminando entre ellos, Peggy rio:

—Doc no comparte ni la disciplina ni el credo de casi nada. —Ensanchó una sonrisa—. Debe ser cosa de familia.

—¿No cree tampoco en su piedad cristiana? —preguntó el profesor, alzando una escéptica ceja.

—Creo que algunos de ellos no fueron sino un puñado de fanáticos religiosos —replicó Holliday—. La mayoría eran mercenarios. Había muchos caballeros sin trabajo por aquel entonces. Puede que algunos creyeran en la causa, pero no eran muchos. —Sacudió la cabeza—. Me ha tocado estar en muchas guerras, profesor, y de un modo u otro lo que las originaba siempre ha sido el dinero. Los cruzados no

eran diferentes.

»Castillos como este no se erigían para proteger a los peregrinos: se construían para afianzar la presencia de Europa en Oriente Medio. Como la Hudson's Bay Company en Canadá o los puestos de avanzadilla de la caballería de los Estados Unidos en el Oeste americano. Los cruzados no pretendían librar Jerusalén de los infieles, querían conquistarla.

»Los templarios se llamaban a sí mismos “los soldados pobres de Cristo”, enfatizando en la palabra “pobre”. Para cuando fueron disueltos en 1307 eran casi tan ricos como la Iglesia Católica Romana, y más ricos que algunos países, entre ellos Francia, la cual no sería descabellado decir que era propiedad suya. La fortaleza templaria que se levantó en París medía ciento cuarenta metros de lado. Eso no es piedad, profesor. Eso es codicia, avaricia y poder».

—Pero eso no le impide a usted emprender la búsqueda de su tesoro.

Holliday dejó de caminar. Se volvió hacia Wanounou.

—Nuestra búsqueda no tiene nada que ver con encontrar un tesoro —prorrumpió, con un asomo de cólera en su voz—. Nunca ha tenido que ver con ello. Lo que perseguimos es algo que importaba a mi tío lo suficiente como para abandonar el estudio que tenía en su hogar, cosa que detestaba, para cruzarse media Europa a sus ochenta y seis años. Y es algo que, por lo visto, también parece importarle a mucha gente; son muchos los que han estado buscando la respuesta a este acertijo desde hace bastante tiempo. No han dudado en mentir por ello. Quemar casas por ello. Matar por ello.

—Entonces creo que será mejor que lo encontremos —dijo Wanounou con una afable sonrisa, pasando por alto el ardor que emanaba de las palabras de Holliday—. ¿No es así, Peggy?

—Así es —replicó esta. Aferró el codo de Holliday y lo apretó suavemente—. Dejemos los sermones de momento, ¿vale, Doc? —Volvió a apretar su brazo—. Venga, llévate bien con el profesor.

—Yo no soy su enemigo, coronel Holliday —añadió Wanounou—. Soy yo quien les ha traído aquí, ¿recuerda? —Extendió su mano—. *Shalu shalom yerushalayim*, ¿de acuerdo?

Holliday tomó la mano que se le ofrecía y la estrechó.

—Llámame Doc.

Dieron media vuelta y continuaron hacia las ruinas de la antigua iglesia del castillo.

**L**LEGARON a la sala más alta situada en el extremo del castillo y se detuvieron al llegar a la ovalada formación de piedras que señalaba los cimientos de la vieja capilla. Wanounou consultó una vez más el plano.

—Treinta y dos metros de largo por nueve de ancho —dijo—. Rotondas a cada lado, el coro y presbiterio hacia el norte, la nave hacia el sur. En esa dirección se encontraba el pasillo de un claustro que comunicaba la capilla con el gran salón principal. —Señaló en dirección a unos inmensos bloques de piedra caliza, más grandes incluso que las piedras que se habían utilizado para construir la muralla, que se erguían sin apoyo alguno, manteniendo un difícil equilibrio—. Quienes construyeron el castillo emplearon muchas de las sobras de la estructura fenicia que se encontraba allí antes de que ellos llegasen —explicó—. Curiosamente, todo se basa en el número ocho y en múltiplos de ocho. Ocho columnas en la nave, dos columnas de a ocho en el coro y presbiterio, ocho arcos en el pasillo del claustro...

—¿Por qué ocho? —preguntó Peggy.

—El ocho era el número mágico por excelencia de los templarios —dijo Holliday—. Si observas una cruz templaria verás que los extremos se bifurcan, dividiéndose en ocho puntas.

—¿Y qué significado tiene?

—Principalmente, religioso —respondió Wanounou—. Siete más uno es igual a ocho, el día de la Resurrección. Dios creó la Tierra en seis días, descansó el séptimo, y puso al hombre en el Jardín del Edén el octavo. El hombre tiene veinticuatro costillas, veinticuatro dividido entre ocho es igual a tres, el número de la Santísima Trinidad. Noé era el octavo hombre que había en el arca. La propia arca medía trescientos codos por cincuenta: tres más cinco igual a ocho. Lázaro fue devuelto a la vida tras haber permanecido muerto ocho días. El primer número cúbico es el ocho... La lista sigue y sigue.

—¿Y eso de qué nos vale ahora a nosotros? —preguntó Peggy, mirando los cimientos que había a sus pies.

—Nos vale porque lo que buscamos tiene probablemente algo que ver con el número ocho o un múltiplo de ocho —dijo Holliday. Procedió a recorrer el largo de los cimientos en una dirección, mientras Wanounou lo hacía en sentido contrario.

—¿Y qué es exactamente lo que estamos buscando? —les interrogó Peggy.

—«En las negras aguas del Fuerte Peregrino de plata está arrumbado oculto pergamino» —recitó Holliday—. Lo de «negras aguas» sugiere que eran oscuras, lo que quizá signifique que se hallaban bajo tierra, como la cámara subterránea, o cripta, que hay bajo la iglesia —agregó.



—Es probable que se trate de una cueva —intervino Wanounou—. El suelo que pisamos es tierra caliza, creada por las aguas subterráneas que se filtran desde la montaña. Creemos que toda la zona que se extiende bajo Pelerin está plagada de ellas.

—Tengo claustrofobia —dijo Peggy—. Tuve que hacer un reportaje fotográfico para el National Geographic en Carlsbad y aborrecí cada minuto que estuve allí. Las cuevas son siniestras.

—Nosotros te protegeremos —rio Wanounou.

—Creo que he encontrado algo —exclamó Holliday.

—Pues no ha costado tanto. —Se asombró el profesor, dejando de lado su propio examen de las piedras. Se unió a Peggy y ambos retrocedieron hasta donde se encontraba Holliday, en el otro extremo del presbiterio.

—No parece muy convencido —comentó Peggy.

—La arqueología nunca resulta tan fácil —replicó—. La mayoría no encontramos nada en la vida.

—Creía que el tipo que encontró Troya era un arqueólogo *amateur* —repuso Peggy—. ¿Y la persona que encontró los manuscritos del Mar Muerto no era un cabrero o algo así?

—¿De dónde has sacado todo eso? —preguntó Wanounou.

—Ayer, Doc y yo hablábamos de ello durante la comida, en un café en el zoco. Me contó que la mayoría de los grandes hallazgos arqueológicos eran fruto de la suerte.

—Creo que no le gusto a Doc —dijo el profesor, cuando se acercaban al lugar donde se encontraba Holliday.

Peggy rio.

—No eres el único. A Doc no le gusta *nadie* a quien yo le guste demasiado —explicó—. Es muy protector conmigo.

—Estarás de broma —respondió el profesor.

—¿Quién bromea? —preguntó Holliday.

Wanounou pasó por alto la pregunta.

—¿Qué has encontrado?

—Una piedra —explicó Holliday, señalando el suelo.

—Oh —dijo Peggy—. Vaya, justo lo que andábamos buscando. ¿Qué tiene esta de especial?

—Es octogonal —dijo Wanounou mientras se agachaba, repentinamente interesado. Le quitó de encima una fina capa de barro. Aquello sirvió para revelar las verdaderas dimensiones de la losa. Tenía un diámetro de unos sesenta centímetros, y daba la impresión de que en otro tiempo hubiera tenido algo grabado encima, pero el dibujo hacía mucho que se había borrado—. Forma parte del suelo de la iglesia. Si nos encontráramos en la Iglesia del Santo Sepulcro, este sería el lugar exacto donde se asentaría la Roca del Gólgota.

—Vale, es una losa octogonal —dijo Peggy—. ¿Qué tiene eso de importante?

Holliday se arrodilló junto a Wanounou y procedió a retirar el barro con sus manos, revelando más áreas del suelo de piedra.

—Porque todas las demás piedras son cuadradas, y se abren en abanico desde esta. Sea lo que sea, representa la parte central de algo.

Wanounou se levantó y se sacudió las manos.

—Voy al camión. Necesitamos herramientas.

—Iré contigo —se apresuró a decir Peggy.

Holliday iba a decir algo, pero se lo pensó mejor. En vez de eso, intentó poner la expresión más impávida posible.

—No tardéis.

—No lo haremos —respondió Wanounou. La pareja se perdió más allá de la sala central de las ruinas. Holliday los vio marcharse, y también les vio tropezar *accidentalmente* entre ellos una o dos veces, mientras seguían el sendero en dirección al Land Cruiser. Mientras caminaban, sus cabezas estaban la una junto a la otra como si se tratase de viejos amigos.

Desaparecieron sobre la elevación interior del muro defensivo, y Holliday volvió entonces a retirar el barro en esa parte del suelo. La zona estaba ensamblada a dos de los lados de una sección saliente del muro de contención, indicando así que aquello había sido en el pasado una extensión adicional de la capilla, quizá incluso el Altar de la Stabat Mater, una característica que compartían casi todas las iglesias templarias. Desde sus remotos años como monaguillo, Holliday podía recordar el himno en latín de la Stabat Mater, con su rítmico tetrámetro trocaico:

*Stabat mater dolorosa  
iuxta Crucem lacrimosa  
dum pendebat Filius.*

*Cuius animam gementem  
contristatam et dolentem  
pertransivit gladius.*

Estaba la Madre dolorosa,  
junto a la Cruz, llorosa,  
donde pendía su hijo.

Su alma gimiente,  
contristada y doliente,  
atravesó la espada.

*Pertransivit gladis.* Otra espada más. El Altar de la Stabat Mater que había en la

Iglesia del Santo Sepulcro consistía en un nicho de piedra labrada con la imagen de la Virgen María dolorosa, frente a la cual se había habilitado una zona para prender unas velas llamadas «mensas». Era casi seguro que en Pelerin tuvo que haber una versión de la Stabat Mater, en cuyo caso la piedra octogonal se habría alzado justo enfrente de ella.

Mientras Holliday se encargaba de limpiar las losas del suelo, el candente sol reverberaba en las rocas que se apiñaban a su alrededor. Una bandada de gaviotas de patas amarillas daba veloces vueltas sobre su cabeza, llamándose a chillidos unas a otras mientras subían y bajaban por la montaña rusa de las corrientes de aire. A algo menos de cien metros, Holliday podía escuchar el tenue pero constante estruendo del mar al golpear contra los arrecifes, allá en el lado opuesto del promontorio.

Cuando Peggy y Wanounou regresaron, Holliday había limpiado aproximadamente un área de doce por doce metros, revelando un intrincado patrón de cuadrados entrelazados que se dispersaban en abanico desde el octógono central. Quien se había encargado de colocar el suelo sabía bastante de geometría.

Peggy y el profesor habían llevado algunas de las herramientas que encontraron en el compartimento posterior del Land Cruiser, entre las que se incluían un pequeño pico, un martillo de geólogo, una pala, una caja de herramientas repleta de pinceles y útiles de dentista, tres paletas y dos linternas. Además de las herramientas, habían decidido llevar también una nevera portátil con varias botellas de agua Neviot, un surtido de sándwiches y unos termos rebosantes de té helado.

—Le has estado dando bien, ¿eh? —dijo Wanounou.

—La verdad es que sí —admitió Holliday.

Wanounou le tendió a Peggy un sándwich envuelto en papel parafinado, lanzó uno a Holliday y cogió uno para él. Holliday se sentó en una de las piedras que formaban el sillar y desenvolvió el sándwich. Miró entre las dos rebanadas de pan y lanzó una carcajada.

—¿De dónde sacas un sándwich de jamón y queso en Israel?

—Tengo mis contactos. —El profesor le guiñó un ojo. Comieron aprisa, y luego Wanounou les tendió unas botellas de agua fría.

—¿Y ahora? —preguntó Peggy, tomando un trago de agua.

—Tengo una idea —dijo Holliday. Se levantó, sosteniendo su botella, y cruzó la zona recién barrida en dirección a la piedra octogonal. Tras agacharse, derramó el agua de la botella en la piedra candente, lo que hizo que se oscureciera su superficie. Wanounou se acercó y miró sobre uno de sus hombros, mientras Peggy asomaba sobre el otro.

—Que me zurzan —murmuró el arqueólogo israelí.

Sobre la piedra mojada había aparecido lo que semejaba un dibujo: grabados en la piedra octogonal se advertían dos cuadrados superpuestos, girados sobre cada uno de sus correspondientes ángulos para formar una estrella de ocho puntas. En el centro de la estrella, claramente discernibles, había dos letras: PG.

—¿Qué es?

—Una estrella de Lakshmi —explicó Holliday—. Se dice que representa los ocho tipos de riqueza hindú. Alejandro Magno importó el símbolo de la India, y posteriormente los francmasones lo adoptaron como seña de identidad.

—También es un símbolo árabe —añadió Wanounou—. El signo que utilizan al final de cada sura, o verso, del Corán. Hubo una enorme controversia hace años porque el asterisco de la mayoría de las máquinas de escribir occidentales es una estrella de seis puntas, que los musulmanes identifican con la Estrella de David, de modo que resolvieron modificar sus teclados para que el asterisco conformase una estrella de ocho puntas.

—Qué estupidez —bufó Peggy.

Wanounou se encogió de hombros:

—¿Sí? Pues aquí somos igual de estúpidos: los libros de texto de matemáticas israelíes no usan el signo de adición porque es un símbolo cristiano, de modo que le cortan la barra inferior, y vosotros, por vuestra parte, no ponéis la Estrella de David sobre el árbol de Navidad aun cuando Cristo naciera como judío.

—El mundo es estúpido —suspiró Holliday—. Por eso hay guerras.

—¿Qué significa PG? —preguntó Peggy.

—No tengo ni idea. —Wanounou se encogió de hombros.

—Yo lo sé —dijo Holliday. El agua se evaporaba bajo el ardiente sol, y el dibujo empezó a desaparecer. Vertió más agua, y este reapareció.

—Pues dilo entonces —rogó Peggy.

—*Pertransivit gladius* —respondió Holliday—. «Atravesó la espada».

Wanounou se agachó junto a la piedra con un pincel de cinco centímetros y una paleta. Despejó cuidadosamente los bordes de los ocho lados de la piedra central, primero raspando y luego barriendo la acumulación de barro. Ya fuera por accidente, porque el dibujo era así o porque el paso de casi mil años, simplemente, había ocasionado aquello, lo cierto es que las señales del cemento o de la argamasa empleados para unir la piedra central a las colindantes no aparecía por ningún lado. Holliday vertió agua por las juntas, ya aclaradas, que había entre las piedras. El agua se secó enseguida.

—Qué interesante —dijo en voz baja.

—Pásame la palanca —pidió Wanounou.

Peggy se la puso en las manos. El arqueólogo colocó el formón de la barra de acero templado en la estrecha grieta que despuntaba entre las piedras y dio un fuerte empujón. La piedra se levantó unos centímetros. Wanounou ensartó la palanca un poco más y volvió a empujar. La piedra afloró unos centímetros, y Holliday metió un viejo trozo del sillar en el hueco que había producido, dejándolo abierto.

—El Ritual de los Musgrave —murmuró Peggy, mientras observaba la labor de los dos hombres.

—¿Perdón? —dijo Wanounou.

—Es uno de los relatos de Sherlock Holmes —explicó Holliday—. Un hombre descifra el código de una antigua familia, y él y su novia encuentran una piedra como esta y la levantan a palanca. La novia adivina que el hombre va a engañarla y lo deja atrapado bajo la piedra.

—Nunca confíes en un inglés —dijo el arqueólogo. Miró a Peggy—. Eso no me lo harías a mí, ¿verdad?

Peggy sonrió:

—No, siempre que no trates de engañarme.

—Sigamos con esto —dijo Holliday, molesto. Él y Wanounou se dirigieron al otro lado de la piedra—. A la de tres —avisó Holliday, y procedió a contar. Levantaron la piedra a pulso y la desplazaron a un lado, luego la soltaron cuidadosamente, y solo la dejaron caer cuando se encontraba a escasos centímetros del suelo. Se retiraron unos pasos, con las manos en las rodillas, jadeando por el esfuerzo. Peggy asomó al hueco que la piedra octogonal había estado tapando:

—¿Qué ves? —preguntó Holliday.

—Unas escaleras —dijo Peggy—. Una escalera de caracol hecha en piedra.

—**L**O odio, lo odio, lo odio —murmuró Peggy, mientras los tres bajaban cautelosamente los peldaños uno por uno. La escalera era estrecha hasta límites imposibles, y los peldaños de piedra peligrosamente lisos. La única luz era la que procedía del angosto charco que irradiaba de la linterna de Wanounou. El aire estaba muy denso, como si el penetrante olor de la humedad, el moho y la caliza disuelta lo volvieran aún más pesado. Al bajar, los hombros de todos ellos rozaban en las lisas paredes de roca.

Cuanto más bajaban, más estrecha parecía volverse la escalera; Peggy casi podía sentir la presión de la piedra envolviendo su cuerpo. Respiraba deprisa, intentando llenar sus pulmones, pero le resultaba imposible hacerlo. Empezaba a tener la impresión de estar ahogándose.

—Esto ha sido una muy, muy mala idea —dijo.

—Siempre puedes volverte atrás —respondió Holliday a su espalda, ensanchando una sonrisa en aquella oscuridad casi total. Wanounou bajaba en primer lugar, armado con la linterna, mientras que en la otra mano llevaba la palanca; Holliday iba detrás, cargado con el martillo de geólogo y la segunda linterna. Peggy marchaba embutida entre ambos, lo cual hacía la situación mucho más claustrofóbica.

—¿Volver atrás? ¿Y cómo quieres que lo haga? Aquí no hay manera de darse la vuelta, y aunque así fuera me bloqueas el camino. Además, si me quedara arriba no dejaría de preocuparme por vosotros.

—Es bonito que te quieran —rio Wanounou.

—¿Cuánto hemos bajado? —preguntó Peggy, con un temblor de impaciencia en la voz.

—Ciento cincuenta y un escalones —replicó Holliday—. Los he ido contando. —Hizo un rápido cálculo—. Unos veinticinco centímetros por peldaño diría que hacen... unos cuarenta metros.

—Treinta y ocho, si eso te hace sentir mejor —le corrigió Wanounou, mirando sobre su hombro y sonriendo.

—Callaos, anda. —Gruñó Peggy en la oscuridad—. O gritaré, os juro que lo haré.

—Se pone agresiva cuando está asustada —le comentó Holliday a Wanounou.

—Tomo nota —respondió el profesor.

—¡Callaos ya! —Ladró Peggy.

—Relájate —la tranquilizó Holliday—. Ya no queda mucho.

—¿Y cómo lo sabes? —repuso Peggy—. Esta escalera bien podría conducir al Infierno. Podríamos seguir bajando así por siempre. —Su voz ya era prácticamente un jadeo; sentía un terrible ahogo en la garganta, y la presión de los fríos y húmedos

muros de adoquines cada vez más férrea, encerrándola como una tumba. Un segundo más y no dudaría en ponerse a gritar.

—Me parece que ya veo el final —exclamó Wanounou. De pronto desapareció, y Peggy escuchó el húmedo crujido de la grava bajo sus suelas. Unos segundos más tarde fue la propia Peggy quien alcanzó el final de las escaleras y puso un pie en lo que sin duda era un angosto túnel abovedado. Apenas era más ancho que las escaleras. El suelo estaba cubierto de una espesa capa de caliza rota y podrida, cuyos fragmentos semejaban pequeños y húmedos huesos bajo sus pies. Sintió un escalofrío. En cierto modo, aquello era peor que la escalera.

Holliday llegó justo después de ella. Wanounou barrió el pasillo con su linterna, iluminando el camino. En silencio, se abrieron paso por el túnel. El suelo se inclinaba suavemente pasillo abajo.

—Seguimos bajando —comentó Holliday.

—Gracias por mencionarlo —replicó Peggy, sarcástica.

—Me pregunto qué uso tendría este lugar. ¿Será la versión medieval de las madrigueras de Cristo? —se dijo Holliday.

—¿Alguien va a decirme qué es una madriguera de Cristo o tengo que preguntarlo? —quiso saber Peggy.

—Durante la época isabelina, las familias católicas y las iglesias tenían en sus casas lo que se llamaban madrigueras de Cristo, escondrijos y túneles ideados para escapar de sus perseguidores: cazadores de sacerdotes —explicó Wanounou—. Un poco como los nazis con los judíos.

—Los historiadores tenéis demasiada información metida en la cabeza —dijo Peggy—. A veces dais miedo.

La luz de la linterna se ensanchó repentinamente cuando llegaron a una enorme cámara tallada en la roca. El techo se alzaba unos cuatro metros sobre sus cabezas, y goteaba briznas de caliza helada, semejantes a delicados carámbanos. Las rocas que conformaban las paredes habían adquirido una mayor rugosidad. Al contrario de lo que sucedía en el túnel, el suelo lo conformaban enormes losas de cantera. Había un rebujo de lo que parecían piezas rotas de viejas macetas que habían sido barridas contra las paredes. En el extremo opuesto de la cámara se abría una enorme puerta, construida en hierro y tachonada de sólidos roblones, profusamente encostrada de óxido y gotas de cal. Una barra de hierro se encajaba a su través, embrazada por soportes metálicos. Wanounou se agachó y recogió del suelo uno de los trozos de barro, examinándolo bajo el haz de su linterna.

—Terracota —dijo—. Por la curva diría que se trata de un recipiente de cinco litros. Su contenido sería vino o aceite de oliva. Quizá incluso agua, aunque cinco litros es una cantidad un tanto escasa; la terracota permitía mantener el frío. —Recorrió con la linterna la habitación—. Aquí no parece haber nada más.

—Ya hace suficiente frío —dijo Peggy, recorriendo con una mirada inquieta la cavernosa sala. Era cierto; hacía frío, cinco o seis grados menos de los que había en la

superficie.

—Esto no tiene sentido —murmuró Holliday.

—¿El qué? —preguntó Wanounou, recogiendo otro trozo de cerámica.

—La escalera por la que hemos bajado no pudo haber sido utilizada para transportar vino, aceite ni nada que se le parezca; los peldaños son demasiado estrechos.

—¿Y? —dijo Peggy.

—Pues que lo que se almacenó aquí no subió a la capilla por las escaleras —replicó Wanounou, aquiescente—. Lo que significa que debían haberlo traído desde otro sitio.

—Lo cual a su vez significa que tiene que haber otra entrada. —Remató Holliday.

—¿Quiere eso decir que debemos pasar por esa enorme puerta de ahí? —preguntó Peggy.

—Me temo que sí —dijo Holliday.

—Sabía que dirías eso —suspiró la joven.

Se acercaron a la puerta. Era enorme, al menos de un metro de ancho y cerca de tres de alto. A simple vista, no se apreciaba que tuviera bisagras.

—Hay pernos en la parte inferior y superior —observó Holliday—. Es una puerta giratoria.

—Quitémosle el pasador —dijo Wanounou.

Golpeó los soportes con el extremo curvo de la palanca, haciendo saltar la mayor parte del óxido que soldaba la barra de hierro a las anillas. El resto lo retiró con el formón. Cuando hubo acabado, entre los tres levantaron la barra y la apartaron de la puerta, antes de depositarla en las losas del suelo. Sus manos y ropas estaban manchadas con vetas de óxido.

Wanounou tiró del enorme pestillo, pero la puerta no cedió. Encajó entonces el formón de la palanca en la estrecha hendidura que se abría entre la pared y la puerta, y luego entre él y Holliday empujaron con fuerza. Por un momento no ocurrió nada, pero de pronto sonó un chirrido y la puerta se desplazó unos centímetros hacia ellos, rechinando sobre el suelo de piedra.

—¿Alguien tiene 3 en 1? —bromeó Peggy.

Holliday y el profesor se tomaron unos minutos de descanso, pero enseguida repitieron el proceso. A la tercera consiguieron abrir la puerta unos cuarenta centímetros, suficiente para pasar por el hueco.

—Nadie ha cruzado esta puerta en casi mil años —dijo Holliday—. ¿Quién va primero?

—Tú —dijo Wanounou, haciendo con el brazo un melodramático gesto—. Después de todo, esto ha sido idea tuya.

—Mientras no haya serpientes... —repuso Peggy—. ¿Hay serpientes en Israel?

—Por supuesto —dijo Wanounou—. Recuerda a Cleopatra y el áspid...

—¿Alguna vive bajo tierra?



—Solo el luci3n ciego.

—¿Y c3mo es?

—Es como una serpiente ciega que se parece a un luci3n.

—Qu3 gracioso.

—Tiene unos veinticinco cent3metros de largo, es de color negro y destaca por su lustrosa piel. Y no es venenosa.

—¿Algo m3s?

—Ah, s3... Tambi3n hay una especie de escorpi3n albino.

—Serpientes ciegas y escorpiones albinos... Genial.

—Voy a entrar —dijo Holliday—. ¿Alguien me acompa3a?

Encendi3 la otra linterna y pas3 de lado por la abertura, desapareciendo en la oscuridad que hab3a m3s all3 de la puerta. Peggy pas3 despu3s, y Wanounou la sigui3.

El pasadizo que se extend3a tras la puerta era completamente distinto al que un3a la escalera con la c3mara de almacenaje. All3, las paredes eran de roca pura, muy diferente de la labrada piedra de cantera. El suelo era desigual, hecho de simple caliza, y el techo, en vez de ser liso y abovedado, era una grieta alta, cuya cima se extraviaba en alg3n lugar de las tinieblas. De hecho, el grupo avanzaba ahora por una profunda hendidura horadada en la tierra por alg3n apocal3ptico terremoto milenios atr3s. Al hablar, sus voces retumbaban en las rugosidades de la piedra.

—*La voz una vez m3s retumba en nuestro o3do, llam3ndonos letal al combate Saladino* —dijo Holliday, citando el mensaje de la espada mientras barr3a el pasadizo con el haz de su linterna. Las sombras saltaban y se ensanchaban con los cambios de luz, seme3jantes al revoloteo de los murci3lagos.

—Doc, vuelves a darme miedo —le avis3 Peggy.

—Perd3n.

—El pasadizo se bifurca aqu3 —avis3 Wanounou desde el frente.

Ante ellos, el pasadizo se divid3a en dos. El desv3o de la izquierda era el m3s estrecho; el techo, por su parte, era una losa bastante baja, a la altura del que tendr3a una habitaci3n cualquiera. El desv3o a la derecha era m3s ancho que aquel en el que se hallaban, una estribaci3n de la misma grieta por la que hab3an avanzado, y con la misma altura vertiginosa. Holliday y Peggy se unieron al profesor.

—¿Por d3nde vamos? —pregunt3 Holliday.

—A saber —replic3 Wanounou—. Tampoco pod3amos esperar que hubieran colocado se3ales indicadoras.

—Mira, como en las autopistas —r3o Holliday.

—Deber3amos ir a la derecha —dijo Peggy con firmeza—. La verdad es que me gustar3a salir echando leches de aqu3, pero eso significar3a subir otra vez por esa est3pida escalera y no creo que ahora mismo pueda hacerlo, as3 que yo digo que tomemos el camino de la derecha. Tal vez haya un Starbucks al otro lado.

Wanounou mir3 a Holliday:

—¿Y bien?

Holliday se encogió de hombros:

—Por mí vale.

Fueron por la derecha, donde el pasadizo era lo bastante ancho como para que los tres avanzasen hombro con hombro. Se adentraron por él durante casi cien metros, y luego, de repente, el pasillo se abría de nuevo a un amplio repecho, donde el techo se elevaba formidablemente sobre sus cabezas. Un rumor de agua precipitándose desde una altura imposible atronaba por todas partes.

—Increíble —musitó Peggy cuando la luz de las dos linternas alumbró el camino que se elevaba ante ellos—. Jamás en mi vida había visto algo como *esto*.

ANTE ellos se extendía un inmenso lago subterráneo. En el otro lado, una catarata brotaba desde una altura de unos cien metros para estallar en el estanque principal. Salvo allí donde la catarata se convertía en espuma, el agua era tan negra como la noche.

Esta vez fue el arqueólogo israelí quien pronunció las palabras:

—«En las negras aguas del Fuerte Peregrino de plata está arrumbado oculto pergamino» —susurró—. Este *debe ser* el lugar.

—¿Pero dónde? —dijo Peggy—. Lo único que veo es una enorme reserva de agua. ¿Crees que va a salir un brazo de su superficie como el de la Dama del Lago o qué?

—Quizá —murmuró Holliday, con un prurito de emoción en la voz. Apuntó con el haz de la linterna en el centro del estanque. Durante millones de años, una solución de piedra caliza había goteado desde el techo de la caverna hasta levantar y conformar, gota a gota, siglo a siglo, un pequeño pero sólido altozano en la superficie.

El islote y el ceroso goteo que caía del techo parecían estar tocándose el uno al otro. En cien años más quizá incluso se unieran para conformar una robusta columna de piedra.

—¿Qué? —dijo Peggy—. Lo único que veo son los estalac-chismes esos. ¿Qué tienen de especial?

—*Estalag*-chismes —le corrigió Wanounou—. Las *estalactitas* afloran del techo, las *estalagmitas* lo hacen desde el suelo.

—Lo que sea —dijo Peggy, exasperada—. Hace frío, esto da miedo y no hay ningún pergamino, ni de plata ni de nada. ¿Podemos volver ya?

—Mirad la base de la estalagmita —les indicó Holliday, manteniendo inmóvil el rayo de la linterna.

—No es una formación natural —dijo Wanounou. Uno de los ángulos de la piedra parecía asomar del lodo helado de la roca que el goteo había ido produciendo, rodeándola como el vértice de un cubo.

—¿Será la base de una columna?

—¿Un altar?

—Quizá.

—¿Pensáis que podría haber algo debajo? —preguntó Peggy, repentinamente interesada.

—Puede ser —dijo Wanounou, mirando al otro lado del agua.

—Bien, pues vayamos a averiguarlo —les urgió Peggy.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —preguntó el profesor.

Peggy se encogió de hombros.

—Habría que nadar hasta allí con el martillo de Doc y luego golpear esa cosa hasta que se rompa. Sería como abrir una piñata.

—Creo que nadie iba a considerar eso una buena técnica arqueológica de trabajo sobre el terreno —respondió Wanounou, sarcástico.

—Al infierno con eso —repuso Peggy—. Hagámoslo.

—Os dije que yo no sé nadar —les recordó el profesor.

—Pero si no son más de cuatro metros —se burló Peggy—. Hasta un hámster podría cruzarlos.

—Vamos a ver, es que no puedo nadar ni eso —reconoció Wanounou—. Jamás aprendí a dar una sola brazada.

—¿Doc?

—Ha sido idea tuya —dijo Holliday—. Yo preferiría regresar más tarde con una balsa hinchable y las herramientas necesarias para hacer el trabajo con propiedad.

—¿Y volver a bajar por esa escalera? —exclamó Peggy—. Ni loca —dijo. Se desabrochó las zapatillas y los vaqueros.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Wanounou, desconcertado.

—Voy a nadar —dijo, sentándose tranquilamente al borde del estanque. Se quitó los pantalones, se sacó la camiseta por la cabeza y alargó la mano—. El martillo —le ordenó a Holliday. Este se lo dio, sonriendo de oreja a oreja, y Peggy lo calzó en el elástico de sus diminutas braguitas. Wanounou la miraba como si hubiera perdido la razón.

—¿Qué pasa? —espetó Peggy con el ceño fruncido—. ¿Necesito depilarme las ingles o qué?

El profesor se sonrojó hasta las cejas.

Peggy se dio la vuelta y mojó los dedos de los pies en el agua. Puso un gesto de dolor.

—Está fría. —Tembló.

—Vamos, nena, si podías nadar en el arroyo que rodeaba la casa del tío Henry en pleno mes de mayo, también puedes hacerlo en una cueva de Israel en agosto.

Peggy le dedicó una mirada burlona, se encogió con los brazos cruzados para protegerse del frío y dio un paso tímido en el estanque.

—No va a haber nada chungo aquí dentro, ¿verdad? —exclamó Peggy, volviendo la mirada hacia Wanounou y Holliday. Su voz retumbaba en aquella caverna con dimensiones de catedral—. El suelo resbala un montón.

—Es un lecho microbial —dijo Wanounou—. No es más que un poco de lodo. Tranquila, que tampoco te va a morder.

—¿Ninguna serpiente ciega de esas?

—Ninguna serpiente ciega de esas.

El agua le llegaba ya a la cintura. Tomó aire, lo retuvo y se sumergió

completamente bajo la superficie. Emergió otra vez, escupiendo agua.

—¡Está helada! —aulló—. Y salada.

Se arqueó elegantemente hacia delante, deslizándose el cuerpo por completo sobre el agua, y luego se desplazó por la superficie sin apenas levantar ondas, en una perfecta y poderosa brazada.

—Asombroso —musitó Wanounou, en un reverencioso respeto—. Bellísimo.

—Peggy siempre ha sido el delfín de la familia —dijo Holliday con orgullo, conmovido por el aprecio que mostraba el israelí—. Por lo que sé, es lo que mejor sabe hacer.

Le llevó a Peggy menos de un minuto llegar a nado hasta el pequeño islote de piedra. Al tocar tierra, salió a pulso del agua, se apartó el agua de la cara en un rápido gesto y se sacó el martillo de geólogo del elástico de sus braguitas. Se volvió hacia los dos hombres que aguardaban en la otra orilla.

—¿Algún sitio en especial? —gritó, levantando la voz por encima del estrépito constante de la catarata.

—Son más frágiles de lo que parecen —exclamó Wanounou—. Cualquiera debería valer.

Peggy se volvió hacia la piedra y levantó el martillo.

—Mil años de trabajo de la Madre Naturaleza se van al carajo —murmuró el profesor con un hilo de voz.

Peggy golpeó con todas sus fuerzas, y el ruido del martillazo vibró como la campana de una iglesia. A primera vista, no ocurrió nada. Alzó el martillo y lo volvió a bajar por segunda vez.

—¡Se está agrietando! —exclamó emocionada. Siguió golpeando contra la extrusión rocosa, hasta que por fin la redujo a escombros—. ¡Creo que es una especie de estatua! —Golpeó con más fuerza. En la orilla, Wanounou ponía un gesto de dolor a cada nuevo martillazo.

—Una estatua —susurró—. Y la está destruyendo.

Peggy siguió martilleando. De pronto se detuvo.

—¿Qué pasa? —exclamó Holliday.

Peggy comenzó a martillar de nuevo, con mayor cuidado y menos fuerza esta vez.

—¡Hay algo dentro! —bramó Peggy.

—¿Y qué es? —volvió a gritar Holliday. Peggy se dio media vuelta, y volvió a colocarse el martillo en el elástico. Tenía algo sujeto bajo el brazo.

—¿De qué se trata? —le preguntó Wanounou a Holliday.

—No puedo verlo. Es una especie de jarrón, creo.

Peggy se introdujo de nuevo en el agua y comenzó a nadar hacia la orilla, esta vez de lado. En un minuto ya había regresado y abandonado el estanque. Envuelta en temblores y con la piel de gallina, tendió a Holliday el objeto que llevaba en la mano. Parecía ser un jarrón de alabastro, carente de adornos, de unos veinticinco

centímetros de alto y tres de diámetro, y sellado en la parte superior mediante una sustancia negra y alquitranada.

—Me parece que era una estatua de la Virgen María —dijo Peggy, temblando incontrolablemente y con un terrible castañeteo de dientes, mientras metía la cabeza por el cuello de la camiseta—. Estaba hecha de barro. Pondría la mano en el fuego a que tenía las manos unidas, como en señal de rezo. —Se sentó en la piedra y se puso nuevamente los pantalones—. Esto era lo que estaba dentro. ¿Creéis que se trata del pergamino?

—Lo que está claro es que alguien se tomó muchas molestias en mantenerlo oculto —observó Holliday.

—Pues entonces abrámoslo —dijo Peggy.

—Aquí no —repuso Wanounou con firmeza—. No tenemos las herramientas apropiadas.

—¿Herramientas? —dijo Peggy—. ¿Quién necesita herramientas? Tenemos un martillo.

—Perdona, Peg, pero Raffi tiene razón —intervino Holliday—. No tenemos idea de lo que hay en el jarrón ni en qué condiciones está. Tendremos que abrirlo en un entorno controlado.

—En concreto, el laboratorio de que dispongo en la universidad —dijo Wanounou.

—Si vosotros lo decís... —Peggy se encogió de hombros—. ¿Entonces podemos salir ya de aquí?

En la distancia, sordo pero perfectamente discernible, oyeron el inconfundible ruido de un estornudo humano.

Los tres se quedaron petrificados.

—Oh, mierda —susurró Peggy.

—Alguien ha debido bajar detrás de nosotros —dijo Holliday.

—¿Quién? —preguntó Wanounou, sin poder ocultar su nerviosismo.

—Nadie sabe que estamos aquí —dijo Peggy.

—La gente de Kellerman; han debido seguirnos. —Gruñó Holliday.

Se oyó el ruido de un segundo estornudo. Esta vez había sonado más cerca. Después se escuchó un sonido chirriante, oxidado. Alguien empujaba la enorme puerta de hierro para pasar por ella.

—*Benzona* —musitó Wanounou en hebreo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Peggy.

—Largarnos —respondió Holliday.

—¿Por dónde? —quiso saber Wanounou—. No vamos a volver por donde hemos venido. Nos toparíamos con ellos.

—¿Qué hay del otro túnel? —propuso Peggy.

—¿Y si no tiene salida? —dijo Holliday—. Nos veríamos atrapados entre la espada y una pared de piedra.

—Pero ya estamos atrapados —protestó Peggy. Levantó el martillo—. Quizá debamos quedarnos y pelear.

—¿Con un martillo? —se burló Holliday—. La última vez que nos vimos las caras con esta gente llevaban metralletas. —Sacudió la cabeza—. Vence el que sabe cuándo debe luchar y cuándo no luchar.

—¿Sun Tzu? —preguntó Wanounou.

Holliday asintió.

—Bonita filosofía, chicos, ¿pero qué se supone que vamos a *hacer*?

Wanounou miró alrededor, y luego se volvió hacia Peggy.

—¿Dijiste antes que el agua estaba salada?

—Sí.

—Mirad el borde del estanque, las manchas oscuras que hay en los muros de caliza.

—O sea que aquí hay marea alta —dijo Holliday, sonriendo repentinamente—. Y, por tanto, que este estanque lo ha producido el cambio de mareas.

—Lo cual significa que debe de haber un desagüe en alguna parte; el residuo líquido de la catarata debe vaciarse de una forma u otra —asintió Wanounou.

—Mirad —dijo Peggy, señalando a lo lejos con el brazo.

Los dos hombres se volvieron. Tras ellos, en la boca del pasadizo que llevaba al estanque, podían ver el haz todavía débil de varias linternas recorriendo las paredes rocosas.

—Vamos —susurró Holliday, impaciente.

Bordearon el estrecho arrecife que se extendía entre la orilla y la pared de la caverna, tratando de dar con la salida de aguas del estanque. No habían recorrido todavía un tercio del camino cuando lo encontraron: un angosto túnel horadado en la piedra de solo unos centímetros de ancho, apenas visible por el revoltijo de sombras que producían los salientes de las rocas. La marea había bajado notablemente, y el flujo de agua parecía llegar solo hasta las rodillas, si podía tomarse como indicación la marca de aguas altas grabada en el muro de la caverna.

—¡Aprisa! —les urgió Holliday, mirando por encima del hombro. Tras ellos, los rayos de la linterna se iban tornando más y más brillantes a medida que sus perseguidores se les acercaban. Debían llegar al túnel de salida de aguas antes de que los hombres de Kellerman alcanzasen la cueva, pues, por arriesgada que fuese, era la única garantía de salvación que les quedaba.

—¿Y qué pasa si esto se vuelve más profundo? —preguntó un nervioso Wanounou—. Os dije que no sé nadar.

—Yo te protegeré. —Peggy sonrió. Puso un brazo alrededor de la cintura del profesor y ambos entraron en el agua seguidos por Holliday, que sostenía el jarrón de alabastro.

La veloz resaca los cogió a los tres por sorpresa: primero los levantó por los pies, y al instante los tumbó de espaldas, arrastrándolos por el desagüe del lago. Wanounou

gritó espantado, pero enseguida se le llenó la boca de agua helada, y el sonido se convirtió en un grotesco barboteo que culminó en una tos entrecortada, seca. Comenzó a agitar los brazos y a luchar contra el empuje del agua, pero Peggy, con el brazo doblado bajo su cuello y ayudándose del codo para levantarle la barbilla, consiguió mantenerle la cabeza sobre la superficie, mientras se deslizaban a toda velocidad por el río subterráneo.

—¡Estás bien! ¡Estás bien!

Peggy giró la cabeza, buscando a Doc en aquella oscuridad casi total, pero solo alcanzó a ver el haz de una linterna barriendo las sombras unos metros más atrás, oscilando bruscamente adelante y atrás, mientras la torrencial corriente les arrastraba hacia dentro.

De pronto, Peggy sintió que algo duro le golpeaba la espalda, y comprendió que había sido el lecho rocoso de la corriente. Se estaba haciendo menos profundo, no al contrario. Intentó gritar para avisar a Holliday, pero antes de que pudiera hablar, el mundo desapareció bajo sus pies, y tanto ella como Wanounou comenzaron a deslizarse por un largo canal abovedado; la roca estaba resbaladiza por el mismo tipo de estiércol microbiano que había sentido bajo sus pies cuando nadó a la isla en el estanque.

Peggy y Wanounou se aferraron desesperadamente el uno al otro mientras el canal se proyectaba hacia abajo, golpeándolos de lado a lado con cada giro y revuelta. El embate del agua procedente del estanque seguía el curso que había ido excavando en la roca a lo largo de un millón de años. Luego, abruptamente, recibieron de lleno la luz del sol, y con idéntica brusquedad se vieron arrojados al aire tan pronto como el canal desalojó sus aguas en otra cueva distinta, esta con una entrada abierta al mar.

Cayeron directamente al océano desde una altura de casi dos metros, y una vez más Wanounou se puso a forcejear contra el agua y a agitar brazos y piernas, lo que le produjo un nuevo acceso de arcadas. Peggy volvió a arrastrarlo por la superficie mientras ella misma trataba de orientarse en aquella extensión de agua, dirigiendo sus brazadas hacia un estrecho arrecife de playa que había a solo unos metros. Palmoteó Wanounou en el agua con ambas manos, casi al borde de la histeria, reproduciendo grotescamente el estilo natatorio canino.

Después de tres brazadas, Peggy sintió el suelo bajo sus pies. Wanounou fue el primero en alcanzar la orilla, hecho lo cual se dejó caer de bruces en la arena. Se oyó un estrépito de agua tras ellos, y Peggy se volvió, a tiempo de ver cómo Doc surgía de la bostezante salida de aguas que había en el flanco de la cueva y caía en picado al mar. Unos segundos después salió a la superficie, con el jarrón de alabastro intacto debajo del brazo. Peggy le dio la mano, y ambos avanzaron entre tambaleos hacia la orilla, dejándose caer acto seguido en la recoleta playa.

Llegó por fin el momento de orientarse.

—He perdido el martillo —dijo Peggy, quitándose el pelo de los ojos y poniéndose en pie—. ¿Dónde demonios estamos? —Junto a ella, un jadeante



Wanounou todavía expectoraba el agua que empantanaba sus pulmones.

Holliday recorrió la cámara de una mirada. Era una típica cueva marina, angosta y relativamente poco profunda, quizá de diez metros de ancho y unos dos metros de profundidad; su extremo se levantaba en una playa arenosa con algunos guijarros de caliza más oscuros esparciéndose por todas partes. Las paredes se arqueaban vertiginosamente en dirección a un techo de piedra podrida, con sal marina incrustada aquí y allá por obra de los cambios de mareas. En el lado de la cueva que daba al mar, el Mediterráneo brillaba como zafiro bajo el sol de las primeras horas de la tarde.

Por todas partes se veía el testimonio de una reciente ocupación: bidones oxidados de doscientos litros alineados en el fondo de la cueva, más allá de la línea que determinaba la marea alta, un rollo de cuerda, algunos cajones rotos, y algo que parecía una especie de herramienta portátil de compresión de aire.

Amarrado a un tosco embarcadero labrado en la propia roca había lo que semejava una lancha neumática militar de fácil manejo, pintada en tonos de verde y marrón, con el emblema de un escudo y un murciélago en la proa. Tenía nueve metros de eslora, una consola engastada en el centro y motor interior.

—¿Es con eso con lo que vamos a salir de aquí? —preguntó Peggy.

—Será si lo puedo poner en marcha —respondió Holliday. Le tendió a Peggy el envase de alabastro, luego atravesó la pequeña franja de arena y subió por el embarcadero de piedra. Lo cruzó hasta el lugar donde se hallaba amarrado el bote. Este estaba prolijamente atado a un anillo de hierro, de aspecto bastante ajado, mediante una vuelta completa y dos medias lazadas, conformando uno de esos nudos marineros que ni un huracán hubiera podido deshacer.

Holliday saltó al bote y se sentó ante la consola. Parecía bastante sencilla de manejar: cinco indicadores, todos en hebreo, una llave para el contacto, un botón de arranque, una palanca de velocidad y un volante acolchado de plástico para maniobrar.

Además, había un pequeño tablero debajo del volante. Holliday alargó el brazo, lo abrió y sacó un puñado de cables. Había uno verde, otro amarillo y otro rojo. Supuso que el rojo era el cable de ignición, y el verde el de la manivela de arranque.

Quitó el aislante en ambos y los unió entre sí. Todos los indicadores se encendieron. Dejando los dos cables conectados, pulsó el botón de arranque y el motor se encendió al instante.

—Vuestro carro espera —dijo Holliday.

Peggy desamarró el bote, y ella y Wanounou saltaron a su interior. Holliday los alejó del puerto, giró el volante e hizo virar el bote en un círculo cerrado hasta que la proa enfiló la salida de la cueva en dirección al mar abierto.

—¿Cuál de estos indicadores señala el combustible? —preguntó Holliday.

—Este —respondió Wanounou, mostrándole uno de ellos—. Según lo que pone aquí, el tanque está lleno hasta la mitad.

—¿A qué distancia se encuentra Haifa? —preguntó Holliday.

—Bat Galim está a unos once kilómetros. El puerto queda un poco más lejos, bordeando el cabo —respondió Wanounou.

—Entonces salgamos de aquí echando leches —dijo Holliday, y apretó a fondo el acelerador.

LA lancha neumática realizó el breve trayecto hasta la costa en poco menos de media hora, mientras Wanounou iba dejando un reguero pastoso a su estela. No es solo que no supiera nadar; tampoco es que tuviera alma de marino, precisamente.

Para no meterse en un enredo burocrático por intentar devolver la lancha a sus legítimos propietarios, Holliday decidió conducir hasta la playa que se extendía frente al Hotel Méridien y dejar el vehículo allí.

Regresar a Jerusalén con la vasija de alabastro resultó igual de sencillo. En el hotel negociaron con un taxista llamado Bashir para que, por doscientos shéquel, los llevara de vuelta al Land Cruiser, que encontraron exactamente donde lo habían dejado, sin daños a la vista y aparentemente intacto. No había rastro de ningún otro vehículo, aparte de las marcas recientes de unas ruedas en el barro que jalonaba la cuneta. Debía de tratarse de un camión de gran tamaño o un vehículo deportivo, a juzgar por el tamaño de las ruedas.

Holliday tenía la impresión de que nadie los había seguido en su camino a Jerusalén. Tras un viaje sin novedad por la atestada autopista, llegaron a la universidad poco después de las cinco de la tarde. Se dirigieron sin demora al laboratorio de Wanounou en el sótano del edificio de Arqueología.

El laboratorio era una sala larga, estrecha y sin ventanas, de aproximadamente cuatro metros de ancho y la longitud de una piscina olímpica. A lo largo de uno de los muros había una serie de estanterías metálicas que abarcaban desde el suelo hasta el techo, mientras que en la pared de enfrente había una hilera de repisas, diversas terminales de ordenador y artilugios varios que iban desde el espectroscopio y microscopios de comparación hasta sierras láser, máquinas portátiles de rayos X y tanques de limpieza megasónica.

El centro de la sala, desde un extremo al otro, estaba tomado por una larga fila de soportes autoluminosos para clasificar, examinar y realizar la selección previa de objetos. Sobre dichos soportes se repartían algunas bandejas con herramientas, disolventes, ácidos y adhesivos para ayudar en la conservación, mantenimiento y reconstrucción de hallazgos aislados.

Ya era mediados de verano, y en el laboratorio no había nadie a excepción de Peggy, Holliday y el profesor; el resto de la facultad y la mayoría de los estudiantes se encontrarían en aquel momento haciendo estudios de campo o disfrutando de sus vacaciones.

Wanounou trasladó la vasija a una de las mesas autoluminosas, que acto seguido procedió a encender. La mesa emitió una brillante luz blanca. Se sentó en un taburete, y Peggy y Holliday hicieron lo propio a cada lado. Cogió un par de guantes

desechables de una caja expendedora automática y luego seleccionó un cuchillo de artesano de hoja larga de una de las bandejas. Pesó la vasija en una báscula digital y anotó el resultado en un cuaderno que había sacado de un cajón de la mesa. Hecho lo cual, le aplicó un amplificador de imagen fluorescente y examinó la vasija más atentamente:

—Está sellada con una especie de masilla —explicó Wanounou.

—¿Masilla? —preguntó Peggy.

—Goma resinosa. La empleaban con fines médicos en la Edad Media, pero dadas sus propiedades también era utilizada para sellar recipientes, como un barniz gomoso. Cuando se seca, deja ese color amarillento tan evidente y se vuelve muy quebradiza.

—¿No hay algún disolvente? —preguntó Holliday, con la mirada puesta en el cuchillo de artesano.

—Claro, incluso los hay bastante suaves, pero es más seguro retirarla trozo a trozo; así es menos probable que dañemos lo que contiene.

Usando el cuchillo, dotado de una hoja de escarpelo, Wanounou hizo unos cortes en la superficie del sellador que cubría el tapón de cerámica del jarrón, ahondando poco a poco en el boquete hasta que, tras diez minutos de paciente trabajo, el cuchillo se deslizó en la grieta que se abrió entre el tapón y la vasija.

Mientras Peggy y Holliday observaban los procedimientos, Wanounou dejó el cuchillo, escogió un par de fórceps alargados de cierre y, con sumo cuidado, levantó la tapa de la vasija. Dejó a un lado la tapa y volcó la vasija para que la luz de la lámpara amplificadora se recogiese en su interior.

—¿Hay algo dentro? —preguntó Peggy.

—Algo.

—¿El qué?

—Paciencia.

El profesor cogió otra vez los fórceps y los hizo descender por el gollete del jarrón. Concentrándose, maniobró con el utensilio durante un rato, y luego se deshizo de él.

—No es la herramienta adecuada —dijo. Rebuscó en la bandeja hasta que dio con lo que estaba buscando. Lo levantó.

—Me recuerda a algo que vi en la consulta de mi ginecólogo —dijo Peggy, incómoda. Por su aspecto, parecía la versión quirúrgica de unas pinzas de cocina, aderezadas de unas cuchillas que se cerraban como alicates.

—Casi —respondió Wanounou. Introdujo el objeto en la vasija—. Son fórceps obstétricos para el parto. —Empleó la mano que tenía libre para cerrar las hojas de acero de los fórceps y luego hizo un ademán hacia Holliday—. Agarra bien la vasija.

Holliday obedeció; se inclinó hacia delante y aferró la vasija con ambas manos. Con un cuidado lento, agónico, Wanounou fue sacando los fórceps de la vasija, con la presa capturada en sus fauces.

—Es niño —dijo Peggy, observando fijamente—. O eso, o una pieza del

silenciador de mi viejo Ford Escort.

—Es un pergamino —explicó Wanounou, con voz excitada.

—No quiero decir lo que parece —comentó Holliday.

—Lo que intenta decir —sugirió Peggy con sequedad— es que parece una enorme cagarruta.

Era cierto. El objeto atrapado en las cuchillas redondeadas de los fórceps tenía unos veinticinco centímetros de largo, era irregularmente circular, grumoso, de color oscuro y con una superficie costrosa.

—Es producto de la corrosión —explicó Wanounou—. El lustre de la plata llevado a su lógica conclusión.

—¿Cómo vas a quitarle todo eso? —preguntó Peggy.

—Con mucho cuidado —replicó el profesor—. Primero le daré un baño de electrólitos, luego le suministraré algo de corriente eléctrica, y tras eso le aplicaré varios minutos de limpieza megasónica para retirarle lo que quede.

—¿Y después? —preguntó Peggy—. ¿Podrás desenrollarlo?

—Lo dudo —dijo Wanounou—. Probablemente se haría migas. —Sacudió la cabeza—. Una vez esté limpio, colocaré el pergamino en la sierra láser y lo cortaré en trozos. Si hay alguna corrosión dentro del pergamino tendré que poner nuevamente cada trozo aislado en el baño electrolítico. Luego pasaré los trozos por los rayos X, los fotografiaré y los pondré entre láminas de plástico inerte; con suerte, quizá entonces podamos leer lo que hay escrito en él... si lo hay.

—¿Y una vez hecho eso, cuál será el siguiente paso? —quiso saber Holliday.

—Volved a vuestro hotel. Yo os recomendaría que cenaseis en el casco antiguo de la ciudad, en particular en un lugar llamado Amigo Emil. Es un recoleto cuchitril situado en el bazar de la calle El Khanka. Decidle a Emil que vais de mi parte, y ya por la mañana me dais un toque. Para entonces quizá tenga algo que pueda enseñaros. Probablemente me pase toda la noche con esto.

—Podemos pasarnos luego por aquí —sugirió Peggy.

—No, no podemos —se negó Holliday con firmeza—. Dejemos que el profesor haga su trabajo en paz.

—¿Seguro que no quieres que nos quedemos? —preguntó Peggy.

—Venga, dejadme con mi trabajo —dijo Wanounou—. Os habréis aburrido de la muerte en media hora si os quedáis aquí. —Sonrió—. Cuando salgáis, comprad un libro sobre el Pergamino de Cobre en la librería de la universidad. Hay muchos. Así os instruís.

—De acuerdo —respondió Peggy.

—Vamos —dijo Holliday, dirigiéndose hacia la puerta. Peggy le siguió, pero no sin antes inclinarse sobre el profesor y dejarle un beso furtivo en la mejilla que le hizo respingar en la silla.

La Antigua Ciudad de Jerusalén es un viejo distrito amurallado que ocupa un área ligeramente inferior a medio kilómetro cuadrado en la esquina suroeste de la parte moderna de la ciudad. Desde mediados del siglo XIX está dividida en cuatro zonas diferentes: el barrio cristiano en el noroeste, el barrio musulmán en el noreste y el barrio judío en el sureste, mientras que el barrio armenio, la más pequeña de las cuatro zonas, ocupa una esquirla de los territorios de la esquina suroeste.

Durante el protectorado británico de 1920, un hombre con la previsión de Walt Disney llamado *sir* Ronald Storrs, el recién instaurado gobernador de la ciudad, decretó que toda construcción en el interior de la ciudad, ya fuera en la parte nueva o la vieja, utilizaría la *mezzah* local, o piedra de Jerusalén. Aquello no solo proporcionó un trabajo necesario a una ciudad prácticamente en bancarota, sino que también dio al lugar un aspecto uniforme y evitó que la parte más antigua de la ciudad se viese radicalmente alterada con el paso de los años. Los conservadores, los planificadores de la ciudad y los guías turísticos aún alaban su nombre.

La zona amurallada de la Vieja Ciudad parece una compleja red de calles serpenteantes que hubiera sido atenazada y reducida a dimensiones liliputienses por un par de manos gigantescas. Hay solo un puñado de calles lo bastante amplias para permitir el tráfico, pues muchos de los callejones de la Vieja Ciudad no son más anchos que una persona de tamaño normal con los brazos abiertos.

El local Amigo Emil era tal y como Wanounou lo había descrito: un cuchitril situado en una angosta calle dentro de la Puerta de Damasco, en el barrio cristiano. El restaurante estaba indicado únicamente por un rudimentario cartel oval colgado sobre la puerta, en el cual había pintados una copa, un cuchillo y un tenedor, y algo que semejaba un humeante cuenco de sopa.

El salón del interior parecía haber sido labrado en la piedra original. Las mesas eran de una madera de color claro, en la cual se engastaban azulejos de cerámica con patrones violáceos, los asientos eran sillas de madera de respaldo rígido y cómodos cojines, y la comida, en una palabra, maravillosa. En cierta ocasión, Peggy había tenido que realizar durante un mes un reportaje fotográfico en el Beirut devastado por la guerra, de modo que fue ella quien se encargó del menú. Pidió, pues, un surtido de platos árabes en cuencos cuadrados de cerámica blanca, y una pila de *pita* recién hecha.

Comieron con buen apetito un surtido de tapas: porciones de *hummus*; *baba ghanoush*; *kibbeh* picante, un plato de carne; *carabage halab*, un pastel árabe; *tahini*; y *muhammara*, un plato de salsa también picante. Todo regado con botellas bien frías de cerveza macabea.

Una vez terminada la cena, Emil, el propietario, condujo a la pareja a una sala trasera del reducido establecimiento, donde descansaron sobre unos enormes almohadones y tomaron café y algunas rodajas de *baklava* dulce que les dejaron los

dientes insensibles.

—Atrapados en un castillo del tiempo de los cruzados antes, desafiando la higiene dental después —comentó Peggy alegremente, lamiendo el sirope de miel que se le había quedado en los dedos—. Esta es la clase de vida que me gusta.

—No olvidemos que por ahora el saldo de cadáveres asciende a cinco —repuso Holliday. Dio un sorbo a su café—. No estamos jugando a «En qué parte del mundo está Carmen Electra», o como se llame.

—Sandiego —replicó Peggy—. Baja esos humos, Doc. Solo estaba tratando de poner un poco de humor en todo esto.

—Perdona —respondió Holliday—. Pero he pasado la cena dándole muchas vueltas a la cabeza y las cosas no encajan.

—¿Como cuáles?

—Muchas. Sabemos, por ejemplo, que eso de que el padre del abogado Broadbent encontró la espada con el tío Henry es mentira. Carr-Harris nunca mencionó su nombre, así pues, ¿cómo es posible que Broadbent junior supiese siquiera de la existencia de la espada?

—¿Y qué más?

—¿Cómo sabían los hombres de Kellerman que nos dirigíamos a Inglaterra? Sabían que nos encontrábamos en Friedrichshafen desde el instante en que pusimos un pie fuera del *ferry*. Ese monje...

—¿El hermano Timothy? —preguntó Peggy.

—Sí. ¿Cómo sabía el hermano Timothy que llegaríamos a la Villa Montesano justo en el momento en que lo hicimos? Era casi como si nos esperase. —Hizo una pausa—. Y eso sin olvidar al bueno del profesor —sentenció lentamente.

—¿Raffi? —Peggy frunció el ceño—. ¿Qué pasa con él?

—Resulta demasiado bueno para ser cierto.

—El tipo de Toronto, Braintree, fue quien sugirió su nombre —repuso Peggy—. ¿Intentas decir que también él está involucrado en una especie de conspiración a escala mundial?

—No lo sé, Peg. Te lo he dicho, es solo que nada de esto tiene sentido.

—Creo que estás actuando como un paranoico.

—Carr-Harris está muerto. Uno de los tipos que dispararon contra él está muerto. Dos de los guardias de Kellerman están muertos. Ese pobre viejo, Drabeck, está muerto. Eso no es paranoia, son hechos.

—Y nada de eso tiene que ver con Raffi.

—Pero no negarás que su presencia es de lo más conveniente. —Gruñó Holliday.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso? —preguntó Peggy.

—El código de la malla de oro nos lleva al castillo Pelerin. El castillo está en una zona militar. Y hete aquí que Raffi Wanounou tiene un amiguete que le permite el acceso. Nos vemos atrapados en los subterráneos del castillo por alguien que sigue de cerca nuestros pasos, y nada más salir descubrimos que tenemos una lancha

esperándonos para sacarnos a toda pastilla de allí. No me creo una palabra de esto.

—El tipo al que Raffi telefoneó en el Méridien para decirle dónde estaba la lancha lo dejó bien claro —respondió Peggy—. Iban a utilizarla en un ejercicio especial el siguiente fin de semana o algo así.

—O algo así. Claro —se burló Holliday.

—Lo que te preocupa es que yo le guste tanto y que el sentimiento sea mutuo —replicó Peggy.

—Eso también. —Gruñó Holliday.

—Te estás portando como un carca —rio Peggy—. Toma otro trozo de *baklava*, anda.

Emil apareció en lo alto de las escaleras con esa suerte de sonrisa adherida a los labios que sugería que quería cerrar pronto esa noche. Holliday miró su reloj. Era pasadas las once.

—Es hora de volver al hotel —dijo. Estaban alojados en el hotel American Colony, un edificio histórico de Jerusalén a diez minutos a pie desde la Puerta de Damasco. Pagaron sus consumiciones, agradecieron a Emil la maravillosa cena y del restaurante salieron a la angosta calle colindante conocida como Souk El-Khanka. Empezaba a refrescar, y Peggy no pudo evitar un escalofrío.

Pese a lo tarde que era, el barrio estaba lleno de gente, y la callejuela dejaba ver una insólita profusión de turistas y hombres de reparto sobre cuyas cabezas oscilaban enormes bandejas de fruta y pan. El aire olía a piedra caliente y especias, y una docena de niños interpretaba una música que podía escucharse sobre el murmullo de voces que hablaban en media docena de idiomas.

Quita el *rock* y añade unos cuantos burros y esto podría ser una escena sucedida dos mil años atrás. Ya se habían alejado de la Puerta de Damasco cuando Holliday sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Se tensó, y aferró el codo de Peggy.

—¿Qué pasa?

—Nos están siguiendo.



—¿ESTÁS seguro? —preguntó Peggy.

—Completamente —respondió Holliday—. Estaba fuera del restaurante, fumando un cigarrillo. Esperando. Pelo oscuro, vaqueros, zapatillas deportivas, y una de esas chaquetas con capucha y cremallera. La suya es de color azul oscuro.

—Podría ser un estudiante.

—Más bien parece un poli. De hecho se mueve como si lo fuera.

—¿Por qué la poli iba a preocuparse en seguirnos?

—No tengo ni idea, pero voy a averiguarlo.

Llegaron a la esquina de Souk El-Khanka y doblaron a la derecha, dirigiéndose hacia el sur por Bab Khan El-Zeit, una transitada calle comercial, bien iluminada y jalonada por montones de tiendas y puestos todavía abiertos.

—Este no es el camino para llegar al hotel —dijo Peggy—. Debíamos haber doblado por el otro lado, hacia la Puerta de Damasco.

—Lo sé —replicó Holliday.

—¿Entonces qué estamos haciendo?

—Averiguar de una vez por todas qué demonios está pasando.

Holliday giró de nuevo hacia una estrecha calle lateral llamada El-Khayat que se abría al otro lado. Allí estaba más oscuro: la única fuente de luz era la que procedía de la entrada del callejón. Descendieron por un breve tramo de viejas escaleras de piedra y siguieron andando. Unos segundos después, el hombre de la capucha apareció y se dirigió también hacia el callejón.

—¿Sigues detrás de nosotros? —preguntó Peggy, nerviosa.

—Sí —dijo Holliday—. Esta es la prueba que necesitábamos; nos está siguiendo.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé.

—Quizá deberíamos ir al hotel, sin más —sugirió Peggy—, y preguntar mañana a Raffi sobre esto.

—Pregúntaselo tú —respondió Holliday—. Yo quiero las respuestas ahora.

—¿Estás seguro de que se trata de un poli?

—No estoy seguro de nada. Podría ser un simple atracador, pero no lo creo.

—¿Un atracador en Jerusalén?

—Hay terroristas suicidas, ¿por qué no atracadores?

—Da mal rollo, como imaginar carteristas en Belén. No suena nada bien.

Llegaron al extremo de la calle y volvieron a dirigirse hacia el sur, esta vez por una calle un poco más ancha llamada Camino del Barrio Cristiano, la cual también se encontraba repleta de turistas ambulantes, tiendas y restaurantes. Buena parte de los

postigos de madera que protegían las ventanas estaban cerrados, mientras que la mitad del cielo se veía encapotado por una hilera de toldos de madera, con forma de concha, que sobresalían para cubrir con sus sombras el enlosado. Cada pocos metros se alzaba la tenebrosa entrada a otra estrecha callejuela.

Cuando alcanzaron el cruce del Camino del Barrio Cristiano con la calle David, Holliday vio otra figura sospechosamente apoyada contra la pared, fumando un cigarrillo. Esta llevaba una vieja camiseta del *tour Tattoo You* de 1981 de los Rolling Stones. La camiseta era tan vieja que la burlona lengua se había difuminado en un rosa claro.

Holliday se detuvo frente a lo que parecía una tienda de cerámica y reparó en una mujer terriblemente gorda, tocada con un sombrero de paja y enfundada en unos pantalones de chándal donde se podía leer la palabra JUGOSA en letras grandes sobre su tenso culo, regateando con su mejor acento de Nueva Jersey por un ridículo cacharro. Quizá los musulmanes tenían razón, pensó Holliday, al evitar mirar ciertas cosas: los cuerpos inapropiadamente cubiertos de ciertas mujeres *eran* una ofensa a Dios.

Por el rabillo del ojo vio a Tattoo You charlando con el hombre de la capucha azul. Caperucita Azul asintió y se marchó, dirigiéndose de nuevo al Camino del Barrio Cristiano.

—Ya han hecho la entrega —comentó Holliday.

—¿Qué quieres decir?

—Caperucita Azul ha pasado el testigo como lo hubiera hecho un corredor de relevos. El tipo que ahora nos pisa los talones lleva una camiseta de los Rolling Stones.

—¿Y eso es importante?

—Significa que están organizados —respondió Holliday. También significaba que tenían los recursos suficientes para esparcir hombres por la Vieja Ciudad, y que también disponían de medios para comunicarse, probablemente a través de auriculares. O eran polis, o mucho más que eso; dudaba que la gente de Kellerman pudiera reunir un equipo tan sofisticado en tan poco tiempo, especialmente en Jerusalén.

Se alejaron de la tienda de cerámica y giraron a la izquierda. Ante ellos, a lo lejos, y brillando espléndidamente en un baño de luz cegadora, se alzaba la Cúpula de la Roca, la mezquita que ocupaba el emplazamiento histórico del Templo del Rey Salomón, aquella fuente poco menos que mítica de la riqueza original de los caballeros templarios.

La cúpula actual estaba cubierta con ciento sesenta y seis toneladas de oro donadas por el rey Hussein de Jordania poco antes de su muerte. Cruzaron la calle El-Lahamin y caminaron en dirección a Bab-Alsilsileh, siempre con la Cúpula de la Roca gravitando ante ellos, alzándose como un fabuloso faro sobre las madrigueras de edificios de piedra caliza que los rodeaban. El número de turistas que se veían por

la calle había aumentado. Todos se dirigían a la Cúpula de la Roca o el Muro de las Lamentaciones, construido por Herodes para rodear y afianzar los cimientos originales de la Montaña del Templo.

Incluso a varias manzanas de distancia, Holliday podía ver el resplandor estroboscópico que producían los *flashes* de los turistas al ametrallar con sus cámaras tan célebre lugar, otro valioso tesoro que JUGOSA, la oronda chica de Nueva Jersey, emplearía para demostrar a sus amiguitos de Bergen County que ella había estado allí y ellos no.

Entre los turistas, Holliday pudo divisar al menos media docena de sacerdotes católicos, un sacerdote ortodoxo griego envuelto en su túnica negra, una congregación de monjas de la Madre Teresa tocadas con sus característicos hábitos a rayas azules y blancas, que más parecían unos vestidos hechos apresuradamente con paños de cocina que otra cosa, y, por supuesto, los inevitables rabinos, todos ellos cubiertos con sus enormes sombreros y provistos de luengas barbas.

En vez de unirse al grupo, Holliday y Peggy se escabulleron por un callejón serpenteante que de nuevo les condujo al sur. Tras ellos, Tattoo You los seguía a una prudente distancia. La camiseta era al menos una talla más grande de lo que le correspondía, y en lugar de tenerla metida en los pantalones el tipo la llevaba suelta, probablemente para esconder el arma que sin duda debía acarrear en el cinto. No tenía más de treinta años, y mostraba unos bíceps musculosos y aspecto atlético; incluso sin pistola sería un rival duro para Holliday. De momento, lo más adecuado era no tener ningún enfrentamiento.

El callejón se internaba en el barrio armenio, en dirección oeste. Al igual que sucedía en las restantes placas donde se leían los nombres de las calles en el Viejo Jerusalén, estas también estaban escritas en tres idiomas: hebreo, árabe e inglés. Los carteles estaban atornillados o labrados en cada esquina. Al menos, las indicaciones en la Vieja Ciudad eran mucho más fáciles de seguir que en las autopistas.

Holliday seguía sin saber muy bien cómo actuar, pero era consciente de que aquello no iba a resolverse saliendo disparado al hotel y haciéndose allí el dormido. No formaba parte de su naturaleza huir de una pelea, pero por el mismo motivo no era de los que se golpeaban una y otra vez contra escollos insalvables. Fuera como fuese, la pregunta seguía en el aire: ¿qué podía interesar a los policías israelíes, locales o no, de sus actividades?

Doblaron por otra angosta calle llamada Tiferet Yisrael, que al igual que las otras también los condujo hacia el oeste, de modo que ahora la Cúpula de la Roca quedaba a sus espaldas. Ya no había turistas por las calles, y las únicas pisadas que se oían, aparte de las suyas, eran las del hombre que les seguía.

—Despistémoslo de una vez —dijo Holliday, exasperado y un poco cansado del prolongado juego del ratón y el gato en el que llevaban debatiéndose desde que abandonaron el restaurante. Salieron a hurtadillas de Tiferet Yisrael y bajaron por una rocosa grieta que se abría entre dos hileras de edificios anónimos. El paso era tan

estrecho que ni siquiera le habían puesto nombre.

Llegaron al final del atajo y regresaron sobre sus pasos, siguiendo una calle dividida por unos largos y anchos peldaños que conducían al norte. Según la placa de la pared, se hallaban en Hakraim Gilaad. La calle, por fin, los devolvió a Tiferet Yisrael, y allí se detuvieron. No había el menor rastro de Tattoo You por ninguna parte.

—¿Lo hemos perdido? —preguntó Peggy.

—Eso parece —dijo Holliday, examinando los alrededores. La callejuela estaba vacía, y todas las persianas de la fachada estaban bajadas para proteger las casas del frío nocturno.

—¿Y qué demonios ha significado todo esto? —preguntó Peggy—. Si los has visto con tanta facilidad es que no hacen muy bien su trabajo.

—Creo que trataban de intimidarnos —opinó Holliday—. Solo para hacernos saber que nos están vigilando.

—¿Crees que hay alguna relación entre ellos y los tipos que nos estuvieron persiguiendo por esos túneles?

—No lo sé. Quizá debemos preguntárselo mañana a tu amigo Raffi, como bien dijiste.

—No empecemos otra vez —protestó Peggy.

Dieron la vuelta y atravesaron Tiferet Yisrael, enfilando la calle El-Lahamin y el camino de regreso a la Puerta de Damasco. Un hombre vestido completamente de negro salió por una puerta y se volvió hacia ellos, caminando con toda tranquilidad. Holliday reparó en el rectángulo blanco del cuello de su camisa. Era un sacerdote católico. Pelirrojo, mejillas cárdenas y unas gafas sin montura. No debía tener más de cincuenta años. Llevaba una abolsada chaqueta negra de traje sobre una acartonada camisa negra.

El sacerdote saludó con la cabeza a Holliday y Peggy al pasar. Holliday le devolvió el saludo. En aquel breve intercambio de miradas, Holliday advirtió algo inesperado en los ojos del sacerdote. Una insólita dureza. Se sacudió de encima aquel molesto sentimiento de incomodidad que la visión le había producido y siguió andando. A su espalda escuchó un breve y seco sonido metálico, y entonces se volvió. El ruido le resultaba demasiado familiar: era el inconfundible chasquido de una pistola automática al quitarle el seguro.

El sacerdote estaba a unos dos metros de ellos, la abolsada chaqueta desplegada hacia atrás, revelando una sobaquera. En la mano sostenía una automática Czech Skorpion de culata retráctil, con el pequeño cañón ensartado a un grueso silenciador negro que parecía una salchicha. No había tiempo para reaccionar; el tipo levantó el arma a la altura del pecho, con un dedo ya enroscado en el gatillo. No había escapatoria; iban a morir allí mismo.

Se oyó entonces un ruido que a Holliday le hizo pensar en una mano enorme golpeando una puerta. En décimas de segundo creyó ver que los faldones de la

chaqueta del sacerdote tremolaban en el aire, como azotados por un repentino golpe de viento. El pelirrojo se desmadejó entonces en el suelo, cayendo de bruces, inerte; la automática resbaló de su mano extendida y repiqueteó sobre los adoquines.

En la oscura entrada del callejón por el que habían venido apareció Tattoo You, con una automática Jericó de color negro en las manos, esa que llamaban *Baby Eagle* en Estados Unidos. Dedicó a Holliday y Peggy una rápida mirada, y luego se volvió a calzar la pistola bajo la camiseta.

—Salgan de aquí, aprisa —dijo Tattoo You. Acto seguido, dio media vuelta y desapareció en la oscuridad del callejón.

Holliday avanzó unos pasos y se arrodilló junto al cadáver del sacerdote. La sangre manaba bajo su brazo izquierdo. Tattoo You sabía muy bien dónde alojar las balas para resultar letal, y la suya había reventado tanto el corazón como los pulmones del tipo.

Rebuscó Holliday en el bolsillo interior de la chaqueta del cadáver y encontró una cartera y un pasaporte. El pasaporte tenía las tapas rojas, y la mitra y la llave cruzada estampadas en oro que eran la insignia de la Santa Sede. Abrió el pasaporte vaticano y comprobó la página de identificación.

El cadáver correspondía a un hombre llamado Brendan Jameson, nacido el veintidós de octubre de 1951 en Mount Kisco, Nueva York, y en la actualidad residente en Roma, Italia. Su cargo era expresado con un simple «sacerdote». ¿Un sacerdote ataviado con una versión checa de la Uzi? Volvió a meter el pasaporte en el bolsillo interior del hombre y comprobó la cartera. La identidad que se leía en el carnet coincidía con la del pasaporte. Le volvió a guardar la cartera y se puso en pie. A lo lejos, Holliday podía oír el gorjeo de las sirenas que avvicinaban ya el lugar del crimen.

—Vayámonos de aquí —dijo.

—¿No deberíamos llamar a la policía? —preguntó Peggy.

—Ya está de camino. Alguien ha debido escuchar los disparos.

—¿Y no sería mejor que nos quedáramos para explicar lo sucedido?

—¿Explicar qué? ¿Por qué estamos aquí con un cura muerto? No puedo explicármelo a mí mismo, imagina a los polis. Ya he matado a unos cuantos tipos en Inglaterra y Alemania. En la mayoría de los países a eso lo llaman asesinato. Y no me digas lo de «eres inocente hasta que se demuestre lo contrario»; la justicia solo funciona en *Ley y Orden*. —Cogió a Peggy por el brazo y la alejó del cadáver del cura—. Vamos.

Veinte minutos después, la parte antigua de la ciudad ya quedaba tras ellos. Holliday y Peggy llegaron al hotel American Colony de la calle Nablus y atravesaron las numerosas arcadas del recoleto vestíbulo. Allí, un tipo robusto, con una mata rizada de cabello oscuro y vestido con un traje gris arrugado, se levantó de uno de los viejos sofás de brocado rojo y se aproximó a ellos. Al verle de cerca, Holliday reparó en que llevaba una sobaquera. Se tensó. El hombre, sin embargo, les dirigió una

sonrisa cortés mientras alargaba la mano.

—¿Coronel Holliday? Y la señorita Blackstock, ¿verdad?

—¿Y usted es...? —dijo Holliday.

La sonrisa que despuntaba en el rostro del gordo vaciló un poco.

—Soy Prakad... inspector jefe Isidor Landsman, del Departamento de Policía Israelí.

—¿Sí? —dijo Holliday.

—¿Es usted el coronel Holliday?

—Así es.

—Ha habido un accidente en la universidad. La víctima es un amigo suyo, el doctor Raffi Wanounou.

—¿Un accidente? —preguntó Holliday.

—¿Qué ha ocurrido? —se alarmó Peggy—. ¿Está herido?

—El doctor Wanounou ha recibido una brutal paliza. Está en el Centro Médico Universitario. Puedo llevarles allí si lo desean.

Lo cierto es que no pudieron ver al profesor hasta primeras horas de la mañana siguiente. Según el doctor que atendía a Wanounou en el Centro Médico de la Universidad de Hadassah, un tipo de mediana edad llamado Menzar, el arqueólogo había sufrido fractura de cráneo, y tenía la nariz, un brazo y algunas costillas rotos, aparte de unos cuantos cortes y diversos moratones y contusiones. Si la fractura craneal hubiera sido peor, les dijo, ahora estaría muerto.

—En otras palabras, le han pateado hasta hartarse —añadió Menzer, mirándoles no sin suspicacia, como preguntándose si en el fondo no serían ellos los responsables de lo que le había ocurrido a un inocente arqueólogo que trabajaba en su laboratorio a aquella hora tan avanzada de la noche.

Isidor Landsman les había mirado de la misma forma. Mientras conducía por Cheil Handasa al hospital Monte Scopus, en el campus de la universidad, el detective había preguntado a Holliday y Peggy qué motivo había para que, según el registro de seguridad del edificio de Arqueología, sus nombres fueran los únicos que aparecían en la lista junto al de Wanounou. ¿Qué relación les unía a él? ¿Por qué habían estado en el laboratorio con el profesor? ¿Dónde habían estado antes de llegar a la universidad? ¿Adónde se dirigieron después de que dejasen al profesor en su lugar de trabajo, supuestamente sin daño alguno? Y así una y otra vez: ¿sabían de alguien que tuviera razones para dar al profesor Wanounou aquella brutal paliza que casi le había costado la vida?

Holliday y Peggy se ciñeron a la misma historia: habían llegado a Israel siguiendo el consejo del profesor Steven Braintree, del Centro de Estudios Medievales de la Universidad de Toronto. Su intención era consultar a Wanounou acerca del origen de una reliquia que habían recibido como parte de la herencia de Henry Granger. El hecho de que Holliday fuera un soldado en ejercicio, condecorado, y además profesor en West Point, pareció suavizar al rechoncho poli, pero eso no le impidió seguir haciéndoles preguntas. Al final, les dejó con el clásico aviso: hagan lo que hagan, no salgan de la ciudad.

Por fin, a las siete y media de la mañana, se les permitió entrar en la habitación de Wanounou. Era igual que cualquier otra habitación de hospital que Holliday hubiera visto. El suelo estaba compuesto de azulejos de vinilo negro, las paredes tenían un suave pero desolador color crema, y la puerta era lo bastante grande para hacer pasar una camilla.

En la pared había un ominoso botón de alarma de color azul y letras blancas que simplemente decía: CÓDIGO. Había dos camas. La más próxima a la puerta estaba vacía, pero era obvio que alguien la estaba utilizando. Wanounou se hallaba en la

cama más próxima a la ventana, en la quinta planta, lo que al menos le brindaba una agradable vista del espléndido cielo azul. La habitación olía a alcohol y a cera de suelos. Algunos visitantes caminaban sin prisas por los pasillos o asomaban por las puertas, abrazados a frondosos ramos de flores.

A decir verdad, el aspecto del profesor era terrible. Tenía los ojos morados e hinchados, y casi cerrados por completo, al igual que los labios, que habían adquirido una desagradable coloración similar a la de la berenjena. Le habían escayolado la cabeza y la nariz, además del brazo izquierdo. Aparte de eso, tenía cables y tubos por todas partes.

Por toda la habitación se escuchaba el zumbido de las máquinas, que emitían unos ruiditos constantes. Una pequeña percha hacía gotear el suero en esa maquinaria en reparaciones que ahora era el cuerpo de Wanounou, mientras que otra ordeñaba el líquido que se había asentado en sus heridas. El enfermero, un tipo de rostro delgado y enjuto llamado Joseph, dueño de un siseante acento eslavo y una gruesa cicatriz en la barbilla, les dijo que su visita concluía en media hora. Por su brusca manera de expresarse, era evidente que hablaba en serio.

Wanounou estaba consciente, aunque un poco aturdido por los diversos medicamentos que le habían suministrado. Les ofreció una sonrisa de labios hinchados cuando se acercaron a la cama. Tenía rotos dos de los dientes de delante, y los bordes mellados. Ceceaba un poco al hablar.

—Te daría un beso, pero creo que te dolería mucho —dijo Peggy, arrastrando una de las sillas para las visitas y sentándose a su lado. Alargó una mano y la dejó sobre la pierna del profesor, cubierta por las sábanas. La sonrisa de Wanounou se ensanchó. Parecía como si sus labios fueran a rajarse. Holliday puso una mueca de dolor.

—Ya me siento un poco mejor —balbuceó el profesor—. Aunque tengo un poco de hambre.

—Eso es buena señal —dijo Peggy.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Holliday.

—Estaba enfrascado en el pergamino. Eran las diez y media, más o menos. Tres tipos entraron al laboratorio. Uno de ellos llevaba un maletín. Cogió los trozos del pergamino y los otros dos comenzaron a golpearme. Uno tenía un trozo de cañería envuelta en cinta aislante. El otro se limitó a usar los puños.

Peggy apartó la cara, como si aquello le doliese también a ella.

—¿Qué aspecto tenían? —preguntó Holliday.

—Normal, pero parecían haber abusado de sus visitas al gimnasio.

—¿Se trataba de militares?

—Quizá. No tenían el pelo particularmente corto, excepto el del maletín. Pero es que era calvo.

—¿Tatuajes? —Holliday pensaba en el símbolo de la espada y la cinta que había visto en la muñeca del asesino de Carr-Harris.

—No me dio mucho tiempo a fijarme.



—¿Hablaban con algún acento?

—Puede ser, pero no es que fueran demasiado comunicativos.

—¿Recuerdas algo en particular?

Wanounou pensó por un momento. Las máquinas emitieron un sonido seco, un goteo y un siseo.

—El que tenía el maletín.

—¿Qué pasa con él?

—Era cristiano.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenía un crucifijo en la cadena que rodeaba su cuello. Era de oro.

Aquello no significaba gran cosa.

—¿Algo más?

Wanounou pensó de nuevo.

—Una cosa. Pero es muy tonta.

—¿El qué?

—Uno de los tipos que me pateaba. Antes de que perdiera el conocimiento.

—¿Qué?

—Sus botas. Eran botas de motorista, ¿sabes? Las que tienen hebilla.

—Vale.

—Eran de la marca Rogani Bruno e Franco. La conozco muy bien. Son muy caras. Siempre quise tener un par. También hacen un bonito calzado de calle.

—¿Y?

—Eran italianas. El único lugar donde las fabrican es un pueblecito llamado Macerata, cerca de la costa Adriática.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Peggy.

—*Fanum Voltumnae* —dijo Wanounou, como si eso pudiera significar algo.

—*Fanum* significa «templo» o «santuario», ¿verdad? —dijo Holliday, remontándose con el pensamiento a las clases de latín que había recibido de su profesora Mary-Lou Gemmill, de quien recordaba sus amenazas de no darles *tickets* para el baile de graduación si no conseguían declinar los nombres neutros acabados en *istem* al final de la clase.

—Así es —dijo Wanounou—. En ese lugar hay un enorme emplazamiento arqueológico de origen etrusco. No está lejos de Oviato, un vasto centro neurálgico de los cruzados que zarpaban a Jerusalén. He visitado el lugar cientos de veces.

—¿Por lo menos adelantaste algo en el pergamino antes de que esos tipos llegasen? ¿Te dio tiempo a leerlo?

—Ni siquiera llegué a limpiar los trozos.

—¿Cuántos trozos son?

—Nueve.

—¿Y entero cuánto medía el pergamino, en tu opinión?

—Treinta centímetros. Medí los trozos.

—¿Y se los llevaron todos?

—Eso creo. Es que en ese momento tenía la cabeza en otra parte —respondió Wanounou con sorna.

Peggy dedicó a Holliday una mirada punzante.

—¿Quieres un poco de agua? —le preguntó.

Wanounou asintió.

Junto a la cama había una garrafa y un vasito de plástico con una pajita flexible en una mesilla de ruedas. Peggy vertió agua en el vaso y sujetó la pajita en los labios del profesor. Bebió y enseguida dejó caer otra vez la cabeza en el crujiente lino de la almohada, como si el hecho de beber un poco de agua pudiera dejarlo exhausto.

Holliday suspiró. Quizá perder el pergamino y el secreto que contenía fuera una señal. El cura tiroteado en el callejón de la parte antigua de la ciudad había elevado el recuento de cadáveres a media docena. Y eso en cuanto a los que él había visto morir. ¿Cuántos más habían muerto a causa de la espada y su mensaje oculto? Sin el pergamino, era imposible continuar. Habían llegado al final del recorrido. Era hora de volver a casa.

—Bueno, supongo que todo ha acabado —dijo—. Ya no podemos seguir adelante. Será mejor que hagamos las maletas y nos vayamos.

—¿Vas a abandonar así? —se asombró Wanounou—. ¿Después de todo lo que habéis pasado tú y Peggy? ¿Después de todo lo que *yo estoy* pasando ahora por vosotros?

—Menuda madre judía serías tú —replicó Holliday, sonriendo débilmente.

—*Tengo* una madre judía; eso te marca —bromeó Wanounou, intentando devolverle la sonrisa. Era obvio que hasta sonreír le dolía. En vez de eso, hizo un gesto de dolor.

—Pero no podemos hacer nada si no sabemos lo que dice el pergamino. —Holliday se encogió de hombros—. A menos que en el aeropuerto los tipos de la aduana sean tan suspicaces como para encontrar a esos ladrones italianos, podemos dar por hecho que el pergamino se ha esfumado para siempre.

—El pergamino puede haber desaparecido —dijo Wanounou—, pero aún tenemos el mensaje.

—Explícate.

—¿Sabéis qué es la fluorescencia de rayos X?

—¿Algo que ver con los rayos X? —se aventuró Peggy.

—O rayos X fluorescentes —propuso Holliday.

—No importa —dijo Wanounou—. Es un procedimiento relativamente nuevo que se emplea en todo tipo de análisis, incluido el de las reliquias arqueológicas. Se usó recientemente para descubrir una serie de textos ocultos bajo cierta sección pintada del Palimpsesto Arquímedes, una copia que databa del trescientos antes de Cristo de una de las teorías de Arquímedes.

—¿Y?

—La plata con la que está hecho el pergamino es extremadamente frágil y quebradiza. Se me pasó por la cabeza que incluso el proceso de limpieza podría dañar las imágenes o escritos que se contuvieran en la plata. —Hizo una pausa, y su voz se convirtió en un graznido. Peggy le dio otro sorbo de agua. Prosiguió—. Así que antes de ponerlos en el baño de electrólitos subí al piso de arriba y pasé los trozos, uno por uno, por la enorme máquina Philips que tienen allí. Después, ya en el laboratorio, volqué los datos en mi ordenador personal. Precisamente iba a comprobar el resultado cuando llegaron esos matones.

—De modo que los datos deben estar aún en el ordenador...

—Así debería ser —respondió el profesor.

Utilizando la llave de Wanounou, y con la contraseña para acceder a su ordenador escrita en un trozo de papel, Peggy y Holliday visitaron el laboratorio del profesor aquella misma mañana. Salvo por el manchurrón oscuro que podía verse en el suelo, no había señal alguna de que hubiera sucedido allí nada que lamentar. No había nada roto y nada parecía fuera de lugar.

La vasija que originalmente había contenido el pergamino de plata estaba colocada en un estante para su clasificación, en el que también se conservaban algunas copias fotográficas. Había un revoltijo de migas de óxido en la bandeja de plástico donde habían estado los trozos del pergamino cortados con el láser, pero el pergamino ya no se encontraba allí.

Peggy se sentó ante el ordenador, lo encendió e introdujo la contraseña de Wanounou. Acto seguido, tecleó el nombre que el profesor había dado a los datos sacados del escáner de rayos X fluorescentes del piso de arriba y abrió el archivo. Apareció una pantalla llena de imágenes en brillantes colores, aunque ligeramente borrosas.

—Según tu amigo Raffi, los rayos X reaccionan a las partículas desprendidas por la tintura metálica que se empleaba en la Edad Media —explicó Holliday, asomando sobre su hombro.

—¿Por qué usarían tintura sobre plata? —preguntó Peggy.

—Era la guía que se empleaba para la herramienta de grabado con la que se taraceaba el metal —explicó Holliday.

Peggy miró la pantalla.

—Está borroso —dijo—. Algunas palabras y letras no salen con nitidez. Y está en latín. —Volvió la vista hacia Holliday—. ¿Sabes leer lo que pone?

Holliday se inclinó, acercándose un poco más.

—*Innocentius III, Episcopus, Servus Servorum Dei. Sancti Apostoli Petrus et Paulus: de... potestate et auctoritate confidimus ipsi intercedant pro... ad Dominum. Precibus et meritis... Mariae semper Virgi... beati Michaelis Archangeli, beati Ioannis Bapti... et sanctorum Apostolorum Petri et Pauli et Sanctorum misereatur*

*vestri omnipotens Deus; et dimissis omni... peccatis vestris, perducatur vos Iesus Christus ad vitam aeternam.*

—Decirlo es fácil —bufó Peggy—. ¿Pero qué significa?

—Es una bendición apostólica del papa Inocente III —replicó Holliday—. Creo que se llama *Urbi et Orbi*, y se trata de una bendición a la ciudad y al mundo. «Que los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en cuyo poder y autoridad...», eh, «confiamos» sería la traducción más apropiada, supongo... «intercedan por nosotros ante el Señor...». Etcétera, etcétera. Inocente era Papa durante las Cruzadas. Fue el que en un momento dado ordenó que los Templarios fueran arrestados y asesinados.

—¿Eso es todo? —dijo Peggy—. ¿Una bendición?

—Hay algo más —respondió Holliday, repasando el texto—. ¿Podrías imprimir todo esto?

—Creo que sí —dijo Peggy. Trasteó con el teclado y el ratón hasta que finalmente encontró la orden apropiada. En alguna habitación cercana, una impresora comenzó a zumbar y ronronear.

—Bla, bla, bla... «Que Jesucristo os conduzca a la vida eterna...». Bla, bla... «Descienda en todos vosotros y perdure por siempre en vuestras almas...». Aquí está. «Por la presente te concedo, Rutger von Blum, también conocido como Roger de Flor, almirante de Nápoles y de la Santa Orden del Temple, licencia y autoridad absolutas para trasladar estos tesoros a un lugar seguro al otro lado del mar y lejos de las manos del infiel Saladino...».

—¿Dice dónde está ese lugar? —preguntó Peggy.

—La verdad es que no. Lo único que dice es: *fanum cavernam petrosus quies*.

—¿Y significa?

—Traducido toscamente: «una cueva santa, rocosa, de paz y quietud». Algo así.

—Tendremos que hablar otra vez con Raffi.

Cuando regresaron al hospital, al otro lado del campus, Raffi estaba sentado en la cama, y la mitad de los tubos y cables había, desaparecido. Estaba comiendo gelatina de frutas de un repulsivo color verde, sorbiéndola cuidadosamente por sus labios abultados y amoratados. Le mostraron las páginas impresas de las secciones del pergamino, sosteniendo cada una de ellas ante sus ojos hinchados. Holliday le hizo una apresurada traducción del latín.

—Es una bula papal. Una proclama. Una licencia, como las patentes de corso que solían darse a piratas y bucaneros.

—Nunca he sido capaz de saber por qué lo llamaban «bula» —dijo Peggy.

—La *bull*a es el sello de plomo que se usaba para sancionar y cerrar las cartas —explicó Raffi.

—¿Y qué hay de esa «cueva santa, rocosa, de paz y quietud»? —preguntó Holliday—. ¿Te resulta familiar?

—En absoluto —dijo Wanounou—. Pero sé a quién podéis preguntar.

—¿A quién?

—A un amigo mío, Maurice Bernheim. Es el comisario en el Musée National de la Marine de París. Escribió un libro sobre la historia de la navegación en el Mediterráneo. Si alguien sabe algo acerca de ese tal Roger de Flor, es Maurice.

**E**L Musée National de la Marine está situado en un ala del Palais de Chaillot, construido en 1930, y asoma a los Campos de Marte. En la célebre fotografía en la que aparece Hitler con la Torre Eiffel de fondo, en su visita relámpago a París tras la caída de la ciudad, el Führer está en el balcón del Museo de Marina.

Maurice Bernheim frisaba en los cuarenta, era campechano, entusiasta y proclive a las risas. Cuando vio a Holliday, su primer comentario celebró lo fácil que era suponer que un tipo con un parche en el ojo fuera un pirata. Bernheim respondía al tipo del gordito feliz. Tenía el pelo castaño, vestía un precioso traje de Pierre Cardin y zapatos de aspecto caro, y fumaba unos cigarros de aroma especialmente fétido llamados Boyards. Holliday no sabía que todavía podían comprarse, y la única razón por la que los recordaba, más que por haberse atragantado con uno, era porque, curiosamente, se trataba de la única marca de cigarrillos que se fumaban en la película *Blade Runner*. Olían como unas viejas zapatillas deportivas a las que hubieran prendido fuego.

El despacho de Bernheim era una espléndida habitación con idénticas vistas a las que Hitler había disfrutado en la célebre fotografía: puertas de estilo francés abiertas al balcón, óleos marítimos en los huecos que dejaban las librerías y barcos embotellados en las pocas repisas que carecían de libros. La decoración era cara, de piel legítima, pero cómoda. El escritorio de Bernheim era enorme y muy viejo, con florituras talladas a mano. Las hermosas alfombras persas que cubrían el suelo eran de Isfahán. O Bernheim poseía una vasta riqueza personal, o sacaba un buen rendimiento a su trabajo.

—Ah, sí —dijo Bernheim, reclinándose en su silla. El humo chamuscaba el papel barato del cigarrillo que se apoyaba en el borde del cenicero de cristal tallado, ya rebosante de colillas previas—. El infame Roger de Flor. Le conozco bien.

—¿Por qué infame? —preguntó Holliday.

—Bueno, puede decirse que era el chico malo, ¿sabe? Un aventurero y un mercenario. A veces se alzaba contra quienes le pagaban y se hacía con el poder. Se parecía mucho a sus amigos templarios: estaba decidido a morir de éxito. Por lo demás, era un gran marino.

—¿Pero cómo es que el pergamino que encontramos aludía a él como Rutger von Blum? —preguntó Peggy.

—Porque ese era su nombre —dijo Bernheim con un encogimiento de hombros típicamente francés. Volvió a coger su cigarro, y se lo llevó a la comisura de los labios. Dio una calada y expulsó el humo lentamente, excretando una nube que se elevó hasta el techo—. Había nacido en Italia, pues su padre era halconero real en

Brindisi. *Blum* significa flor en alemán. Traducir su nombre como «De Flor» no era otra cosa que oportunismo político... Ya saben: cuando estés en Roma... etcétera.

—¿Qué relación le unía con los templarios? —preguntó Holliday.

—Había nacido por detrás del primogénito, lo que en aquellos días significaba que era una carga para su padre. O bien debía dedicarse al sacerdocio o al mar. Cuando el joven Roger llegó a la mayoría de edad, se le enroló en una galera templaria de la cual poco después se hizo capitán. Tal que así. —Dio una calada a su Boyard—. En un momento dado, reunió una flota de barcos de guerra y naves de carga que luego alquilaría al mejor postor. Su buque insignia era el *Wanderfalke*: el Halcón Peregrino. Una carabela de doscientas toneladas, bastante grande para la época.

—Recordará que le leí una traducción del latín por teléfono —comentó Holliday—. ¿Le dice algo?

Bernheim elaboró una ancha sonrisa y dio otra calada a su cigarrillo.

—De primeras, no. Mi latín es un tanto pobre, por decirlo suavemente; ni siquiera años atrás fue mi fuerte. Aun así, debo decirle que su traducción es un poco... tosca.

—Se lo garantizo —asintió Holliday.

—Bueno —prosiguió Bernheim—, el caso es que no hizo *sonner les cloches*. No me sonaba de nada. —Se encogió otra vez de hombros—. Así que reflexioné, fumé unos cigarrillos y reflexioné un poco más. *Fanum cavernam petrosus quies*. Y entonces hice lo que mi viejo maestro, *monsieur* Forain, me enseñó. ¿Cómo llaman ustedes a *decomposer la phrase*?

—Analizar sintácticamente —dijo Holliday.

—Eso, analizar sintácticamente —asintió Bernheim—. Pues bien, analicé la frase. *Fanum*. Santuario. Lugar santo. *Cavernam*. Cueva. Lugar hueco. *Petrosus*. Roca. Piedra. *Quies*. Lugar de reposo.

—¿Y le resultó familiar? —preguntó Peggy.

—Oh, sin duda, muy familiar, porque también recordé a *monsieur* Forain diciendo que a menudo el latín se resolvía dándole la vuelta a la frase. ¿Cuáles son las frases que tenemos aquí?

—*Fanum cavernam* y *petrosus quies* —respondió Holliday.

—Por lo tanto, *les phrases descriptives*, las frases descriptivas: «caverna santa» y «roca de quietud». Entonces lo vi. Un juego de palabras, si es que no se trataba de un código. *Quies*, un lugar seguro. Quizás un puerto. El Puerto de la Roca, ¿no?

—¿Existe un lugar así? —preguntó Peggy.

—Sin duda —asintió Bernheim, aplastando triunfalmente la humeante colilla de su cigarrillo—. El puerto de la ciudad natal de Roger de Flor: La Rochelle, el Puerto de la Roca.

—¿Y la caverna santa? —preguntó Holliday.

—Saint-Emilion —respondió Bernheim.

—Pensaba que eso era un vino —dijo Peggy.

—Y también una ciudad no demasiado distante de La Rochelle. Y también una iglesia monolítica excavada en la piedra caliza donde el ermitaño san Emilio tuvo su hogar, que no era sino una cueva horadada bajo la iglesia. El Puerto de la Roca. La Santa Cueva, *n'est-ce pas?*

—Podría ser —asintió Holliday.

—Estoy seguro de ello —dijo Bernheim—. Vayan a ver a esta persona en La Rochelle. —Se inclinó hacia delante y garabateó algo en un cuaderno. Arrancó la hoja del cuadernillo y se la tendió a Holliday. Un nombre y una dirección: doctora Valerie Duroc, Université de La Rochelle, 23 *avenue* Albert Einstein, La Rochelle, France—. Ella será su guía.

Abandonaron el museo y cruzaron el Sena por el Pont d'Iéna, allí donde amarraba el barco turístico. Se dieron la vuelta y caminaron por el muelle, disfrutando de una nueva estancia en París. Peggy había visitado la ciudad por cuestiones de trabajo en diversas ocasiones, y Holliday también, cuando desempeñaba en Bruselas un breve período laboral en el cuartel general de la OTAN. En esa época, París había sido su lugar favorito para descansar y recuperar las fuerzas.

París. Arrogante, extasiada de su propia imagen, pomposa hasta el extremo de resultar ridícula, y habitada por unos seis millones de esnobs elitistas que miraban al resto del mundo por encima del hombro, incluyendo a los demás franceses. Sin la menor duda, París era aún la ciudad más hermosa del mundo, y una de las más fascinantes. Uno puede odiar París por todos sus defectos, pero, al mismo tiempo, uno no puede dejar de pasar un tiempo maravilloso aceptando los desafíos que esa vieja perra esconde a la vuelta de cada esquina.

Por fin llegaron a la Quai d'Orsay y se encaminaron por el bulevar Saint-Germain, dirigiéndose a su hotel. Saint-Germain estaba en pleno descontrol veraniego: sus ostentosos escaparates ofrecían a la lujuria de los turistas desde trajes de Armani a gemelos de diez mil dólares, al tiempo que solucionaban los problemas del mundo con un simple café y un *sandwich jambon* de los que se preparaban en cualquiera de los muchos cafés que recorrían el *grand boulevard*, una larga avenida flanqueada de árboles.

La mitad de los escaparates de las tiendas anunciaban una *grand vente* para atraer a los turistas, mientras que la otra mitad ya había colgado los carteles que avisaban de la temida *fermeture annuelle*, la clásica temporada vacacional que abarcaba los meses de julio y agosto, cuando los parisinos hacían su viaje anual a los pueblos vecinos o a la costa y fingían disfrutarlo.

Mientras Holliday y Peggy bajaban la calle que desembocaba en su hotel-pensión de la *rue* Latran, escucharon una docena diferente de idiomas y vieron al menos el mismo número de autobuses turísticos de otros tantos lugares de procedencia. Aquello apenas se asemejaba a la Rivera Izquierda de la época de Hemingway, pero aún resultaba un espectáculo digno de ver, en el que no faltaban los jerseys de rayas, las boinas, los viejos Citroën y *les flics*, esos sonrientes policías tocados con un



casquete que hacían girar sus porras mientras acariciaban las desagradables pistolitas automáticas que enfundaban en sus caderas. Aquí y allá asomaban de vez en cuando los inevitables mendigos bosnios, a menudo sin brazos ni piernas, de los que las bombas les habían despojado, agitando vasitos de papel en la mano.

Compraron unos perritos calientes rebozados en mostaza en un puesto callejero y siguieron su camino hacia el hotel, una mediocre pensión de seis plantas sin servicios particulares salvo por el hecho de que, para una ciudad como París, era relativamente barato. Exhaustos, Holliday y Peggy subieron las escaleras hasta el segundo piso, se despidieron en el pasillo y se retiraron a sus respectivas habitaciones. Ninguno de los dos había dormido desde su estancia en Jerusalén.

La habitación era la que uno podía esperar de un hotel de tercera de París. La cama era de hierro forjado, con un colchón tan blando que casi tocaba el suelo. El arcón y sus averiados cajones habían sobrevivido a dos guerras mundiales, como bien demostraba su historial de cicatrices, y el bidé estaba ridículamente incrustado entre la puerta del baño y la ventana, que asomaba a un callejón trasero. La vista no era menos previsible: chimeneas y tejados que se perdían hacia el Sena, y una esquina de Notre Dame si te jugabas la vida y asomabas como un acróbata por la escalera de incendios.

Holliday contempló cuanto le rodeaba con alarmada atención. La habitación había sido literalmente arrasada, hasta verse sumida en un completo desorden. El colchón parecía haber sufrido una vez y otra las dentelladas de un cuchillo de carnicero; había plumas y jirones de borra por todas partes. Los cajones del buró asomaban como lenguas burlonas, y las ropas estaban esparcidas por todo el cuarto. La maleta de Holliday había sido prácticamente desventrada y el forro dado la vuelta.

Se detuvo. ¿Un ruido? El corazón le martilleó en el pecho; lo más inteligente era darse la vuelta y correr. Pero en vez de eso se dirigió lentamente hacia la puerta cerrada que comunicaba con el cuarto de baño, aunque no pudo evitar apretar los dientes cuando las tarimas del suelo crujieron bajo sus pies, semejantes a un disparo. Detuvo sus pasos una vez más ante la puerta y escuchó.

¿Lo que se escuchaba era una respiración, o el rumor de la brisa al recorrer el callejón al que daba la ventana? El agua goteaba en el bidé. Holliday pensó en el cuchillo que había puesto patas arriba la habitación. Se quitó la chaqueta y la enrolló en su brazo. Abrió la puerta de una patada. El baño estaba vacío.

Se volvió hacia la habitación, pero algo le inquietaba. La cortina de la ducha había sido corrida alrededor de la bañera. Estaba seguro de que no la había dejado así cuando salió de la habitación. Se giró. Un afilado cuchillo pasó sobre su hombro, y vio la imagen de un tipo delgado, de rostro alargado, vestido con una camisa blanca aunque con el faldón por fuera. Se golpeó la cabeza con el marco de la puerta y retrocedió unos pasos mientras el tipo arremetía contra él.

Entre tambaleos, Holliday tanteó con las manos y se escabulló por la puerta que había dejado abierta. Su asaltante intentó clavarle el cuchillo en las costillas, pero

logró zafarse con un rápido movimiento, de tal modo que la larga hoja del estilete solo alcanzó a rebanar su camisa y arañarle superficialmente la piel. Mientras se debatía por evitar los mandobles, Holliday lanzó una fuerte patada a la entrepierna del hombre.

El intruso lanzó un grito agudo y se llevó una mano a la ingle. Holliday retrocedió a duras penas, enredándose en los restos del colchón. Sin embargo, el hombre no tardó en echarse sobre él, y tras lanzarlo al suelo se sentó a horcajadas sobre su pecho. Con la mano que tenía libre le aferró por debajo de la mandíbula y empujó su cabeza hacia atrás, haciendo que la garganta de Holliday quedara expuesta al filo de su cuchillo.

Holliday se sacudió frenéticamente, mientras el cuchillo trazaba un arco hacia él. En un último esfuerzo por liberarse, consiguió agarrar al hombre del pecho y voltearlo hacia atrás, haciéndolo caer sobre el armazón de la cama. La mano que sostenía el cuchillo se enganchó en los muelles metálicos. Holliday clavó su rodilla en la mejilla del tipo, cargando todo su peso en ella, mientras buscaba el cuchillo con la mirada.

Un crujido procedente del cráneo de aquel tipo provocó que este dejara escapar un grito mudo, ahogado. Holliday alargó la mano y agarró el brazo del hombre, retorciendo su muñeca sobre el borde del armazón de la cama, casi partiéndolo por la articulación. El hombre se desató en un gruñido desesperado y dejó caer el cuchillo, que repiqueteó sobre el suelo.

De algún modo, el tipo consiguió zafarse de aquella inmovilidad a que Holliday le estaba sometiendo y, con sumo esfuerzo, se puso en pie. Era mucho más fornido de lo que, en un principio, Holliday había estimado, y tenía un aspecto terriblemente salvaje. Era un perro de presa, e incluso con la mejilla rota y la nariz escupiendo sangre a borbotones parecía estar en su elemento; esa clase de cosas formaban parte de su vida cotidiana.

Bastó a Holliday una rápida mirada para saber que el cuchillo estaba ahora a su espalda, con lo cual, si pretendía cogerlo, tendría que perder de vista al hombre. También advirtió que las manos del tipo tenían una larga línea de callos en el exterior de la palma. Sabía lo que eso significaba; las manos de Turner, uno de los profesores de artes marciales de la academia, eran exactamente así: la clase de manos que podían partir por la mitad un bloque de cemento de siete centímetros de grosor. O, para el caso, hundir un esófago. Aquel tipo no necesitaba un cuchillo para matarlo.

De pronto, las cosas empezaron a complicarse. La máscara de sangre que cubría la mitad inferior del rostro de aquel tipo dejó aflorar una macabra sonrisa, en la que los dientes destellaban como sucias perlas amarillas.

—*Connard* —murmuró.

Su mano derecha se perdió bajo la camisa y sacó una gruesa Beretta Tomcat, una minipistola de finales de los setenta. Sonaba como una rata estornudando y solo tenía un calibre 32, pero un agujero del calibre 32 en tu frente no dejaba de ser un agujero.

Dio un paso al frente, todavía sonriendo, y levantó la pistola con un dedo enroscado en el gatillo.

Súbitamente, Peggy pasó por el costado de Holliday, bajo su brazo derecho, trazando un arco con el estilete que sostenía en el puño, y lo ensartó como un gancho bajo el mentón del tipo. La punta de acero templado le atravesó la garganta, la lengua y el paladar, hasta alojarse en la parte baja del cerebro.

Peggy soltó el cuchillo. El tipo cayó de bruces, desmadejándose como una persiana rota. Su mejilla terminó apoyada en el zapato de Holliday. Peggy temblaba, con los ojos abiertos como platos.

—¿Está muerto? —susurró.

—¿Bromeas? —respondió Holliday—. No podría estar más muerto. —Apartó su zapato. La cabeza del hombre hizo un ruido sordo al golpearse contra el suelo. Apenas sangraba.

—Oh, Dios. —Gruñó Peggy—. Lo he matado.

—Una décima de segundo antes iba a matarme a mí —dijo Holliday. La rodeó con un brazo, apretándola contra sí—. Me has salvado la vida, nena.

—Por favor, no digas nada.

Ambos miraron el cadáver.

Holliday se agachó y volvió al hombre sobre su espalda. Comprobó su muñeca. Había un tatuaje: la misma insignia de la espada y la cinta que había visto en el tipo que trató de matarlo en Inglaterra.

—Uno de los secuaces de Kellerman —murmuró Holliday. Echó un vistazo a su cartera. El nombre que aparecía en su *carte d'identité* era Louis Renault, ciudadano marroquí, nacido en Casablanca. Había también una cartera de cuero que lo identificaba como capitán y miembro de élite del *Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale*—. Es un poli —dijo Holliday—. De la Brigada Antiterrorista. Me temo que estamos nadando en aguas profundas.

—¿CÓMO va a ser un poli? —dijo Peggy, con los ojos aún pegados al cuerpo que yacía en el suelo. La habitación empezaba a oler a matadero. Era bien entrado el verano. Las moscas no tardarían en llegar—. Acabas de decir que era uno de los secuaces de Kellerman. Y pretendía matarte.

—No por ello deja de ser un poli.

—¿Entonces que hacemos?

—Largarnos de aquí tan aprisa como podamos. El recepcionista tiene nuestros números de pasaporte. Sabe a quién pertenece esta habitación.

—El viejo ese se tira el día ahí sentado como un buitre. Está claro que sabe muy bien quién entra y quién sale.

—Es probable que también viera entrar a nuestro poli, y no dijo nada de que estuviera en el cuarto. Así que debemos dar por hecho que recibió un soborno. No podemos dejar que nos vea irnos.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Vuelve a tu habitación y recoge tus cosas. Tengo una idea. Reúnete conmigo aquí.

Peggy obedeció. Holliday cogió la pistola, la cartera y el carnet de identidad del tipo. Sin nada de aquello en su poder, el proceso de identificación se ralentizaría y les daría un poco más de margen de maniobra durante su fuga. Peggy regresó con el bolso colgado del hombro. Holliday fue el primero en salir de la habitación y bajar por las escaleras.

En lugar de atravesar el vestíbulo, se detuvieron en la segunda planta y doblaron en la dirección contraria. Había una ventana en el extremo del pasillo que, presumiblemente, daba al callejón. A unos dos metros por debajo de la ventana había una caseta anexa para guardar los cubos de basura utilizados por el hotel. Holliday impulsó a Peggy para que llegase al alféizar. Peggy se volvió y se dejó caer sobre la techumbre de la caseta, y de ahí saltó al suelo. Unos segundos después, Holliday se unió a ella.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nos largamos.

Se arreglaron la ropa y descendieron por la callejuela hasta la *rue* Latran. Nadie les dedicó la menor atención; era como si nada hubiera ocurrido, lo que desde luego era cierto en lo que respectaba a la gente que se cruzaban por la calle.

Peggy y Holliday bajaron a la *rue* Saint-Jacques, luego giraron a la derecha y enfilaron hacia el Sena y el Petit Pont. Dejaron atrás la *rue* de la Huchette y llegaron al puente. En el lado opuesto estaba el inmenso bloque de la Prefectura de Policía, y

frente a este la forma familiar de la Catedral de Notre Dame.

A mitad del puente, Holliday se detuvo y miró río arriba. Había pequeños puestos de librerías contra el muro de contención que tenían a mano izquierda. Más abajo, en el paseo que se extendía junto al río, se apiñaban media docena de mendigos. Un barco con la parte superior de cristal se deslizaba bajo el puente y se dirigía al oeste. Unas algodonosas nubes rielaban como zepelines por el cielo veraniego de la tarde. De no ser por aquel cadáver que se iba descomponiendo pacíficamente en la habitación de su hotel, hubiera sido un día perfecto para estar en París.

—Alguien nos sigue —dijo Holliday.

—¿Quién? —preguntó Peggy, agarrándose a su bolso y tratando de no mostrarse nerviosa.

—Van en pareja. Apuesto a que están con Renault —respondió Holliday—. El tipo que llevamos pegado a los talones viste una chaqueta de aviador de cuero, aun cuando estamos a más de treinta grados, y hay otro que se hace pasar por turista, pero da demasiado la nota como para que resulte creíble.

—Hay muchas cosas que resultan increíbles en los turistas —dijo Peggy—. Tengo un millón de fotos para demostrarlo.

—Los turistas que visten camisas hawaianas y sombreritos de tela y llevan sus cámaras colgadas del cuello no suelen viajar solos. Llegan en grupos, o como poco en parejas. Y este tipo es demasiado joven para llevar el atuendo del paleta americano.

—¿Más polis?

—Poli o no, *monsieur* Renault trabajaba para Kellerman. Hemos de suponer que esos dos espantajos son también hombres suyos.

—¿Cómo vamos a librarnos de ellos?

—Tú conoces París mejor que yo. Al este y el oeste, ¿dónde nos deja el metro?

—El RER, el cercanías, puede llevarnos hasta Poissy y Cergy le Haut, que se encuentran en la parte oeste de la ciudad, y hasta Chessy si nos dirigimos al este: allí es donde está Disneylandia.

—¿Y el metro normal?

—Al oeste se encuentra La Défense, y el Porte de Vincennes y el Zoo de París en el este.

—¿Dónde está el intercambiador de metro más cercano, o la estación en la que se cruzan la mayoría de las líneas?

—En Châtelet, a solo unas manzanas de aquí. Todas las líneas principales se encuentran allí, incluyendo el RER.

—Entonces será allí donde les perdamos —dijo Holliday.

La estación de metro de Châtelet había sido construida en 1900, y durante el siguiente siglo se expandió en todas direcciones, incluyendo varios kilómetros de subsuelo, lo que permitió conectar las cuatro líneas principales del metro original más las líneas de alta velocidad del RER, que se hallaba justo por debajo de ellas.

Châtelet tenía once puntos de acceso, a los que se llegaba por medio de escaleras,

ascensores, escaleras eléctricas e incluso dos arcones de suelo rodante llamados *tapis roulants*. Uno podía desplazarse al norte, sur, este u oeste, e ir al aeropuerto o a cualquiera de las cuatro estaciones de tren principales, incluyendo el TAV, que se adentraba en Europa y comunicaba Inglaterra por el Canal de la Mancha; también se podían comprar objetos, alimentos y útiles de todo tipo, desde condones a cruasanes, o incluso tomar un vaso de vino, comer *pommes frites* o adquirir un periódico entre la docena que el viajero podía encontrar allí.

A cualquier hora del día, durante una jornada normal de verano, hay entre cinco y ocho mil personas repartidas en la intrincada red de andenes, pasillos y puertas que confluyen en la estación. Entre el constante ir y venir de trenes pueden escucharse los avisos horarios, las voces pregrabadas que anuncian productos, la oratoria de los mendigos y el rumor de fondo que procede de los músicos de cámara a los que se ha otorgado licencia para tocar el *Canon* completo de Johann Pachelbel, o el recurrente grupo de *rock* que interpreta sin cortes los setenta y cuatro minutos completos de *Tommy*, la ópera *rock* de The Who.

Peggy fue la primera en entrar al metro por uno de los tres accesos de la avenida Victoria; allí, junto a uno de los torniquetes de entrada, compraron un *carnet* de billetes y acto seguido recorrieron arriba y abajo una mareante sucesión de pasadizos y pasillos, intentando dejar atrás a quienes los vigilaban.

Ya en el andén, subieron en uno de los trenes que marchaban al oeste y se bajaron en el último segundo, luego volvieron sobre sus pasos y por fin subieron a un convoy que se dirigía a Château de Vincennes justo cuando las puertas se cerraban con ese áspero susurro que parece el idioma de los subterráneos en cualquier lugar del mundo. La sirena lanzó entonces su gorjeante aviso y el tren inició la marcha. Al fondo del vagón, una joven con un clarinete comenzó a tocar una excelente versión de *One O'Clock Jump*, de Ben Goodman.

—¿Se han subido? —preguntó Peggy.

—Creo que el Paleto Americano sí lo ha hecho, unos tres o cuatro vagones más atrás. Pero hemos escapado de Chaqueta de Cuero.

—Seguro que llevan teléfonos móviles. Estarán en contacto.

—¿Cuál es el mejor sitio donde podemos bajar? —preguntó Holliday.

—¿Para dejar atrás al Paleto Americano? —Peggy se encogió de hombros—. Supongo que Nation. Es la siguiente estación en la que hay un intercambiador de múltiples líneas a este lado del Périphérique, la carretera de circunvalación que nos trajo desde el aeropuerto. La versión parisina de la Beltway de Washington, D. C.

—¿Y después?

—Saint-Mandé, en el otro lado de la carretera de circunvalación.

—¿Qué hay allí?

—Viejos edificios de apartamentos para residentes de clase media-alta: doctores, abogados, lo típico. De vez en cuando ponen allí un mercadillo con productos agrícolas, pero ignoro los días.

—¿Taxis?

—Debería haber una parada de taxis a la salida del metro.

Holliday levantó la vista hacia el plano del metro que había sobre las puertas, a unos pocos pasos de él. Siete estaciones separaban Châtelet de Saint-Mandé.

—¿Cuánto se tarda hasta Nation? —preguntó.

—Diez minutos.

—¿Y hasta Saint-Mandé?

—Tres minutos más. ¿En qué estás pensando?

—En hacerle creer a ese tipo que nos bajamos en Nation. Luego nos subimos de nuevo al vagón. Si nos lo quitamos de encima, genial. Si no, cogemos un taxi en la parada de Saint-Mandé y ya vemos si podemos perderlo allí.

—Vale —asintió Peggy.

Holliday miró su reloj. Eran las tres de la tarde. La mayor parte de los ocupantes del vagón eran tipos con aire cansado, vestidos con el típico atuendo del oficinista. Los hombres llevaban chaquetas y corbatas, las mujeres vestidos discretos con zapatos de tacón altos. Todos ellos volvían a casa.

Una *baguette* asomaba del bolso de la compra de una mujer, y Holliday se dio cuenta de que lo único que había comido desde que se bajó del avión fue un perrito caliente, por lo demás bastante grasiento. Ni él ni Peggy habían dormido desde que salieron de Jerusalén. Si no encontraban pronto un sitio donde dejarse caer, tarde o temprano acabarían por desmayarse.

El convoy se detuvo en Nation con un chirrido que estremeció el interior del vagón. Las puertas se abrieron, y ambos salieron al andén. El tren se estaba vaciando casi por completo. Tres vagones más allá divisaron al Paleto Americano, y fue en ese momento cuando la suerte se puso de su lado. Alguien tiró de la Nikon que colgaba del cuello del falso turista y eso le hizo perder el equilibrio. Ambos cayeron a la vez, enredados en una coreografía desmañada, justo cuando sonaba la sirena que avisaba del cierre de puertas. Peggy y Holliday volvieron a entrar en el vagón. Las puertas se cerraron de par en par y el convoy se marchó, dejando atrás al Paleto Americano, que les miró desde el otro lado de los cristales sin poder ocultar su irritación.

En Saint-Mandé volvieron a disfrutar una vez más de la luz del día. El mercadillo del que Peggy había hablado, una doble hilera de puestos similares a tiendas de campaña emplazado en el aparcamiento, comenzaba a levantarse. El aire olía a coliflor fresca y sangre de pollo. Al otro lado del mercadillo y de la boca de metro se encontraban dos arterias principales; en una de las calles había una floristería, y en la otra un café con un toldo y un luminoso cartel de neón rojo que decía: LA TOURELLE.

Se dirigieron al café, escogieron una mesa desde donde se podía ver la boca del metro y se sentaron. Acudió a tomarles la orden un camarero que, al llegar a su mesa, adoptó un discreto aire despectivo. Ambos pidieron un par de Kronenbourgs y un *sandwich jambon* con patatas. El adusto camarero desapareció por donde había

venido.

—No podemos dejarnos ver así. Cuanto menos tiempo pasemos en la calle, mejor.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos vamos a otro hotel?

—Si el capitán Renault, como parece, pertenecía al *Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale*, todos los hoteles estarán a estas horas bajo vigilancia. Cada nuevo registro pasará directamente a algún informe policial. El 11-S volvió a todo el mundo mucho más estricto. Darían con nosotros en cuestión de horas.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Peggy.

Las cervezas y los sándwiches que habían pedido llegaron a la mesa. El adusto camarero se los sirvió y desapareció de nuevo.

—Ya pensaré en algo —respondió Holliday. Se pusieron a comer.

Holliday siempre se había sentido fascinado por la seriedad con que los franceses se tomaban la comida. Allí estaba, en el equivalente de lo que sería un simple restaurante neoyorquino, y la comida era digna de un *bistró* de cuatro estrellas del Village. El pan, deliciosamente crujiente, estaba recién hecho, la mantequilla dejaba en el paladar un sabor tan dulce como su textura, el jamón no tenía grasa, y había sido cortado en finas lonchas perfectamente ahumadas, y las patatas estaban cortadas a mano, mostrando un exquisito color dorado. Era absurdo sorprenderse de la conducta altanera del camarero; tenía todo el derecho de comportarse así. Acababa de servir el sándwich perfecto a un par de individuos acostumbrados a llamar de ese modo a algo de color rosa deslizado entre dos rebanadas de pan de molde salpicadas de unas tiras de celulosa verde que debían pasar por lechuga.

Holliday bajó la vista a la larga calle de tres carriles que se abría a su izquierda. Según la placa que se leía en la fachada de la floristería, al otro lado del café, aquella era la avenida Foch. A lo mejor algún promotor inmobiliario la había bautizado con aquel nombre cien años atrás, esperando que la confundieran con la mucho más prestigiosa avenida Foch que pasaba por el Arco del Triunfo, en el lado opuesto de la ciudad.

La avenida Foch en la que Holliday y Peggy se hallaban parecía sin embargo un lugar tranquilo para la vida cotidiana de una familia de clase media: los árboles estaban pulcramente acicalados, y las irreprochables líneas de los edificios de apartamentos, lejanamente similares al estilo eduardiano, se unían en sus extremos para formar una sólida manzana, protegida por una verja de hierro forjado que algún aplicado conserje mantenía bien pintada y conservada. Aquí y allá, a todo lo largo de la hilera de edificios, Holliday distinguía junto a las puertas unas brillantes placas de acero en las que discretamente se anunciaban doctores, dentistas y quizá incluso abogados.

Cinco puertas más allá, en el otro lado de la calle, se estaba desarrollando un drama doméstico que enseguida capturó la atención de Holliday. Un individuo de



unos treinta años se debatía en cargar un Peugeot Partner azul pálido, una compacta furgoneta que parecía salida de un dibujo animado. El maletero estaba lleno hasta los topes, y el hombre estaba maniobrando a duras penas en la baca, construyendo una precaria pila de cajas de cartón y maletas.

Vestía un pantalón de franela gris y una camisa blanca, pero la camisa estaba remangada y no llevaba corbata. Los zapatos, en realidad un par de sandalias, dejaban asomar los dedos de los pies; aquel tipo se disponía a irse de vacaciones. La puerta principal del edificio se abrió y apareció una preciosa mujer de cabello oscuro con tres niñas pequeñas, todas ellas colocadas en fila. Dos de las niñas llevaban sus propias maletas, mientras que la más pequeña tenía un bolsito de viaje rosa colgado de las asas de un cochecito de muñeca.

El cochecito provocó una breve discusión que, a su vez, suscitó las lágrimas de la más pequeña de las tres niñas. Un momento después, la segunda en edad comenzó a llorar también, mientras que la mayor, una niña de unos doce años, se limitaba a mirar aburrida aquella escena que debía resultarle terriblemente familiar. Finalmente, el hombre del pantalón gris se dio cuenta de que eran cuatro contra uno y, rindiéndose a la evidencia, colocó el cochecito en la baca. La pequeña decidió, sin embargo, alargar el melodrama y salió disparada hacia la puerta del edificio de apartamentos, llorando a lágrima viva. El agudo ladrido de sargento que le lanzó su madre fue suficiente para detenerla en seco.

—*Marie-Claire Allard! Viens ici im-med-i-ate-ment!*

La pequeña sopesó la situación por un momento. Su madre dio una patada en el suelo. Marie-Claire comprendió que seguir resistiéndose era inútil. Con la cabeza gacha, la pequeña caminó pesarosa por el arcén y se subió a la furgoneta, seguida por sus dos hermanas. La madre se subió al asiento del copiloto, el hombre se sentó tras el volante, el Peugeot se alejó del arcén y todos ellos se dirigieron hacia el este, lejos de la ciudad.

—Padres —murmuró Peggy, que también había estado observando la escena. Se metió la última *pomme frite* del plato en la boca—. Sin *ketchup* —dijo con voz lastimera—. Típico.

—¿Has acabado? —preguntó Holliday.

—Sí —respondió Peggy—. ¿Ya se te ha ocurrido algo?

—Y tanto —asintió Holliday—. La pequeña Marie-Claire Allard me acaba de dar una idea.

Pagaron la cuenta, luego cruzaron la avenida Foch y bajaron la calle hasta el número diez. Traspusieron la puerta principal y entraron en un vestíbulo de azulejos de mármol. En un telefonillo aparecían los nombres de los titulares de cada apartamento. Los repasaron atentamente una y otra vez, pero no había ningún Allard a la vista.

Holliday escuchó un débil crujido. La brisa mecía suavemente una puerta en la que no habían reparado, situada al final del pasillo. Tenía engastado un panel de

cristal esmerilado, al otro lado del cual vio Holliday un cuadrado de lo que parecía luz natural. ¿Habría allí un patio? Avanzaron por el pasillo, y Holliday abrió la puerta.

Salieron a un breve sendero de losas que jalonaban un diminuto jardín, el cual conducía a la puerta principal de una casa de piedra de dos plantas con una techumbre de tejas rojas. Lo más probable era que, en otro tiempo, la casa hubiera sido el número diez original de la avenida Foch, pero el transcurso de los años la habría ido encorsetando en aquel imponente cañón de apartamentos.

Avanzaron por el sendero hasta la puerta. Era de roble oscuro, profusamente labrada con cuadrados decorativos. La cerradura era muy vieja, y lo bastante grande para meter en ella el dedo índice. Holliday pensó en lo sencillo que sería saltar aquella cerradura con una alcayata. Sin embargo, decidió alargar el brazo y tantear el dintel de la puerta. Cogió una enorme llave de hierro y la metió en la cerradura. Giró la llave y la puerta se abrió. Ambos entraron en la casa.

La casa era todo lo opuesto del hotel de la *rue* Latran. A la izquierda había una enorme librería de paneles de madera, además de una chimenea, un antiguo globo terráqueo con ruedas y una enorme televisión de plasma alojada entre los libros. Había un sofá de cuero, dos sillas de cuero que se antojaban visiblemente cómodas y un voluminoso escritorio de madera de roble que hacía juego con la puerta principal.

Una hilera de ventanas cerradas asomaban a un pequeño jardín y a una vieja fachada de piedra. La tarde daba ya sus últimos estertores sobre la ciudad. El sol se colaba por los listones de la persiana, ensartando con su luz de peltre la alfombra persa, de color verde oscuro, que se extendía en el suelo. Un rápido vistazo a los papeles del escritorio delataban que aquel lugar era propiedad de Pierre Allard, profesor de Filosofía en la Universidad de Vincennes, y su esposa, la doctora Allard, ortodoncista.

A la derecha de la puerta principal, y ya en la parte de atrás de la casa, se abría un salón comedor de gran tamaño con una cocina de diseño moderno. En el piso de arriba había cuatro dormitorios, los tres pequeños para las niñas y el más grande para el matrimonio Allard. Holliday y Peggy ni siquiera se entretuvieron en darse las buenas noches. Holliday escogió la habitación tomada por un ejército de muñecas Barbie y Peggy eligió la que tenía pósters de Coldplay en las paredes. Ambos se quedaron dormidos en cuestión de minutos.

SE despertaron a la mañana siguiente, mucho más despejados pero también, inevitablemente, un tanto desorientados. Holliday abrió los ojos y vio una repisa llena de espigadas y ostentosas Barbies que le observaban con su diplomática sonrisa en los labios, y Peggy tuvo que enfundarse los pantalones bajo la torva mirada a lo James Dean del marido de Gwyneth Paltrow, Chris Martin. Una vez vestidos, se encontraron en la biblioteca. Holliday estaba viendo la tele en la enorme pantalla de plasma mientras tomaba un café.

—Hay café en ese pequeño cazo del velador, pero no hay leche —le explicó a Peggy—. *Madame Allard* limpió el frigorífico antes de salir.

—¿Salimos en las noticias? —preguntó Peggy.

—No he visto nada en la TF1 ni en Canal Plus. Tampoco en Sky News ni en la CNN.

—Quizá no hayan encontrado el cuerpo.

—Quizá —dijo Holliday—. O quizá la *Sûreté* se limitó a dar una orden a los servicios informativos.

Peggy se sirvió una taza de café y después regresó a la biblioteca, donde se acomodó en una de las enormes sillas de cuero con los ojos fijos en la televisión. En ese momento se estaba emitiendo un anuncio de la serie *Perdidos*, donde los actores hablaban doblados al francés.

—Puede que hubiera sido mejor idea habernos largado echando chispas de la ciudad —dijo Peggy—. Quizá ahora no podamos hacerlo. Y tarde o temprano, los Allard volverán de sus vacaciones. —La expresión de Peggy se agrió—. Me siento un poco como Ricitos de Oro.

—Tranquila, que al menos durante un tiempo los oseznos no vendrán a probar su cena —replicó Holliday—. Con las cosas que habían metido en la furgoneta podrían pasarse fuera un año, si quisieran. —Sonrió—. Por no mencionar el hecho de que no hay comida en la casa; a los franceses no parece que les gusten las conservas o la *pizza* congelada.

—A mí no me vendría mal tomarme otro de esos *sandwich jambon* —dijo Peggy—. Estoy famélica.

Cerraron la casa con llave y volvieron a La Tourelle. Eran las nueve, y las calles estaban atestadas de tráfico. Se sentaron en la misma mesa del día anterior, y el mismo envarado camarero apareció con los menús. Peggy pidió una tortilla vegetal, y Holliday se decantó por jamón con huevos. Ambos pidieron una nueva taza de café. Una vez más, la comida estaba buenísima, en proporción directa a lo hosco que se mostraba el servicio.

—Tenemos que ir a La Rochelle —dijo Holliday—. Pero si la policía está tras nuestra pista, ya habrán puesto el aeropuerto bajo vigilancia, así como las estaciones de tren.

—Podríamos alquilar un coche —sugirió Peggy.

—Si saben quiénes somos, estarán rastreando también las agencias de alquiler de coches.

—Tiene que haber otro método —dijo Peggy—. No podemos quedarnos en casa de los Allard para siempre.

Tomaron su desayuno y el café. El camarero no parecía dispuesto a rellenarles las tazas. Peggy observó los coches aparcados y la lentitud del tráfico que congestionaba la avenida Foch.

—¿Miraste por casualidad la dirección de la consulta de la señora Allard? —preguntó Peggy, pensativa.

—Avenida Victor Hugo. Un número bajo, creo. Me parece que el seis.

—Eso está a una manzana del Arco del Triunfo —reflexionó Peggy.

—¿Y?

—Piénsalo —dijo Peggy—. Los Allard tienen una furgoneta. ¿Por qué?

—Porque tienen tres hijas y una casa en el campo.

—Casi seguro que el colegio al que van las niñas está en las proximidades. La Universidad de Vincennes se encuentra a unos dos kilómetros, en Saint-Denis. Probablemente la facultad disponga allí de un centro de atención diurno.

—Repito: ¿y?

—Eso significaría que es el señor Allard, el joven profesor, quien se encarga de llevarlas al colegio en la furgoneta. Y no me imagino yo a la doctora Allard acudiendo a trabajar en metro con la pequeña y sudorosa burguesía, si puede permitirse el lujo de tener una consulta dental junto a los mismísimos Campos Elíseos.

—¿Crees que tienen otro coche?

—Casi seguro que sí —dijo Peggy—. El de ella.

Holliday se limitó a observar la calle. Había coches aparcados a ambos lados, y media docena de callejuelas laterales en las proximidades.

—¿Cómo vamos a encontrarlo? Hay cientos de coches en el vecindario.

—No ves suficiente televisión, Doc. Ya te lo dije: bienvenido a la era digital.

Acabaron el desayuno y regresaron a la casa de piedra de la familia Allard. Peggy encontró las llaves allí donde cualquiera hubiera esperado encontrarlas: en el platito de caramelos que había en una mesilla junto a la puerta. Las llaves, probablemente pertenecientes a un Mercedes, a juzgar por el emblema del llavero, tenían un abridor de puertas electrónico. Diez minutos después, pulsando su botoncito rojo cada pocos pasos, encontraron el coche de la dentista en la esquina con la calle Cart.

—¿No es genial? —dijo Peggy, con cierta incredulidad en la mirada.

Aparcado en el arcén había un Mercedes Clase S nuevo de color verde oscuro, o

lo que era lo mismo, ochenta mil dólares sobre cuatro ruedas. Menos de una hora después, avituallados con un refrigerador de poliestireno hasta los topes de comida y bebida para las cinco horas que suponía el trayecto a La Rochelle, salieron de la ciudad, viajando al suroeste en dirección al golfo de Vizcaya.

Se dirigieron a Versalles, luego procedieron hacia Chartres, en el sur, y luego siguieron por Tours, recorriendo todo el valle del Loira. Se detuvieron a las afueras de Tours para hacer un pequeño pícnic junto a las amables orillas del río Cher; después se dirigieron a Poitiers y por fin a la ciudad portuaria de La Rochelle, adonde llegaron a las quince treinta de la tarde.

En sus orígenes, allá por el año mil, la ciudad de La Rochelle había sido un pueblecito de pescadores, de modo que edificaciones recientes como la Universidad de La Rochelle solo podían discordar con tan bucólico entorno. Fundado en 1993, el campus era tan excesivamente moderno como solo podían serlo sus propios estudiantes. La facultad más grande era la de Periodismo, la cual, por su parte, tenía un acuerdo de intercambios con media docena de instituciones, entre ellas la Universidad del Estado de Nueva York. Se hallaba emplazada en la parte sur de la ciudad, cerca del agua y a un tiro de piedra de Minimes, que en el pasado había sido un puerto de pesca pero que el municipio había acabado reconvirtiendo en un inmenso puerto deportivo.

El despacho de la doctora Valerie Duroc se hallaba en el edificio de Humanidades de la universidad, concretamente en el piso superior. La oficina era austera al extremo. Un escritorio de metal, unas librerías de metal, unos armarios de metal para almacenar documentos, y una fotografía enmarcada de una playa anónima, con palmeras y un atardecer típicamente costero que igual podía corresponder a las islas Seicheles o a San Diego, eran todo lo que el visitante podía encontrar en ella.

Duroc era una mujer de sesenta años que parecía una versión ligeramente descarnada de Lauren Bacall, pues al menos la voz que brotaba de sus labios era idéntica a la de la estrella americana: una garganta arrasada por el tabaco sobre una dorada ambuesta de miel. Tenía unos ojos enormes, similares a los de Bette Davies, unos pómulos bien esculpidos y una cabellera gris enmarañada, cortada a lo paje, aunque más bien parecía como si el corte se lo hubiera hecho ella misma, si bien probablemente le había costado una fortuna. Vestía una blusa de seda color burdeos, una falda de pliegues y unos zapatos Arche lisos, de talón abierto. Fumaba Gitanes Brunos sin filtro; no eran tan apuestos como los Boyards de Bernheim, pero casi.

Ambos se presentaron y dieron el nombre de Maurice Bernheim como el de la persona que les enviaba, y luego repitieron su historia, dejando al margen el creciente número de cadáveres que la jalonaban, el policía muerto en cierta cochambrosa pensión de París, a Axel Kellerman y su difunto padre, la ocupación de la casa de los Allard y el robo de su carísimo Mercedes. Con tales omisiones, la historia incluso cobraba cierto aire de normalidad.

Duroc encendió un cigarrillo con un delicado encendedor de oro y luego cerró la

tapa. Metió el encendedor en el paquete azul y blanco de Gitanes y, lentamente, dejó escapar dos errantes volutas de humo por las ensanchadas aletas nasales de su nariz patricia.

—Me temo que la Red ha dado pie a mitologías bastante mezquinas acerca de hombres como Roger de Flor —comenzó—. Uno puede usar Google como si se tratase del teclado de un piano y componer sinfonías enteras de absurdas conspiraciones. —Su voz tenía ese acento sin inflexiones de la gente del medio Atlántico que hablaba inglés desde siempre como segundo idioma. Holliday apostaba que incluso en algún momento de su vida había impartido clases en alguna universidad americana.

»Pero lo cierto es que Roger de Flor no era más que un mercader de vinos de origen alemán. No era un caballero templario, no era un héroe, y no era un guerrero de Dios que había sacado el Santo Grial de Jerusalén. Era, simple y llanamente, un hombre de negocios».

—¿Pero existió?

—Por supuesto —dijo Duroc—. Los archivos del Puerto de la Rochelle así lo confirman. Los archivos de mi propia familia, también.

—¿Su familia? —preguntó Peggy, intrigada.

—La *famille* Duroc ha vivido en La Rochelle desde el siglo XII —dijo, con un temblor de orgullo en la voz—. Somos una de las familias más antiguas de la Aquitania. —Como para puntualizar aquello, soltó otro penacho de humo.

Escuchándola hablar, y mirando su rostro aristocrático, Holliday podía comprender los motivos para que hubiera tenido lugar la Revolución Francesa y el auge de ese pequeño don nadie de Córcega llamado Napoleón Bonaparte. Había en aquella mujer una arrogancia impostada que se remontaba a cientos de años atrás.

—En sus orígenes, el apellido familiar era «de la Rochelle», pero con el paso de los siglos se abrevió a un simple «Duroc» —continuó la profesora.

Holliday no pudo resistirse.

—¿Mercaderes de vino también, como De Flor?

—No, herederos del ducado de Aquitania —respondió Valerie Duroc, un tanto rígida—. Entre mis ancestros se encuentran Eduardo Brazo de Hierro y Ricardo Corazón de León.

—Cruzados, supongo.

—Por supuesto. Uno de mis antepasados era Guillermo el Piadoso.

—¿Alquilaban naves de la flota mercantil que poseía De Flor?

—Claro. Por entonces, De Flor era el mercader de vinos más famoso de Francia. Incluso contaba con un decreto real para exportar vino a Inglaterra.

—De modo que hay una relación entre ambas familias.

—Una relación puramente mercantil. Dudo que alguien pudiera transportar algo en aquella época sin tener una relación directa o indirecta con Roger de Flor.

Duroc miró su reloj.

—Son casi las cuatro —dijo la mujer, sonriendo—. Hora del café. ¿Les importaría a usted y a la señorita Blackstock acompañarme?

Cruzaron el campus, prácticamente desierto a aquellas horas, y los nuevos complejos arquitectónicos que rodeaban *Le Lac de la Sole* hasta un restaurante que asomaba al puerto marítimo de los Minimes llamado Les Soeurs Dogan. Encontraron una mesa libre en el patio y se sentaron a ella. Duroc encendió otro cigarrillo. Pidió un anís de regaliz mezclado con agua. Aquello no era exactamente una pausa para el café. Holliday y Peggy pidieron una cerveza.

Bañados por el brillante sol de la tarde, miraron el bosque de mástiles del puerto marítimo y los antiguos rompeolas de piedra del *vieux port*, y más allá el golfo de Vizcaya, que despuntaba a lo lejos, en el mar abierto. Las gaviotas volaban en círculos, emitiendo sus desagradables graznidos. La brisa hacía zumbir las tensas cuerdas de los veleros, bajo los cuales vibraba el firme latido del azote del mar.

No era difícil imaginar aquel lugar mil años atrás, una vez se borraban de aquella vista los imponentes veleros: el puerto se encontraría lleno de carabelas de vela latina, galeras de múltiples remos, y las achaparradas pero resistentes naos, ya preparadas para zarpar. Algunas naves partirían a Inglaterra, otras a Lisboa, otras a Gibraltar, y otras, finalmente, a Tierra Santa. Tamaña flota hubiera dado muchísimo poder a un hombre. Y todo un duque de Aquitania que a su vez fuera templario, asociado con un individuo tal, hubiera representado una enorme amenaza para la Iglesia Católica. Las cosas empezaban a encajar.

—¿Qué le sucedió a De Flor?

—Fue asesinado en Turquía en 1305 —dijo Duroc, tomando un sorbo de su lechosa bebida color banana.

—¿Por orden de quién?

—Hay quien dice que por orden de Miguel IX Paleólogo, el joven emperador de Anatolia. Otros, sin embargo, responsabilizan al papa Clemente V.

Clemente era obispo de Poitiers, lo que incluía La Rochelle, y también era el hombre que dos años después, en 1307, ordenaría el arresto y ejecución de los templarios: un viejo mango con nuevas puás para barrer la escoria, y también para rescatar de la bancarrota a Felipe IV, rey de Francia, que había endeudado las arcas del país a causa de las vastas peticiones económicas que había hecho a los bancos templarios. Un círculo cerrado.

—Por la forma en que lo dice, parece que al papa Clemente no le gustaba mucho De Flor —comentó Peggy.

—Por entonces los templarios habían adquirido demasiado poder y no menos riqueza, lo que no les ayudaba a pasar desapercibidos, precisamente —respondió Valerie Duroc—. Para el Santo Oficio, la idea de disolverlos resultaba de lo más atractiva.

—¿Por Santo Oficio se refiere a algo parecido a la Inquisición Española? —quiso saber Peggy—. ¿Quemar a gente en las hogueras? ¿Esa clase de cosas?

—Solo en parte —respondió Duroc—. La Inquisición era mucho más que eso. A efectos prácticos, era la CIA de la Iglesia Católica, y entre sus objetivos no solo se contaba buscar herejes entre el público general, sino también disidentes en el seno de la propia Iglesia. —Sacudió la cabeza—. Si hay algo que la Iglesia Católica aborrece es el cambio.

—¿La CIA? —se asombró Holliday—. ¿No es llevar las cosas un poco lejos?

—En absoluto —dijo Duroc—. De hecho, los dominicos, que se hacían llamar a sí mismos «Sabuesos de Dios», tenían espías infiltrados en otras órdenes. Incluso desde la época de los Borgia se sabía de grupos de asesinos cuyo objetivo eran los papas de Roma; durante el Renacimiento, el crimen religioso se convirtió en una de las Bellas Artes. En fechas más modernas saltó a la fama una institución conocida como *Sodalitium Pianum*, la Hermandad de los Píos, una organización dentro del Vaticano que buscaba oficiales dentro de la Iglesia para la enseñanza de las llamadas «doctrinas malditas».

»En Francia, el grupo era conocido con el oscuro nombre de *La Sapinière*, o Abetal, y disponía de un centro muy similar a la escuela de entrenamiento llamada “La Granja” que la CIA tiene en Maryland. Fue una organización parecida la que planeó y orquestó la huida de los oficiales de las SS a través de la ruta de las ratas de Roma, y canalizó el dinero de la banca vaticana para algunas oscuras operaciones durante los años setenta. —Duroc hizo una pausa—. Oh, no, *monsieur* Holliday, las redes de inteligencia de la Santa Sede gozan de muy buena salud».

Lo que explicaba la presencia de un cura asesino en Jerusalén, pero no el motivo por el que estaba allí. ¿Cuál era el secreto de la espada templaria como para suscitar el interés del Vaticano mil años después? Axel Kellerman podía haber estado detrás de un botín de guerra y del legado de su padre, pero la Iglesia Católica Romana tenía más dinero del que alcanzaría nunca a gastar.

Sin dinero no hay poder.

—¿Qué opina de lo que sugirió el profesor Bernheim acerca de la cueva de San Emilio? —preguntó Peggy—. ¿Merece la pena ir a ver?

—Tonterías —dijo Valerie Duroc, aplastando su cigarrillo—. San Emilio está a casi doscientos kilómetros de aquí. Durante la Edad Media, aquello representaba al menos una semana de viaje. Las cuevas del ermitaño san Emilio han recibido un constante flujo de peregrinos desde el siglo VIII, y sus galerías solo han servido para almacenar vino durante al menos la misma cantidad de tiempo. Es difícil imaginar un lugar peor para esconder un tesoro. —Rio.

»Maurice tiene una imaginación muy despierta; hubiera sido un maravilloso abogado, pero un pésimo científico. Tiende a acomodar los hechos a las hipótesis, en lugar de esperar que suceda lo contrario. —Sacudió nuevamente la cabeza—. No, *monsieur* Holliday, me temo que la búsqueda que ha emprendido del tesoro mítico de Roger de Flor termina aquí, en La Rochelle».

Holliday dedicó una mirada al puerto marítimo mientras daba un sorbo a su



cerveza. Valerie Duroc encendió otro cigarrillo y se reclinó en su silla. Peggy parecía hundida. Un enorme yate pasó lentamente ante ellos, haciendo vibrar sus grandes motores a plena potencia. Dos mujeres increíblemente hermosas descansaban en la cubierta de popa vestidas tan solo con sus bikinis. El nombre que había en el espejo de popa resaltaba en dorado sobre negro:

LA ROCHA  
PONTA DELGADA

—La Rocha —murmuró para sí.

—¿Perdón? —dijo Duroc.

—Ese nombre: La Rocha.

—Portugués —replicó la profesora francesa—. El mismo que el mío, a decir verdad. Significa «La roca».

—¿Dónde está Ponta Delgada? —preguntó Holliday, mirando cómo el yate abandonaba la entrada del rompeolas.

—En la isla de San Miguel, en las Azores —dijo Duroc—. Es el apeadero principal de los barcos que cruzan el Atlántico.

—¿No es cierto que los templarios se asentaron en las Azores tras su disolución? —preguntó Holliday, recordando vagamente algo que había leído al respecto.

—Se exiliaron en Portugal y se hicieron llamar los Caballeros de Cristo. Las naves que Colón empleó para cruzar el Atlántico llevaban la cruz de la Orden de Santiago en sus velas.

—Y ese de Flor, ¿no podría haber alcanzado las Azores con su flota, o al menos con una sola nave?

—Sin duda —dijo Duroc—. Con toda facilidad.

CONDUJERON el enorme Mercedes hacia el sur, siguiendo la larga curva violeta del golfo de Vizcaya. Respingaban un poco cada vez que veían uno de los Subaru azul de la Gendarmerie Nationale pasar por su lado a toda velocidad, pero viajaron sin incidentes hasta el País Vasco y las escarpadas montañas costeras del Pirineo Atlántico, y cruzaron la frontera con Hendaya sin apenas novedad. El único indicio visible de que habían dejado un país por otro era el cambio en las señales indicadoras de la autopista: del blanco y azul al negro sobre blanco.

Atrás quedaban los días de las alambradas de espinos, en que los matones de Franco husmeaban con sus metralletas en tu equipaje; ahora solo había una señal de Eurostar dando la bienvenida en sus optimistas colores azul y dorado, y alguna que otra cabina de información turística en diversos idiomas y dialectos.

Condujeron por Navarra, el país del vino, en dirección oeste, y atravesaron las llanuras de la vieja Castilla; surcaron las planicies de Salamanca y los viejos campos de batalla de los que Holliday había leído fervientemente en las adictivas novelas de Bernard Cornwell protagonizadas por Sharpe; cruzaron la frontera con Portugal casi inadvertidamente, sin la fanfarria que les había acompañado al cruzar la frontera con España, y siguieron su viaje hacia el sur a través de la vieja capital de Coimbra, momento en el cual decidieron desviarse para tomar la carretera de peaje que llevaba a Lisboa. El viaje completo les llevó dos días, y en todo ese tiempo no tuvieron la menor sospecha de que estuvieran siendo perseguidos por la policía ni por nadie.

En Lisboa compraron dos billetes de avión de la compañía SATA con destino a las Azores y partieron del aeropuerto de Portela al día siguiente. La tarde anterior, Holliday había adquirido en el hotel una guía Bradt sobre las Azores, y desde ese momento no había dejado de leerla.

—Reconozcámoslo: todo esto puede ser una completa pérdida de tiempo —dijo Peggy. El Airbus A310 había alcanzado la altitud de crucero y volaban ya sobre el Atlántico; el continente europeo se perdía más abajo, tras ellos—. A todos los efectos, el abuelo bien podía haber estado persiguiendo gamusinos. —Se encogió de hombros—. Quizá esa Duroc esté en lo cierto y la búsqueda terminase en La Rochelle.

—No creo que Henry Granger persiguiese un gamusino en toda su vida —respondió Holliday—. Y desde luego perseguir sombras no formaba parte de su naturaleza. Era un historiador; recopilaba los hechos, comprobaba las fuentes, iniciaba la investigación pertinente, desarrollaba las hipótesis y, finalmente, construía sus teorías.

—En otras palabras, actuaba como Dios manda.

—Así es —asintió Holliday.

—Pero nada de esto tiene sentido —discutió Peggy—. Durante décadas estuvo en posesión de la espada y jamás decidió sacarla a la luz. Y va entonces y se pone en contacto con Carr-Harris y, sin dudarle un momento, se marcha a Inglaterra.

—Y luego a Alemania —añadió Holliday.

—Asumamos que eso significa Kellerman —dijo Peggy—. ¿Qué le entró entonces, después de tantos años?

—Quizá no hiciera todo aquello en su propio interés —dijo Holliday—. Quizá la razón de sus actos haya que buscarla en las motivaciones de alguien que no era él.

—¿Como Broadbent?

—¿El abogado? —dijo Holliday. Se encogió de hombros—. Creo que Broadbent llega tarde a esta historia, y solo para ejercer un papelito como simple sicario. Es evidente que la gente de Kellerman lo utilizó. La historia que nos contó acerca de su padre era totalmente falsa. Lo que buscaba era información.

—¿Crees entonces que Kellerman está detrás de esto? —preguntó Peggy.

—O él, o esa *Sodalitium Pianum*, o como Duroc llamara a esa brigada de asesinos del Vaticano.

—¿La crees? —dijo Peggy, no sin cierto escepticismo—. ¿Y no te parece que estamos pisando el mismo territorio de esos flipados que se ponen un gorrito de papel de aluminio en la cabeza para evitar el ataque de los rayos cósmicos?

La azafata llegó con un carrito repleto de sándwiches de queso envueltos en plástico y latas de Fanta Naranja. Cogieron uno de cada. El queso sabía a algo que uno hubiera utilizado como plantilla para zapatos. Su sabor no se parecía ni de lejos al de los sándwiches de La Tourelle, el pequeño café parisino.

—¿Sabías que la Fanta fue inventada en la Alemania nazi por un químico de Atlanta para sustituir a la Coca-Cola? —dijo Holliday—. Está hecha de sacarina, restos de las manzanas que quedan en los lagares y cuajada de queso.

—¿Y me lo tienes que decir ahora? —preguntó Peggy, mirando con el ceño fruncido la lata que sostenía en la mano.

—Es para demostrarte que a veces la realidad es más extraña que la ficción —explicó—. Los Borgia existieron, y algunos de ellos eran auténticos asesinos, como bien dijo Duroc.

—¿Pero sociedades secretas, Doc? Vamos, venga ya...

—¿Por qué no? —dijo Holliday—. En realidad, una sociedad secreta no es más que una red de contactos a una escala no visible, como la Mafia, como la familia Bush y la sociedad Skull and Bones de Yale. Ponlo en el debido contexto y tendrás algo que la mismísima Oprah Winfrey aprobaría.

—Dudo mucho que un sacerdote muerto en una calle de Jerusalén entre en la lista de lo que Oprah recomienda para las vacaciones de verano —dijo Peggy con cierta sorna.

—Tienes razón, pero lo que Duroc nos contó acerca de la *Sodalitium Pianum* o *La Sapinière* son totalmente ciertas. Y lo que tampoco admite discusión alguna es que

a ese sacerdote lo enviaron para matarnos. Era un asesino. Incluso los portugueses tienen sociedades secretas: la *Carbonária* era un grupo militar de francmasones responsables del asesinato del rey Carlos I a principios del siglo XIX.

—¿Otra lección de historia, Doc? —le advirtió Peggy.

—Lo siento. —Tomó un sorbo de Fanta, pero aquello le trajo a la mente una extraña visión de nazis y cuajada de queso, y dejó la lata en la mesita plegable.

—Las islas Azores están demasiado lejos como para ir allí basándonos únicamente en el nombre que viste en la popa de un barco —dijo Peggy, contemplando a través de la ventanilla la horda de algodonosas nubes que rielaban a toda vela, junto al costado del avión.

—No es solo eso —respondió Holliday—. Estoy haciendo las cosas del modo en que las hubiera hecho el tío Henry. Intento que la hipótesis se ciña a los hechos, no al contrario. Cuando obtienes suficientes hechos como para que juntos supongan una prueba abrumadora, es cuando vas de la hipótesis a la teoría, y el único modo de demostrar una teoría es...

—Encontrando el tesoro que Roger de Flor se llevó del castillo Pelerin —completó Peggy.

—Razón por la cual nos dirigimos a las Azores —replicó Holliday.

—¿Y tienes ya suficientes hechos para demostrar esa hipótesis? —preguntó Peggy.

—Lo que sí tengo es un montón de suposiciones, cuando menos.

—Supón entonces. —Peggy sonrió.

—Supón que eres un pirata. ¿Dónde enterrarías un tesoro?

—En una isla desierta.

—Exacto. Lo que no harías sería enterrarlo en la cueva de un ermitaño francés o en un puerto abarrotado como el de La Rochelle.

—¿Pero por qué no dejarlo en el castillo Pelerin? —argumentó Peggy.

—Porque, como sucedería con la propia Jerusalén, no podrías saber cuánto tiempo iba a pasar hasta que el lugar fuese tomado de nuevo por el impío infiel. Los piratas entierran sus tesoros para alejarlos de la rapiña, no por capricho.

—Pero quizá ese tesoro no sea más que un montón de arena. —Rebatió Peggy—. Como he dicho antes, ¿y si resulta que todo eso no es más que un mito?

—Quienes excavaron en la Montaña del Templo durante nueve años iban en busca de algo. Se dice que era el Arca de la Alianza, ¿pero quién sabe?

—Creo que todo el mundo ha intentado alguna vez desenterrar un tesoro —dijo Peggy—. Yo solía hacerlo en el patio trasero de la casa del abuelo, aunque lo que buscaba eran reliquias de los indios Cattaraugus. Jamás encontré siquiera una punta de flecha.

—El *tesoro* templario es una cosa. La *riqueza* templaria es otra muy distinta. Eran increíblemente ricos; eso es un hecho demostrado. Es también un hecho que liquidaron sus activos poco antes de su disolución. Esos activos tuvieron que acabar

en alguna parte. El dinero está en algún sitio.

—¿Y crees que está en las Azores?

—Encaja. Por una razón: son lo más parecido que hay a una isla desierta, y encima lo bastante próxima a La Rochelle como para resultar útil. El Atlas Catalán muestra algunas de sus islas en 1375, pero la colonización no comenzó realmente hasta unos cien años después. Según la guía que acabo de leer, Corvo, la más pequeña de las islas, no fue descubierta hasta mediados del siglo xv. Ni siquiera hoy día viven allí más de tres mil personas.

—Vale —asintió Peggy—. Nos quedamos con la isla desierta.

—¿Cómo? —rio Holliday—. ¿Estamos jugando al *Un, dos, tres*, o qué?

—Algo así —dijo Peggy—. Necesito más pruebas.

—Kellerman —respondió Holliday.

—¿Qué tiene que ver Kellerman con las Azores?

—La relación podría establecerse a través de un barco llamado MS *Schwabenland*. Operaba para la *Ahnenerbe* bajo órdenes de Himmler, y su misión consistía en encontrar pruebas en Sudamérica y la Antártida especialmente de lo que los nazis calificaban como ancestros arios. El barco ya estaba operativo en las Azores antes de la guerra, e incluso en ella, aun cuando Portugal era supuestamente un país neutral. Quizás uno de los tripulantes del *Schwabenland* se olió que había un tesoro templario en alguna parte de las Azores y la mitología creció a partir de ahí.

—Un poco pillado por los pelos, pero posible, supongo —dijo Peggy—. ¿Qué hay de los sicarios del Vaticano de los que habló Duroc?

—Quizá estaban ajustando viejas cuentas.

—Eso sí que está pillado por los pelos —protestó Peggy—. ¿No puedes hacerlo mejor?

—A bote pronto, diría que el objetivo es guardar un secreto. En fechas recientes, el Vaticano ha tenido muy mala prensa, y con un alemán en el trono papal resultan particularmente vulnerables a los viejos fantasmas relacionados con la Alemania nazi que alguien pueda desempolvar.

—¿Y ya está?

—Casi, salvo por lo más importante.

—¿Y qué es?

—Volvemos al tío Henry.

—¿Qué tiene que ver él ahora?

—Jamás en su vida comenzó nada sin terminarlo —dijo Holliday enfáticamente—. Todo cuanto hemos hecho hasta ahora ha sido por indicación suya. No fue por casualidad que dejó la espada donde sabía que la encontraríamos. Él *quería* que hiciésemos esto. Él lo planeó. Sabía que seguiríamos sus huellas sin que nos importase a dónde nos conducirían. —Holliday levantó la mano y contó con los dedos—: Inglaterra, Alemania, Italia, Jerusalén, Francia y ahora las Azores. Es el último eslabón de la cadena.

—Todavía sigo sin entender por qué esperó más de medio siglo para iniciar esta persecución insensata —dijo Peggy—. Si durante tanto tiempo el abuelo Henry sabía todo esto, creo que él mismo ya se habría dado la maña para encontrar el tesoro hace años.

—Lo sé —dijo Holliday—. Yo tampoco conozco el motivo.

Dos horas después, el avión aterrizó en el aeropuerto de Ponta Delgada de la isla de San Miguel. Era un islote pequeño, con menos de cincuenta mil habitantes, una ciudad de iglesias y hermosos edificios de los siglos XVII y XVIII que reflejaban el opulento pasado de las islas, su condición, siglos atrás, de escala principal para quien esperase alcanzar las riquezas del Nuevo Mundo. Ahora era en buena parte una ciudad condenada al consumo turístico.

Reservaron habitación en el Hotel do Colégio, emplazado en el centro de la ciudad, y, para contrarrestar el sándwich de queso y la Fanta que habían consumido en el avión, tomaron una sabrosa *bouillabaisse* de comida marina cuyos sabrosos trozos no lograron identificar. Luego se fueron a la cama, para encontrarse de nuevo en el bufet de desayuno a la mañana siguiente. Una vez más, el clima era excelente: cielos transparentes, un sol que resplandecía allá en lo alto y una fresca brisa marina procedente de la bahía.

—¿Y bien? ¿Cuál es el plan? —preguntó Peggy, procediendo a comer su segundo rollito de canela—. ¿Cogemos unas palas y nos ponemos a cavar en la playa?

—Debemos buscar en las cuevas —dijo Holliday. Dio un sorbo a su *chávena quente*: era café negro, muy fuerte—. Es lo único que tiene sentido.

—¿Hay cuevas en las Azores?

—Montones de ellas —contestó Holliday—. Las islas son todas volcánicas; hay canales de lava por todas partes.

—¿Y cómo vamos a saber donde buscar?

—Elemental —respondió Holliday—. La mayoría de las cuevas que hay aquí son conocidas en todo el mundo; de hecho, hace tiempo se celebró en esta misma ciudad un congreso de espeleólogos, según dice la guía.

—¿Ergo?

—Ergo, debemos buscar en las cuevas que nadie ha explorado antes, lo que significa ir a Corvo, la más pequeña de las islas y también la más remota. —Holliday sonrió—. Por no mencionar el hecho de que Corvo es más conocida como *Pequeno Rocha*, la «Pequeña Roca».

—¿Y cómo vamos a llegar a esa roquita?

—Podemos ir en avioneta, pero yo preferiría verla desde el mar, tal y como Roger de Flor tuvo que verla. Y para eso necesitamos un barco.

**L**AS Azores son un archipiélago volcánico compuesto principalmente por nueve islas, situado en el Atlántico Norte, a más de mil kilómetros de distancia de Lisboa y a unos mil ochocientos kilómetros de St. John, Terranova. Durante la época de las exploraciones al Nuevo Mundo, entre los siglos XV y XVII, las Azores representaban el apeadero perfecto para los barcos que se dirigían a las costas americanas o retornaban a Europa aprovechando el empuje de los vientos alisios, de componente oeste. En las islas hay tres importantes núcleos de población: Ponta Delgada, en la isla de San Miguel, Angra do Heroísmo, en la isla de Terceira, y Horta, en la isla de Faial. Desde hace cien años, las Azores han sufrido una intensa actividad volcánica.

La isla más occidental del grupo es Corvo, con sus apenas nueve kilómetros cuadrados de superficie. Uno de los pueblecitos de la isla, Vila Nova do Campo, cuenta con una población de aproximadamente trescientos habitantes. Corvo, conocida como «la Pequeña Roca», es esencialmente un cono volcánico, o «caldera», ya extinguido, cuyo medio de subsistencia principal procede de la agricultura. La isla discurre la mitad del día envuelta en la niebla, aunque prácticamente la totalidad del tiempo la caldera se mantiene oculta por estratos nubosos de alta densidad. La parte más al norte de la isla, azotada por el implacable Atlántico, la conforma un cerco de acantilados rodeados de espuma, que se elevan por las escarpadas laderas del viejo volcán.

Por lo demás, la isla acoge la infraestructura que cabe esperarse de un lugar con escasa densidad de población y un flujo turístico aún menor: una casa de huéspedes con siete habitaciones, un restaurante, un bar y una barbacoa al aire libre que comparte un pequeño pasto vallado con un variopinto y malhumorado rebaño de cabras. Corvo está a quince millas náuticas de Flores, su vecino más próximo, y a ciento treinta y cinco de Horta, el pueblo más cercano, al margen de su tamaño.

Durante la tarde del primer día que pasaron en las Azores, Holliday y Peggy tomaron el vuelo de conexión entre Ponta Delgada y Fial y procedieron a buscar un barco que les llevase a Corvo la mañana siguiente.

Horta resultó ser un pueblecito de quince mil habitantes, sinuoso de colinas, construido alrededor de dos pequeños golfos que hacen las veces de puerto, y a los que divide otro cráter volcánico. La isla ofrece como mayores reclamos turísticos un bar cuya televisión está permanentemente conectada a los canales deportivos, algún que otro restaurante, acogedor y decente, y las inevitables tiendas de artesanía, aparte del ocasional crucero de segunda siempre acurrucado en el regazo de un embarcadero de hormigón relativamente moderno, que dadas las estrecheces de la isla también ejerce de rompeolas.

El más destacado visitante de Horta fue Mark Twain, que permaneció allí por un breve espacio de tiempo durante las primeras etapas de su largo viaje a Jerusalén, en 1867. Nada más poner un pie en el pueblo, Twain se vio asaltado de inmediato por una multitud de niños mendigos que siguieron cada uno de sus pasos durante dos días. Nunca regresó a la isla.

El barco que Holliday y Peggy encontraron para su viaje resultó ser un viejo Chris-Craft 38' Commander de los sesenta, poseedor de un inquietante parecido con el andrajoso navío pilotado por Humphrey Bogart en la versión fílmica de la novela de Ernest Hemingway *Tener y no tener*. Olía a pescado y cerveza, necesitaba una mano de pintura y se llamaba *San Pedro*.

Su propietario y capitán era un tipo llamado Manuel Rivero Tavares. Tavares olía como el bote y parecía una de esas bolas que se utilizan para jugar a los bolos solo que dotada de una barba de dos días, si bien, a tenor de lo que de él les habían dicho en la isla, todo apuntaba a que era el mejor y más versado capitán de barcos de alquiler que podrían encontrar en Horta.

—¿Para qué quieren ir a Corvo? —preguntó Tavares—. Allí no hay comida, ni tampoco una discoteca en la que sirvan buena bebida y siquiera pongan a Michael Jackson. No hay nada de nada. Por no haber, no hay ni peces. —Según los tipos que bebían en el Peter's Sports Bar de la ciudad, el capitán Tavares era el mejor pescador de marlín imperial de todas las Azores.

—No buscamos comida ni discotecas, y tampoco escuchar a Michael Jackson —replicó Holliday—. Queremos ver la isla desde el oceáneo de la manera en que lo hacían los antiguos exploradores.

—Los antiguos exploradores están muertos —respondió filosóficamente el capitán Tavares—. Tan muertos como ese ojo que esconde detrás del parche, amigo.

—No lo dudo —dijo Holliday, sin apenas inmutarse ante la réplica del viejo marinero y las carcajadas de la concurrencia—. ¿Cuánta distancia hay hasta Corvo?

—Si no les gusta beber y no les gusta pensar, ¿para qué molestarse siquiera en hablar? Corvo está muy lejos. A unas ciento treinta y cinco millas náuticas. Siete u ocho horas para llegar allí, siete u ocho horas para volver aquí. Tiempo suficiente para que Penélope teja y desteja diez tapices con las hazañas de un mar en el que nunca pasa nada. —Hubo un murmullo generalizado ante las palabras del capitán, que no parecía demasiado contento con aquella negociación.

—Tampoco buscamos conversación —suspiró Holliday—. ¿Cuánto?

—A Manuel Tavares le gusta hablar —dijo el capitán, frunciendo el ceño.

—¿Cuánto?

—Mil euros.

—Quinientos.

—Setecientos cincuenta.

—Setecientos.

—¿Pagan ustedes la gasolina?



—Sí.

—¿La cerveza?

—Sí.

—Setecientos veinticinco. Y aunque sus resecos paladares de agua dulce no sepan apreciarlo, cocinaré para usted y su hermanita un buen guiso de pescado.

—Hecho.

Dos horas después, avituallados de comida y una caja de la cerveza favorita del capitán, Sagres Branca, la barcaza encendió motores y salió de puerto, virando en torno al largo rompeolas y haciendo luego un giro pronunciado en derredor de los restos del viejo volcán, para enseguida enfilar al oeste por la escarpada línea costera de la isla. Después de aquella complicada maniobra, torcieron un poco al norte para entrar en mar abierto, dirigiéndose hacia Corvo.

Peggy había cogido la guía Bradt de Holliday y se tendió a tomar el sol en la cubierta de proa, mientras Holliday se sentaba junto al capitán Tavares en el asiento del copiloto en el puente superior, más arriba de la cubierta principal del barco. El *San Pedro* mantenía una velocidad constante de dieciocho nudos, lo que le permitía abrirse paso fácilmente por el suave oleaje que topaba en su casco. El mar era azul oscuro, casi negro como el acero. Algunos petreles volaban en círculos o caían en picado a su estela, pero, salvo por aquellos pájaros, estaban solos en el océano.

Muy lejos, allá en el remoto horizonte, Holliday podía ver una avanzadilla de oscuras nubes cerniéndose sobre ellos. Se dirigían de cabeza a una tormenta. Se le ocurrió pensar que el clima había sido absolutamente prístino desde que salió de West Point. Lo más parecido a una climatología adversa que podía recordar era la niebla que envolvió su *ferry* al aproximarse a Friedrichshafen. Pero ahora, y a juzgar por el aspecto que mostraba el cielo, aquello iba a cambiar en cuestión de minutos.

—Se avecina una tormenta —comentó Holliday.

Tavares sacó la botella de cerveza de la nevera de poliestireno que tenía ante él y sorbió del gollete durante unos segundos. Emitió un leve eructo y dejó nuevamente la botella en el refrigerador.

—Todavía falta un buen rato —sentenció—. Manuel Tavares sabe de estas cosas. —Dio media vuelta y, tras darle a Holliday unos golpecitos en el parche con la punta de los dedos, sonrió—. Hágame caso, capitán Sparrow, no tiene de qué preocuparse. —Se rio de su propio chiste—. Ese Johnny Depp es un tío gracioso, ¿eh? —rio de nuevo—. ¿Qué clase de nombre es ese, Depp? ¿Sabe que en mi país significa «Descanse en paz»? ¡No me diga que no es para troncharse!

—¿Conoce Corvo? —preguntó Holliday, tratando de interrumpir el irritante monólogo del marino.

—¿Que si conozco Corvo? ¿Que si lo conozco? ¿Sabe lo que le dijo un huevo a otro huevo? ¡Me suena tu cara! —Tavares volvió a carcajearse de su propio chiste, hasta que la risa se vio bruscamente interrumpida por un acceso de tos—. ¡Por supuesto que conozco Corvo! ¡Nací allí! Corvo es un montón de cabezas de ganado,

grandes, marrones y gordas, con unas ubres tan hinchadas como una gaita escocesa. Paciendo en la hierba. Mirando al océano, mascando hierba. Esperando a dar leche. Eso es Corvo. Aunque, ahora que lo pienso, quizá también haya alguna cabra.

—¿No conocerá por casualidad alguna historia que relacione Corvo con el descubrimiento de un tesoro? —preguntó Holliday.

—¡Pues claro que sí! —asintió Tavares—. ¡*Moby Dick*!

—¿La ballena?

—No, el mono listado. ¡Pues claro que hablo de la ballena! En el libro se habla de Corvo, del coraje de sus hombres. Llamadme Ismael, ¿recuerda? Había una estatua, un hombre apuntaba con el dedo bien tieso hacia el oeste, a Boston, ¡la Virgen Santa! ¿Un ballenero? ¡Quién sabe! Había una estatua y una olla repleta de monedas de oro, muy antiguas. Fenicias, ¿sabe? No, ya veo que no lo sabía...

—Está de broma, ¿no? —dijo Holliday.

Fenicia era el nombre que antiguamente recibía la tierra de Canaán, y Holliday no tenía que esforzarse mucho para recordar que en los viejos cimientos del castillo Pelerin se había encontrado un tesoro de monedas fenicias. Era demasiada coincidencia. Los mitos se convertían en realidad, las leyendas en hechos, como Schliemann al descubrir Troya.

—¡No! ¡No! De verdad, ¡lo juro por Dios! Monedas. Las encontró un sacerdote llamado Gao o algo así, allá por el siglo xv, cuando las mujeres andaban todavía a cuatro patas. Ponta do Marco, ¡el auténtico límite del mundo! ¡Yo le llevaré allí!

*Que Dios te bendiga, tío Henry*, pensó Holliday. No sabía cómo, pero había tomado la decisión correcta; la odisea continuaba.

El clima empeoró a cada hora que pasaba. El oscuro manchurrón de nubes que ensombrecía el horizonte occidental se volvió un turbulento muro que presagiaba tormenta, cuya alisada parte inferior se asemejaba a un baqueteado yunque que obstaculizaba la visión del sol y del cielo azul. Peggy abandonó la cubierta, y después Holliday y por último el capitán bajaron del puente superior. Los tres se apiñaron en la protección del timón, mientras el feroz viento levantaba las olas en una jabonosa masa de valles y picos salpicados de espuma. El *San Pedro* continuó cortando el mar con su viejo casco de fibra de vidrio, que chocaba contra el cada vez más henchido oleaje siguiendo el rumbo que Manuel Rivero Tavares le había asignado.

Comenzó a llover. Caía una espesa cortina de agua, mientras la galerna bramaba sobre sus cabezas. Peggy decidió guarecerse en el interior del camarote delantero; Holliday, por su parte, permaneció con Tavares al timón.

—¿Cuánto va a durar? —gritó Holliday en el oído del capitán portugués.

—Por lo menos toda la noche, quizá más —respondió este—. No tiene sentido dirigirse a Corvo; será mejor atracar en el puerto de Flores, si no queremos arriesgarnos a servir de comida a los peces.

—Usted es el capitán —aceptó Holliday—. Lo que usted diga.

Tavares asintió e hizo girar el timón. Enfilaron un poco al oeste, lejos de su

destino. Una hora después, Flores apareció a la vista, y otra hora más tarde el *San Pedro* atracó en el pequeño puerto de Santa Cruz das Flores, un muelle de hormigón al abrigo de una recoleta villa acurrucada en las faldas de sus escarpadas colinas.

Las edificaciones de la villa tenían como denominador común la tosca piedra volcánica que las conformaba, un montón de piedras ennegrecidas unidas entre sí por medio de la argamasa, y coronadas con las tejas de terracota típicas del estilo portugués. Encontraron un restaurante en la plaza del pueblo y tomaron una succulenta comida: pulpo al vino, estofado de conejo y pan recién hecho con mantequilla de lechería.

Tras la comida, Tavares desapareció por unos minutos, para regresar con un anciano al que presentó como el doctor Emilio Silva. El doctor Silva llevaba unas enormes botas de goma y un chubasquero transparente, que dejaba ver lo que parecía ser un anticuado uniforme militar.

Fumaba una larga y humeante pipa de barro, y, si no había cumplido ya los cien años, al menos el arrugado mapa que formaba su rostro sí hablaba de una larga y ardua existencia. Sus ojos, sin embargo, eran limpios y transparentes, y cuando hablaba su voz, aunque tan tenue y desgarrada como su cara, era firme y coherente. Según Tavares, el doctor había vivido en las islas todas su vida, y nada ni nadie que él ignorase merecía la pena conocer.

Contó la historia de la estatua y las monedas, para lo cual Tavares ejerció de traductor. El nombre del descubridor de aquel tesoro era Damien de Goes, no Gao, como Tavares había supuesto, y la estatua era la de un morisco de cabeza descubierta, posiblemente negro o al menos de tez morena, que llevaba una capa y cabalgaba un caballo, y mantenía el brazo derecho levantado señalando al oeste. A sus pies tenía un caldero o una besuguera que contenía un tesoro escondido, compuesto por cinco monedas de bronce y dos de oro procedentes de Cirene, en el norte de África, y de la colonia fenicia de Cartago, hoy la moderna Túnez. Aquello, sospechosamente, reunía demasiados detalles como para ser un mito o uno de esos cuentos que narraban las viejas al amor de la hoguera.

Mientras el viejo contaba la historia, Holliday recordó un viejo mapa que en cierta ocasión había visto en un museo, dibujado por los hermanos Pizzigano, un equipo de cartógrafos que trabajaban a principios del siglo XIII, mucho antes de que las Azores hubieran sido siquiera descubiertas y casi doscientos años antes de que Colón hubiera hecho recalar sus carabelas en América.

Los hermanos Pizzigano, ilustrando un antiguo mito fenicio, mostraban a un hombre a caballo al borde del mapa, justo donde debían encontrarse las Azores. El hombre señalaba hacia el oeste, y un medallón a sus pies avisaba de que quien se aventurase más allá sería tragado por «el mar de niebla de la oscuridad»: no era una mala descripción del Atlántico Norte cuando estaba de mal humor.

Lo que resultaba interesante era que ese mismo término de «mar de niebla y oscuridad» había sido usado por un cartógrafo musulmán en España llamado

Khashkhash ibn Saeed ibn Aswad para describir un viaje emprendido en el siglo IX, quinientos años antes de Colón. Incluso el nombre del lugar en la isla de Corvo donde la estatua había sido hallada sonaba terriblemente verosímil: Ponta do Marco, la frontera límite, el finisterre. La «x» señala el lugar.

—Dice —explicó Tavares, siguiendo con la traducción— que hay un hombre en Corvo a quien deberían ustedes visitar si tienen alguna pregunta que hacer. —Se volvió de nuevo hacia el viejo—. *Como o senhor te chama?* «¿Cuál es su nombre?».

—Rodrigues —respondió el anciano con total claridad; sus dientes amarillos apretaban la boquilla de la pipa de barro—. Helder Rodrigues. Clérigo.

—Es un sacerdote —dijo Tavares—. Ha dicho que el hombre al que deben visitar es un sacerdote.

A la mañana siguiente, el capitán Tavares los llevó hasta la isla de Corvo. El día había despertado tan turbio como la noche, y los cielos estaban llenos de retazos de nubes que se deslizaban a baja altura sobre el horizonte, casi a lomos de un mar picado, incansable. Con la misma hosquedad de una bestia de carga, el *San Pedro* azotaba las pequeñas olas que se congregaban alrededor de su casco, sacudiéndose con movimientos discordantes. Corvo se hizo visible desde el momento en que rodearon el rompeolas de Santa Cruz das Flores. Pese a lo que Holliday y Peggy hubieran esperado encontrar, Corvo se alzaba sobre el horizonte como una enorme magdalena, con un lado desplomado en la sartén. El cono volcánico se había visto desgastado por un millón de vientos y tormentas, y aunque mantenía su vieja dignidad a través de los siglos, el fuego que lo había creado hacía ya largo tiempo que no ardía para nadie. Las escarpadas pendientes del cono se hallaban cubiertas con un espeso manto de verdor, mostrando la vertiginosa profundidad de sus acantilados, protuberantes como la enorme proa de un antiguo barco.

Apenas veinte kilómetros separaban Flores de su hermana más pequeña; el viaje en el *San Pedro* duró apenas cuarenta minutos. El pueblo de Corvo se recogía en la pendiente sur de la isla, una dispersión de casitas de tejados rojos enclavadas alrededor de un enhiesto muelle de hormigón en el que, al contrario de lo que sucedía en las otras islas, no asomaba su orgullosa cresta ningún rompeolas.

En lugar de atracar, Tavares guio la vieja Chris-Craft al norte, siguiendo la escarpada línea costera, lo que los alejaba del pueblo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Peggy, mientras la ciudad quedaba atrás.

—Rodeamos la isla. Solo serán unos minutos. Quiero mostrarles Ponta do Marco. Al fin y al cabo, uno no siempre tiene la posibilidad de contemplar el fin del mundo.

Prosiguieron camino hacia el norte. La costa se escarpaba hacia la oscura profundidad de unos acantilados labrados por el basalto volcánico, mientras el mar rompía desde el fondo abisal para estrellarse en aquellas rocas con brutales sacudidas. No había tierras intermedias, ni siquiera una playa de roca. Allá estaba el mar, y luego se alzaba la tierra, una fuerza irresistible encontrándose con un objeto inamovible, uno intentando acabar con el otro en una lucha sin cuartel que había durado ya millones de años.

Holliday pensó en la espada y el hombre que podía haberla llevado hasta allí. ¿Era este el lugar al que debía llegar? ¿Era esta isla solitaria en mitad de un mar aun más solitario el último lugar de reposo de un tesoro que, desde la época de Cristo, había permanecido oculto bajo el Templo de Salomón, en la ciudad santa de Jerusalén? ¿O no había sido aquello nada más que un fábula, como la del rey Arturo y

su espada Excalibur?

Contemplando el horizonte, apuntándose con los pies para evitar que el mecimiento del barco lo venciese, Holliday pensó que quizá nada de eso importaba lo más mínimo. La espada, la historia que había tras ella y aquel largo viaje habían bastado para moldear los sucesos y las vidas de mucha gente durante dos mil años, y una historia que duraba tanto tiempo y tenía tal efecto sobre las personas debía contar a la fuerza con algún significado. Arturo y Excalibur bien podían no ser otra cosa que un mito infantil, pero era un mito que había influido a millones de seres humanos en todo el mundo, tanto como para cambiar sus vidas.

—Ahora mismo tienes esa expresión tan deliciosamente tuya de estar a miles de kilómetros de distancia, Doc —dijo Peggy, a su lado. Le dedicó una sonrisa afectuosa—. ¿Estás zambulléndote otra vez en la historia?

—Algo así —asintió Holliday.

Tavares giró el timón, y el *San Pedro* se escoró ligeramente mientras viraban alrededor de un rocoso cabo. Señaló con el dedo hacia el horizonte.

—¡Allí! —dijo—. Eso es Ponta do Marco. ¡El fin del mundo!

Estaban en el vértice norte de la isla. La caldera del viejo volcán se alzaba como un irregular muro verde, formando bancales de estrechas cornisas salientes que se cernían directamente sobre el convulso mar. La cima de la caldera estaba rodeada de niebla y nubarrones grises.

Ante aquel imponente muro había tres bloques rocosos, cada uno más bajo que el anterior, cuyas agudas pero astilladas puntas descollaban como gigantescos copos de obsidiana. Las tres formaciones se hallaban separadas entre sí, al tiempo que el acantilado que formaba la caldera se alzaba de la crispada superficie del mar como una zarpa entre arácnida y pétrea. La base quedaba oculta por la profunda oscuridad del mar y las salpicaduras de espuma que bañaban sus crestas, pero por un segundo Holliday creyó ver en la roca una sombra más oscura que bien podría ser la angosta entrada a una caverna.

—¡La estatua se alzaba en lo alto de la columna negra! —gritó Tavares, señalando hacia arriba. Holliday miró adonde el marino apuntaba.

El pie de aquellos tres huesudos salientes se veía una y otra vez unguado por una capa de espuma, que arrojaba en derredor enormes cortinas de agua; el retumbante sonido que producía era el de una descomunal tormenta. Tavares estaba en lo cierto; sin duda, aquello parecía el fin del mundo. Más allá no había nada salvo el yermo mar. El capitán dejó los motores en punto muerto.

Tras unas sacudidas, el *San Pedro* cabeceó con resignación entre aquellas aguas que lamían tercamente su casco, dejándose llevar hacia las grandes rocas negras que se alzaban a unos cien metros en el horizonte. Peggy empezaba a adquirir una tonalidad verdosa.

—¡Creo que he visto la entrada de una cueva! —gritó Holliday, levantando la voz sobre el estallido de la espuma.

—¡Puede ser! —Tavares se encogió de hombros—. ¡Nadie ha atracado aquí en cientos de años! ¡No hay ninguna playa, solo acantilados! —Sacudió la cabeza—. ¡Es un lugar peligroso! ¡El hogar del gran dios bestia, Adamastor!

Hacía años que Holliday no escuchaba aquel nombre. En cierta ocasión, cuando no era más que un niño que necesitaba oír un cuento antes de meterse en la cama, el tío Henry le contó de memoria una historia que le aterrorizó hasta lo más profundo de su alma. Todavía podía oír la engolada voz de su tío llenando la oscuridad de su habitación, tal y como la espuma ocupaba aquella playa perdida de la mano de Dios:

*«Y no acababa yo, cuando figura  
en el aire se vio robusta y válida,  
de deforme y grandísima estatura,  
de rostro pavoroso y barba escuálida,  
de ojos, que en cueva están, y de apostura  
espantable y de piel cetrina y pálida;  
algas lleva del pelo en los anillos,  
y en negra boca, dientes amarillos  
de pura podredumbre, ¡Adamastor!»<sup>[2]</sup>.*

Era la clase de historia que hubiera dado a Edgar Allan Poe material para sus pesadillas. Mucho después supo Holliday que el relato que el tío Henry le había contado procedía de un poema épico portugués llamado *Las Lusíadas*, donde se contenía la famosa advertencia: «No me desafíes, pues soy el vasto promontorio secreto que los portugueses llamáis Cabo de las Tormentas...».

Miró los salientes oscuros y la revuelta espuma, tratando de ver en su fuero interno un barco templario y su preciado cargamento. ¿Era posible que alguien hubiera encontrado allí un lugar seguro en el que atracar? Si eso era cierto, no era difícil decir por qué ningún otro barco le había seguido en los últimos ocho siglos. El secreto de la espada habría estado a salvo bajo la protección de aquellos desolados monstruos de piedra y el azote del mar.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo Tavares. Encendió los motores y propulsó el barco hacia delante, girando el timón y alejándose así del rocoso cabo. Unos minutos después rodeaban la isla por el lado de sotavento. Casi instantáneamente el mar se calmó, y el viento cedió su empuje mientras el grupo marchaba por la costa opuesta. Allí, los acantilados resultaban menos imponentes; se atisbaba incluso la profusión de árboles que anegaban las laderas de la caldera.

Cuanto más avanzaban hacia el sur, más suaves se volvían las pendientes, y por fin Holliday pudo ver las robustas vacas de las que habló Tavares en los pequeños campos vecinos, sentadas sobre sus patas, mirando ausentes al escabroso y violento mar. Menos de media hora después, rodearon el cabo sur y apareció nuevamente a la vista la pequeña villa. Tavares guio al *San Pedro* hacia el embarcadero, seguido de

otra nueva formación de nubes que también auguraban tormenta.

—Anoche les avisé por radio —dijo el fornido capitán—. Mi primo Sebastián les dejará su moto. Solo les costará veinte euros, aparte de la gasolina. Les espera en el muelle con las indicaciones necesarias para dar con al sacerdote Rodrigues.

—¿Nos esperará usted?

—Estaré aquí hasta una hora antes del atardecer. Luego iré a Flores a pasar la noche. No me gusta el aspecto del cielo, he visto pozos más claros y bocas de tiburón menos amenazadoras que esas nubes.

—De acuerdo —aceptó Holliday.

Sebastián Brigada, el primo de Tavares, era un hombre de unos treinta años, alto, de cabello oscuro, con un enorme bigote y unas cejas que parecían orugas. Fumaba en pipa, llevaba una vieja gorra de *tweed* y enormes botas de goma. Como prometió, estaba esperándoles en el muelle con su moto, una vieja y destartada Casal con un tanque de gasolina cuadrado pero sin apenas instrumentos en el manillar, a la que se adosaba un sidecar de fabricación casera cuya forma de bala solo la desmentían el parabrisas y las dos raquílicas ruedas de bici que remataban un eje tan flexible como un junco, y aparentemente tan frágil como este:

—Ni de coña —dijo Peggy, mirando el sidecar—. ¿De verdad esperas que me suba a eso?

—No tenemos mucha elección. —Holliday se encogió de hombros—. Es lo único que vamos a encontrar en el pueblo. —Escarbó en su bolsillo y tendió a Sebastián Brigada un billete de veinte euros. Brigada asintió en señal de agradecimiento y les entregó la moto. Las indicaciones para llegar a la casa de Rodrigues resultaron bastante sencillas, dado que solo había un camino y un desvío. O bien debían seguir la estribación que conducía al borde del viejo cráter o la que dejaba justamente en el lecho del cráter. Rodrigues vivía en una cabaña al final del sendero que desaguaba en el propio lecho.

Holliday dio las gracias una vez más al primo de Tavares y subió a la moto. Peggy se acomodó como pudo en el asiento del sidecar. Brigada le explicó a Holliday cómo encender el motor, y unos minutos después el vehículo traqueteaba por el único camino adoquinado de la isla, flanqueado por escuetos campos del tamaño de un pañuelo que a su vez se dividían a intervalos regulares por unos muros de piedra que parecían tan viejos como el tiempo. Ante ellos, la monolítica ladera del volcán recortaba la niebla. Unas enormes pardelas surcaban las corrientes de aire como espectros, y algunas vacas gordas y marrones como las descritas por Tavares pacían en el brezo; de no ser por aquello, el paisaje hubiera resultado tan silencioso como desierto. No parecía haber gente ni casas por ninguna parte, y a Holliday le sorprendió que tampoco se cruzaran con ningún otro vehículo, aunque dado que el camino por el que viajaban era de una sola dirección y carecía de señalizaciones, aquello resultaba muy de agradecer.

—Asusta un poco —comentó Peggy, tratando de imponerse al traqueteo de la



vieja moto—. Es como el Sabueso de los Baskerville.

Estaba en lo cierto, pensó Holliday; toda la isla tenía la tensión siniestra, primigenia, de un lugar como Dartmoor. El hombre carecía de autoridad en un lugar como aquel; era una tierra de lamias y malos sueños. Reprimió un escalofrío. Como decían los más viejos de su país: alguien había pasado por encima de su tumba.

Siguieron el camino que se empinaba hacia arriba durante poco más de un kilómetro. Por fin llegaron a un cruce de caminos, una sección del cual se adentraba en la niebla, a su derecha, mientras que la otra descendía a mano izquierda. Holliday frenó, y la moto se detuvo. Había un cartel indicando el camino que se perdía montaña abajo, y en el que tan solo se leía CALDEIRAO: el cráter.

—¿Qué razón puede tener ese sacerdote para vivir en mitad de ninguna parte? —se preguntó Peggy desde el sidecar.

—Solo hay un modo de saberlo —respondió Holliday. Metió la primera en la moto, quitó el freno y empuñó el acelerador. Descendieron por el camino que daba al cráter. Cinco minutos más tarde, Holliday bajó la velocidad y detuvo nuevamente la moto cuando subían la última colina. Allí, a sus pies, a casi veinte metros de profundidad, yacía el fondo del cráter, un gigantesco anfiteatro curvado como un cuenco que tenía al menos tres kilómetros de diámetro. Los muros, enmadejados de matojos verdes, se alzaban pronunciadamente por tres lados. En el fondo del cráter se arrellanaban dos pequeños lagos, y entre ellos, en la breve franja de pasto que los unía, se divisaba un diminuto refugio rodeado por una fachada de piedra. Era la casa del sacerdote.

De pronto, procedente de los jirones de niebla y nubes que los rodeaban, surgió un sonido ajeno a aquel lugar: la firme y atronadora vibración de un vehículo aeronáutico. Unos segundos después, Holliday y Peggy avistaron el origen del ruido: una enorme Cessna Caravan volaba a baja altura sobre la caldera, girando en dirección sur casi sobre sus cabezas.

Los colores distintivos de la avioneta eran verde y rojo, no el azul y blanco de las líneas aéreas SATA; no se trataba de un vuelo regular, sino de un chárter. Holliday alzó la mirada con inquietud, siguiendo el zumbido de la avioneta, que ya se perdía en la distancia. Trató de sacudirse aquella aprensión que de pronto le atenazaba; el vuelo debía de transportar a un simple grupo de turistas que aprovecharían el día para ver desde las alturas las islas de los alrededores. Dejó la moto en punto muerto, sintiendo en la mandíbula la vibración que hacía estremecer su chasis, y descendieron hacia el cráter, acompañados por el retumbante carraspeo del motor.

El refugio era típicamente portugués: piedra de lava enjabelgada y unida mediante la clásica argamasa, una techumbre suavemente inclinada de tejas de terracota, y unas modestas ventanas con los postigos cerrados que flanqueaban una puerta desgastada por el sol, toda ella compuesta por planchas encaladas. Desde la puerta, un hombre les observaba acercarse, con una mano levantada para protegerse los ojos de aquella molesta luz que surgía de entre las nubes.

Era muy alto, probablemente rayaba los dos metros de estatura, y estaba ligeramente encorvado. Sus hombros eran anchos como los de un estibador, y tenía ese pecho amplio y esas manos enormes y sólidas que distinguirían a un cantero. Su rostro era cuadrado, y los ojos profundos, festoneados por unas oscuras ojeras. Estaba pulcramente afeitado, aunque ya despuntaban los cañones de la barba, visiblemente moteada de gris. Tenía el cabello espeso y blanco como la nieve. Por lo demás, vestía unos desvaídos pantalones de sarga y una basta camisa de algodón, desgastada y fina. Llevaba los pies calzados con sandalias. A primera vista, parecía frisar en los sesenta años, y sin duda estaba en plena forma.

Holliday frenó, y la vieja motocicleta se detuvo de golpe en el oscuro sendero de grava que concluía en la cabaña. Saltó del sillín y Peggy salió a duras penas del sidecar. El hombre que se alzaba ante la puerta les sonrió y dio un paso al frente, con la mano extendida:

—Doctor Holliday, señorita Blackstock. Les estaba esperando. Bienvenidos a mi casa. Mi nombre es Helder Rodrigues.

—¿**S**ABE quiénes somos? —preguntó Peggy, sorprendida.

—Por supuesto —dijo el sacerdote—. Pasan muy pocas cosas en Corvo de las que yo no esté al tanto.

—Dijo usted que nos estaba esperando —replicó Holliday.

—Sí, desde hace ya algún tiempo —asintió Rodrigues. Su voz, culta y educada, carecía de acento. Puede que aquel hombre viviese en una cabaña en mitad de ninguna parte, pero era evidente que había visto mucho mundo.

Dio un paso a un lado e hizo un ademán:

—Por favor, entren —dijo—. Precisamente ahora estaba preparándoles un café.

Ambos obedecieron. El interior de la cabaña apenas tenía ornamentos. Una chimenea abierta se alzaba en un extremo de aquella habitación diáfana, mientras que un anticuado camastro se encajaba en la pared opuesta. Un rifle de dos cañones, casi una pieza de coleccionista, decoraba el testero de la chimenea. Frente al hogar había una larga y ovalada alfombra trenzada, aunque las diferentes piezas que la conformaban, antaño de colores brillantes, habían ido adquiriendo una desvaída tonalidad pastel. En mitad de la sala yacía una sencilla mesa de madera rodeada de cuatro sillas. Los utensilios de cocina ocupaban la repisa situada bajo una de las ventanas, en el lado opuesto al del escritorio y la estantería repleta de libros que recibían la luz del otro ventanal de la casa.

Había unos cuantos utensilios eléctricos, pero la mayoría de las luces parecían proceder de lámparas de cristal o bujías de aceite. Holliday no había visto ningún tendido eléctrico en el camino, de modo que la única fuente de energía de la cabaña debía proceder de un generador. No había aparatos de televisión ni cables de teléfono a la vista. Una radio de baquelita, de color marrón oscuro y aspecto muy antiguo, se arrellanaba en el alféizar.

Rodrigues les indicó que se sentaran, y luego se entretuvo en sacar unas tazas y servir el café del viejo cazo esmaltado que colgaba sobre los carbones, en la chimenea.

—¿Así que nos esperaba desde hace ya tiempo? —preguntó Holliday—. ¿Y cómo es eso, padre Rodrigues?

—Hace años dejé el sacerdocio, doctor Holliday. Llámeme simplemente Helder.

—¿Y cómo es que su nombre es holandés? —preguntó Peggy.

El hombre se encogió de hombros.

—Desde siempre, los holandeses y los portugueses han sido lobos de mar. Un barco holandés en un puerto portugués, un barco portugués en un puerto holandés. ¿Quién sabe cómo se enreda la madeja del mundo? —Rio—. Hasta donde sé, Den

Helder es un villorio en el norte de Holanda. Creo que el nombre procede del término *helledore*, que significa «las puertas del Infierno».

—Interesante —dijo Holliday—. Pero eso no responde a la pregunta que acabo de formularle: ¿cómo es posible que nos esperase desde hace tiempo? Ni siquiera nosotros sabíamos dónde estaba Corvo hasta hace unos días.

—Un hombre no necesita saber a dónde va para llegar al lugar en el que se le espera —reflexionó Rodrigues con una tenue sonrisa—. Sabía que tarde o temprano llegarían aquí porque sé la clase de hombre que es usted, doctor Holliday.

—¿Y cómo podía saberlo? —preguntó Holliday.

—Porque sabía qué clase de hombre era su tío.

—¿Conocía al abuelo? —se asombró Peggy.

—Lo conocía bastante bien —dijo Rodrigues—. Ya le leía en Cambridge, durante mis estudios de Arqueología Clásica. Poco después le conocí en Madrid, que es donde nos hicimos amigos. Coincidimos bastante al cabo de los años. El Cairo, Atenas, Berlín, incluso Washington.

Washington, pensó Holliday. Así que el sacerdote también había sido espía, pero ¿para quién había trabajado?

—Lo que no entiendo es por qué nos esperaba a nosotros en particular —preguntó.

—Porque supe del fallecimiento de Henry —respondió Rodrigues—. Así que solo era cuestión de tiempo que llegasen hasta aquí.

—¿Cómo se come eso? —preguntó Peggy.

—Sabía que la espada les traería aquí —se limitó a replicar Rodrigues. Bebió de su café, mirándoles fijamente desde el borde de la taza, con un brillo de curiosidad en los ojos.

—¿Conocía la existencia de la espada? —dijo Holliday, asombrado.

—En realidad, cuatro espadas —repuso Rodrigues—. *Aos, Hesperios, Boreas y Anatos*. Conocidas por el nombre de *Xiphêphoros Peritios Anemos*.

—Este, Oeste, Norte y Sur, las Espadas de los Cuatro Vientos, en griego antiguo —tradujo Holliday.

—Así es —aprobó Rodrigues—. He aquí los beneficios de recibir una educación clásica —sonrió—. Las Espadas de los Cuatro Vientos. La espada que tenía su tío era la llamada Hesperios, la Espada del Oeste. La llevaba el *chevalier* Guillame de Gisors, al que no hay que confundir con el caballero del mismo nombre al que a veces se alude como el prior de Sión. Este Gisors era un mero caballero al servicio de Enrique II de Jerusalén. Por supuesto, la ciudad ya había caído mucho tiempo atrás, pero para entonces los caballeros se habían encargado de sacar de ella el tesoro de Saladino, primero ocultándolo en el castillo Pelerin y posteriormente en Chipre.

—¿El tesoro de Saladino? —preguntó Holliday—. ¿Se refiere al mismo Saladino contra el que combatió Ricardo Corazón de León?

—Su nombre completo era Salah al-Din Yusuf ibn Ayyub, un guerrero nacido en

lo que hoy se conoce como Irak. Tikrit, para ser precisos.

—¿Pero por qué lo llama *su* tesoro? —dijo Holliday—. ¿No fueron los caballeros templarios quienes extrajeron el tesoro de las entrañas del Templo de Salomón?

—Los templarios jamás excavaron en Jerusalén —replicó Rodrigues—. Saladino no era tonto. Sabía que no podía quedarse por siempre en Jerusalén. Tarde o temprano la ciudad volvería a caer, y dados los sentimientos que suscitaba, lo más probable es que fuera pasto del pillaje y el saqueo por parte del siguiente que la tomase.

»Saladino sabía que el derramamiento de sangre era casi inevitable, pero también sabía que, por encima de todo, el tesoro debía ser salvado. En ese punto los caballeros templarios eran la fuerza más poderosa con la que Saladino debía negociar; bajo la promesa de que no revelarían los orígenes del tesoro ni lo dispersarían inútilmente, permitió que los templarios lo sacaran en secreto de la ciudad. De haber salido a la luz aquellas negociaciones, es indudable que tanto Saladino como los líderes templarios hubieran sido ejecutados por traición».

—Lo que dice no tiene ningún sentido —protestó Holliday—. ¿De veras cree que Saladino, el mayor enemigo de los templarios, el archienemigo de la cristiandad, iba a entregar el tesoro a los caballeros templarios, sin más?

—Lo que digo es que fue Saladino quien *salvó* el tesoro —respondió Rodrigues—. De no haberlo hecho así, su destrucción hubiera sido solo cuestión de tiempo. Lo que hizo fue el acto de un hombre honrado y noble. —Rodrigues sonrió con pesar—. Desgraciadamente, no fue un acto que le congraciara con el papa Clemente o con Felipe de Francia, pues ambos querían el tesoro para sus propios fines.

—Ningún documento histórico menciona esto —dijo Holliday—. Ninguno en absoluto.

—Los documentos históricos, como usted bien sabrá, doctor, se escriben muy posteriormente a la propia historia. La Historia no es otra cosa que el resultado de sumar la contaminación del tiempo a un suceso cualquiera. Es bien sabido que los templarios realizaban negocios con sus enemigos; negociar con el enemigo es un hecho inevitable, tanto entonces como ahora. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Standard Oil era la encargada de llenar los depósitos de los submarinos que hundían las naves británicas. IBM facilitaba los recursos para que Adolf Eichmann pudiera registrar y guardar los datos que recogía en Dachau y Auschwitz-Birkenau. Más de un hotel de capital americano linda con las playas de Varadero, en Cuba. Las cosas no eran diferentes durante las Cruzadas. Después de todo, Ricardo Corazón de León utilizaba una espada forjada en Damasco.

—¿Y qué pasó con las cuatro espadas? —preguntó Peggy.

—Las cuatro espadas, cada una con el mismo mensaje, el que debían recibir los jerarcas templarios que aguardaban en Clairvaux, fueron despachadas por medio de cuatro mensajeros diferentes. Cada espada era un fiel reflejo de las otras, por si una o más se perdían. Ni una sola de ellas llegó jamás a su destino. Roger de Flor zarpó con

el tesoro de Saladino y se desvaneció en la historia, y la ubicación de ese tesoro es hoy día un secreto.

—Primero llegó a La Rochelle, y luego aquí —dijo Holliday.

—Eso dicen algunos —murmuró Rodrigues.

—¿Y cómo encaja el tío Henry en todo esto?

—Siempre ha habido rumores de que Boreas, la Espada del Norte, había llegado a Escocia en una de las naves de Roger de Flor. Se decía que *sir* Henry St. Clair era el mensajero encargado de transportar la espada Boreas, así que probablemente fue eso lo que hizo cundir el rumor. Su tío, doctor Holliday, se interesó en la mitología que rodeaba aquella espada durante la época en que permaneció en Oxford, que es donde nuestros caminos comenzaron a cruzarse. Fue él quien descubrió la relación entre Mussolini y la espada Hesperios, la cual, con el paso del tiempo, llegó a rastrear hasta Berchtesgaden, el cubil de Hitler.

—Y cuya existencia mantuvo en secreto durante el resto de su vida —dijo Holliday en un tono neutro, todavía incrédulo de estar manteniendo aquella conversación en el vientre de un volcán extinguido, en medio del océano Atlántico.

—Por supuesto que la mantuvo en secreto —espetó Rodrigues—. Revelar su existencia hubiera tenido consecuencias desastrosas. La guerra tocaba a su fin; Oriente Medio vivía horas turbulentas; Israel era apenas un sueño, un sueño que podía venirse abajo en cualquier momento. La Iglesia Católica no estaba en mejores condiciones. A lo largo de los años la situación ha ido de mal en peor.

—¿Cómo encaja *La Sapinière* en todo esto, la *Sodalitium Pianum* o como demonios se llame?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque uno de los suyos trató de matarnos en Jerusalén —sentenció Holliday—. Un sacerdote, como usted.

—Le dije —repuso Rodrigues— que ya no soy un sacerdote.

—Eso es lo de menos. ¿Qué interés tiene el Vaticano en todo esto?

—El mismo que ocho siglos atrás —respondió Rodrigues—. El poder. O la falta de él. De un plumazo, la revelación del tesoro de Saladino convertiría a la Iglesia Católica Romana en una superstición irrelevante. La maquinaria política que durante mil años ha dictado el paso de la Santa Sede se vendría abajo con la misma facilidad con que Humpty Dumpty cayó del muro, y con el mismo catastrófico resultado. No habría modo de recomponer después las piezas.

—No lo capto —dijo Peggy—. El Vaticano tiene más dinero del que puede gastar. ¿Intenta decirme que contrata asesinos para obtener aún más?

—Le sorprendería saber de lo que es capaz la Iglesia —murmuró Rodrigues—. Pero no es cuestión de dinero. Nunca lo fue.

—¿Para qué más puede valer un tesoro? —quiso saber Peggy.

—¿Cuándo un tesoro no es un tesoro? —preguntó Rodrigues a su vez.

—¿Qué demonios significa eso? —saltó Peggy, exasperada ante las melifluas

respuestas del antiguo sacerdote.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —musitó Holliday lentamente.

—Bueno, pues te aseguro que yo no —dijo Peggy.

Se oyó un ruido en el camino que daba a la cabaña: era el inconfundible rumor de unas ruedas al pisar sobre la grava, y por el estrépito que se escuchaba debía de ser más de un vehículo. Se escucharon varios portazos, y después unos susurros que mostraban una inquietante templanza.

Rodrigues se levantó y se acercó a la ventana. Miró durante unos segundos por entre las cortinas, luego se dio la vuelta y se dirigió a la chimenea. Cogió el rifle, lo llevó al escritorio y rebuscó en uno de los cajones de la mesa. Sacó un puñado de cartuchos, abrió el cañón del arma y la cargó. Cerró de un giro de muñeca los cañones y se volvió hacia Holliday y Peggy.

—Tenemos visita —explicó Rodrigues—. Y nada grata, a mi entender.

A través de la ventana, Holliday vio dos coches, un viejo Citroën 2CV y un Mercedes Sedán aún más antiguo, allá en el camino de grava que serpenteaba frente a la cabaña. Junto a los coches había seis hombres, todos atléticos, rubios y de rostros pétreos. Uno de ellos hurgaba en el maletero del Mercedes, pasándoles armas a los otros. Rifles, pequeñas metralletas Uzis y unos MAC-10 de aspecto letal. Holliday vio de refilón un tatuaje en la muñeca de uno de ellos.

—Son los hombres de Kellerman —dijo Holliday.

—*Ordo Novi Templi* —asintió Rodrigues—. La Orden de los Nuevos Templarios.

—¿Conoce a Kellerman? —preguntó Peggy, sorprendida.

—Siempre ha habido templarios blancos y negros, desde los mismos comienzos —le explicó el antiguo sacerdote—. La *Ordo Novi Templi* es simplemente una de las reencarnaciones más recientes de los templarios negros. —El hombre sacudió la cabeza—. Lo siento, pero no hay tiempo para más explicaciones. Debemos abandonar este lugar de inmediato.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó Holliday—. Esos tipos de ahí fuera no van a darnos vía libre.

—*Vis consili expers mole ruit sua* —dijo Rodrigues, pertrechando los bolsillos de sus pantalones de más cartuchos.

—Horacio —respondió Holliday—. «La fuerza sin inteligencia cae por su propio peso». ¿No tendrá por casualidad otra arma, verdad?

Rodrigues tanteó bajo la mesa. Se oyó el áspero sonido del velcro al rasgarse. El hombre tendió a Holliday una pistola automática checa CZ75, bien aceiteada y enfundada en una pistolera diseñada para llevarla en el cinturón.

—Está cargada con balas «matapolicias» Smith and Wesson del calibre 40, con chaqueta de teflón.

—Menudo sacerdote —dijo Holliday, calzando la cartuchera en la pretina de sus vaqueros.

—Acorde con los tiempos que vivimos —respondió Rodrigues—. Sígueme.

Rodrigues se apresuró a cruzar el salón y tiró de la manta. Debajo de ella se ocultaba la anilla metálica de una trampilla.

Peggy palideció:

—¡Otra vez no!

Rodrigues aferró la anilla y tiró de ella con fuerza. Un estrecho tramo de escaleras se precipitaba hacia los subterráneos de la casa. El antiguo sacerdote les hizo un gesto para que se dirigiesen a la abertura.

—Bajen. Yo les seguiré.



—Está oscuro —objetó Peggy.

—El quinto peldaño a la derecha —le informó Rodrigues—. Hay un interruptor en la pared.

—Baja —le ordenó Holliday a Peggy.

La joven puso un tímido pie en el primer peldaño y procedió a descender, tanteando la pared de piedra con una mano. Unos segundos después, el hueco se inundó de luz, y Holliday escuchó el lejano ronroneo de un generador eléctrico, que sonaba muy por debajo de donde Peggy se encontraba.

—Su turno —dijo Rodrigues.

—Sabe que van a seguirnos, ¿verdad? —le avisó Holliday.

—Creo que puedo apañármelas para enfriar su ardor. —Rodrigues sonrió—. Adelante.

Holliday descendió por la escalera, pisando los talones de Peggy, que seguía internándose por aquellos peldaños tan escarpados y rugosos, horadados en la propia piedra. Un grueso cable adherido al techo de la escalera mediante unas oxidadas grapas se adentraba en aquellas húmedas profundidades. Cada nuevo ciclo del generador hacía titilar las bombillas que colgaban de él a intervalos de unos dos metros.

La escalera se iba haciendo más inclinada, formando casi un ángulo recto, hasta que de pronto concluyó en un ancho túnel que parecía excavado por la mano del hombre, aunque no era así. Peggy le esperaba al pie de las escaleras. El túnel iba de izquierda a derecha; el camino que se abría a la izquierda estaba completamente oscuro, mientras que el de la derecha se veía iluminado por la misma fuente de luz que bañaba la escalera. Holliday alargó la mano y recorrió con los dedos las protuberancias paralelas que sobresalían de la piedra helada.

—Un túnel de lava —dijo. Mucho tiempo atrás, la piedra fundida se había convertido en una riada al rojo vivo que trazó aquel camino subterráneo para desembocar finalmente en el mar. En algún lugar, por delante de ellos, Holliday podía escuchar el intempestivo eco que producían los estertores del generador al encender las luces que colgaban del techo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Peggy, clavando la mirada en el túnel.

—Esperaremos a Rodrigues —respondió Holliday. Sacó la pistola, preparó el cargador y aguardó al pie de la escalera. El antiguo sacerdote apareció unos momentos después, con expresión tensa.

—He estado esperando este momento durante años —dijo Rodrigues al llegar al túnel, mientras acunaba el rifle en los brazos—. Los secretos no siempre permanecen en las sombras. Como dijo Shakespeare, «la verdad sale a la luz».

Sobre ellos se escuchó el repentino estruendo de una explosión. Rodrigues esbozó una sonrisa lúgubre.

—Eso equilibrará un poco la balanza —murmuró—. Por aquí. —Dirigió al grupo hacia el interior del túnel. La cámara de lava descendía unos cien o ciento cincuenta

metros en picado, culebreando por aquellas abruptas extrusiones rocosas, siguiendo las circunvoluciones de su camino petrificado, estrechándose hasta que ya era apenas lo bastante ancho como para atravesarlo. Por fin, dejó de ser un sendero abierto para convertirse en una grieta que apenas resquebrajaba el corazón de la piedra.

Peggy sentía una terrible opresión en su pecho. Sin el arropo de las bombillas, aquel pasillo, que probablemente ahora no medía más de cuarenta centímetros de ancho, iba a producirle en cuestión de segundos un ataque de pánico. Siempre le habían aterrado los lugares estrechos y los ascensores que se quedaban clavados entre dos pisos. Tener tras ellos un ejército de matones armados hasta los dientes no es que fuera a servir para que se sintiera mejor.

—Me está entrando un poco de claustrofobia —le avisó a Holliday, que se había colocado tras ella.

Ahora avanzaban de lado, con la cara a escasos centímetros de los salientes de roca.

—En pocos segundos esto habrá acabado. —Trató de confortarla Rodrigues, que iba por delante de ella en aquel pasillo imposiblemente estrecho.

A Peggy no le convencían mucho las palabras que el antiguo sacerdote había escogido para tranquilizarla.

De pronto Rodrigues desapareció. Peggy escuchó su voz.

—Cuidado con el escalón —dijo. Peggy hizo un último esfuerzo para salir por la grieta, pero enseguida tuvo que detenerse en seco. Sintió que Holliday se deslizaba tras ella y ocupaba un apurado espacio en la pequeña plataforma de piedra.

—La leche —susurró Peggy.

—Dios mío —musitó Holliday, perplejo ante la visión que se alzaba ante él.

Las dimensiones resultaban casi inverosímiles.

Se hallaban al pie de una caverna casi tan vasta como el vestíbulo principal de la terminal Grand Central de Nueva York. Era tan ancha como un campo de fútbol, y por lo menos el doble de larga. El techo, elevándose a más de veinte metros, parecía latir de vida. Colores, formas y texturas se entremezclaban sobre las tinieblas del pasado remoto, cuando las jirafas y los ñus vagaban por las infinitas explanadas del mundo; manadas y manadas de cabras montesas, con sus cuernecillos vueltos hacia atrás, doblaban sus patas para saltar invisibles obstáculos, perseguidas por unas siluetas negras, apenas trazadas, que acechaban sus pasos sobre las grandes veredas.

Incluso los osos, que habían desaparecido de las Azores desde los albores de la última era glacial, merodeaban por unos bosques cuyos árboles solo podían proceder de épocas ignotas para el hombre. Trirremes fenicios de tamaño real, con las velas hinchadas sobre armazones de idéntico perfil, surcaban incansables los mares a través de las Columnas de Hércules, y aún más allá, al gran mar tenebroso. Los seguían los barcos de los cruzados, cuyas velas rojas blandían orgullosas sus blancas cruces templarias. Miles de soldados, acorazados de armaduras y cotas de malla, marchaban para siempre a través de las puertas de Jerusalén. Rojos, verdes, negros, amarillos y

ocres, azules y aguamarinas, negros, marrones y platas, fluidos músculos, huesos bellamente esculpidos, hombres, animales, criaturas que eran todas y ninguna, cientos de ellas, rebaños de ellas, ejércitos y océanos de ellas, todas bailando, navegando, cabalgando o corriendo en el tiempo, asomando en una visión extraña y fantástica desde el abovedado techo que se extendía sobre sus cabezas.

Aquella maravillosa obra de arte imponía un sobrecogido respeto en Holliday y Peggy, que nunca habían visto nada igual; de hecho, no podían sino pensar que hasta la fastuosa cúpula de la Capilla Sixtina palidecía en comparación. Aun iluminada por las bombillas que se distribuían a lo largo de la pared, Holliday era consciente de que no estaba viendo sino la mitad de lo que había allí, y que el resto de aquella descomunal obra estaría irremediablemente perdido en las sombras. Solo el Cielo sabía cómo los artistas que pintaron aquello habían logrado crear tan fascinante espectáculo; desafiaba la imaginación. Era algo magnífico.

Unos peldaños habían sido excavados en la piedra para descender al vasto cuenco que formaba el suelo de la cámara, al tiempo que las olas superpuestas de diversos bancales de lava helada hacían más estrechas las curvadas paredes. Aquí y allá, alrededor de la base de la caverna, Holliday podía ver las sombras que indicaban que había otros túneles de lava recorriendo los cimientos de la caldera.

En una de las terrazas más próxima a ellos, dotada de una curiosa forma de concha, se alineaban varios cofres de metal que parecían tener cientos de años, junto a los cuales se apilaban lo que semejaban ser lanzas de hierro, cuyas rebordeadas picas aún resultaban discernibles a simple vista. En medio de todo había una alargada mesa de zinc y un surtido de herramientas eléctricas. Era como una versión algo más tosca del laboratorio que Raffi Wanounou tenía en Jerusalén.

Allí, bajo una lámpara de varios aumentos, y sostenida por un par de pedestales acolchados sobre la mesa, yacía una espada, un gemelo idéntico de la que Holliday había descubierto en el cajón secreto de su tío Henry. En una segunda mesa, situada en ángulo recto a la primera, había otra mesa, esta sirviendo de soporte a una gran ánfora de terracota, carente de ornamentos. Aquella ánfora era un contenedor de barro, de delicadas formas, de un metro de alto, similar a las utilizadas hasta prácticamente el final de la Edad Media para almacenar vino.

Lejos, a la izquierda del rincón más oscuro de aquella caverna con dimensiones de catedral, había algo que parecía el enmohecido esqueleto de un enorme monstruo marino: tenía una zarpa fieramente levantada, las negras vértebras rotas, y el vasto armazón de las costillas al aire. Yacía sobre su costado, en una inclinada cascada de stalagmitas que descollaba en la oscuridad. Le llevó a Holliday unos instantes, pero al final su entumecida mente consiguió descifrar aquella imagen imposible: en realidad, se trataba de un navío naufragado, quizá de unos veinte metros de largo y casi treinta de ancho, cuyas maderas, podridas desde muchos siglos atrás, dejaban entrever únicamente el escueto bosquejo del casco.

Rodrigues hizo un gesto hacia el pecio:

—Eso es todo lo que queda del *Wanderfalke*, el «Halcón Peregrino», el buque insignia de Roger de Flor; sus bodegas transportaban el gran tesoro del Templo de Salomón, el regalo que Saladino hizo a la Orden Templaria y al mundo, y que llegó hasta aquí gracias a los cuidados de un caballero castellano llamado Fernán Ruiz de Castro. La espada que pueden ver sobre la mesa era la suya. Se trata de Aos, la Espada del Este.

—¿De Flor conocía este lugar? —preguntó Holliday. Se acercó a la mesa y se inclinó para examinar la espada.

—Según mis estimaciones, esta caverna ha visto la ocupación humana durante al menos diez mil años —dijo Rodrigues—. Hay pinturas en la parte posterior de la cámara que muestran claramente el león de las cavernas europeo, que vivió durante el Pleistoceno Superior, probablemente en las fechas de la última glaciación. Los dibujos de algunos de los barcos fenicios son anteriores a Cristo en al menos mil años. Los fenicios sin duda conocían este lugar, al igual, tal vez, que los vikingos. Uno de los capitanes que dirigía de Flor descubrió la isla cuando su nave se vio arrastrada lejos de su rumbo a causa de una galerna. La entrada al mar era por entonces mucho más vasta, y por tanto era más fácil avistar tierra. Ciertas evidencias me llevan a deducir que debió haber alguna actividad sísmica en el siglo XVI, provocando el colapso de una enorme sección de la entrada, lo que la volvió prácticamente invisible desde el mar. No podría pensar en un lugar mejor para esconder un tesoro.

—No deja de hablar del tesoro —dijo Peggy—, pero lo que es yo, no veo ninguno.

Rodrigues se dirigió a la segunda mesa y acomodó una mano sobre el ánfora de terracota que aguardaba su examen. La parte superior estaba sellada con un material oscuro, una sustancia resinosa.

—Este es el tesoro —dijo el antiguo sacerdote con un suave tono de voz.

—¿Vino? —rio Peggy—. ¿Hemos viajado por medio mundo, arriesgando nuestras vidas, por una enorme botella de vino?

—No —dijo Rodrigues, dedicándole a Peggy una sonrisa condescendiente—. Han viajado por medio mundo y han arriesgado sus vidas por esto.

Cogió un pequeño mazo de goma de la mesa de trabajo y golpeó con fuerza un lado del ánfora. La vasija quedó reducida a añicos, pequeños fragmentos que cayeron como una granizada de barro por la superficie de zinc de la mesa. Media docena de deslumbrantes cilindros de oro puro, de un color semejante al de la mantequilla, brotaron abruptamente de los trozos rotos, cada uno de unos veinticinco centímetros de largo y siete de diámetro. Los cilindros, al igual que la vasija de vino, estaban sellados con resina en uno de los extremos. Rodrigues cogió uno de aquellos objetos tubulares.

—Esto que ven aquí es un pergamino de la antigua Biblioteca de Alejandría, salvado de la quema por el comandante militar Amr ibn al-As, pues no la destruyó

durante su conquista de Egipto en el siglo VI: una historia, por cierto, que Saladino no tardó en acallar, dado que Amr ibn al-As era contemporáneo de Mahoma y muchas de las obras que se conservaban en Alejandría contravenían los dogmas del Corán, con lo cual debían haber sido destruidas, según la estricta ley musulmana.

Rodrigues se encogió de hombros, sopesando el cilindro de oro en su otra mano.

—¿Será una obra desconocida de Homero? ¿Una de las tragedias griegas de Eurípides? ¿O uno de los trabajos matemáticos de Arquímedes? ¿Un mapa con la ubicación secreta de la fabulosa tumba de Imhotep? ¿El camino a las minas del Rey Salomón? ¿Un tratado médico del primer doctor, Esculapio? —Hizo una pausa—. Créanme: este lugar encierra los peores miedos de la Iglesia Católica. Yo mismo he visto las pruebas con mis propios ojos: los evangelios perdidos de los apóstoles escritos en arameo por ellos mismos, no filtrados por veinte siglos de traducciones, cada cual con su propia interpretación de los hechos. Imagínense: guardado en alguna parte de este lugar bien podría ocultarse el más sagrado y peligroso de todos, el evangelio del propio Cristo. —Sacudió la cabeza—. No me sorprende que el Vaticano y el *Sodalitium Pianum* les quieran ver muertos, amigos míos, y también a mí. Si la existencia de este lugar llega algún día al conocimiento público, tal cosa sacudiría la Basílica de San Pedro hasta sus cimientos. —El antiguo sacerdote levantó sus anchos hombros una vez más.

»¿Quién sabe qué más obras se esconden aquí? Durante más de cincuenta años he estado investigando este lugar y apenas he llegado a arañar la superficie; y antes que yo hubo otros que intentaron lo mismo.

»Pero no era solo la Biblioteca de Alejandría la que se conservaba en Jerusalén. También estaba allí la Biblioteca de Adriano, la Biblioteca de Pérgamo de Atenas, los textos de la Villa de los Papiros de la Biblioteca de Herculano, que siempre se había creído destruida por la erupción del Vesubio, y ahora todas las obras que esos maravillosos centros del saber custodiaban y muchas más se encuentran aquí. Cuanto guarda esta cueva es nada menos que la sabiduría del mundo, envuelta en piel de oro».

—¿Hay entonces más pergaminos? —preguntó Holliday, emocionado—. ¿Más ánforas?

—Miles —respondió Rodrigues, con un brillo de avidez en los ojos—. Suficientes para llenar la bodega del *Wanderfalke* y su nave hermana, la *Tempel Rose*, la «*Rosa Templaria*». Diez mil, quizá más; nunca me he preocupado por contarlas. De Flor era un comerciante de vinos bien conocido en La Rochelle y el Levante; ¿qué mejor manera de sacar tal tesoro que escondido en recipientes de barro? Incluso en los tiempos de los cruzados se sabía que el oro era inerte, lo que lo convertía en el método de transporte más fiable conocido en la época; esa era la razón por la que se había habilitado una fundición en el castillo Pelerin. Los pergaminos han permanecido intactos durante todo un milenio. Los que aún quedan por examinar aguardan en los túneles de lava que recorren el vientre de esta caverna. El resto está

en las buenas manos de algunos amigos de la Orden.

—¿Orden? —se sorprendió Holliday—. ¿Quiere decir los templarios?

—Por supuesto —replicó Rodrigues—. Como les dije, ha habido templarios blancos y negros desde el principio. No podíamos permitir que todo este ingente conocimiento cayera en las manos equivocadas. Ese es el motivo por el que su tío se unió a nosotros.

—¿El abuelo era un templario? —preguntó Peggy—. ¿Conocía la existencia de este lugar?

—Así es —asintió Rodrigues—. Fue por ese motivo que ocultó la espada. —El antiguo sacerdote se volvió hacia Holliday—. Su intención era proteger el secreto y confiarlo al hombre adecuado si este demostraba ser digno de tan magna causa. —Se volvió otra vez hacia Peggy—. O mujer. Pues eso la incluye también a usted, señorita Blackstock.

De pronto, las tenues luces de la caverna titilaron por un momento. Casi por instinto, la mano de Holliday se alargó y cogió la vieja espada del improvisado pedestal en que se sostenía. Con la otra mano aferró la automática checa que calzaba en la pistolera y quitó el seguro. Las luces titilaron una vez más y finalmente se apagaron. Sobre la cueva se derramó la más completa oscuridad.

LA luz volvió casi de inmediato.

—¿Qué demonios...? —exclamó Peggy.

—Se trata de un rudimentario sistema de alarma —dijo Rodrigues, sopesando el rifle—. Por lo visto, mi surtido de fuegos artificiales no ha acabado con todos nuestros visitantes. Están muy cerca. Debemos irnos de aquí cuanto antes.

—Podemos quedarnos y luchar —propuso Peggy.

—No. Rodrigues tiene razón. Disponen de armas automáticas; nosotros solo contamos con una pistola y un rifle. Es hora de largarse.

—Por aquí —dijo Rodrigues. Se agachó, cogió una linterna a pilas de debajo de la mesa en la que se dispersaban los fragmentos de la crátera de vino, y atravesó la caverna hacia una de las entradas que formaban los túneles de lava. Mientras ascendían por las capas de lava petrificada que llevaban hasta allí, Holliday percibió un movimiento furtivo por el rabillo del ojo y se volvió.

—¡Seguid! —les ordenó a los otros dos. Por el lado opuesto de la caverna apareció uno de los hombres de Kellerman, con un arma de reducidas dimensiones en las manos y unas gafas de visión nocturna de la *American Technologies* calzadas en la frente. Holliday vio que un rayo de luz roja recorría la cueva, procedente del arma del tipo: se trataba de una mirilla láser, de esas que ponían la bala allí donde ponían el halo rojo. No esperó a comprobar el objetivo que el tipo había decidido abatir, ni se planteó apuntarle con su propia arma; sería inútil, dada la distancia a la que se encontraba de él. Se limitó a apuntar sobre su cabeza y apretar el gatillo del arma checa, escupiendo el cargador de doce balas en la dirección en la que se encontraba el enemigo. Retrasarlos era el objetivo, así que ahora la precisión importaba poco. En la caverna reverberaron los ecos de cuantos objetos caían reducidos a añicos, alcanzados por el arma de Holliday. El hombre disparó una sola vez y, haciendo gala de una ligereza extraordinaria, se alejó de allí con las rodillas dobladas y el cuerpo seminclinado. Holliday escuchó a su espalda un gruñido de dolor y sorpresa. Se volvió, alarmado. La bala había alcanzado a Rodrigues. La sangre manaba a chorros de su camisa, en la parte baja del costado derecho. Holliday deseó con todas sus fuerzas que no fuera más que una herida superficial. Pegó la espalda a la pared de la cueva, junto a la entrada de los túneles de lava. Peggy cogió la linterna y el rifle de las temblorosas manos de Rodrigues, y le tomó por la cintura mientras le ofrecía su hombro para que el antiguo sacerdote se sostuviese en ella.

—Por el túnel... Corran tan rápido como puedan —gimió el hombre.

Holliday se despojó del arma, ya inútil con el cargador vacío, cambió la espada a su mano derecha y recorrió los últimos estratos de lava para sujetar a Rodrigues por

el otro brazo. Entre él y Peggy consiguieron llevarle al refugio provisional que ofrecía la galería de lava. Tras ellos sonaba el letal repiqueteo de las automáticas. Holliday contó más de un arma. La gente de Kellerman había llegado en número suficiente para acabar con ellos.

—A veinte pasos por el túnel... está el generador. —Gruñó Rodrigues—. Tengan cuidado —les avisó.

Holliday y Peggy avanzaban a duras penas, a causa del peso muerto que era el hombre herido y las estrecheces del túnel, apenas lo bastante espacioso como para permitirles dar un paso en condiciones. Más allá se escuchaba el sordo rugido del generador diésel, cuyos vapores viciaban ligeramente el aire. Holliday también pudo sentir que una ligera brisa acariciaba su rostro. Aire fresco.

A veinte pasos de allí, el túnel adquiría unas dimensiones que delataban la mano del hombre, en especial el profundo habitáculo que se recortaba en un pequeño cuadrado a la izquierda. Dentro de aquella cámara resoplaba suavemente un brillante generador diésel Yamaha de seis mil vatios, con depósito suficiente para albergar casi cuatrocientos litros de queroseno. Un tubo de plástico se perdía por una angosta grieta horadada en el techo, despejando el lugar de la mayor parte de los vapores que destilaba la máquina.

—El interruptor —indicó Rodrigues.

Holliday dio con el interruptor en un costado del generador y, de un fuerte tirón, apagó la máquina. El generador se detuvo en mitad de ciclo, y las luces se apagaron. Aquello serviría para retrasar temporalmente a sus perseguidores, pero las gafas de visión infrarroja que Holliday había visto en uno de los hombres de Kellerman les permitirían seguir su camino por los pasillos de lava sin demasiados problemas. Peggy encendió la linterna. Al momento surgió de ella un cono de luz, mostrándoles el camino que tenían delante.

—Otros diez pasos —murmuró el antiguo sacerdote. Tosió, y una sangre oscura como los posos del café se derramó por sus labios y le bajó por la barbilla. No era pues, como esperaba Holliday, una herida superficial. El hombre sufría una hemorragia interna. Necesitaba atención médica, y rápido.

—¿Qué hay tras esos diez pasos? —le preguntó Holliday, impaciente, ayudando a Rodrigues a avanzar por el túnel. Sus perseguidores no podían estar a mucho más de un minuto o dos de distancia.

—Hay un cable trampa. Un hilo de pesca... —indicó el antiguo sacerdote, tosiendo de nuevo y doblándose sobre su vientre.

Avanzaron con mayor cuidado. Peggy barría cuanto tenían por delante con la linterna, manteniendo bajo el haz lumínico, dejando ver así lo que había en el suelo del túnel. Holliday apareció tras ella, sosteniendo a Rodrigues.

Diez metros por delante la luz captó un tenso segmento de hilo de pesca, embetunado, que se extendía de un lado al otro del túnel a la altura del talón. Resultaba completamente invisible, a menos que uno supiera que estaba ahí.



—¿Dónde está? —preguntó Holliday.

—Arriba —murmuró Rodrigues.

Peggy barrió el techo con la linterna. Engastado a unos pernos también embetunados, el cable trampa recorría la pared hasta el techo, internándose en un pequeño agujero de unos veinte centímetros de diámetro. En el agujero había dos objetos redondos y metálicos, de color verde oliva, de aproximadamente unos diez centímetros de diámetro cada uno. Holliday los reconoció al instante: eran minas antipersona OZM-72, la versión rusa de la americana M16 *Bouncing Betty* que él mismo había utilizado en Vietnam y la yugoslava PROM-1, que había visto durante la guerra de Bosnia. De hallarse enclavado en el suelo, el artefacto saltaría por los aires hasta la altura de la cintura antes de explotar. En el caso preciso de las dos minas que Rodrigues había instalado en la cueva, la explosión tendría lugar de arriba abajo, en su descenso hacia el canal de lava. Cada OZM llevaba una carga de algo más de medio kilo de un potente explosivo de proyección. La masacre que ocasionarían en el canal de lava sería horrible. En la ignición, todo cuanto estuviera a veinte metros, en la dirección que fuese, se vería convertido en carne picada.

—Ayúdame a pasarlo por encima del cable —dijo Holliday.

Entre él y Peggy consiguieron que el exangüe sacerdote traspusiera el mortal hilo negro. Siguieron adelante, apresurándose ahora más que nunca, intentando poner la mayor distancia posible entre ellos y la espantosa bomba trampa que acababan de dejar atrás. A unos metros por delante, el pasillo trazaba de pronto un ángulo brusco hacia la derecha, y comenzaba a ascender en una inclinación abrupta. Ahora, Holliday podía sentir el golpe del aire fresco en su rostro, y a lo lejos creyó oír el sonido de un trueno. Allá en la superficie de aquel canal la tormenta del día anterior había regresado con fuerzas renovadas.

A su alrededor, los túneles de lava estaban cambiando; al aproximarse a la superficie, las paredes del túnel comenzaban a cerrarse. El suelo parecía tan resbaladizo como el lodo, y las paredes se hallaban cubiertas de una espesa capa bacteriana. Se hacía más y más difícil lograr que Rodrigues avanzase por sus propios medios. Su tos se incrementaba a cada paso que daba, sus piernas se arrastraban sin fuerzas, y su cuerpo comenzaba a temblar incontrolablemente, evidenciando un próximo colapso. Holliday conocía las señales. No iba a durar mucho tiempo.

—Bolsillo —gimió el moribundo—. Libro. Cogedlo.

—Luego —le alentó Holliday—. Ya habrá tiempo para eso más tarde.

—¡Ahora! —exigió Rodrigues con autoridad.

Sin dejar de avanzar, Holliday rebuscó en los bolsillos traseros de Rodrigues y encontró un cuadernillo con cubiertas de cuero de al menos tres centímetros de ancho. Parecía muy viejo. Holliday lo metió en el bolsillo de su chaqueta y siguió adelante. El suelo comenzaba a elevarse incluso más abruptamente, y las rodillas se le empezaban a doblar por el esfuerzo. Rodrigues ya era casi pasto de los buitres. Allá lejos, Holliday creyó ver una grieta de luz.

De pronto, Peggy, Holliday y Rodrigues se vieron levantados por los aires, y de inmediato cayeron al suelo proyectados por lo que sin duda era una gigantesca sacudida. Décimas de segundo después, se escuchó una explosión vibrante, ensordecedora, y un segundo estallido que hizo temblar la caverna hasta sus cimientos, al tiempo que un rugiente golpe de calor los envolvía, pasando su lengua letal por encima de ellos.

Holliday se puso en pie, aún aferrado a la espada. El cristal de la linterna se había roto, pero del techo manaba suficiente luz para alumbrar su camino. Peggy se deshizo de la linterna, y, aferrándose al rifle, entre los dos consiguieron poner a Rodrigues en pie. Tambaleándose, se dirigieron hacia la luz. Holliday sintió algunas gotas de lluvia en la cara; la tormenta acababa de estallar sobre sus cabezas. Unos instantes después alcanzaron el escarpado extremo del canal de lava que significaba la salida, y entre jadeos salieron a la superficie dentada del antiguo cráter, donde los recibió el mordisco cortante del viento y el rugido atronador de la tormenta. El tridente de un relámpago iluminó las negruzcas nubes que rodaban por el cielo.

—El tejón ha salido de su madriguera —dijo una voz—. Y se diría que bastante desmejorado.

Era Axel Kellerman. Iba vestido con los ropajes que caracterizaban al hacendado inglés por antonomasia: un traje de *tweed* y chaleco, unas botas ideadas para largos paseos y un sombrero de piel de conejo. Se acuclillaba en el saliente de una piedra quebrada, a unos metros de la entrada del túnel de lava. A lo lejos, a casi un kilómetro de distancia, entre los dos lagos volcánicos, Holliday podía ver el pequeño refugio de Rodrigues. La lluvia empezó a arreciar. Sobre ellos la tormenta descargaba con todas sus fuerzas, levantando un viento huracanado que agitaba sus ropas. Los truenos estremecían el cielo.

Viendo a Kellerman vestido de esa forma en aquellas circunstancias, Holliday reparó de pronto en lo verdaderamente desquiciado que estaba el hijo del oficial de las SS, quien, por lo visto, debía estar tratando de llevar a la realidad alguna fantasía aristocrática que parecía arrancada del goethiano *Sturm und Drang*. Kellerman no estaba solo; uno de sus sicarios de cabellos de oro se hallaba junto a él, apuntando con una metralleta el cuello de Manuel Rivero Tavares, el capitán del *San Pedro*.

Apuntalado entre Peggy y Holliday, Rodrigues apenas tenía ya fuerzas para sostenerse.

—Baje el rifle, señorita Blackstock —dijo Kellerman, sonriendo—. Usted puede quedarse la espada de momento, doctor Holliday. Le sienta bien.

Con cuidado, Peggy obedeció.

Holliday mantenía la mirada clavada en Kellerman.

—Lo siento mucho, *Doutor* —musitó Tavares, con ojos suplicantes—. No pude evitarlo.

—Lo cierto es que bastaron unas sencillas amenazas —dijo Kellerman—. Aparentemente, el bueno del capitán tiene varias nietas. Unas pequeñuelas.

Desvió la vista al boquete que se abría en el suelo.

—Por el ruido que he escuchado hace unos instantes, tendré que suponer que varios de mis empleados han caído en alguna trampa casera. —Kellerman puso un gesto de dolor—. Vaya por Dios: más vidas que sumar a las que ya me debe, doctor Holliday, aunque en este caso sirvieron a un buen propósito. Ahora al menos sé dónde se oculta mi legado. Solo me queda recuperarlo.

—Ese legado no es suyo, como tampoco lo fue de su padre —exclamó Holliday. Aferró la empuñadura de la espada con más fuerza que antes—. No pertenece a ningún hombre.

—Pertenece a quien se lo quede. —Escupió Kellerman, poniéndose en pie y dando unos pasos hacia él—. El mundo no ha cambiado gran cosa desde que el hombre se levantó sobre sus dos piernas. La victoria es de los fuertes. —Dedicó una mirada despectiva a la enroscada figura de Rodrigues, que ya apenas se movía—. La derrota es para los débiles.

—Ya hemos oído esa basura antes —dijo Holliday—. *Arbeit macht frei, Kraft durch Freude, Drang nach Osten*, y al final nada de eso sirvió a los fines que pretendía. —Sacudió la cabeza—. Usted no es nada más que un chiste sin gracia y mal contado, Kellerman, al igual que lo fue su padre.

Un destello de odio brilló en los ojos de aquel nazi del Nuevo Mundo. Saltó hacia delante, con un hilo de baba en las comisuras de la boca, al tiempo que trataba de encontrar algo en los intersticios de su abotonada chaqueta. El cegador destello de un relámpago iluminó el lugar, seguido del estallido de un trueno. Los cielos se abrieron de par en par sobre sus cabezas.

Ocurrió en un pestañeo.

—*Vai-te foder!* —exclamó un furioso Tavares. Pisó con todas sus fuerzas el empeine del sicario y se echó bruscamente a un lado. Reaccionando al instante, Peggy se tiró al suelo, cogió el rifle y presionó los dos gatillos. La pesada arma brincó en sus manos, la culata golpeó brutalmente contra su hombro. El sicario dejó escapar un gruñido y, perplejo, se sentó abruptamente en el suelo, mirando aquel agujero que ahora horadaba su vientre y en el que hubiera cabido un puño, mientras caía una lluvia torrencial.

Kellerman había sacado su arma, una pequeña Walther PPK de hocico aplanado. Seguía acercándose, levantando la pistola en la mano.

Holliday ni siquiera se lo pensó dos veces. Levantó la espada y dio un paso hacia delante, doblando ligeramente la rodilla y manteniendo el codo firmemente apretado contra sus costillas. Incapaz de detener la inercia de sus pasos, Kellerman se ensartó en la espada, aquella hoja hecha para la guerra pero que no había probado la sangre en más de setecientos años. La hoja atravesó el grueso *tweed* del chaleco, la camisa y la carne justo bajo el apéndice xifoides de su diafragma. El movimiento de sorpresa que el cuerpo de Kellerman aún pudo realizar permitió que la ancha cuña del acero de Damasco se hundiera brutalmente en el ventrículo derecho y el atrio izquierdo del

corazón, antes de que finalmente se alojase entre sus vértebras. Aquel brillo furioso que había iluminado sus ojos desapareció de la mirada del loco, y Kellerman murió dócilmente, ensartado en lo que siempre consideró el legado de su familia.

Holliday dio un paso atrás y sacó la espada del cuerpo del hombre con un ligero movimiento de muñeca, lo que provocó un desagradable sonido de succión que acompañó a la hoja al deslizarse por el pecho de Kellerman. El cadáver resbaló hasta el suelo. Holliday dejó caer la espada y se volvió, tratando de limpiarse la lluvia que le humedecía los ojos.

Peggy estaba de rodillas. Con una mano acunaba su hombro magullado, mientras contemplaba el cadáver del sicario. La sangre de su herida se disolvía en la lluvia, creando un charco rosáceo que se iba ensanchando entre las rocas del suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Holliday, inclinándose a su lado.

—Sí, hombre —dijo con una voz tenue, observando con expresión vacía al individuo al que acababa de matar—. De perlas.

Tavares se sentó en el suelo, acariciando la cabeza de Rodrigues en su regazo: la pertinaz lluvia empapaba a los dos hombres. Holliday se arrodilló junto a ellos.

—Es mi amigo —musitó Tavares, entre sollozos. Las palabras apenas salían de su garganta. Acarició suavemente la frente de Rodrigues, en un intento por confortar al moribundo—. El amigo máspreciado que he tenido en todos estos años. No puedo permitir que muera.

Rodrigues abrió los ojos, parpadeando a duras penas ante el acoso de la lluvia.

—Todos morimos, Emmanuel —murmuró el antiguo sacerdote.

Lanzó un suspiro entrecortado y se esforzó en levantar la mano para cogerse a la ancha y velluda muñeca de Tavares. Volvió ligeramente la cabeza para dirigirse a Holliday.

—Mantenga a Manuel cerca de usted. Es mi hermano del alma, y sabe de muchas cosas. Ha sido mis ojos y mis oídos en el mundo de los hombres durante buena parte de mi vida.

—Lo haré —prometió Holliday, sintiendo que sus ojos se humedecían, aunque trató de decirse a sí mismo que era a causa de la lluvia.

—¿Kellerman está muerto?

—Así es —asintió Holliday.

—Eso está bien —murmuró Rodrigues—. Eso está bien. —Suspiró de nuevo—. Entonces la antorcha pasa a otras manos. *Alea jacta est. Vale, amici.* —El viejo sacerdote levantó la cabeza del regazo de Tavares. Sus ojos se alzaron hacia la oscuridad rampante del cielo, absortos en la nada que se apoderaba de ellos—. Demasiados secretos —susurró—. Demasiados secretos. —Su garganta produjo un ruido cortante; entonces, el antiguo sacerdote cerró los ojos y murió.

La lluvia barría el mundo alrededor de ellos, recogándose con un rumor luctuoso en el cuenco que formaba el cráter de la isla.

Peggy se levantó, se apartó de los dos muertos y puso una mano en el hombro de

Holliday.

—Es una lástima que no llegáramos a conocerle bien —dijo con pesar, mirando a Rodrigues.

—Y ya no lo podremos conocer.

—¿Qué fue lo que dijo al final?

—*Alea jacta est*. Esas fueron las palabras que pronunció Julio César cuando cruzó el Rubicón y entró en territorio romano desafiando al Senado, lo que dio comienzo a la guerra civil.

—¿Y qué significan?

—«La suerte está echada». Ya no hay manera de dar la espalda al destino. Lo decía por ti y por mí.

—¿Y lo último, *vale, amici*?

—Adiós, amigos —musitó Holliday con voz quebrada.

Dos horas más tarde, Holliday, Peggy y Tavares se hallaban en el acogedor camarote del *San Pedro*, envueltos en mantas, escuchando confortablemente el siseo de la tetera que hervía en el pequeño hornillo de gas. Peggy se levantó de la mesita y procedió a servir el té. Mientras ellos se dejaban mecer suavemente en el *San Pedro*, que permanecía con el ancla echada en el puerto, Tavares se afanaba en deshacerse de los cadáveres que se amazotaban en el refugio de su amigo Rodrigues. La lluvia caía en tromba, martilleando el camarote del viejo Chris-Craft, lo que, según Tavares, facilitaba enormemente su labor. Pasarían la noche a bordo del *San Pedro*, y al día siguiente el robusto capitán les llevaría al otro lado del estrecho, hasta la isla de Flores, desde donde ambos podrían coger un vuelo para regresar a la civilización.

Sentado a la mesa, Holliday hojeaba el grueso cuadernillo que Rodrigues había insistido en que guardase en su bolsillo. A os, la Espada del Este, limpia y seca, reposaba ante él, encima de una toalla doblada. Peggy puso sobre las mesas las dos tazas de té y se arrellanó en un banco de respaldo rígido que había junto a Holliday. Tras ella, la lluvia trazaba sus líneas quebradas en las ventanas del camarote. Peggy se acurrucó en el banco, envolviéndose con una manta. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y tomó un sorbo de té.

—¿Qué hay en el libro?

—Nombres y direcciones —respondió Holliday—. Hay cientos de ellos, y de gente de todo el mundo. Se menciona cierta entidad llamado Fundación Fénix, y también he comprobado que aparece una especie de prefijo numérico que jamás en mi vida había visto. Hay números y códigos alfabéticos que, o mucho me equivoco, o pertenecen a cuentas bancarias.

—¿Aparece Raffi en el libro?

—No. —Sonrió—. No he llegado tan lejos.

—Pero lo has comprobado, ¿verdad, Doc?

—Claro. —Ensanchó la sonrisa.

—¿Aún sospechas de él? —preguntó Peggy.

—Siempre lo hago —dijo Holliday.

—Iré a visitarle cuando salgamos de aquí —replicó Peggy, un tanto a la defensiva—. Quiero ver qué tal le va en el hospital. A ver si puedo ayudarle en algo.

—¿Y le llevarás una caja de bombones?

—Quizá también le lleve flores. —Sonrió—. A los hombres nunca les regalan flores.

—Dale recuerdos de mi parte —dijo Holliday—. Lo digo en serio.

—Gracias, se los daré.

Hubo una larga pausa. Bebieron del té, y escucharon las gotas de lluvia que traqueteaban por el techo del camarote. Sin poder ocultar su asombro, ambos se preguntaban cómo habían ido de aquí allá y de allá otra vez aquí, lo que inevitablemente desembocaba en la pregunta que ninguno se atrevía a hacer en voz alta: qué les aguardaba ahora, cuando, aparentemente, las cosas habían tocado a su fin. Al final, Peggy fue la primera en hablar:

—Esto no se ha acabado todavía, ¿verdad, Doc?

Holliday echó una mirada a la resplandeciente espada que descansaba sobre la mesa. Aquel brillante acero, forjado siglos atrás en el sol del desierto de Damasco, se había proyectado en el tiempo para acabar con su enemigo.

—No —respondió, pasando las páginas del cuadernillo—. No creo que haya acabado, al menos para nosotros. Ni por asomo.

Ya era septiembre. El aire empezaba a traer frío, y Holliday había encendido un agradable fuego en la chimenea del salón. Las llamas prendían mejor de lo esperado, produciendo unas sombras titubeantes que titilaban en las paredes forradas de libros. Era hora de añadir un leño o dos y relajarse tras un largo día de clases.

La caja reforzada de FedEx, remitida desde la tienda de José de Braga, en Quebec, se apoyaba contra el sofá, junto al fuego. Un vaso de cerveza de malta *Ardbeg*, «Señor de las Islas», esperaba a Holliday en la mesilla. Pero no estaba preparado ni para abrir la caja ni para dar un trago a su bebida, al menos de momento.

Holliday se dirigió a la ventana, situada en la parte delantera de la sala, y miró la noche que se cernía desde el horizonte. A través de los árboles, colina abajo, alcanzaba a ver la moderna masa de ladrillo que era el Salón Eisenhower. Más allá, el río Hudson trazaba su sinuoso y oscuro camino rumbo a Manhattan, listo para escanciar sus aguas en el mar.

A más de mil kilómetros de allí estaban las Azores, donde Rodrigues y Kellerman habían muerto y donde su vida y la de Peggy habían cambiado para siempre. Después de que Peggy se hubiera marchado de nuevo a Jerusalén para estar con Raffi, Holliday había decidido regresar a West Point.

Todo parecía igual que siempre. Allí estaba la tradicional turba de rostros hinchidos y serios, orgullosos supervivientes de las pruebas de acceso, que regresaban tras seis semanas en el infierno de la instrucción primaria ardiendo en deseos de aprender lo que sus instructores quisieran enseñarles, aunque no fuera más que Historia. Mil cabezas cuadradas convencidos de que ya sabían todo cuanto un hombre necesitaba saber, aunque en realidad no supieran nada de lo que les esperaba en el mundo real. Y entre ellos él, el teniente coronel John «Doc» Holliday, que empezaba a pensar que había luchado en demasiadas batallas y que había visto a demasiada gente buena perder la vida sin ninguna buena razón. *Gung ho!* y *Huah!* eran gritos al más puro estilo Hollywood, pero tendría que pasar mucho tiempo para que aquellos jóvenes lo comprendiesen por sí mismos. Para unos sería demasiado tiempo, mientras que otros no tendrían siquiera ocasión de saberlo.

Dejó escapar un largo suspiro y se apartó de la ventana. Regresó al sillón y abrió la voluminosa caja. Extrajo el arma, recién restaurada en la célebre tienda de espadas de la ciudad de Quebec, y la examinó a la temblorosa luz del fuego.

De Braga había hecho un trabajo excelente; la malla de oro, con su mensaje codificado, había sido perfectamente resituada sobre la espiga, y el sedoso e iridiscente lustre de la hoja de Damasco, de ochenta centímetros de largo, había adquirido un brillo poco menos que mágico. En alguna parte, a siete mil kilómetros de distancia y mil años atrás en el tiempo, el cadáver de un caballero sonreía en su tumba. Hesperios, la Espada del Oeste.

Sosteniéndola cuidadosamente con ambas manos, Holliday llevó la espada a la chimenea y la colocó sobre el testero, en las combadas estaquillas de madera que aguardaban su peso milenario. Dio un paso atrás y sonrió satisfecho, invadido por la gratificante sensación de que aquel era el lugar al que la espada pertenecía. ¿Pero por cuánto tiempo?

—La espada de los templarios —murmuró Holliday para nadie. ¿Cuáles habían sido las últimas palabras de Rodrigues? «¿Demasiados secretos?». Recordaba haberle dicho a Peggy que no creía que la historia hubiera acabado para ambos, y ahora estaba incluso más seguro de ello. Algo iba a ocurrir, algo tan terrible como inevitable. Levantó la vista hacia la resplandeciente espada. De pronto, la pureza y la perfección que había creído vislumbrar en sus formas dejaron adivinar su verdadera naturaleza: las vacuas líneas del pérfido acero.

«¿Y ahora qué?» —se preguntó.

## Nota del autor

**L**A documentación empleada en *La espada de los templarios* es completamente fidedigna. No es invención mía que Saladino planteara a Ricardo Corazón de León unas condiciones para la entrega de la ciudad Jerusalén que fueron rechazadas terminantemente por este, lo que acabó en una brutal masacre.

También es cierto que durante la construcción del castillo Pelerin (castillo del Peregrino), realizada por los templarios en el año 1213, se encontró un tesoro de monedas fenicias. Exactamente el mismo tipo de monedas que fueron descubiertas en la remota isla de Corvo, en las Azores portuguesas, a mediados del siglo XIX, más de seiscientos años después.

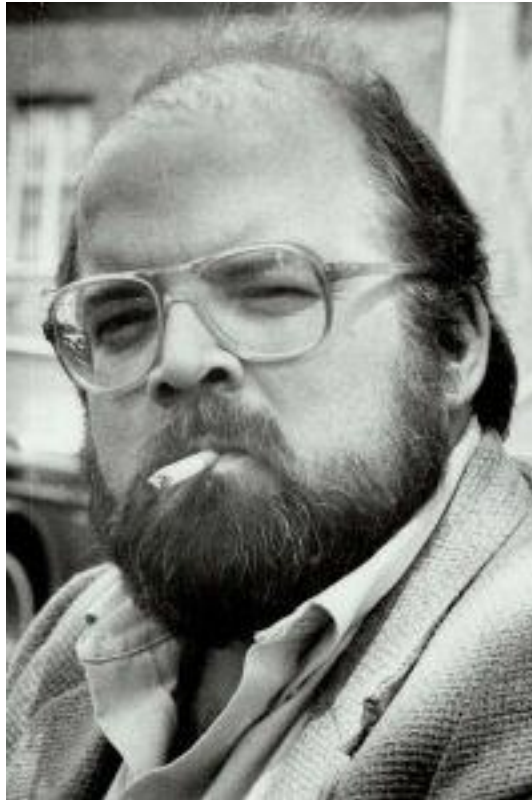
Roger de Flor, también conocido como Rutger von Blum, dirigió la flota templaria desde La Rochelle, Francia, y sus dos naves, el *Halcón Peregrino* y la *Rosa Templaria*, existieron en la realidad.

Tanto la *Ordo Novi Templi*, la Orden de los Nuevos Templarios, como la *Sodalitium Pianum*, la red de inteligencia vaticana, existen tal y como aquí se han descrito.

Y por último, pero desde luego no menos importante, es absolutamente cierto que un oficial de las SS llamado Kellerman ordenó la quema de los Archivos del Estado de Nápoles que se conservaban en la Villa Montesano cerca de San Paolo Bel Sito, a unos treinta kilómetros de Nápoles, el 30 de septiembre de 1943. Las ruinas de la villa aún existen, no demasiado lejos del monasterio local. Vayan a verlo por ustedes mismos si no me creen.

PAUL CHRISTOPHER





Paul Christopher es el seudónimo de Christopher Hyde (Ottawa, Ontario, Canadá, 26-5-1949 - 2014). Es hijo de Laurence Hyde (un autor, ilustrador y productor) y Bettye Marguerite Bambridge (una psicóloga infantil). Se casó con Mariea Sparks, el 23 de julio 1975 con quien tuvo 2 hijos: Noah Stevenson Sparks, y Chelsea Orianna Sparks. Vivió a caballo entre Europa y Estados Unidos.

Fue escritor y productor en la *Canadian Broadcasting Corporation* durante diez años, se consagró a la escritura en pleno a partir de 1977. Fue profesor de historia contemporánea en la famosa Universidad Ivy League y autor de un gran número de libros de referencia sobre robos de arte, falsificaciones y, más concretamente, los saqueos que ocurrieron en Europa durante la segunda guerra mundial. Dio conferencias sobre el tema y fue un consultor de Naciones Unidas y de una brigada especial de la policía de Nueva York en el robo de obras de arte.

Es el creador de tres sagas (ambas bajo el seudónimo de Paul Christopher): la de la arqueóloga que da nombre a la serie *Finn Ryan*; la del teniente coronel *John Holliday*, antiguo Ranger del ejército; y una tercera más extensa entorno al mundo de los templarios, *Templars*.

También ha utilizado los seudónimos de A. J. Holt, y el de Nicholas Chase (junto a su hermano, el escritor Anthony Hyde).

# Notas

[1] «Branch» significa rama. (*N. del T.*). <<

[2] *Las Lusíadas*. La cita corresponde a la traducción en verso castellano del conde de Cheste. (N. del T.). <<